

Interludio, interlunio

Fecha de catalogación:

© Ércole Lissardi

Arte de tapa: Jacqueline Schneider.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

SOROJCHI EDITORES

No se permite la reproducción parcial o total de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopia, digitalización u otros medios, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por la ley 11.723 y 25.446.

Interludio, interlunio

Ércole Lissardi



SOROJCHI
EDITORES

*No sirve de nada mostrarle la puerta, ya que por doquier
desde hace tiempo e invisible da vueltas por la casa*
Heidegger, Zur Seinsfrage, 1956

I

Primera vez

Nunca la vi sin el brazalete. De manera que no puedo alegar mala fe por su parte, ni un malentendido, como me han sugerido que hiciera los que creen quererme bien. Lo que aquí relato es todo verdad. No hay en lo que sigue mentira alguna ni —así lo espero— fantasía. Esto es una confesión, y la deseo tan fidedigna y completa como sea posible. He actuado mal, me he apartado deliberadamente de las reglas que rigen nuestra convivencia, y merezco un castigo. Espero reencontrar en la confesión y el castigo la paz de espíritu. Espero también que, padeciendo esas instancias, me sea revelado el núcleo más secreto de lo que pasó y que sigue ahí, apretándome la garganta para que no pueda dormir por la angustia, impidiéndome hasta tragar la comida, arruinándome cualquier trabajo, cualquier placer, cualquier emprendimiento. Finalmente, espero que la revelación —minuciosa hasta la obscenidad— de mi peripecia pueda suscitar, en mentes más lúcidas que la mía, una reflexión acerca de esas razones secretas por las cuales alguien tan satisfecho como yo lo estoy de su estatus y sus privilegios, y del conjunto del funcionamiento y las reglas de la sociedad en la que vive y florece, manda de pronto todo a volar. Una reflexión que permita que lo que haya para co-

rregir o afinar se corrija y afine, de manera que algo así no vuelva a pasarle a nadie.

Todo empezó cuando hice algo que nunca antes había hecho. Algo que otros hacen habitualmente sin complicarse, con toda indiferencia. En privado se vanaglorian, sin mucho énfasis, porque saben que no hay en lo hecho originalidad ni mérito. Si no lo había hecho antes no fue por timorato. Los que me conocen saben que de muchacho fui brigadista, salí a arrear cretinos viejos al amanecer —como todavía se hace aunque más discretamente—, y pasé mañanas interminables en los bosques matándolos y rematándolos a tiros, hosco, tozudo, y borracho hasta las patas como mis compañeros, vomitando a cada rato hasta no escupir más que bilis. Los que me conocen saben que después participé, no sin destaque, en los torneos de cacería de cretinos —que se siguen celebrando aunque, también, más discretamente. Y sin embargo aquello *intrascendente*, que hacen tantos y yo hice tardíamente, aquello que si no lo hice antes fue sin una razón específica, tan sin razón como finalmente me dio por hacerlo, eso sí se me indigestó y me ha enredado hasta casi asfixiarme, a punto tal que todo lo que quiero es confesar a gritos aunque sé que en realidad a nadie le interesa que confiese, y todo lo que quiero es que se me castigue aunque sé que en realidad a nadie le interesa castigarme, y todo lo que quiero es entenderlo aunque los que creen que me quieren me dicen que no hay nada que entender y que no sea boludo y que me deje de joder de una buena vez por todas, hablando en plata.

En aquellos primeros días de setiembre el tiempo había empezado a sobrarme y salía a divagar largamente por los corre-

dores. Además Guita —mi preferida, mi amante, mi amiga— estaba de viaje desde hacía un mes y medio. Súmese a esto que soy especialmente sensible —cada uno tiene su metabolismo— a la modorra de las primeras horas después del mediodía. Recuerdo que estaba absorto dándole vueltas en la cabeza a no recuerdo qué idea, y que no me di cuenta de que me quedaba fija la mirada en su piel blanquísima y en sus labios rosados, hasta que ya fue demasiado tarde. En fin: puedo convocar toda una nutrida conjunción de elementos y circunstancias para explicar lo que pasó en aquel momento. Pero no sé si son suficientes. Lo cierto es que terminé por sentarme en el sillón junto al ventanal central para seguir mirándola. El 27 es un piso que siempre está semidesierto. Ya varias veces antes había venido junto a este ventanal después del mediodía a echar una siestita. El sol del mediodía de invierno me calentaba los hombros y la nuca. Me dejé invadir por la modorra, me hundí más en el sillón de cuero, crucé los pies. Si ella en ese momento hubiera terminado su trabajo en ese corredor y se hubiera ido seguramente que yo me hubiera dormido unos minutos y me hubiera despertado olvidado de ella, con las orejas rojas y calientes por este sol de invernadero, o sobresaltado por la mano fría de una nube que ocultara el sol, y a otra cosa. Pero no se fue y ahí quedé mirándola. Hacía su trabajo a conciencia, como si realmente le importara que no quedara ni una mota de polvo en los pliegues y repliegues de cada marco de puerta. Aunque sus movimientos eran rápidos y precisos, del conjunto de su figura se desprendía un aire de elegancia y fragilidad para nada deliberado. ¿Qué edad podía tener? ¿Veinte? Seguramente había nacido después de la Gran Purga. Al estirarse para alcanzar la

sección superior de un marco pude apreciar cómo era esbelta su delgadez. Imaginé mi mano subiendo por el áspero nylon negro de sus medias y de inmediato el cosquilleo de la modorra se me concentró en las ingles. Me puse la mano perezosa sobre el bulto y la cosquilla emigró de un salto a su lugar predilecto. “¿Por qué no?” pensé. “¿Por qué no, si tiene algo que me atrae y tengo ganas y aquí no hay nadie ante quien tenga ni siquiera que hacer ni el más mínimo disimulo?”. Sin darme cuenta empecé a mecer mis caderas como si ya estuviera culeando suavemente. Ella impregnaba una franela con quitamanchas o con cera. Deseé quitarle el gorro y ver su cabello, que imaginé corto, brillante, negro, lacio. El aliento me secaba los labios y la erección pasaba de mediana. La cosquilla localizada se había disuelto en ondas de voluptuosidad que me recorrían el cuerpo.

Hice lo que más de una vez le vi hacer a los descarados que tienen costumbre. Me paré y le hablé con tono seco y perentorio. “Venga conmigo”. No levantó la mirada hacia mí. Instantáneamente dejó de hacer lo que estaba haciendo y me siguió. Como un autómata, como deben hacerlo. Si hubiera habido alguien más ahí en ese momento, en el caso de molestarse en pensar algo, hubiera supuesto que terminado mi descanso volvía a mi lugar de trabajo llevándome conmigo una limpiadora para darle alguna tarea. Caminé unos pasos por el corredor, abrí una puerta cualquiera y entré. Tal y como supuse el lugar estaba vacío. Había una impresora grande, pilas de paquetes de papel, mesas. Cerró la puerta delicadamente y quedó esperando, mirando al piso. “Venga aquí” le dije siguiendo un libreto que conozco en varias versiones. Vino caminando despacio, como si el aire fuera gelatina.

Supe que no podía no saber de qué se trataba. Todo estaba bien, pues. Funcionaba. Si ahora me pregunto qué pensé de ella en aquel momento puedo decir honestamente que nada. Casi nada. “Ponga los codos en la mesa” dije. Me dio la espalda, se inclinó y puso los codos sobre la mesa. Me vino a la mente un pasaje de *La emboscadura* de Jünger —de los tantos laboriosamente memorizados en el liceo— donde nos recuerda que la condición de animal doméstico arrastra consigo la de bestia de matadero. Le levanté la túnica de trabajo hasta la cintura. Debajo tenía un viso de tela gruesa rematado con puntillas toscas, de confección casera. Guita, que sabe de todo, me dijo que hay en algunos ghettos microindustrias para este tipo de cosas. Debajo del viso estaba el calzón, blanco y rústico, y no triangular sino cuadrado. Las medias negras se las sostenía con ligas a medio muslo. Siempre con gestos bruscos y perentorios le bajé el calzón hasta las rodillas. No puedo decir que noté que tuviera un culo precioso. Lo tenía, pero lo noté después, aquella primera vez yo estaba demasiado nervioso como para registrar el dato. Tal y como debía suceder —así oí contarle una y otra vez— el cocktail de impunidad y sumisión se me había subido a la cabeza y más rápido aún me había bajado a la verga. Me desabroché el pantalón, ansiosamente erecto. Le abrí las nalgas y luego los labios del sexo y me deslicé dentro. Estaba seca y debe de haberle dolido, aunque no fui a fondo. En todo caso, contrajo las nalgas. “Ábrase” dije, y lo hizo. Me hundí más a fondo. Llevaba tiempo largo sin coger y me iba a acabar enseguida, aunque la cretina colaboraba menos que una momia. Para controlarme un poco empujé hacia arriba el amasijo de ropas que tenía en la cintura y me entretuve mirándole

la espalda. La piel blanca y pura. La cordillera del espinazo. Los médanos de las costillas. Inútil. La tomé de las caderas resignado a un remate brusco.

Entonces, al resbalar mi mirada sobre la marca sentí, vagamente, algo *raro*. Volví a mirarla. La marca sobre su nalga no me pareció la habitual cicatriz de piel quemada con un hierro caliente, sino un signo misterioso y secreto. Lo atribuí al embotamiento —propenso a la distracción divagante— de la hora de la siesta. Con la yema del índice seguí lentamente la curva rosa pálida de la C, luego apoyé encima la palma de la mano cubriéndola. Si su piel era delicada como la seda, la piel de la cicatriz lo era mucho más todavía. Recuerdo que, en ese momento, sin razón alguna, me vino a la mente con precisión obsesiva una foto que de adolescente recorté y pugué en la pared de mi dormitorio: Lezama haciendo con los dedos el signo contra su ananké. Ahora —después de que todo pasó— pienso que quizá en aquel momento el fantasma del gordo se apiadó y compareció, para protegerla. Para eludir la absurda densidad del momento culeé suave y a fondo una, dos, diez veces, y me dejé ir. Quedé culeando un poco después de acabar, disfrutando la delicia nueva de un cuerpo absolutamente sumiso, disponible, sin mente, sin conciencia de la que preocuparme. Aunque también sin la más mínima respuesta sexual. En cuanto me retiré, cabizbaja y con la misma diligencia con que limpiaba el corredor se subió los calzones y ocultó su cuerpo. Me sequé la verga con el pañuelo y la arropé. “Puede irse” le dije y se fue. Así fue la primera vez. Antes de despacharla le pregunté si era reproductora. Hizo que no con la cabeza. Mejor así, pensé. En realidad fue una pregunta innecesaria: desde hace

algún tiempo —en un tácito reconocimiento oficial del servicio sexual al que habitualmente se somete a las cretinas— se decidió que las reproductoras ya no puedan salir de las Zonas.

.....

No volví a verla hasta fines de setiembre. Hubo otra tanda de trabajo duro y no hubiera tenido tiempo para buscarla al mediodía si se me hubiera ocurrido hacerlo, cosa que por lo demás no sucedió. Para mí era una experiencia más, un poco rara, sí, un poco extraña dado un cierto desborde de mi subjetividad, pero sin consecuencias. Había hecho por primera vez, tardíamente, algo que los demás —la gente como yo— hace desde la temprana adolescencia. Punto y a otra cosa. Después volvió Guita. Cada vez que sale de gira —trabaja como instructora para Bioelectronics— vuelve totalmente cambiada. Cultural, sicológica, gastronómica, sexualmente. Recoge aquí y allá modos, modas y maneras, y luego yo soy aquel en quien los pone a prueba hasta encontrarles un punto y una combinación que le parecen justos. En ella lo primero que me resulta útil es el entusiasmo voraz que pone en todo, ya que yo soy, para decirlo con elegancia, un espíritu contemplativo. De manera que durante semanas estuve sepulto bajo las fogosas novedades de Guita. Después, en algún momento, a propósito de quién sabe qué, le conté mi nueva experiencia. Al principio puso atención, como esperando un final sorprendente. Cuando terminé creo —dada su expresión desconcertada— que estaba a punto de preguntarme qué demonios era lo interesante en lo que le contaba, cuando sonó el teléfono y se distrajo lo suficiente como para no volver sobre el tema. Quedé amoscado por su desinterés un tanto despectivo y una noche, después de darle

por el culo un buen rato para sacudirme la exasperación que me dejaron ciertos exotismos eróticos con los que había empezado la velada, dejé caer, ya al borde del sueño, un comentario. “Es una lástima” dije, tratando de sonar —diplomáticamente— un tanto compungido, “que ustedes no puedan meterle mano a los cretinos-macho. Ahora que probé opino que es cierto que tiene un regusto diferente”. “No digas tonteras” murmuró fingiéndose más interesada en pasar de la modorra al sueño que en mi tema. “No me digas que nunca pensaste en las ventajas de tenerlos a mano como nosotros las tenemos” insistí. “Alguna vez en la primera adolescencia lo habré pensado. Como es obvio mi padre me habrá explicado los peligros de tener a los cretinos-macho circulando entre nosotros y nunca más habré pensado en eso” murmuró fingiendo esforzarse por no perder el sueño. “Y no creo que tenga ningún chiste cogerse a las cretinas. Hasta hoy nunca nadie inteligente me había dicho que les hubiera encontrado chiste alguno. Se dejan hacer, ya que no pueden evitarlo. Y por dignidad algunas de ellas fingen no disfrutarlo. Maldita la gracia” agregó y se enroscó a fondo en la cobija que es lo que hace cuando definitivamente va a dormirse.

Me traje a casa una túnica de limpiadora con brazalete. Pedí a la tienda chanclos y medias de lana. El viernes llamé a Guita y para predisponerla favorablemente la invité a comer al restaurant más caro que conozco. Después fuimos a casa, y entonces le pedí que se disfrazara de limpiadora, cretina por añadidura. Me lanzó unos ojos como puñales y estuvo a punto de soltar la lengua. Pero se contuvo. Sabe Dios qué cálculo hizo pero terminó —Dios bendiga su alma infinitamente comprensiva— por enco-

gerse de hombros y mascullar “¿Por qué no?”. Fue al baño y salió disfrazada y ceñuda. Era verdaderamente hierba seca. Al menor paso en falso iba a mandarme al infierno. Le pedí que actuara en todo como actuaría una de ellas. “Desde ya te anticipo que esto es más pendejo que perverso” dijo y se quedó mirándome con un gesto entre amoscado y resignado, como esperando instrucciones. “Ellas no nos miran ¿verdad?” sugerí lo más suavemente que pude. Miró al piso. “Y siempre están haciendo algo ¿no?”. “¿Qué querés que haga?” dijo sin dejar de mirar al piso, actitud que en ella se veía tan artificial como si le estuvieran empujando la nuca. “En el bolsillo de la túnica tenés una franela. Podes sacarle el polvo a mis diplomas” sugerí, y agregué siempre con la intención de mejorarle el humor “que por lo demás buena falta les hace”. Tiene que haberle sido muy duro. Si uno se disfraza de y actúa como, fatalmente siente como que es. Es el hábito lo que hace al monje. Me senté al ordenador y, como si ella no existiera, me puse a teclear no sé qué cosa. A través del vidrio de la ventana a manera de espejo, de reojo, vi cómo al terminar con el primer diploma pasaba al segundo, sin volverse para mirarme. Así la tuve casi veinte minutos. Terminó los diplomas y con una disciplina inesperada para mí se puso a quitarle el polvo a los trofeos, vigorosamente metida en la tarea, probablemente ya olvidada del juego. Suficiente. Me paré y dije con la voz más plana que me saliera “Venga aquí”. Concentrada como estaba se sobresaltó al oír mi voz, cosa que una cretina no se permitiría, pero se repuso de inmediato y sin mirarme cruzó el cuarto. Sí, perfecto, pero había algo en la actitud, en el manejo del cuerpo, en la respiración, que indicaba que estaba esperando lo que siguiera, cosa que una

cretina no dejaría entrever. “Apoye los codos en la mesa” dije, con el tono medio ladrado con el que les hablamos. Lo hizo, pero apenas terminó de acodarse hundió un poco la cintura y separó un poco los pies, como esperando golosamente lo que seguiría. Me le paré detrás, desarropé la verga semierecta y me la estuve meneando, esperando a ver qué hacía. Muy discretamente trató de mirar por sobre el hombro, acomodó las caderas abriendo más las nalgas. Está bien: esto no se parece en nada a cogerse a una, pensé, hace lo que puede. Le subí la túnica hasta la cintura. Por supuesto que debajo no llevaba nada. Las nalgas espléndidas de Guita, totalmente tostadas por el sol tropical de su último viaje, me recibieron tan abiertas que el ojete me hizo una guiñada. Y no sin razón: con lápiz de labios se había pintado una gran C, por supuesto que sobre la nalga equivocada. Metí el dedo medio entre los labios y gruñí: “Especie de puta, estás chorreando”. Coloqué la punta en posición y se la hundí de un golpe. Soltó un gemido plenamente aprobatorio. Tenía el horno caliente y jugoso. Quizá después de todo sí había estado disfrutando el juego. La atrapé por los hombros y me puse a darle como para enloquecerla. Efectivamente enloqueció: mandó el libreto al infierno, lanzando hacia atrás los brazos me atrapó las caderas y se puso a martillearme el vientre con su mejor estilo Mulata Fogosa, o sea con tal furia y tales cambios de ritmo que el piso simplemente desapareció de debajo de mis pies. Cuando ladró entre dientes “Soltalo” obedecí soltándolo de tal manera que a la vez me estallaron la verga y la mente. Lo próximo que supe fue que estaba tirado en la alfombra y ella, montada encima de mí, a cuatro patas, como una hiena hambrienta, terminaba de vaciarme

el vientre. “Así no era, Guita” dije, convulsionándome por la cosquilla. “Se suponía que tenías que quedarte seca y quieta como una lagartija muerta”. Giró su cuerpo 180° y me tapó la boca con su entrepierna. “¿Qué te pareció la experiencia?” le pregunté después. “Yo encantada” respondió encogiéndose de hombros “Un polvo siempre es bienvenido. Pero no era yo la que quería que me cogieran como si fuera una cretina. Vos querías cogerme como si fuera una cretina. De manera que te devuelvo la pregunta”. “Estuvo muy bueno” dije, cauteloso. “Pero no se pareció en nada a lo que tuve con la cretina”. “Cosa que difícilmente pueda sorprenderte” concluyó Guita dando vuelta la página.

.....

La que limpia el piso en el que está mi oficina es también cretina. Se aproxima a la mediana edad. Lleva impresa en el perfil una dignidad como de matrona patricia. Su andar y sus movimientos indican que debajo de la túnica lleva un cuerpo sano y recio. A nadie le llamó la atención cuando le indiqué que me siguiera a mi cubículo. Nadie me tiene por caradura. Cerré la puerta a mis espaldas y me le acerqué. Hacía meses que trabajaba en este piso y sin duda que, como quiera que fuese, se había hecho otra idea de mí. Cuando la tomé por encima del codo y con firmeza la obligué a darme la espalda, por la sorpresa estuvo a punto de mirarme a los ojos, pero se contuvo, apretó los labios y se dejó hacer. Empujé sobre sus cervicales para indicarle que se inclinara hacia adelante y le levanté la túnica; debajo tenía un calzón negro y se lo bajé. Aunque tenía apretadas las nalgas era un trasero digno de verse. Fuerte y bien formado. Un trasero de esposa virtuosa y trabajadora, siempre bien dispuesto para una

sólida cópula, y en el que la marca era una cicatriz obscena e insultante. “Aflójese” dije y obedeció. Sin desarropar la verga apoyé el vientre contra sus nalgas y me froté suavemente hasta conseguir la erección. Entonces la desarropé y se la metí. Estaba seca. Tomándome de sus caderas serruché con lascivia, con aplicación, casi con cariño. Como para hacerla sentir. “¿Muchas veces le hicieron esto?” pregunté. No respondió. “Nosotros, quiero decir, no los suyos” aclaré. Nada. “Respóndame” ordené. “Sí” dijo con voz firme y un matiz de encono. Aceleré un poco el ritmo, después —como para mostrarle mi buena voluntad y mi interés en la faena— cambié de ángulo, entrando más desde abajo. Ondulé galanamente para demostrarle el ardor que estaba en juego. Después saqué completamente la verga. Estaba mojándose. “¿A todas ustedes se lo hacen?”. Jadeó apenas, recomponiéndose, antes de responder. “Sí” dijo. “¿Todas lo disfrutan como usted?” pregunté, cruel. No respondió. Le deslicé otra vez la punta hasta el fondo. Estaba ahora realmente mojada. Al culear mi verga chapoteaba, pero su cuerpo permanecía disciplinadamente inmóvil, como agarrotado por el esfuerzo para no responder en absoluto al candombe que yo le hacía. “Suéltese si quiere” dije suavemente pasando el antebrazo por debajo de su vientre para acomodarla a un trotecito mimoso y canchero. “No se lo voy a contar a nadie”. Estaba jadeando cerca del orgasmo pero no respondió ni hablando ni con el cuerpo. Por supuesto que no me creía. Por supuesto que lo que creía era que si me beneficiaba con una buena cogida iba a tener que atender a todo el edificio en turnos completos y con horas extras. Amagué que acababa con un par de estocadas a fondo y juraría que me respondió con un par de culeos discre-

tos, de los que fácilmente pasan desapercibidos cuando a uno se le viene derrumbando la conciencia. Entonces hice algo que no tenía por qué hacer, ya que el punto, lo que yo quería saber, o comprobar personalmente —sobradamente sabía por innumerables relatos desde la adolescencia que, bien cogidas, en un alto porcentaje las cretinas se excitan cuando las usamos—, ya estaba personalmente comprobado. No era pues necesario lo que hice a continuación: saqué la verga reluciente por sus jugos, le abrí las nalgas y apoyé la punta en el ojete. Empujé, despacio pero sin detenerme hasta hundirlo completamente. Gimió de dolor con los dientes apretados. Cuando empecé a culear sollozaba. Rara gente, se toman el culo muy en serio. Pensé en su aire digno y sano y me dio lástima verla lloriqueando, de manera que pegué una acelerada breve y solté la colada sin demasiado gusto. Tenía detritus de su intestino sobre la verga y le dije que me limpiara. Lo hizo con un pañuelo limpio, dobladito y con olor a agua de colonia que sacó del bolsillo de la túnica.

Volví entonces un mediodía al piso 27. Caminé por los corredores buscándola, pero no estaba. Me senté junto al ventanal y me adormecí. Cuando desperté estaba ahí, trapeando el piso. El calor y la modorra me habían producido una erección que era casi un calambre. Un mechón de pelo negro y lacio se le había soltado de la gorra y se le agitaba frente al rostro. Empapaba el trapo en el agua espumosa, lo retorció, lo extendía sobre el piso y lo empujaba con el lampazo varios metros de ida y de vuelta, deteniéndose a veces para insistir sobre una mancha rebelde. Eso hacía, y lo hacía —insisto— con elegancia, con una gracia espontánea que estoy seguro de que cualquiera que se detuviera a observarla hu-

biera podido apreciar. Aún oculto por la tosquedad del atuendo su cuerpo invitaba a imaginarlo elástico y esbelto, lleno de espíritu. Por supuesto que debió de reconocermé. No podía no estar preguntándose si volvería a utilizarla. Los cretinos nos odian, por supuesto. ¿Sería yo objeto de una dosis adicional de su odio por lo que le hice? No lo creo. Si fuera el primero, quizá. Pero ¿cuántos la habrían utilizado ya? Me entretuve con divagaciones de esta índole, pero sobre todo disfrutando mirarla. Era la segunda vez que la veía: la primera vez actué como un zombi borracho, pero esta vez libé cada encanto de su apariencia. Sus chanclos no golpeaban contra el piso. El golpeteo de los chanclos reglamentarios de las limpiadoras es característico. Pero los suyos no golpeaban. Se le pegaban al pie como si fueran zapatillas de baile. Me paré finalmente y todo ocurrió exactamente como la vez anterior. Un poco por casualidad, ya que no guardé memoria, entramos por la misma puerta del corredor. Cuando le dije “Venga aquí” y se acercó, le quité la gorra, y el pelo, lacio y negro como la noche más negra, no era corto como imaginé y se le derramó sobre los hombros. Lo toqué y era finísimo y suave. Le dije que se sentara sobre la mesa y obedeció. Me acerqué y poniéndole una mano en el pecho la empujé hasta que su espalda descansó sobre la mesa. Su rostro vuelto hacia la luz blanca tenía los ojos cerrados. Su respiración era calma, controlada. Me coloqué entre sus piernas y le levanté la túnica hasta la cintura descubriendo su vientre. Jalé del calzonazo deslizándolo piernas abajo y al quitarlo de sus pies también le quité los chanclos. Desarropando la verga me di cuenta de que las manos me temblaban, lo que me hizo notar que también mis piernas temblaban. Pensé que me pasaba algo, que

estaba enfermo. Pensé en tomarme la temperatura. Puse la mano abierta sobre la piel delicada de su vientre. Estiré los dedos hasta rozar con la puntas las alturas que rodean al valle: el borde de las costillas, las puntas de la pelvis. Después cubrí el bosquecito —fino y suave como su cabello— y deslicé el pulgar en la espesura en busca del comienzo de la cañada. Entonces sentí clara, inconfundiblemente que este cuerpo, aun así, inerte, postrado, casi sin alma que lo animara, este cuerpo era único y diferente. Para mí, al menos. Ahora bien, uno percibe un cuerpo como único y diferente y ¿qué hace? No lo sé, por cierto. Para nada. Nunca oí hablar de que un cuerpo pudiera ser percibido como único y diferente. En nuestro mundo de la permisividad total todos los cuerpos son iguales e indiferentes. ¿Qué se hace si ese cuerpo es además el de una cretina? Se lo denuncia a Seguridad, supongo, para que lo mate, para que destruya una anomalía, una monstruosidad potencialmente peligrosa. Así zarpó mi mente en un vuelo de murciélago encerrado, incapaz de manejar algo que le resultaba definitivamente nuevo. En cierto modo ese fue el momento en el que todo comenzó realmente. Desconcertado reprimí el impulso vergonzoso que me sobrevino de arrodillarme y hundir el hocico entre sus muslos. Deslicé el pulgar entre los labios de su sexo y entonces fue la sorpresa. No me hubiera sorprendido más si su sexo me hubiera mordido. Y es que ¡estaba mojada! Sólo que demasiado. Profundicé también con el dedo medio. Era una nata espesa y abundante. Saqué el dedo y lo olí. Era semen. La habían usado hacía minutos solamente. Nada más previsible, y sin embargo quedé con la mente en blanco por la sorpresa. En fin: no tan desconcertado como para perder la

erección. Al demonio, pues. Pasando los antebrazos por debajo de sus muslos se los levanté, atrayendo a la vez su pelvis hacia la mía para zambullirme en alberca ajena. Nunca había cogido con la colada de otro. Culeé y se oía fuerte el chapoteo. Quienquiera que la hubiera usado le había soltado no poca cosa. En realidad aquella sorpresa era sobre todo frustrante porque —comprendí de pronto— lo que yo quería al venir a buscar por segunda vez a la cretina era su sequedad. Quería que —otra vez— estuviera y siguiera estando seca, durante toda la faena. No sé por qué. O sí lo sabía, lo supe aunque no lo entendiera: para que aquella cretina fuera única y diferente a todos los seres humanos, para que su espíritu primara sobre su cuerpo. Como los que se atraviesan la lengua con un clavo o caminan sobre brasas ardientes. Eso era de última lo que quería, me confesé perplejo: que fuera única y diferente. Y por eso empecé por percibir su cuerpo como único y diferente. Pero ¿para qué quería semejante cosa? Absurdo. La acomodé y me acomodé como para darle con fuerza. Su cuerpo se sacudió con mis puntazos, pero siempre con menos respuesta que una muñeca de goma. Su rostro mostraba menos vida que una máscara de cera. Cuando sentí que me iba —el desconcierto de toda la situación me dejó sin ritmo ni control— solté sus muslos y tomándola de los brazos la hice enderezarse hasta apoyar su pecho contra el mío. Entonces la rodeé completamente con los brazos apretándola con fuerza y exploté. Nada. Absolutamente nada. Ni la más mínima vibración hubo en su cuerpo. Me separé y maquinalmente empezó a vestirse. De pronto, por sorpresa, le tomé el rostro y se lo levanté hacia mí. Oculté perfectamente los ojos. Pero supe lo que quería saber. No había tensión en sus

músculos ni color en sus mejillas. Le tomé las manos: ni sudor en sus manos. Se fue sin esperar a que se lo indicara. Jamás me había sentido tan vacío en toda mi puta vida.

.....

Midos es un Don Juan, un verdadero galán. Todas quieren con él. Lindas y feas, jóvenes y maduras, inteligentes y estúpidas, rudas y sensibles, espirituales y sensuales. Todas quieren tener una experiencia con Midos. Guita la tuvo, y me asegura que sin esa experiencia le hubiera llevado mucho más tiempo llegar a conocer su “verdadera personalidad sexual” —sea lo que sea semejante cosa, que no me lo supo explicar y de la que nunca volvió a hablarme—. Lo conocí en nuestra época de brigadistas. Formé parte de su grupo. Él era el líder, un líder nato. Durante seis temporadas —aunque ahora parece que es pecado recordarlo— el excedente de cretinos-macho se utilizaba oficialmente en los campos de caza de Laurelito, en Tacuarembó. Existían competencias oficiales de caza de cretinos, con inscripción abierta, aunque obligatoria para los brigadistas. En aquella época los miembros de las generaciones que llegaron a participar eran vistos como especie de héroes olímpicos, hoy en día —por razones de Estado según se nos dice— el haber participado ya no figura en el currículum y dado el caso de ser estrictamente necesario se maneja con mucha reserva. Midos fue dos veces campeón en la categoría más difícil: nocturno, interlunio, cancha grande, sin perros. La cancha grande —les recuerdo a los desmemoriados— era de 10 kilómetros cuadrados. Las piezas que Midos cobraba eran inconfundibles: en un alarde de virtuosismo, con el primer disparo —para usar su propia expresión— les “cerraba” la C de

la marca. (De hecho las presas del hijo de puta, muy genial en lo suyo, normalmente tenían *dos* disparos, uno cerrando la C y el otro *dentro de la boca*. Este segundo servía de garantía para que a nadie se le ocurriera sugerir que le había cerrado la C tan pulcramente *después* de muerto). Todo un personaje al que todos abierta o secretamente envidiábamos, y del que nos enorgullecíamos los que hemos formado parte de su grupo. Él también trabaja en la Torre Center, en el piso 10. Fui a verlo. Le aseguré que acababa de conocer el mejor coño en miles de kilómetros a la redonda y que pertenecía a una cretina. Por supuesto que —dentro de lo que le permite su pachorriento narcisismo— de inmediato se interesó en el dato. Se lo di: mediodía en la sala de descanso del piso 27. Al otro día mismo fue. Cuando pasé a primera hora de la tarde por su estudio hizo como que no notaba mi presencia. Cuando me le paré delante y le pregunté qué le había parecido se quedó mirándome como si no me reconociera. Boqueó un par de veces antes de decir “Ah, claro”. “Querido” me aseguró después “tenés que hacerte ver con un siquiatra. La pobre sierva es una zombi. No necesita una verga, lo que necesita es un ataúd”. Afirmación con la que sólo consiguió de mí una sonrisa que aunque se pasara un año estudiándola no la hubiera sabido interpretar.

II

¡Mía!

Decidí comprarla. Comprás una cretina y disponés de ella doce horas al día hasta el último día de su vida, o de la tuya. Las otras doce las pasa en su Zona. Ya nadie se compra una cretina. Para lo que sea hay soluciones más prácticas y económicas. De hecho yo, que no soy del tipo ahorrativo, para comprarla tuve que tomar dinero a un precio imposible y estaré pagándolo por no sé cuánto tiempo. Pero finalmente fui a la Oficina de Recursos y dije “Quisiera comprar a la cretina que tiene el número tal en el Servicio de Limpieza de la Torre Center”, y como el informe que pidieron al Ministerio del Interior no encontró nada que oponer, me la vendieron. O, para ser preciso, a cambio de un dinero me cedieron su uso de por vida (Es decir, por cuanto dure mi vida... o la suya). Es una especie de régimen de copropiedad con el Estado, según explica el Reglamento que me dieron. No puedo venderla, ni alquilarla a un tercero. Puedo castigarla físicamente pero no dejarla inválida ni matarla —si una u otra cosa sucediera pago una multa realmente dolorosa—. Al mudarme puedo pedir cambio de Zona para ella. Si me mudo a un punto donde no hay Zonas a distancia razonable debe reportarse una vez por mes en la Oficina de Seguridad más cercana. No puedo sacarla del país.

Si me voy a vivir al extranjero la propiedad completa de la cretina retorna al Estado. Si durante 15 días no sale de su Zona sin mediar reporte mío explicando la causa, se me multa por Ociosidad de Recursos. A la tercera vez pierdo mis derechos sobre ella. Cualquier cambio de régimen o de horario en su utilización debo comunicarlo a Seguridad, etc. A cambio de estas restricciones, algunas ventajas: puedo cambiarla, devolverla, etc. Y por supuesto: el indicador amarillo de propiedad privada en su ropa, entre otras cosas y aunque no lo indique explícitamente el Reglamento (porque por supuesto se supone que no se tiene sexo con las cretinas) la pone al margen de los apetitos de mis conciudadanos. De aquí en más habrá que pedirme permiso. De aquí en más el que le ponga las manos encima enfrenta una acción judicial que lo deja en la pobreza por el resto de sus días.

Al final indiqué el horario: de 17 a 5. Un horario absurdo —el burócrata me miró sorprendido, alzando una ceja primero y después sacudiendo la cabeza en un claro aunque discreto gesto de desaprobación—. A punto estuve de explicarle que regreso a casa un poco antes de las 17 y no era precisamente mi idea tenerla en casa mientras yo no estaba, pero me callé la boca. En ninguna línea del contrato decía nada respecto de restricciones en los horarios. Al otro día a las cinco de la tarde sonó el timbre de mi puerta y allí estaba. Era uno de esos días de principios de octubre que siguen despidiendo al invierno con un frío tan duro que pueden terminar en granizada. Tenía el pelo recogido en la nuca, los rosados labios temblando de frío, un capote viejo, feo y remendado sobre los hombros. Le mostré el cuarto del fondo, donde está la lavadora, y le dije que lo considerara como propio.

Le dije que podía comer lo que quisiera cuando quisiera. Le indiqué la tarea: primero mi cuarto, luego la compra, luego la cena, luego el resto de la casa. No le dije a qué hora tendría que bajarse los calzones, por supuesto, pero supongo que no tengo que decir que la idea que tenía en mente era la de una especie de paraíso sexual en el que dispondría a gusto y placer —principescamente— de mi nueva propiedad: su cuerpo; cosa que me haría —por supuesto— indeciblemente feliz. Innumerables atardeceres entre almohadones de seda, perfumes de sándalo, frutas frescas y vinos espumantes disfrutando de infinitas maneras de placeres que —decreté de antemano— serían inagotables. Le di mi segunda tarjeta de crédito y le dije que comprara su uniforme de trabajo, tres juegos, y lo que necesitara para acomodar su cuarto. “¿Qué tengo que cocinarle?” preguntó entonces, hablándome por primera vez desde que la conozco. “Lo que le parezca” respondí confuso y emocionado por la tersura firme, límpida y delicada de su voz, que oía por primera vez. Me encerré en mi gabinete. Las manos me sudaban. Traté de trabajar pero no pude. Llamé a Guita. Sólo con ella podía compartir esto. Le conté lo que había hecho y la invité a cenar en casa el día siguiente. Aceptó encantada. A Guita, como ella misma dice, le sirve todo lo que la saque por un rato de la anestesia. Comí panchos con puré —le aseguré que estaban perfectos. Después me bañé, me lavé los dientes y me fui a dormir. No tenía ningún apuro puesto que era mía para siempre. Que se acomodara, que aprendiera a disfrutar de mi casa, que se sintiera dueña. Me desperté como siempre a las siete y, por supuesto, ya no estaba. Busqué su olor en la cocina —donde dejó todo dispuesto para preparar el desayuno—, en su baño, en su

cuarto, pero no pude encontrarlo. Cuando cerré la puerta al salir sentí que mi casa era nueva, diferente y mejor.

.....

Yo no era un muchachito y ella no era —por cierto— mi primera novia. Pero no pude dejar de pensar en ella en todo el día. Imaginé mil estrategias para quebrar su actitud de perfecta ausencia y así llegar a lo hondo de la posesión y del goce. Aunque en realidad ni siquiera sabía su nombre. Y no se lo podía preguntar. Se supone que sólo tienen un número. Nadie los llama por el número, por supuesto, en realidad responden al *tono de voz* que desde chicos aprendemos a usar con ellos. Me pregunté como cuánto sería capaz de usar ese tono con ella. Poco, tuve que confesarme. Entonces ¿cómo hablarle? ¿como a uno de nosotros? Absurdo. ¿Qué tal si simplemente le preguntara su nombre? Seguramente que me repetiría su número. Mejor esperar, concluí, crear las condiciones para que me lo confiara. Y cuantas más vueltas le daba a mi ansiedad más en las nubes sentía mi mente y más calor me subía al pecho y a las mejillas. Nervioso porque no encontraba una idea que me tranquilizara me pareció razonable repasar mi Maquiavelo. Sobrevolé al azar el recetario. Aquí, finalmente, esto es, suspiré, engañándome para tranquilizarme, donde decía que *nada hace estimar tanto al príncipe como el dar de sí raros ejemplos*. “Raro” dado el contexto vendría a ser que no la forzara sexualmente. Sin duda que semejante actitud me ganaría su aprecio. Ganado su aprecio después vendría lograr su entrega. Buen plan. Cuando llegué a casa ella estaba pasando la aspiradora por mi dormitorio y yo me había olvidado hacía rato ya de las sabias palabras del Consejero. Tenía la verga saltándome como un cachorro y no

estaba en condiciones de discutir conmigo mismo las conveniencias e inconveniencias de lo que se venía. Apliqué sin sutileza alguna el mágico “Venga aquí”, que terminó con el zumbido de la aspiradora. Vino y le solté el pelo, le desabotoné la túnica —que compró idéntica a la que tenía en la Torre— y le dije “Desnúdese”. Por un instante no lo hizo. Quedó inmóvil mirando al piso, los brazos laxos rozando sus flancos. Debí decir: “Tiene razón, no lo haga. Empecemos de vuelta. Salgo y vuelvo a entrar”, pero después empezó a desnudarse y ya no supe decir nada. ¡Era tan bella! Tan blanca como el alabastro, sus labios y sus pezones de un rosado tan pálido, extraño y delicado que parecían flores exóticas a las que el roce de un aliento, un par de grados menos o más de temperatura, o la insistencia de una mirada, podrían ya no digamos marchitar sino directamente desvanecer en el aire, tan negro su pelo y sus pendejos como sólo pueden serlo la obsesión y la culpa. La tomé en brazos y la deposité sobre la cama. Me desnudé completamente y me tendí a su lado. En ese momento, tenso como la cuerda de un violín, con la semilla en punto de ebullición, sentí como nunca la presencia del Ser Supremo, de Dios. Hoy en día hemos vuelto a creer en Dios. La identificación ultrafina de patrones de repetición y recurrencia, consecuencia de la integración de los medios electrónicos a los métodos cuantitativos y cualitativos de investigación social, nos hace percibir los destinos individuales y los colectivos como libretados, como previsibles dentro de sets de opciones predeterminadas con alto grado de detalle, y esta percepción nos remite a la sospecha de un libretista, de alguien que detenta la lógica que se manifiesta en esos destinos. Viviendo en un mundo presuntamente lógico,

imaginamos un Dios superlógico. El mismo que en ese momento y en ese lugar —al abrazarla— anudaba lo inanudable. ¿Para qué? Para forzar una de las siguientes opciones:... ¿Cuáles? Ya lo veremos. (Lo que pretendo ahora no es más que darles una idea de cómo me funcionaba el coco en aquel momento). Volví mi cuerpo hacia ella, y tomándola del hombro la hice volverse hacia mí. Sus pechos no pesaban un quilo y medio cada uno como los de la Frieda de *El corazón de piedra*, ni eran las tetas puntiagudas de loba furiosa de la Patricia de *Ultimas conversaciones con el fauno*, sino que eran las impervitibles tetas de una Virgen renacentista, pura belleza, pura espiritualidad. A la fuerza enfrenté su rostro al mío, pero —por supuesto— cerró los ojos. A la fuerza separé sus párpados pero revoleó las pupilas para arriba. Entonces metí mis rodillas entre las suyas y me zambullí en su vientre. Su sexo era dulce y fresco como una fruta en el verano, pero estaba seco. Mareado por la delicia colgué sus brazos de mis hombros para sentirme abrazado. Me hundí en su cuerpo, y sentí que su cuerpo era el Paraíso, pero también sentí que ese Paraíso no era para mí. Podía experimentar toda la infinita caricia de su piel, pero no recibirla, porque no me era dada. Trabajé su sexo lentamente, puntada a puntada, con la desesperada fruición que sólo puede darnos la conciencia de que la perfección que usurpamos nos está negada. Después, de pronto, comprensiblemente, me llovieron en el alma el despecho y la furia. Harto de su adorable lejanía puse sus pantorrillas sobre mis hombros y le di en el coño como sólo se les da a las putas descartables. Y cuando no pude más desclavé la espada en llamas, monté sobre su vientre, junté sus pezones en un puño y les solté encima la gelatina.

Lo mismo hubiera dado haber hecho nada o cualquier otra cosa. Ni placer ni paz saqué del rapto. Al contrario, me sentí exasperado como nunca, con los dientes rechinándome y la verga más dura que antes de empezar a usarla. Salté de la cama. Estaba fuera de mí y hubiera podido hacer cualquier cosa. Encendí la luz del techo, lo cual es mucha luz, aunque su belleza la soportaba con holgura: es más, la pureza de su piel se burlaba del sarcasmo de la luz. Permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, relajada, serena. Su cuerpo marfileño resplandecía sobre el cubrecamas azul. Me senté en el borde de la cama. Empujando el labio inferior abrí su boca e, inclinándome, miré dentro. En la cámara intensamente rosada de su boca sus dientes perfectos resplandecían como perlas genuinas. Me incliné y olí su aliento. Era fresco y suave como el aire de la montaña. Narcotizado, pensé que respirarlo diariamente haría de mí un superhombre. La esculcaba como quien revisa una yegua que acaba de comprar. En realidad buscaba en su cuerpo las huellas del misterio que me magnetizaba. Revisé sus orejas. Si se coleccionaran orejas como se coleccionan caracoles por las suyas se pagarían fortunas. Parecían decir “Véase cómo estas tristes alcachofas, pellejos retorcidos, orificios sinuosos, pueden parecer el espejo mismo de la gracia”. Volteé su rostro para que la luz bañara más de frente su oreja derecha. Perfectamente limpia hacia adentro y por fuera. Deslicé mi mano cuello arriba por entre la seda de su cabello hasta que su nuca llenó la palma de mi mano. Se me cortó el aliento. Se me paralizó el corazón cuando sostuve el cálido y frágil pabellón donde mora su cerebro en el centro nudoso de poder que es lo hondo de la garra. Entreví como en un fogonazo, sin comprenderlo, en la

misma ecuación, el delicado equilibrio entre el cuerpo, el alma y lo sagrado. Me incliné hacia adelante y olí su nuca. Olía a sueño y a dulce abandono, al punto que temblé de ternura. También olía a víctima, a indefensión, a presa, y por un instante sublime sentí el deseo de abrir una boca enorme y morder allí, en la nuca, triturando y destrozando hasta sorber el jugo de sus ilusiones y sus sueños. Mareado me enderecé, como si un instante más inclinado me hubiera hecho caer hacia adelante, hacia el vacío y la nada. Ella permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, respirando pausado, seguramente tratando de descifrar de qué tipo de ritual estaba siendo objeto. Entonces fue que vi la pálida mancha en el costado izquierdo del cuello. No una mancha, porque no tenía bordes, más bien sólo un roce oscuro. Toqué la sombra, pero no se despintaba. Tocándola di con el flujo de su sangre. Conservé el latido en la punta de los dedos hasta serenarme. Bajaron por sus hombros las palmas de mis manos y luego bajaron por sus brazos. No había dureza ni rugosidad en sus codos. Arroyuelos celestes espejaban en la nieve de sus antebrazos. Llegaron las puntas de mis dedos a las palmas de sus manos. Estaban secas. Nada esperaba, nada temía. Increíblemente no había durezas en sus manos de limpiadora. Sus ojos seguían cerrados. Sus pezones me miraban. Su piel era la más perfecta que hubiera visto en mi vida. ¿Cuánto se paga por una piel humana blanquísima, suavísima y sin imperfección alguna? Se desuella a cretinas por pieles como ésta. Pero ahora a ella nadie podría desollarla, porque era de mi propiedad, mía. Dejé correr las puntas de mis dedos hasta que coincidieron con las puntas de los suyos. Entonces toqué durezas. Las yemas de los dedos de su mano izquierda tenían du-

rezas. Callosidades imperceptibles a la vista. ¿Usaba más la mano izquierda? ¿Era zurda? Pero no había callosidad en el pulgar. El semen se había secado sobre su pecho. Puse la mano abierta sobre su vientre y endureció los músculos. Tenía la verga dura y atenta a cada nuevo contacto. Evidentemente en cuestión de minutos estaría otra vez cogiéndola. No, no debía ser así. Tironeé de mí y me arranqué de su lado. Fue difícil. Al vencer la atracción fue como si estallara un fogonazo. Me encerré en el baño. Sentí que la lluvia del duchero me diluía y me empujaba por el resumi-
dero como si fuera un monigote de arena.

.....

Guita llegó puntual —cosa que nunca antes—. No tardó ni un minuto en captar la tormenta en mi corazón y en mi mente. Le conté con detalles. Se encogió de hombros y dijo: “Evidente”. Fue a la cocina. Pensé que le cantarí a las cuarenta a la retina. Mentalmente amagué detenerla, pero no moví un dedo. Volvió enseguida, muy tranquila. “Querido” dijo sacando el teléfono del bolsillo y discando “si no me invitás a cenar me podés dar cualquier cosa. Pero si me invitás no me podés dar hamburguesas y no me vengas con que las hace deliciosas”. Pidió comida china, cantonesa. “¿Qué puedo hacer?” pregunté claudicando. “No actuar como si todas las cartas buenas las tuviera ella” me susurró relamidamente cómplice al oído como si alguien pudiera oírnos. Guita es una verdadera señora y acto seguido me dio una demostración concluyente de semejante condición. Me tomó de la mano y me llevó al comedor. Me sentó a la mesa, que aún no estaba puesta. Se arrodilló a mis pies, desembozó mi instrumento y a fuerza de lamidas, chupeteos, arrumacos, mordidas y meneos

me lo puso presentable —de hecho el pobre, semierguido, se balanceaba como empujado por los malos vientos de una resaca—. Luego se paró y apretó el timbre del Servicio —que yo no instalé, no soy tan snob, estaba allí cuando recibí la casa—. Volvió a arro-
dillarse a mis pies. Con ojos soñadores me masturbó suavemente, como para mantenerme enhiesto. Entró la cretina. ¿Qué ven y qué no ven si siempre miran al piso? Supongo que ven todo, a pestañazos, o de reajo, o de voleo. Guita se introdujo la cabeza de la verga en la boca lenta y concienzudamente, como quien degusta viandas exquisitas mordisqueó y luego chupeteó sonoramente. Le dijo sin mirarla “Ponga la mesa para comida china”. Mi cretina obedeció sin vacilar. Retiró las flores y la carpeta mientras Guita continuaba lenta y morbosamente con su chupada de verga ruidosa y desprejuiciada. No le conocía tanto manejo en una técnica hecha de fiestas y zalamerías ostentosas y entusiastas. Nada que se pareciera al estilo minucioso, solemne y reconcentrado que le enseñan a nuestras chicas en la Secundaria y del que nunca terminan después de curarse completamente. Con la habilidad un tanto torpe de una odalisca de cabaret enroscó con la lengua el cuello de la verga hasta casi estrangularla. Mostrándome mucho los dientes, como una vampiresa de feria, me mordió el tallo hasta casi seccionarlo. Hizo crecer el diámetro de los huevos con lamidas de lengua seca como de tigresa. La cretina entraba y salía del comedor poniendo la mesa tan tranquila como si estuviera sola. Guita me la meneaba con un juego de dedos que presionaba arriba y abajo puntos secretos haciendo cabecear el junco como si un tifón arreciara. Cerré los ojos y los cambios de mano eran de sutileza tal que me parecía que una patota de

geishas ansiosas se disputaban mi verga. Como dije antes, Guita viaja. Y el que viaja mucho, aprende mucho. Empecé a flotar entre tintineos de cristales y roces de porcelanas y de finísimos metales. Y no pude evitar soltar un gemido dulce como quejita de párvulo cuando se me desbordaron por fin todos los cauces, que recogieron labios ávidos, pacientes, minuciosos como sólo pueden serlo los de una madre. No obstante lo cual me dio como para apreciar que, cuando la delicia me desbordó, los sonidos de la tarea de la cretina se llamaron a silencio, y en la medida en que pude apenas entreabrir los ojos pude apreciar cómo su mirada oblicua y descendente por un momento, sólo por un momento, no aterrizaba directamente en el piso sino sobre mi vientre. Así confiaba Guita en aclararle que no todas las cartas buenas las tenía ella. En ese momento sonó el timbre. Guita se paró, graciosa y señorial, tomó una servilleta, se secó los labios y simplemente dijo, distante y altanera: “Apúrese con la comida que el señor ya tiene abierto el apetito”.

Durante la cena Guita puso en juego todos sus encantos para evitar que las periódicas reapariciones de la cretina me sacaran de onda. Lo logró. Me contó con humor incomparable los chismes de todos nuestros conocidos: quién viaja, a dónde y por qué, quién se injerta un chip, qué chip y para qué, quién hace qué planes, con quién y para cuándo. Tomamos el café y el cognac en el sofá frente al ventanal, con la sala en penumbras y la ciudad a nuestros pies, escuchando el cuarteto en mi bemol mayor, el 127, de Beethoven. ¿Cuándo y cómo fue que se me ocurrió que tenía que escuchar los últimos cuartetos de Beethoven? Fue hace unos meses cuando en el canal de Clásicos volví a ver *Dos o tres cosas*

que sé de ella. Después, un fin de semana que fuimos —Guita y yo— a Buenos Aires compré la versión del Cuarteto Guarneri. Misma a la que esta noche, finalmente, le rompí el celofán. Con la *mélange* un tanto solemne y otro tanto súbitamente melosa del primer movimiento, hundidos en el sofá nos relajamos, hombro contra hombro, su brazo sobre el mío, los dedos enlazados. Con la languidez sentimental exacerbada con que comienza el segundo nuestras cabezas se unieron, nuestros ojos se cerraron y pasamos al terreno de las íntimas comuniones. Avanzado el cantabile empezamos a besarnos larga y delicadamente, saboreando el sacramento de la unidad espiritual en la embriagante mezcla de las salivas. En las crestas de la emoción que se alcanzan finalmente al retornar el *adagio* mis dedos se hundieron en la seda de su cabellera, para resurgir desliziéndose por la seda de su blusa y acabar aterrizando en la diminuta pista circular de sus pezones. Cada tanto Guita entra —digamos que es como una de sus fases, y le dura no menos de una luna— en un período en el que tengo claramente la impresión de que goza de lo que le doy no en función de su propia sensibilidad sino mediante una especie de identificación conmigo. Es decir que imagina mi placer al pellizcarle los pezones y *goza ese, mi placer* —sin sospechar que mi placer al pellizcarle los pezones proviene de identificarme con su supuesto placer al sentir sus pezones pellizcados—. En algún punto de este círculo vicioso de todas maneras hay una salida secreta hacia el placer real ya que como de costumbre la pasamos de maravillas. (Me pregunto a qué tipo de extremos la someterán —con sus otros amantes— estas lunas del gozar ultrapasivo y vicario). En el silencio entre el segundo y el tercer movimiento me

susurró al oído que diéramos vuelta el sofá porque se le antojaba montarme pero mirando las luces de la ciudad. Empujar un pesado sofá hasta darle la vuelta 180° cuando estoy ya con la picha al aire y dura como un cuerno de cabra no es nada si me lo pide mi amiga del alma. Procedí, disfrutando de su silueta recortada en el ventanal mientras se quitaba los calzones. “Cada vez es como si te cogiera por primera vez” le dije cumplidamente al oído apenas tuvo la amabilidad de alojarme en su joyero, deseando que le sonara el tal lugar común tan sincero como fuera posible. La vivacidad juguetona del tercer movimiento, a medio camino entre el susurro ansioso y la acrobacia, nos encontró mecidos por la más deliciosa de las cópulas. Sus frenesíes amables, hechos de piruetas y de agudos vertiginosos y de silencios azucarados, le vinieron de maravillas a mi dulcísimo vuelo nocturno por sobre los bosques, quebradas, llanuras y remansos caprichosos del deseo. En medio del solo de Guita me hice un tanto hacia atrás para mirar en sus pupilas y lo que vi fueron los infinitos puntos luminosos de la ciudad aérea y nocturna delicadamente velados por la bruma del deleite. Me remató como y cuando quiso. Y quiso que fuera pronto y sin alharaca, con una caricia intensa y contenida de nuestros puntos más sensibles, mientras sus labios devoraban a los míos y su lengua penetraba hasta el fondo de mi boca. La insatisfacción del polvo tempranero con la cretina y la delicada irritación de la felación aperitiva me habían dejado ansioso y a punto, y a la honesta cogida de Guita no le costó nada recoger su fruto. Rato largo hacía para entonces que la cretina no se me cruzaba por la mente, por lo que me sobresalté cuando, al volver al mundo consciente —ya entre las inquietudes y falsas respuestas

del finale del cuarteto—, vi su silueta inmóvil en el corredor en penumbra, a medio camino entre la puerta de la sala y mi dormitorio. Guita, por supuesto, notó mi sobresalto. Me preguntó y le susurré al oído lo que veía. Ni se inmutó, por supuesto. Disfrutó prolijamente de las postrimerías de su orgasmo. “Caramba con la zorrита” musitó divertida después. Pero en mí se había instalado el sutil desasosiego que tan bien expresa ese cuarto y último movimiento. Entonces, como no podía quitar mis ojos de la silueta, pude ver algo sorprendente: acompañaba con un pequeño movimiento de la cabeza los pasajes más rítmicos del finale. Es decir: quizá lo vi, quizá no y es una especie de imaginación retrospectiva. En todo caso no se lo dije a Guita. Al terminar el cuarteto Guita se paró, cortando la modorra. Instantáneamente la silueta en el corredor desapareció. “Mandámela mañana, en el mismo horario que viene aquí” dijo. “Veo que vos solo no estás en condiciones de conseguir lo que quiera que sea que se te ha antojado”. “¿Qué le vas a hacer?” pregunté, calculo que algo lastimosamente. “Nada. Estudiarla para poder decirte de qué se trata y qué es lo que tenés que hacer” respondió burlona terminando de ponerse el calzón e inclinándose sobre mi vientre. Tomó con su boca grande, húmeda y cálida mi desinflado apéndice y con labios hábiles hizo que el capuchón se deslizara hasta volver a recubrir la bellota. Luego con dedos rápidos y cariciosos arropó mi vientre. “¿Qué haría sin ti?” pregunté sacándole el pelo de la frente. “Lo mismo que conmigo pero mal” dijo muy segura. Me dormí recordando pasajes del cuarteto —apenas aires, medias frases, arranques, por supuesto—, constatando lo fácil que era tararearlos cuando parecía una música tan compleja al escucharla.

.....

Pasé entonces todo un día sin mi cretina. Temprano al día siguiente Guita tuvo la previsible delicadeza de llamarme. “Perdés el tiempo” barbotó con voz de resaca pétrea. “Es perfectamente estúpida”. Y después, cuando el silencio se hizo demasiado espeso, agregó: “Igual estás disculpado: lo estúpido y lo sublime a cierta distancia engañadora se confunden. Mejor asumí que estás en una confusión y cambiá de tema”. Dejé deslizarse en su cerebro notoriamente pastoso unas gotas más de silencio telefónico antes de preguntar qué pasó. “Nada. La acusé de espiarnos mientras cogíamos, y nada. La amenacé con denunciarla, que para ella son diez años de trabajos forzados en el Congo Belga, y nada. Le chupé la concha como nadie se la va a chupar en su vida: nada. O es un adoquín o pertenece a una célula terrorista, cosa que no creo”. “Por supuesto que no es una terrorista” dije conciliador, o sea, temeroso. “¿Qué querés decir con nada?”. “Nada es nada. ¿Vos alguna vez la viste abrir la boca y la oíste decir algo?”. “Sí” dije distraído. Me di cuenta de que cada nuevo dato que la realidad me aportaba acerca de la cretina era un centímetro más que se me apretaba algo así como una soga en torno al cuello. Me sentía tan atrapado como un conejo con la pata quebrada en una trampa. “Guita” dije “no sé cómo agradecerte”. “Lo hice por vos. Lo hice con gusto” dijo, pero me sonó amoscada. “Pero te molesta haber tenido que hacerlo” concluí. “Es que no sé qué querés conseguir. Que las cosas estas están para usarlas es un hecho. Pero vos querés más. No sé qué. Sacar jugo de una piedra. Tratarla como si fuera uno de nosotros. Y eso está mal” soltó liberándose. No supe qué decir. “¿Querés un consejo?

Pedile directamente eso que querés y si no te lo da *matala*. Pagás una multa y santas pascuas. ¿No tenés dinero para pagar la multa? Pedís un préstamo” dijo, y sonaba sinceramente preocupada. “Ya pedí un préstamo para comprarla, Guita” susurré sintiéndome agradecido por su preocupación. “Yo pido uno para vos” dijo. No supe qué responder. “Chau. Llamame” dijo y colgó. Llamó a los cinco minutos. “Una pavada. De la que ni siquiera estoy segura. Me falta un libro. Me imagino que se lo llevó ella”. Esa sí era una noticia. “¿Un libro? ¿No se supone que degeneraron hasta regresar al analfabetismo?”. “Se supone, pero se supone también que no todos” dijo en tono indiferente. “Incluso se dice que hay un pequeño mercado negro del libro en cada Zona. Debe de haberlo agarrado para venderlo”. “¿Qué libro te falta?” pregunté. “*Beethoven visto por sus contemporáneos*, o algo así. Lo compré para regalártelo en tu cumpleaños. En realidad me di cuenta que faltaba precisamente porque era tu regalo. Si no, entre todos los libros del abuelo que traje para casa no iba a darme cuenta”. Ésta sí era una noticia, una noticia peligrosa. “A lo mejor lo tiene Tilia. Ella siempre se está llevando libros sin avisarme. Dice que no se acuerda, que esta noche se fija. Yo creo que tu cretina es tan estúpida que si se lo llevó es porque no sabe que se puede comer veinte años de trabajos forzados por eso. O no sabe que todos los libros tienen alarmas electrónicas” dijo, captando mi preocupación. Quedamos en silencio. Mi silencio era notoria y ostentosamente un silencio de preocupación. “¿Cuál es el problema?” preguntó otra vez amoscada, y siguió, pedagógica y cínica “Si lo agarró ya la quedó. En las terminales de las Zonas pasan por detectores electrónicos. A esta hora ya la estarán llevando a

una Zona de trabajos forzados. Si por milagro no la quedó todo lo que tenés que hacer es decirle que devuelva de inmediato el maldito libro, o mejor que lo queme, o que lo entierre. Porque si una inspección lo requisa en la Zona, lo tenga quien lo tenga van a venir a pedirme explicaciones a mí. El pin de información lleva mi nombre. Y qué voy a decir ¿que me olvidé de denunciar la ausencia? Sabés bien que son implacables con el tema de los libros. Me van a multar”. Le aseguré que hoy mismo hablaría con la cretina y le pedí que no hiciera todavía la denuncia. “Por supuesto que no la voy a hacer” me tranquilizó “pero se supone que las inspecciones en las Zonas son implacables. Si lo tiene se lo van a encontrar. Y entonces te quedaste sin adorado tormento por lo menos por veinte años”. “En fin” terminó “lo más seguro es que lo tenga Tilia y estemos hablando al santo botón”. Antes de colgar: “Una cosa más, Guita”. “¿Qué pasa?” preguntó con tono un tanto harto. “¿Qué te pareció por abajo?” Adiviné que se sonreía. “Angelical” dijo contundente. “¿En serio?” “Angelical” repitió.

Durante todo el día no pude sacarme de la cabeza la idea de que la habían detenido al llegar a la terminal de la Zona. Y sin embargo, por más vueltas que le daba, la idea no terminaba de cobrar realidad, no terminaba de vivirla como una posibilidad cierta. Es extraño cómo hemos llegado a no poder concebir una distancia objetiva entre nuestro deseo y su objeto, un verdadero obstáculo para nuestro capricho o nuestro placer. Lo normal es estirar la mano y tomar lo que deseamos, nada se resiste, no hay absurdos accidentes que lo impidan. Al mediodía bajé a divagar por el shopping que hay en la planta baja de la Torre. Me en-

contré con un valijero que, much to my surprise, entre salseros, melódicos y rocanroleros llevaba la versión Dúo de Philips de los últimos cuartetos, es decir, la del Cuarteto Italiano. A cinco dólares el disco. Seguía haciendo un frío de los mil demonios, empeorado por el viento del sur que empezaba a soplar. Llegué temprano a casa y en el mismo momento en que terminé de estacionar el auto en el garage y lo apagué se me ocurrió ir a esperarla a la parada del ómnibus. Me quedé minutos sentado en el auto, mirando la pared del garage, anonadado por la ocurrencia, y sin embargo totalmente consciente de que —por más ridículo que pudiera ser— iba a terminar yendo, porque en realidad no había tenido una ocurrencia, sino que mi cerebro había recibido lisa y llanamente una orden producida en el oscuro centro de nuestro ser que en realidad toma las decisiones. Me ericé. Estaba en el medio de una crisis de hiperlucidez. Palpé el núcleo oscuro. Pocas veces en mi vida había tenido la experiencia del núcleo oscuro como ahora. De hecho en discusiones cónicas y/u ociosas he llegado a sostener que ese famoso núcleo oscuro de los psicólogos —del que saldrían directamente las verdaderas decisiones, las grandes, las que ponen todo en jaque, las que desbaratan los órdenes decretándolos efímeros, las que exigen un sometimiento total del ser al nuevo curso emprendido— se ha hipertrofiado en nuestro mundo hipercomplaciente por falta de uso, hasta desaparecer. Estaba tan ido y concentrado que me había quedado con la boca abierta y un hilo de baba se me escapaba por la comisura derecha. La experiencia duró sólo unos pocos segundos, luego el cuerpo inasible —casi una mera sensación fantasmática, sin causa objetiva, como la que produce un miembro amputado—

se desvaneció. Busqué, tratando de localizarlo nuevamente, pero toda la tensión ya se diluía, porque la puerta del garage había vuelto a abrirse para dejar entrar otro automóvil que al pasar bañó de luz todo mi rincón. Pero mientras duró, duró. Era como sentir —ser adentro— una especie de sombra animal invisible, intangible y sin embargo dura y afilada. Supongo que todos ustedes lo habrán percibido alguna vez y que comprenderán lo inútil de mi esfuerzo por describirlo. Hay un tipo en Argentina que dice que ha descubierto cómo atraparlo, extirparlo, medirlo, pesarlo, exhibirlo en una jaula, operarlo, cambiarlo de cabo a rabo y reimplantarlo. Dice que la anatomía del núcleo oscuro es sencillamente *maravillosa*. Salí a la calle abotonándome completamente el sobretodo y caminé hasta Rivera que es por donde pasan los ómnibus de Línea Gris, la de los cretinos. Me instalé a varios metros de la parada y me subí las solapas del sobretodo. Esperando no pude sino recordar las historias secreteadas en la complicidad de la adolescencia —aunque nuestros padres misteriosamente siempre las sabían, y a nuestras espaldas sonreían orgullosos y satisfechos—. Historias de acechos, raptos y violaciones de cretinas. Yo —como dije— quién sabe por qué pero no tenía de esas historias, de manera que —aquí lo confieso— me las inventaba, tomando como modelos las de mis amigos. A las cinco menos cuarto bajó del ómnibus e inició la caminata en dirección a la rambla. La seguí a cierta distancia y desde la vereda de enfrente. Yo caminaba un poco encogido por el viento frío y frontal. Ella no. Daba la cara al viento y caminaba con el paso elástico y despreocupado de una adolescente que marcha a su clase de gimnasia olímpica. Guita tenía razón: o ella me daba eso que ni yo

sabía qué era pero que buscaba en ella o tendría que matarla para no enloquecer. Caminaba como si no fuera una cretina, como si su vida no fuera la de una cretina. Y como si estuviera sola en el mundo. Y como si el aire que revoloteaba enredándole el pelo y tratando de arrancar los primeros retoños de los árboles estuviera repleto de una música mucho más magnífica que el *Magnificat*, mucho más luminosa que el cielo de los dioses, mucho más poderosa que la más aplastante de las catástrofes. La vi entrar al edificio y recibir mi llave del portero. El palurdo la miró alejarse hasta que se cerró la puerta del elevador del servicio. Claro que te gustaría trincártela. De hecho si ella no llevara el brazalete de color amarillo el rústico no hubiera dudado en llevarla a conocer la sala de máquinas del edificio. Extraño vivir así, al azar de los deseos de los demás. (Pero ¿no vivimos también nosotros de una manera que en el fondo es la misma? De hecho raramente rechazamos el deseo del otro. Nada más que pactamos el lugar y el momento, y exigimos el equivalente de lo que damos). Está dicho que el humano es capaz de acostumbrarse a cualquier cosa. Pero al estar así sujeto al capricho absolutamente imprevisible de otros se debe de criar una especie de callo. La arbitrariedad del uso debe bloquear la respuesta natural. Como les sucedía a las prostitutas, cuando las había, antes de la abolición del matrimonio y el advenimiento de la permisividad total. Si no se hiciera callo se viviría en una especie de agotamiento sensual, de embriaguez perpetua, de delirio. La mente se afectaría. Quizá ella ya tenía callo. Pero era muy joven. Quizá era simplemente fría. O quizá tenía un control *real* sobre las respuestas de su cuerpo. Un

enjambre de ideas de esta índole me zumbaba en la conciencia. Las espanté como si fueran moscas.

.....

Cuando entré estaba en la cocina, terminando de abotonarse la túnica. Me dirigí a la biblioteca indicándole que me siguiera. Me senté en mi sillón de lectura. Quedó parada en medio de la habitación, enmarcada por los últimos rayos de sol. Mirando al piso, pasiva, inmóvil. No era la misma muchacha que minutos antes avanzaba hacia el mar con todo el aspecto de una deidad aérea. “¿Usted se llevó un libro de casa de la señora Guita?” pregunté tratando de no sonar acusador. Sin respuesta. “¿Sabe que para ustedes la posesión de un libro configura un delito grave?”. Sin respuesta. “¿Sabe que es obligatorio denunciar la desaparición de libros?”. Algo en ella se agitó, como si fuera a responder, pero no lo hizo. Quizá era el *tono*, quizá estaba aplicando ese tono con ella. Me esforcé por borrarlo. Creo que soné raro, entre zalamero y confesional. “¿Sabe que los libros contienen dispositivos electrónicos invisibles que hacen muy fácil localizarlos y saber el nombre de su dueño?”. Movié la cabeza apenas, afirmando. Un simple gesto que hiciera, éste o cualquiera, estaba destinado a conmoverme. Estuve a punto de ir y tomarle las manos y besárselas y decirle que quedaba perdonada de todo corazón. “Tiene que devolverlo” dije en cambio, con voz tan suave que casi estaba rogándoselo. No respondió, se había refugiado otra vez en la pasividad total. “¿Para qué lo quería?” pregunté. Me era necesario hacerla hablar, de lo que fuera. Siluetas inmóviles, susurros en una habitación de la que los últimos resplandores se escurrían. No iba a hablar, no iba a decirme una palabra. Es decir

que ella sabía que yo podía obligarla a hablar, pero también sabía que no lo haría. “¿Cómo fue que no la delataron los detectores?”. Incliné apenas la cabeza a un lado, como una Madona con el Niño. Estaba bien que no hablara, estaba perfecto. Su silencio, todo su silencio, cada uno de sus silencios, segundo a segundo la erotizaban. El erotismo vive de lo incompleto, de lo enigmático, de lo que necesita ser revelado. “¿Promete traerlo mañana?” casi rogué. No respondió, pero de alguna manera su silencio, aunque era el mismo silencio de siempre, era ahora una promesa. Decidí demostrarle que también yo podía hablar con el silencio. Pasaron los segundos y luego los minutos mientras las sombras avanzaban ocupando todos los rincones de la biblioteca. ¿Qué le estuve diciendo con mi silencio? Le estuve diciendo: “Te deseo pero no te toco. ¿Por qué no te toco? Porque necesito que todo sea diferente”. No creo que no haya oído el mensaje. Creo que oyó el mensaje de mi silencio aun más claro que el de mi voz cuando ya totalmente a oscuras le dije finalmente que fuera a hacer su trabajo. De manera que sí se llevó el libro, me quedé pensando. Y no le pasó nada. Tengo que averiguar cómo hizo para que no le pasara nada. Otra vez me esforcé en pensar qué hubiera pasado —en mí, por supuesto— si la hubieran detenido y mandado en gayola veinte años, pero otra vez la idea no penetró realmente en mi ser. Quedó girándome alrededor, como una luna misteriosa.

Confieso que no sé nada de sopas. En realidad soy cualquier cosa menos un gourmet. Pero la sopa que me sirvió me pareció francamente fantástica, aunque no tengo la menor idea acerca de con qué estaba hecha. Era azul y tenía un sabor animal, pero suave y muy raro, que contrastaba nítidamente con un

condimento fuerte que me pareció ser algún tipo de pimienta. La frescura del cilantro armonizaba los contrastes. “Las hojas de cilantro son islitas flotantes que caen por el cono azul del maelström que produce mi cuchara, en el fondo del cual las esperan las fauces del monstruo enormísimo, que vengo a ser yo” pensaba. Y después, asociando prolijamente, continuaba “Obviamente que el aleph de Borges viene del maelström de Poe”. Y así siguiendo divagaba y me entretenía tomando mi sopa azul. Calculen la índole de mi estado de ánimo: entre la felicidad y la estupidez. Un empujoncito y caería en la euforia. Me parecía perfecto que ni Guita, ni Midos, ni yo le hayamos podido sacar una respuesta a su cuerpo. Era virgen. Yo sería quien la *abriera*, a quien entregara sus *secretos*. Después de cenar me senté a oscuras frente al ventanal a escuchar otra vez el 127. Normalmente escucho dos o tres días seguidos la misma pieza, y sólo esa pieza. He descubierto que esa es mi manera de entablar una relación precisa y profunda con un objeto musical determinado. La pieza se siente respetada y *se abre*. En mi rectángulo de cielo, que es el del suroeste, tropas de nubes asustadas, con el vientre agrisado por la luz sucia de la ciudad, cruzaban en fuga sin retorno el firmamento brillante y negro. ¿Qué pasa cuando una música *se abre*? Hipótesis: nos permite escucharla como fue compuesta, como quiso el compositor que se escuchara. No le agregamos nada. ¿Es eso posible? ¿Es posible no agregar nada, recibir con la mente en blanco? ¿Es posible oír la pieza *como fue compuesta*? ¿Oír los cuartetos —los últimos, además— como Beethoven en su sordera los oía? Semejante empatía perfecta es, por supuesto, utópica. Y sin embargo al sumarse experiencias de escucha atenta

y exclusiva termina por producirse un efecto que nos parece de *apertura*. La escuchamos de día, de noche, con calor, con frío, con furia, con amor, sobrios, borrachos, cogiendo como el otro día, o simplemente ansiosos por entenderla, y como la hemos escuchado de todas las maneras y con todos los humores, nos parece que nos ha hablado de todas las maneras en que puede hacerlo, que se ha abierto a nosotros. Empirismo ingenuo: se le atribuye al objeto observado procesos del sujeto observador. Esa suma de instantáneas mentales que tenemos de ella ¿termina por revelarnos por lo menos qué es en realidad, esencial y precisamente, lo que tanto nos gusta de ella?

Así razonaba —mezclándose en mi mente desde el principio el acceso al sentido de los últimos cuartetos y el acceso al ser secreto de mi retina— mientras me sometía a la nerviosa e imprevisible mezcla de humores del primer movimiento del 127 en la inesperada versión del Cuarteto Italiano. Lo del Guarneri era la pura musicalidad, la búsqueda del matiz para expresarlo tan plenamente como fuera posible. Lo del Italiano era la aparente torpeza de tocar todo plano, incurriendo sólo sumariamente y entre dientes en los matices expresivos. Cuadrado y áspero. Casi rígido. Conceptual. Intelectual. Una versión brechtiana, digamos. Brecht según Strehler. Entendí que el punto era que Beethoven, proteico y polifacético, admitía ambas lecturas. Deduje que habría entonces quien intentara la síntesis. Después sucumbí a la música. Arranque y freno, entusiasmo y duda, calma y desasosiego, esperanza y angustia, continuos contrastes, cambio incesante dejando a medias, o en el aire, lo apenas esbozado. Esta versión acentúa el juego de contrastes al agregar los tímbricos: los graves

son rancos, ásperos, bestiales mientras los agudos se vuelven metálicos hasta la estridencia. Beethoven no se dedica a semejante gimnasia expresiva sólo por sorprender y desconcertar: en cuanto cierro los ojos y me borro y me dejo inundar completamente por la música me parece evidente que en estos últimos cuartetos —o, al menos y en principio, en este, el 127— estamos de lleno en el terreno de las *confesiones*, esto es de la pintura de los estados y de los *secretos* del alma. No conozco a fondo ni la vida ni la obra de Beethoven. Confieso que la aureola romántica del Gran Atormentado, creador de Monumentales Sinfonías, me impidió acercarme antes. Pero ahora me propongo escuchar con atención estos cuartetos en los que adivino que habla directamente de sí mismo. A través de la puerta del comedor que había dejado abierta me llegaba desde la cocina el rumor del lavado de platos y cacerolas que, producido por las manos de mi cretina, era esa sí mi verdadera música. Como la imaginación perezosa siempre inventa lo que no sabe, imagino que Beethoven, quien —según informa el folleto que viene con el disco— ha recibido el encargo de cuartetos de un príncipe ruso, habiendo oído de las excelencias de los ejecutantes rusos —son los años de Paganini, del virtuoso como estrella— decide hacerles difíciles las cosas, pero en el proceso de combinar intrincadamente formas descubre con estupor que detrás, por debajo, más allá de *las* formas yace *La Forma*, un estado en el cual el material sonoro se *abre* —encore—, se vuelve milagrosamente apto para expresar lo más profundo, y por consiguiente oscuro del alma sin intermediación alguna. Beethoven se entrega entonces a la experiencia sin límites de ese estadio superior y desconocido de la música, experimen-

tación que el destino quiso que fuera así, en bruto, su testamento musical, ya que la enfermedad lo mató apenas concluidos los cuartetos. Entregado al maelström de la imaginación acabo por imaginar a Beethoven ya en su lecho de muerte concibiendo entre delirios su nueva ópera: *Fausto*, en la que para expresar las profundidades del más grande símbolo del Hombre jamás creado, aplicará, desarrollará y madurará el nuevo universo formal que ha descubierto. Llamémoslos juegos de la imaginación, exaltada por el estado de euforia en que me tenía la presencia de mi cretina en casa. “Sabe Dios los cielos que alcanzaremos juntos, si actúo con cautela y con inteligencia, por supuesto” pensaba fervorosamente, como quien reza. Recordé entonces que alguna vez tuve un ataque de imaginación similar a éste: imaginé a Spinoza en su lecho de muerte. Devorado por la fiebre, también delirante, cree que el río se ha desbordado y su camastro flota, sale de la casa y lo lleva la corriente hacia el cauce del río y luego hacia el mar, hacia la vastedad del mar.

Transcurridos sus siete minutos y medio terminó el allegro, se desvanecieron las ardientes discusiones, pasó la tormenta, comenzó el adagio. Mi rostro se descompuso e, inesperadamente, las lágrimas bañaron mis mejillas. Quizá últimamente he estado tomando algo más alcohol que lo razonable y el cerebro se me ha reblandecido hasta la sensiblería. Quizá en esto juegue también un papel el estado de ansiedad en que me tiene el antojo fuera de toda medida que me ha dado con la cretina. O quizá lo de Beethoven es simplemente demasiado fuerte cuando se lo escucha con atención. Si el primer movimiento era una especie de autorretrato de Beethoven en ropa de calle entonces el tema

con variaciones —siete— del segundo sería la disección capa por capa de lo más íntimo de su intimidad, allí donde la intensidad emocional acaba por desbordarse en el sentimiento místico hasta alcanzar la serenidad del alma. Esta serenidad alcanzada en lo más hondo es la que explica el impulso lleno de energía que, del vivace al fortissimo, recorre al tercer movimiento. Es el alma que, sabedora de sus oscuridades pero también de sus fuerzas y sus recursos, se cree capaz de devorar al mundo. El movimiento se cierra con lógica implacable y trazo expresionista dejando constancia breve y exacta de los extremos a los que lleva el impulso de exaltación: la embriaguez y la duda. Inevitablemente el cuarto movimiento —un popurrí de falsos comienzos, falsas continuaciones y falsos finales— cierra el círculo devolviéndonos al mosaico de perpetuas contradicciones con el que Beethoven comenzaba retratándose. Preguntas sin respuesta y respuestas sin pregunta. Es el primer movimiento retomado, sólo que ahora suena exasperado. Ahora lo que aún no acaba de empezar ya se corta y se termina. Las mil fuerzas del alma como mil gatos en una bolsa. ¿Cómo no encontrar una analogía entre este autorretrato doble —público e íntimo— que creía detectar en el 127 y mi situación, insólita, de estar viviendo más allá de la realidad cotidiana también una especie de realidad clandestina —la relación cada vez más extraña y absorbente con mi cretina? Suficiente por hoy, pensé, orgulloso como un pavo real con la profunda intuición que, según yo, me había revelado de una sola cachetada el hilo de Ariadna del cuarteto, y también orgulloso de compartir con el gran músico la experiencia de tener dos almas.

Entonces, al pararme para guardar el disco, con el último rabillo del ojo vi otra vez su sombra en el corredor, apenas un instante antes de desaparecer. ¡Otra vez estaba ahí espiando! Imposible compaginar la intensidad de su curiosidad con esa pasividad que casi parece su segunda piel. Totalmente desconcertado puse de vuelta el finale y me senté en el rincón más oscuro de la sala, desde donde podía ver el corredor. ¿Qué espiaba? Me afluyeron a la memoria rumores vagos y esporádicos sobre la existencia de una red de resistencia cretina. Vi su sombra insinuándose sobre la puerta abierta de la cocina. Allí estaba, escondida, con el oído atento a lo que yo hiciera. ¿Para qué? Confieso que en aquel momento pensé que pudiera tener el designio de atentar contra mí. Me oculté detrás del sillón del rincón. Entonces vi que reaparecía en el corredor. Avanzó lentamente como un asesino embozado o como si la atrajera un poder superior al temor a ser castigada. Ha visto que no estoy en el sofá y se acerca más a la puerta. ¡Entra en la sala! Es justo cuando las pasiones se aplacan por un instante antes de la coda final. Los violines apenas aletean. Como impulsada por el aleteo camina hasta el centro de la sala. Sus manos se levantan lentamente, las veo temblar, y se apoyan sobre el respaldo del sofá, como si necesitara un apoyo para no caer. Entonces ¡paf! me doy cuenta: es la música lo que la atrae como un imán, como al ratón el queso, como al tigre la gacela, como a los humores la luna. ¡No había robado *cualquier* libro en casa de Guita! Su cuerpo vibra acariciado por la música. Bañada por el resplandor nocturno su silueta inmóvil es tan graciosa, es tan lleno de gracia su gesto que me parece una porcelana dieciochesca. Tan frágil que temo que los acordes broncos del final la

hagan añicos. Aúllan los violines y ¡tiembla como si le hubieran inyectado —en llamas— la música en las venas! Temo que se derrumbe exánime, pero con el silencio la vibración abandona su cuerpo. Vuelve en sí. “¿Dónde estoy?” se pregunta. Atemorizada huye hacia la cocina. Un sentimiento de paz y de armonía me invadió y me quedé un buen rato sentado en la oscuridad antes de irme a dormir. Había dado con una huella. Ahora bastaría con seguirla. Preparar cuidadosamente la emboscada. Para hacerla verdaderamente mía. Mi aleph, mi maelström, mi cretina.

III

El emboscado

Punto primero: saber más de ella. ¿Cómo? No por ella seguramente. Mi impresión es que aunque le hable en el idioma de los ángeles, no me responderá. ¿Cómo entonces? ¿A quién pedirle información? La Oficina de Recursos tiene un archivo con su nombre. “Buenas tardes, quisiera información adicional sobre la cretina número tal, de la que soy propietario”. ¿Qué me responderían? Que la información es clasificada. Que si tengo algún problema puedo cambiarla o devolverla. ¿Qué digo entonces? Que no quiero devolverla ni cambiarla sino que —puesto que es alguien que vive medio día en mi casa— quiero conocerla mejor. ¿Respuesta? Pésima, por supuesto. No se supone que queramos conocerlos personalmente ni mejor ni peor. Si sospechamos de ellos debemos denunciarlos. De hecho no se supone que los tratemos como a personas. Está en la tapa del libro que el único trato con ellos es no —ni siquiera— el de amo y esclavo, sino el de hombre y robot, o sea de hombre y cosa. De hecho, si ese diálogo tuviera lugar, apenas saliera yo de la Oficina el burócrata telefonaría a Seguridad del Ministerio del Interior y le daría mi nombre para que me vigilaran por presuntas actividades subversivas. De manera que partamos otra vez de cero. ¿Cómo saber

más de ella? Seguirla. Ver en qué Zona vive. Entrar de alguna manera a esa Zona. Espiarla en su intimidad. Por supuesto que la idea es demente. No hay manera alguna de entrar a las Zonas si no se es cretino o de Seguridad. Y mucho menos hay manera de salir después de ahí. Yo por cierto que no sé de ninguna persona que haya entrado o salido clandestinamente de una Zona. Muy sencillo sería todo si pudiera comprarle al burócrata una copia del archivo o si pudiera negociar con los Oficiales de Seguridad de la puerta de la Zona una suerte de visita turística. Pero ¿quién se atreve hoy en día a ofrecer o a recibir una coima? Nadie, que yo sepa. De manera que ¿a quién preguntarle si es posible entrar y salir clandestinamente de una Zona? Guita me dio la respuesta a esta última pregunta.

Vino a verme a la oficina en el break de mediodía. “La respuesta es *a nadie*” dijo arrastrando las letras, claramente sorprendida por mi iniciativa. “No es posible entrar ni salir clandestinamente de una Zona a menos que se monte una operación con especialistas”. “¿Por qué estás tan segura?”. “Podés creerme. Trabajo en Bioelectronics. Sé todo lo que es posible saber acerca de sistemas electrónicos de seguridad”. Le creo. Guita no habla tonteras. Se encogió de hombros sacudiéndose el tema. “Pero no vine a hablar tonteras” dijo quitándose la chaqueta. Me favoreció con un bello coito. Se subió las faldas y montó sobre mi pelvis. Guita tiene piernas largas, y el alto y el ancho de mi silla de escritorio le ajustan perfectamente. El resorte de la silla gime un poco cuando se llega al máximo del entusiasmo, pero sólo un poco, lo necesario para condimento. Me besó largamente con toda la boca. Hay días que está así, besucona. Agota las posibilidades

erógenas de su boca. Estaba tan caliente que la entrepierna de su calzón, empapada, estaba mojándome la pretina del pantalón. “Me estás mojando el pantalón” murmuré asomando como pude por los bordes del chupón. Sin dejar de taladrarme con la lengua me abrió la portañuela y sacó el muñeco. Hizo a un lado la entrepierna del calzón y lo insertó. Dios la bendiga, cabalga una verga con tal ductilidad que me parece como si el Espíritu mismo hubiera bajado sobre mí para hacerme una paja. Mareado por el beso interminable y por la paja sublime de su coño me entregué al orgasmo sin más quejas. Entonces aceleró y después de dos o tres contramarchas soltó el chupón, estiró el cuello apuntando hacia el techo y repitió en varias claves diferentes la única vocal del himno al placer. Después se derrumbó dulcemente sobre mi pecho, y cuando yo creía que se había adormecido susurró soplándome en la oreja: “Hay una manera. Sólo una. Muy peligrosa”. Me la explicó —mientras recomponía la figura—. Su plan exigía audacia. En cuanto al peligro: cualquiera que de cualquier manera intente salir o entrar clandestinamente en las Zonas de ser atrapado enfrenta la acusación de subversión, delito que se castiga con pena de muerte.

.....

Cuando regresé a casa eran casi las ocho de la noche y ella preparaba mi cena. Encima de mi mesa de noche estaba el libro. Sin marcas ni violencias. Como recién comprado. Pero ¿cómo? ¿Cómo lo entró y lo sacó de la Zona? Neutralizar el dispositivo es imposible. Se trata de una delgada línea de pintura invisible que contiene la alarma y la información, y que puede estar en cualquier página, hasta en el canto de la cartulina de la tapa, hasta

en un hilo del cosido del lomo. La pregunta era si los cretinos disponían *dentro* —pero en ese caso también *fuera*— de las Zonas de la tecnología sofisticada necesaria para anular dispositivos electrónicos de seguridad (absurdo, absurdo) o si el control que llevaba a cabo Seguridad en las entradas de las Zonas era de tan errático casi nulo. Creo que ésta fue la primera vez en mi vida que dudé de la eficiencia de Seguridad. A las ocho en punto llamé Guita. “¿Qué hacés cuando no te funciona el ordenador o el televisor?” preguntó. “Llamo a un técnico”. “De acuerdo” dijo. “A las diez te va a visitar un técnico. Es un amigo. De confianza y excelente en lo suyo. Antes de que hagas alguna locura tenemos que estar seguros de que ese asunto tuyo funciona normalmente ¿o no?”. De última tenía razón, y aunque hubiese pensado diferente igual hubiera aceptado. He aprendido que en estas cuestiones prácticas y de sentido común al final Guita siempre tiene razón. El tipo era un cincuentón con cara de sepulturero que dijo llamarse Medel. Traía algo que parecía una laptop y un maletín de médico. Se instaló en mi dormitorio. Abrió la —llamémoslo— laptop sobre mi mesa de noche y resultó ser una especie de laboratorio portátil al que empezó a conectarle todo tipo de cables. Del maletín de médico sacó media docena de instrumentos metálicos que ordenó sobre la cama. “Llámela” me indicó entonces restregándose las manos flacas y peludas. “¿Puedo estar aquí mientras trabaja?” pregunté humildemente. “Por supuesto que no” respondió, rechazando casi despectivamente la presunta e inaceptable desconfianza que pudiera tenerle un lamentable pervertidor de cretinas. Ya había yo meditado qué hacer en ese caso de manera que simplemente fui hasta la ventana y subí la persiana lo suficiente

como para poder ver desde fuera por las rendijas. Ni me molesté en auscultar su reacción.

Afuera hacía un frío del demonio, pero seguramente aquello no duraría demasiado. La hizo desnudarse y observó sus reflejos. Luego le puso en las sienes, en los brazos y en el pecho, simétricamente, unos como parches y encendió su laptop. Le indicó que caminara por el cuarto y observó Dios sabe qué en su pantallita. Aún sometida a esta tonta manipulación médica mi cretina era la Gracia misma caminando. Nunca vi un cuerpo más imbuido de espiritualidad. Me sentí orgulloso de su belleza mirándola desfilan tan inocentemente como si estuviera sola. Eran hombros, tetas, caderas, rodillas (era sí, apenas un poquito rodilluda) y pies, pero todos y cada uno sólo en tanto espíritu. Me ha dado por tomar té mientras trabajo y el frío me aceleró los procesos, de manera que durante unos minutos los dejé a solas. Volví más abrigado. Ella estaba tendida sobre la cama, aún con sus parches, pero además con los ojos cubiertos con uno de esos antifaces ciegos que se usan para dormir con luz. El técnico, sentado en el borde de la cama, tenía en la mano una pluma grande, como de ala de gaviota, y con ella le recorría la piel de los hombros y de los pechos. Cada tanto miraba la pantalla, tecleaba algo y recomenzaba. Después bajó con la pluma por el vientre y se quedó tonteando sobre el monte de Venus. Debe de haberle dado una orden porque entonces mi cretina separó un poco las piernas. La pluma bajó entonces para recorrer la entrepierna una y otra vez, morosamente. Después, por el ángulo que adoptó su muñeca, la pluma debe de haberse deslizado entre los labios de la vagina. Con la mano izquierda reprogramó —o lo que sea—

el aparatoje tecleando una vez más. Empezó a serruchar el sexo con la pluma mostrando un balanceo de muñeca realmente hábil, con cambios de ritmo, con jugueteos superficiales y zambullidas a fondo. Continuó con la performance largo rato, sin disminuir la variedad de intensidades y maneras. Miró una y otra vez su reloj pulsera y la pantalla del aparatoje. Hasta que algo pasó en la pantallita porque el tipo sonrió con cara de astuto. Redobló sus mañas y agudezas. Sacó completamente la pluma y se la acostó sobre el vientre, como si fuera una verga y entonces sí, algo todavía casi imperceptible sucedió en el cuerpo de mi cretina. En su pelvis. Como una imantación. Como un temblor en la boca secreta. El tipo volvió a esconder la pluma en la entrepierna con una sonrisita de triunfo ya en los labios. Sin variar en nada el régimen de la mano derecha se abrió con la izquierda la portañuela y sacó fuera una verga flaca, larga y triste. Se la meneó para terminar de ponerla a punto con un ritmo completamente diferente al que mantenía en la derecha, y con total economía de movimientos, al parecer interesado en que ella no notara la maniobra. Cuando él estuvo a punto aceleró el régimen de la derecha hasta que el jeroglífico que su mano dibujaba una y otra vez en el aire pareció convertirse en una mancha de pura luz. Entonces tomó la mano de mi cretina, que tenía el puño apretado, le desplegó pacientemente los dedos largos, delgados y torpes por la sorpresa, y los cerró en torno a la vara, le sugirió el movimiento de meneo y la dejó sola. Meneaba, pero como torpe o distraída. Y no era para menos, porque la pluma que por momentos había bajado a un ritmo mínimo ahora retomaba el garabato centelleante. Entonces empezaron a suceder cosas: ella oprimió la almohada con

la nuca, su espalda se arqueó, sus muslos se abrieron completamente, su mano, como librada a sí misma, más torpe a cada instante, aceleró el meneo hasta casi llegar a los tirones. Y después explotó: su pelvis se alzó para pedir más, su boca se abrió mucho aunque a mí sólo me llegó una A apagadísima, todo su cuerpo se contorsionó y se sacudió una y otra vez violentamente, sus muslos se cerraron y devoraron la pluma de gaviota, aunque no la mano, que se escabulló sin siquiera ser rozada. Todavía estaba mi santa en medio de este orgasmo arrancado científicamente a su cuerpo cuando el tipo le metió una mano debajo de la nuca y atrajo su cabeza hacia la verga. Vi con perfecta y total claridad cómo, impíamente arrancada de la cresta de su orgasmo, primero su rostro mostró desconcierto, pero rápidamente, antes de llegar su cabeza al vientre del tipo, se dio cuenta del destino de la maniobra y su boca se preparó para recibir lo que su mano ya enderezaba. Sus labios se separaron formando un círculo, su lengua descansó sobre sus dientes y el intruso aterrizó directamente en el fondo de su garganta. Se puso a mamar sin reticencias, con las mejillas hundidas por el ímpetu. Y cuando el tipo al borde del final la tomó de la cabeza con ambas manos y ajustó el ritmo y la profundidad de la estocada no ofreció la menor resistencia. Al fin harto del cosquilleo, le acabó en el fondo de la garganta. La hizo seguir mamando hasta que la verga se desinfló del todo, y luego la hizo higienizarlo con la lengua. Finalmente se paró. Ella se tendió de espaldas, completamente desmadejada. Forzado o no, el orgasmo había dejado a su cuerpo flotando en la marejada de la voluptuosidad.

No sin brusquedad el tipo le quitó el antifaz y empezó a recoger el equipo. Ella, agotada, se puso de pie y empezó a vestirse. Cuando llegué al dormitorio ella ya no estaba. El técnico estaba guardando la pluma mágica en el maletín. “Usted vio todo. Creo que sobran las explicaciones ¿no?” se adelantó a decir, manteniendo el tono veladamente desagradable conmigo. “O sea” conjeturé “que ella permanecía fría en base a, digamos, puro control”. “Así es. No es un caso muy raro. Algunas de ellas lo hacen, o lo intentan al menos”. Tomó la laptop y el maletín, pronto para salir, y agregó con sorna descarada “Pero como usted vio sus pretensiones no pudieron con la sabiduría de un *verdadero* experto”. “La ostra queda abierta. Es su problema mantenerla abierta” concluyó, y salió del dormitorio. Al rato oí los ruidos habituales en la cocina. Para evitar imponerle mi presencia en ese momento me quedé en el dormitorio y cerré la puerta. Exhausto mentalmente por la experiencia puse el despertador para las cinco de la mañana y apagué la luz. Y bien: ella es normal. En realidad ya lo sabía. ¿Qué saqué en realidad de esto? En ese momento intuí, por primera vez, detrás de qué en realidad estaba. No se trataba de hacerla gozar como lo hizo el experto. Eso también era. Y quizá si lo hubiera conseguido desde el principio ahora ya no me interesaría. De lo que se trataba era de que se diera a mí voluntariamente, que me deseara como yo la deseo, y entonces sí, que gozara hasta rajarse el cuerpo y romperse el alma. De *eso* se trataba. Porque cuando eso sucediera su ser se abriría totalmente para mí, sin secretos. El primer paso en esa dirección lo daría a las cinco de la mañana. Para no pensar en lo que iba a hacer dejé que el sueño me ganara.

.....

Sonó el despertador y me costó un rato entender por qué me resultaba tan difícil despertarme. Terminaron de despabilarme los sonidos apagados que indicaban su partida. Cuando pasé en el auto frente a su parada casi no la vi. Por la noche las cretinas esperan el transporte escondidas en la sombra, lejos del foco de luz para evitar ser agredidas o raptadas. Me detuve a esperar un par de paradas más adelante. En pocos minutos estaba siguiendo al Línea Gris, casi vacío, que sólo se detuvo en Comercio y en Propios, donde bajó ella. Cruzó Rivera para esperar el que recorre todo Propios. Yo di la vuelta en U y esperé en la esquina del cementerio. Detrás de la parada empezaba a clarear. Lo suficiente como para apreciar el tropel plúmbeo que durante la noche había comenzado al girar el viento hacia el Este. Una vez que subió al Línea Gris de Propios sólo tenía dos alternativas: combinación en Garzón para ir a la Zona de Melilla o seguir hasta la Zona que hay al final del Línea Propios, que es la Zona Oeste. De manera que no tenía por qué ir yo al paso del ómnibus. Me adelanté y tomé un café y una medialuna en el bar de la esquina de 8 de Octubre, desde donde vi pasar el ómnibus. Ella iba dos asientos antes del fondo. Después volví a adelantarme y esperé en Garzón. Bajó y cruzó para esperar la combinación a Melilla. El ghetto de Melilla es el más pequeño y está al final del Camino de la Senda, detrás del Aeropuerto. Sus fondos están a unos doscientos metros de la Ruta 5. Detuve el auto en Melilla y La Senda y me escurrí lo más que pude hacia abajo para no llamar la atención. De todas maneras no podría quedarme allí mucho rato. El ómnibus que la llevaba se alejó hasta desaparecer en una nube de polvo. En la esquina

hay un caserón del siglo pasado, ennegrecido por la humedad y el moho. Los yuyos le crecen en el techo. Sin ningún apuro está siendo devorado por la tierra de la que saliera. Un caballo gris y huesudo, cargado de crin y de pájaros me miró fijo un buen rato, como para no olvidarme. El ómnibus que salió, por suerte enseguida, iba lleno. Necesariamente entre los 40 ó 50 cretinos que ahí se amontonaban 5 ó 6 serán hombres. Y por lo menos uno o dos tendrían aproximadamente mi edad. Las posibilidades de que uno o el otro me sirviera eran razonablemente altas según me aseguró Guita con voz viciosa. Este era por cierto el único aspecto del plan librado al azar. Si no se daba tendría que volver, esperar el siguiente bus y cruzar los dedos para que entonces sí se diera. Lo más peligroso era seguir de cerca al ómnibus. Alguien podía notar la conducta anómala y poner a Seguridad en guardia. La ventaja era que siendo las siete ya el tránsito desde Lezica minuto a minuto se hacía más denso. Y que además era mi día de suerte. En la combinación de Garzón y Propios bajó el tipo ideal. Con un corte de pelo y con la bufanda en la cara como él la llevaba seríamos no indistinguibles pero por lo menos confundibles. Como para darme seguridad de que él era el predestinado combinó también en Rivera y Propios, aunque —diferencia que me resultaría ventajosa, ya que las calles son más solitarias— no bajó sino en la parte más remota de Carrasco, concretamente en la calle Viña del Mar. Caminó en dirección a Avenida Italia y como a las tres cuerdas, siendo las 9:28, tocó el timbre en la puerta de servicio de una gran residencia. Tomé nota del número de puerta y regresé hacia el centro por la Rambla. Estaba hecho. Primera fase de la operación concluida con total éxito.

Desde mi cubículo, muy excitado, llamé a Guita. “Querido” me recordó, perfectamente razonable “en la primera fase no hiciste nada de lo que se te pueda acusar, excepto llegar tarde al trabajo. La segunda fase tampoco implica nada que no se arregle con pagar una multa. Mejor reservá los festejos para la fase tres y subsiguientes”. Le dije entonces que la dirección correspondía en el directorio telefónico a un tal Edú Rola. “O sea que tu presa es propiedad de un Consejero Nacional. Espero que no estés escupiendo contra el viento” murmuró desabrida. “¿Qué más sabés del tipo?” pregunté. “Nada. Una vez hablé con él en una recepción. Me pareció un tipo amable y razonable. Homosexual, por supuesto”. “¿Cómo por supuesto?”. “Casi todos los pocos cretinos-macho que circulan por la ciudad son propiedad de homosexuales o ancianas, millonarios en cualquier caso. Como son pocos los autorizados se paga muchísimo por ellos. Yo, si quisiera tener uno, por cierto que no podría pagármelo” concluyó no sin cierta inquina. “Yo soy tu esclavo” le dije para conformarla. “Sabés que conmigo tenés siempre que se te antoje una verga bien dispuesta”. “No me digas groserías cuando no te tengo a mano” ronroneó. Le conté de la reaparición del libro robado y discutimos las dudas respecto de la eficiencia de Seguridad que el asunto planteaba. Quedé en enviarle el libro —que tenía conmigo— para que en los laboratorios de Bioelectronics ella averiguara si el dispositivo electrónico de seguridad había sido violado. Pasé por la peluquería para hacerme el corte de pelo. “Al estilo cretino” bromeé. “Cortito y parejo”. En realidad el asunto empezaba a asustarme. Las manos me sudaban mientras más pensaba en los detalles de lo que me esperaba en la tercera fase. Necesitaba verla

para recuperar el élan. Justo al salir de la peluquería un golpe de viento desprendió una nube de pelusa de los plátanos. Una hizo blanco en una de mis córneas. Me restregué el ojo y me acordé de la madre del que llenó la ciudad de plátanos. La molestia no me abandonaba y me lo seguí restregando. Para cuando llegué a casa y fui al baño a echarme agua tenía el ojo rojo fuego de tan irritado. La irritación me duró dos días y ahora, retrospectivamente, creo que fue un factor favorable en la operación. Porque ¿a qué conspirador se le ocurriría llevar adelante sus planes con un ojo en compota?

.....

Ella había salido de compras. Me bañé y me tiré en la cama a descansar. El madrugón y la tensión del día habían dado cuenta de mí. Me dormí. A las ocho me golpeó la puerta anunciando la cena. Emergí del sueño con la sensación de que mi cerebro era un gran chicle masticado hasta la náusea. La sopa de vegetales era absolutamente deliciosa. Adentro flotaban unas florecitas amarillas humildes y rústicas, y se suponía que debía ponerle unas gotas de salsa de Tabasco puesto que me dejó la botellita a mano. Después de servirme se quedó parada a distancia prudente. Cuando vio que yo echaba la salsa y comenzaba a beber la sopa sin duda que con gusto, se retiró. Verla era recordar su cuerpo de anoche despeñándose en el placer. Se apoderó de mí el deseo insoportablemente exasperado y exasperante de tomarla y usarla, de penetrarla, y de estrujarle y retorcerle la piel hasta el placer, y después hasta el dolor y hasta la locura, de rodar enlazados en infinitos orgasmos hasta el fin de las fuerzas, de las energías, del mundo y de la vida, diluidas nuestras mentes en el mismo vacío.

Deseé no tener que salir a la calle pistola en mano, arriesgando el pellejo para encontrar una senda hacia sus secretos. “¡Ojalá supiera si hay una palabra que cuente, una sola, mágica ! ¡Cómo protegería, acariciaría y mimaría a esa sola palabra!” pensé parafraseando sin saberlo al Canetti de los últimos apuntes. A las 8 y media terminé de tomar el té y fui a prepararme. Ropa deportiva y la pistola, cargada. El indicador en la manga de mi presa era amarillo, de manera que teóricamente su hora de salida era a las 21:30. Ahí estaría yo.

“Casi todo lo que produce Bioelectronics funciona en el límite mismo de los derechos de los ciudadanos” dice Guita. “Por consiguiente me he convertido en una experta en materia de derechos civiles”. El operativo que inventó para mí se basaba efectivamente en aprovechar las sombras y fisuras de la legislación sobre derechos de los cretinos. Sea cual sea la condición legal de un cretino su palabra no sirve para acusarnos, ni puede desobedecernos, ni puede defenderse de nosotros. Para decirlo con la fórmula elegante y radical que —siempre con una sonrisa sarcástica— nos repitió hasta la náusea el profesor de Derecho Civil en el liceo: “Nosotros podemos ser penados (por demás benignamente) si infringimos una regla concerniente a los cretinos, pero el cretino no puede impedir que infrinjamós la regla, ni la acusación que se nos haga puede estar basada en el testimonio de un cretino”. Pues bien, sobre los laberintos de esta restrictividad radical basó Guita el diseño de la operación. El cretino salió exactamente a la hora prevista. A primera vista capté que estaba drogado. Cierta aire de desorientación, cierta vacilación, cierta torpeza. Cerró el portón a su espalda. Abandonó su perímetro de

seguridad. Entró en mi territorio de caza. El pecho se me endureció, el olfato se me agudizó, me sentí totalmente concentrado en lo que hacía. Cazador, killer, como en los años locos de las brigadas. Abolido en un pestañeo el tiempo pasado sin práctica. Juraría que, como entonces, pude ventear desde lejos la sangre que le latía en las venas. Abrí la puerta del acompañante y le ladré que subiera. Vaciló, no porque hubiera pensado ni por un segundo no hacerlo, sino porque tenía el cerebro como de algodón y la información le entraba en cámara lenta. Manejé lentamente en dirección de la rambla. “¿Cuáles son sus horarios para el resto de la semana?” pregunté. Visto de cerca era narigón, orejudo, de labios gruesos y con unas manazas. Había algo de carnoso, de animal en su persona. El plan consistía por supuesto en sustituir al tipo para entrar y salir de la Zona. Al utilizar su tarjeta de identificación sólo podía entrar y salir en los horarios que tuviera marcados. Y la sustitución debía realizarse cuando tuviera un horario que me permitiera espiar a mi cretina. Si yo entraba cuando ella salía y salía cuando ella regresaba obviamente que no servía. Si al responder a mi pregunta resultaba que, por ejemplo, recién el lunes próximo el horario era adecuado lo dejaría irse ahora y vendría el lunes a sustituirlo, seguro de que no habría denunciado a Seguridad este interrogatorio y de que, en caso de que se lo hubiera mencionado por ejemplo a su propietario, nada se podría contra mí en base a su testimonio. Pero mi buena estrella seguía brillando. “Sólo sé que mañana y pasado entro a las cinco de la tarde” murmuró con lengua de trapo. Bingo. Si lo sustituía hoy o mañana tendría para espiarla desde las 7 de la mañana, cuando ella regresa al ghetto, hasta las 3 de la tarde, en que ambos sal-

dríamos. De inmediato decidí que lo haría hoy mismo. ¿Para qué esperar? De manera que al llegar a la rambla tomé hacia el Este. Después del puente tomé por la costanera, que sigue estando en mal estado, mal iluminada y con poco tránsito, por lo que es posible acelerar.

Tomada la decisión cada minuto contaba. “¿Qué droga le dieron?” le pregunté. “No lo sé” murmuró. “¿Para qué efecto?” pregunté un tanto retóricamente. “Sexo” dijo. Puse mi mano en su vientre. El pobre infeliz tenía la picha como de madera. El Consejero y sus amigos estuvieron de fiesta. “Dígame su dirección en la Zona”. Me la dijo con esfuerzo, arrancándosela al caos de su memoria. “Déme la llave de su apartamento” dije. “No hay llaves en la Zona” respondió con un tono apenas diferente. Ese detalle no lo sabía Guita. Sentí que el mono se esforzaba por hacerse preguntas. Evidentemente yo no era de Seguridad, ya que no sabía su dirección ni que no hay llaves en las Zonas. ¿Quién era entonces? se estaría preguntando. Sustituirlo implicaba matarlo. Y su cuerpo no podía ser encontrado en menos de 48 horas. Si fuera encontrado mientras yo estaba dentro de la Zona sería sencillamente el final para mí. Subí hasta la Interbalnearia y volé hasta el peaje. Las cámaras de Seguridad del peaje retendrían la imagen de mi auto, pero ¿qué? Por un cretino muerto no se pondrían a investigar cada auto que apareciera esa noche cruzando el peaje. Ni siquiera por el cretino del Consejero Rola. Inmediatamente después del peaje, a la derecha quedan aún algunas cuadradas de monte espeso. Los focos del auto me mostraron el nombre de la calle: Venus. Buen agüero, puesto que era en el nombre de Venus que me había metido en esta aventura. Como a

trescientos o cuatrocientos metros detuve el auto. El tipo estaba como amodorrado, con la barbilla pegada al pecho. Mejor para él si estaba boleado. Salí del auto. Una media luna notable, rotunda y afilada como la sonrisa del Guasón, iluminaba los matorrales con luz fuerte y azulada. A la derecha del camino de grava: pinos de follaje alto, matorrales rastreros, algún álamo, piso de arena. Abrí la puerta y le ladré que saliera del auto. Lo hizo. Miró en derredor y se restregó las manos. No se veía realmente inquieto. Pensaría que habíamos ido hasta ahí para recoger leña o para hacerme dar por el culo. Cierto es que yo aún no le había mostrado el arma. Tenía la mano en ese bolsillo y el dedo en el gatillo, pero mi idea era no sacarla hasta llegado el momento. Precisamente para evitar en lo posible algún incidente. “Por ahí” le dije señalando una huella apenas discernible en la penumbra. Caminamos hundiendo los pies en la arena fina. Entonces ahí, por primera vez, atrapado en la penumbra aterradora del bosque, con el dedo sudando el gatillo, con el hocico feroz del revólver golpeándome justo encima de la rodilla a cada paso, con ese cuerpo huesudo, vivo y torpe caminando delante de mí hacia el sacrificio, hacia el apagón final, recién entonces, sólo entonces, por primera vez, y a la vez entendí qué es *ir al bosque*, producir ese acto a partir del cual es del todo imposible restituir el orden, entendí al Waldgänger de Jünger. Ahora soy *el emboscado*, pensé.

“Pare” dije. Ya estábamos suficientemente dentro del bosque. Ni un minuto que perder. El tipo se detuvo y quedó ahí esperando lo que viniera, con sus manotas colgando como frutos obscenos y con sus orejotas como jalándolo hacia arriba. “Desnúdese” dije y se quitó los pantalones y los calzones. Sabe Dios

qué le habrían dado, pero parecía que tuviera un cuerno en el vientre. “Toda la ropa” dije. Obedeció. “Los zapatos también”. En ese oportuno momento la pálida cornuda también se sacó los velos de encima y, ávida, iluminó el proscenio. Qué feo, pero qué espantosamente feo el pobre simio obediente y humillado, simplemente esperando cualquier destino, sin respuesta alguna. Uno de los tipos más peludos que haya visto en mi vida. “Más acá” le dije para que se alejara del charco de ropas, no fuera a mancharlas con sangre. “Téngase de rodillas”. Mono, animal. Arrodiarse para recibir unos azotes, un culo, una verga, una hostia, un tiro, lo que sea. La condición de animal doméstico arrastra consigo la de bestia de matadero. Caminé alrededor hasta ponerme a su espalda. En total silencio saqué la pistola del bolsillo y apunté: debajo de la nuca, al centro del cuello —no a la cabeza como hacíamos al principio los brigadistas salvajes, con lo que en un rato de disparar estábamos encastrados de pies a cabeza con sangre, sesos, pelo y esquilas de hueso. Entonces, finalmente, el tipo se encogió. Adivinó. Giró lentamente la cabeza para intentar ver de reojo lo que pasaba a sus espaldas. Disparé. Cayó de bruces, sin aspavientos, y quedó quieto. Apunté a la mitad de la espalda, a la altura del corazón y volví a disparar, sin más consecuencia que otro agujero negro. Empujando con el pie sobre su hombro lo volví boca arriba. Seguía empalmado. ¿Le habrían hecho un implante de hueso? Recogí su ropa y volví al auto.

.....

Eran las 10:15. Subiendo hasta el aeropuerto y después cortando por Veracierto y por Aparicio Saravia cuando detuve el auto en una esquina oscura entre terrenos baldíos a pocos metros

de Garzón y Propios eran apenas pasadas las 11. Me cambié en el auto a puras contorsiones. En un bolsillo del pantalón el tipo tenía un puñado de tierra negra. ¿Para qué? Quién sabe. En el apuro se me esparció sobre el tapizado y sobre el piso del auto. Eran las 11:15. Me saqué el reloj y lo metí junto con mi ropa y la pistola en un bolso. Abrí el capó y tironeé del cable del ventilador hasta arrancarlo. Dejé escondido el bolso en el pastizal y corrí hasta Garzón. Poco tránsito. Pasa un auto con adolescentes. Uno de ellos fija en mí la mirada. Es que estoy parado en la luz. Me olvidé de que hay muchachos que salen de noche a practicar tiro en movimiento con los cretinos que esperan el ómnibus. El auto se detiene con un chirrido de frenos como a treinta metros. Una puerta se entreabre. Veo que uno de ellos va a bajarse, me va a apuntar con una 22 probablemente. Me doy cuenta de que tengo que correr ya y en zigzag, pero hay una enorme distancia entre éste, que piensa, y aquel, mi cuerpo. Con el horror que sólo puede sentirse cuando no hay defensa alguna que oponer lo veo salir del auto, tiene una pistola pequeña en la mano. Es un chiquilín y yo voy a ser una de sus primeras presas. Me imagino que le grito “Esperá”. Pero ni mis manos se alzan ni mi boca se abre. Tampoco su brazo armado se levanta. Vuelve a meterse en el auto, la puerta se cierra y el auto se aleja con los neumáticos aullando. No entiendo. Hasta que el ómnibus se detiene a mi lado y la puerta se abre con un suspiro resignado. Subí temblando. Olvidé esconder lo más posible mi cara con la bufanda. El chofer, que había visto y entendido todo, gruñó sin mirarme “Si te cagás en el ómnibus lo limpiás con la lengua”. Chequeó la tarjeta magnética y me la devolvió. Me di cuenta de lo esencialmente atinado que era el

plan de Guita. ¿Qué idiota correría semejantes riesgos para ingresar a un espacio en el que no hay nada de interés para nadie mínimamente razonable? En cinco minutos Guita estaría llamando al Car-up para que recogieran el auto. Caminé lentamente hasta el fondo entre esta gente gris —mujeres casi todos— de ropas rústicas y rostros apagados. Una buena manera de definir el lío en el que gratuitamente me había metido es la siguiente: ahora, a todos los efectos, para ellos y para nosotros —ese nosotros del que acababa de excluirme—, yo era un cretino. Me senté en el asiento del fondo y fingí dormir.

.....

Cuando el ómnibus entró en el camino de grava tuve un puntazo de pánico y estuve a punto de intentar la fuga. Me dominé recordándome el objetivo que sólo esta locura podía darme: conocer su otra vida, su vida entre los suyos. Sólo ese conocimiento me daría la llave que la abriera para mí. Una oleada cálida me recorrió el cuerpo ante la idea. No pude evitar sonreírme detrás de la bufanda. Cerré los ojos y me imaginé elevándome hacia una corona de luz. ¿Una corona de luz? ¡Realmente...! Como al final del Paraíso de Dante, una figura secreta y definitiva me esperaría escondida en la luz. El ómnibus se detuvo frente a la garita de Seguridad. Un factor imprevisto se sumó para hacerme más fácil el ingreso. Así ha sido siempre en mi vida: todo a favor, siempre el azar favoreciéndome. En efecto, como el fútbol no me interesa no sabía que esa noche Peñarol jugaba la final de la Libertadores, por primera vez en no sé cuántos años. Consecuencia: no se nos hizo bajar para chequear las tarjetas magnéticas ni para el detector de metales. De hecho podría haber entrado con un

arma, con un teléfono portátil o con un par de guardaespaldas, y esto en vez de una aventura peligrosa hubiera sido un verdadero picnic. Además uno solo de los guardias se molestó en subir al ómnibus y recorrer el pasillo hasta el fondo. Yo fingí que medio me despertaba cuando llegó a mi lado y —aunque me guardé muy bien de mirarlo a la cara— le di una buena panorámica de mi ojo en compota. En ese momento sus compañeros estallaron en gritos de gol y el tipo dio media vuelta y se fue. La reja corrediza se abrió y el ómnibus ingresó en la Zona. Edificios cúbicos con el exterior de cemento sin retoque ni pintura, con sólo un gran número por adorno. Los espacios intermedios —explanadas de impío hormigón— iluminados a giorno. La perspectiva del muro perdiéndose más allá de la oscuridad. Entre los edificios, en las esquinas, gruesas columnas de cemento sosteniendo grandes relojes de cuatro caras. El ómnibus se detuvo frente al edificio número 1, las dos puertas se abrieron y bajamos. Estoy dentro. Dentro de los ghettos no hay Seguridad nuestra. De hecho aquí, excepto en el momento de las inspecciones, ellos mandan. Si se dieran cuenta de que no soy un cretino seguramente me matarían y me enterrarían en algún sótano. Caminé rápido siguiendo el orden numérico en busca del edificio 7. “Soy un espíritu generoso, construyo castillos en el aire” iba pensando mientras empezaba a soltarse una llovizna fina y arrachada por el viento. En efecto, lo que estaba haciendo no sólo era peligroso, además podía muy fácilmente resultar inútil. Si este tipo vive con alguien ¿dónde voy a esconderme? Esto no es una ciudad, es una prisión. Y a ella ¿cómo voy a espiarla? ¿Cuando salga a buscar su ración? A través de la puerta de cada apartamento se oía el mismo sonido

de voces monótonas. Guita me explicó que en las Zonas están prohibidos por supuesto los receptores de radio y televisión, pero existe un circuito cerrado de sonido por medio del cual los cretinos reciben indicaciones e instrucciones. La programación va de las 17 a la 1 y sólo consiste en explicaciones infinitamente reiterativas de cuestiones de trabajo y de derechos y obligaciones. Nadie puede aducir desconocimiento, de manera que no tienen más alternativa que escucharlo.

En el apartamento 22 del edificio 7 el silencio era absoluto. Hice girar el picaporte y empujé la puerta, que se abrió. Al prohibirse las llaves en las puertas de los cretinos seguramente se previeron las consecuencias desde el punto de vista de la Seguridad. Me gustaría saber si se previeron las consecuencias en términos de psicología personal y de interrelación social. Cerré la puerta y encendí la luz. Era una sala que incluía la cocina y al fondo dos puertas que llevaban al dormitorio y al baño. El mobiliario era como de cuartel. Muy tenue, había en el aire un aroma como de horneado de pan. La carpeta que cubría la mesa había sido bordada a mano. En el alféizar de la ventana había unas diez plantas diferentes, cada una en su lata, y cada lata tenía pegado un papel con un nombre —Romi, Pixi, Ivo—. Recordé la tierra en el bolsillo de su pantalón. Evidentemente el tipo contrabandeara de a poquitos tierra para sus macetas. Una pequeña industria floral clandestina. Seguramente que era imposible conseguir tierra dentro de la Zona. Todo el piso debe de ser de cemento. En el dormitorio el cubrecama era también artesanal. En el ropero encontré lo necesario para ese tipo de labores. Evidentemente el tipo también bordaba y cosía. Otra pequeña industria clan-

destina. Seguramente que al no disponer de dinero comercian trocando. En el cajón de la mesa de luz encontré el documento de su traslado a esta Zona. Apellido: Errino. Nombre: Pío. Me senté en la cama. El cansancio y la tensión pesaron toneladas sobre mis hombros. Puse el despertador para las seis y media, apagué las luces y me acosté. En la oscuridad el viejo reloj a cuerda sonaba realmente amenazador, pero no pudo impedir que me durmiera. Retrospectivamente reconozco que fue un acto de total irresponsabilidad no sólo dormirme —siempre fue así: ya de pequeño, encontrándome solo en un lugar silencioso y sin nada que hacer, de inmediato me dormía— sino inclusive quedarme en el apartamento. Cualquiera pudo haber entrado: un familiar, un o una amante, cualquier cretino que pasara por ahí. Y yo no hubiera sido capaz de dialogar diez segundos sin delatarme. Pero de todas maneras ¿a dónde podría haber ido? ¿Mantenerme caminando por las calles con cara de ir a algún lado durante seis horas? ¿Acurrucarme en un rincón de escalera listo para circular en cuanto oyera ruidos de puertas? No importaba lo que hiciera, cualquier cosa que intentara en este espacio totalmente regimientado y ajeno iba a tenerme en el borde del abismo. A alguna hora de la noche me despertaron ruidos en la cocina y la luz de la sala encendida. ¿Qué hacer? Lo único posible. Darme vuelta de cara a la pared y taparme con la cobija también la cabeza. Alguien entró al cuarto y estuvo unos segundos inmóvil y en silencio, presumiblemente mirando al durmiente. Después salió del cuarto y luego del apartamento, apagando las luces. Los ojos se me cerraban, y puesto que estaba en plan inconsciente, seguí durmiendo.

.....

El redoble metálico del despertador me hizo saltar. Estaba aclarando. Me puse ropa limpia del ropero. Sobre la repisa de la cocina el visitante nocturno había dejado una asadera con un pastel de ricota recién horneado. Todavía estaba tibio. Me corté un pedazo y salí. Varias personas esperaban el ómnibus frente al primer edificio. El aire estaba tan húmedo que un pez lo hubiera respirado sin inconvenientes. Una mujer le decía a otra que anoche su esposo había llegado contento porque Peñarol le ganó la final al Cruzeiro. “Feliz como un niño estaba” aseguró. “O como un idiota” corrigió la otra y ambas quedaron calladas mirando el portón. El reloj de cemento marcaba las siete menos cuarto cuando se abrió la reja y entró el Línea Gris. Me alejé unos metros. El ómnibus se detuvo y ella bajó. Ahí estaba. Pasó frente a mí con paso apurado. Reprimí el impulso de correr y tomarla del brazo. Ella me miraría sorprendida. No podría creer que fuera yo. Luego comprendería la magnitud de mi sacrificio, de lo que era capaz de arriesgar por ella. Sin mediar una sola palabra en un instante apoteótico yo podría leer en todo su rostro: “Ganaste. Soy tuya”. Caminaríamos entonces juntos, como si nada, como una pareja de cretinos cualquiera. Por un momento perdí pie, la realidad desapareció y me acomodé inconscientemente a la idea de ser un cretino para siempre. Sin más. Por Dios, qué estupidez. Ser un cretino. Un ser sin derechos. Como ella. Pero ella no debía seguir siéndolo. Lo cual es imposible: no hay manera de dejar de ser un cretino. La cabeza me daba vueltas mientras empezaba a seguir sus pasos. ¿Qué se traería ella de contrabando? Seguramente todos lo hacían. Imposible vivir como se había decidido

que vivieran. Si una vez se trajo un libro seguramente que a menudo se traía algo. Algo de casa, pensé, gustándome la idea. Edificio 3. Me apresuré para no perderla en las escaleras. La bufanda tapándome la cara completamente. Caminaba casi sin ver. Pero vi perfectamente cuando la puerta de su apartamento se cerraba. Bien. Y ahora ¿qué? Primero seguir subiendo la escalera por si las moscas. Pero ¿después qué? Una vez más: ¿entrar de golpe y caer de rodillas y decirle “Aquí estoy, habiendo hecho algo tan arriesgado como venir aquí me lo merezco todo”? Volví a bajar cautelosamente hasta su piso y me acerqué a su puerta. Apoyé el oído sobre la madera. Nada. Ninguna voz. Sólo los pasos de ella. Estaba sola. De pronto el sonido de la ducha. Apoyé la mano sobre el pestillo suavemente. La puerta cedió. La misma distribución del espacio. Seguramente todos los apartamentos del ghetto son iguales. Por la puerta del baño entornada se escapaba una nubecita de vapor. “Por lo menos se bañan con agua caliente” pensé. Las variaciones en el sonido de la ducha me dijeron que estaba bajo el agua. Entré y cerré la puerta. El mobiliario también era prácticamente igual. Tampoco aquí había imágenes en las paredes. No había aquí profusión de flores, sólo un malvón rosado. Y el olor era como neutro, impersonal, como a calle. La luz pendía del techo más baja, y como tenía una pantalla sólo vertía un círculo de luz sobre la mesa dejando el resto de la sala en semipenumbra. La diferencia que a la postre significó más para mí fue que la mesa —cubierta con un hule verde que colgaba hasta la mitad de su altura— era bastante grande, casi hasta ser molesta dado lo exiguo del espacio. ¿Cuánto podía tardar en ducharse? Cinco o diez minutos, no más. Irrumpí en el dormitorio y sólo

cuando quedé anonadado mirando la cama de dos plazas, sólo en ese momento se me ocurrió pensar que podría haber habido alguien durmiendo. La cama estaba cuidadosamente tendida, sin una arruga, y con un encantador doblez a un lado invitando al acceso y al sueño. Quedé inmóvil, atornillado al piso, sin poder digerir la rotunda información que me llenaba los ojos: alguien dormía con ella. De pronto el murmullo de la ducha ya no estaba allí. ¿Desde hacía cuánto? Sin pensarlo un instante volví a la sala y me metí debajo de la mesa por el lado en el que no había silla. Apenas hecho se abrió la puerta del baño. Tomé conciencia entonces con horror de que si me hubiera descubierto hubiera tenido que matarla. Porque hubiera sido ridículo poner mi vida en sus manos. Sentí vacío, náusea. Me zumbaban los oídos. No podía arriesgarme a levantar el borde del hule para mirar. El susurro de sus pies descalzos, alejándose. Estaba en el dormitorio. Una furia confusa me nubló la mente. ¿Cómo era posible que no hubiera previsto la posibilidad de que me descubriera? Tal como estaban las cosas si eso sucedía realmente mi única alternativa era matarla.

Entonces fue que vi el violín. Apenas era visible en la penumbra de mi escondite. Estaba escondido debajo de la mesa, adherido al vientre de la mesa, sostenido con unas agarraderas de las que se liberaba sencillamente empujándolo. Las agarraderas estaban forradas con una especie de tela gruesa, una franela, seguramente para evitar que el instrumento se rayara. Lo empujé con la punta de un dedo y comprobé que se desplazaba fácilmente. El arco del violín estaba sostenido en otras agarraderas, colocadas estas en el reborde que unía las patas de la mesa. Un

violín y su arco. Recordé la atracción irresistible que le provocó el cuarteto de Beethoven. ¿Tocaba ella el violín? ¿O el que vivía con ella? Un violín. Yo en cuclillas debajo de la mesa. Ella en el dormitorio. Quizá dormida. Acerqué la nariz al violín. Olía a madera y a cola de pegar. Estaba, pues, recién hecho. Lo toqué y la superficie era áspera. Nacido en la clandestinidad y para ser un violín clandestino que sólo podrá producir música clandestina. Casi se me detuvo el corazón cuando de pronto sus pies arropados en medias de lana aparecieron junto a la mesa. Y estuve por saltar fuera de mi escondite cuando su mano se metió por debajo del hule para tomar el violín por el mango. Sin golpearlo ni rozarlo, con habilidad ciega, lo desprendió de las agarraderas y lo sacó. Un par de pasos a un lado y la misma mano rescató el arco. Después, muy inesperadamente, separó apenas una silla y la usó de escalón para subirse a la mesa. Una vez encima se sentó, presumiblemente en cuclillas. Sentada en cuclillas exactamente sobre mi cabeza. De pronto el violín suena. Escalas, ejercicios. Sonidos presurosos persiguiéndose, a veces torpe, a veces nítidamente. El sonido no me llega directamente sino filtrado y apagado por los sucesivos rebotes y obstáculos. Un poco como escuchar la radio del vecino. Aun así me doy cuenta de que suena raro, como chirriante. Tiene que haber sido fabricado aquí en el ghetto, pero ¿cómo? Y la inspección ¿no mira debajo de las mesas? Evidentemente la inspección funciona con la misma displicencia que el puesto de guardia de la puerta. Un día van a empezar a llover misiles sobre Montevideo y nadie va a saber de dónde salieron. Me extasío escuchando la pirotecnia cada vez más límpida y delicada de sus ejercicios. Levanto la cara y beso el techo de mi refugio

allí donde calculo que, un par de centímetros de madera más allá, están sus nalgas. Lamo la madera áspera con toda la lengua mientras me acaricio el bulto. Lo que hubiera dado en ese instante detenido en el flujo infinito del tiempo por oírla formular en su presunta soledad un pensamiento tonto, o alguna palabrota, o por lo menos a su vientre soltar un vientecillo. Hubiera sido una suerte de verdadera epifanía.

De pronto, silencio. Dejó de tocar. ¿Qué hace? Pasa un minuto, pasan dos y me preparo para el momento terrible, porque seguramente sucede que se ha dado cuenta de que no está sola. Me ha oído quizá. Entonces empezó a sonar una melodía lenta como el paso de las nubes y como la respiración del que medita solitario, hecha de sonidos claros y distintos, nítidos y sostenidos, como las pausadas etapas del espíritu hacia una verdad definitiva e irreversible. Al oírla el alma se abre lentamente como una flor ávida de la luz del sol. El pecho se abre hasta contener al universo entero. Las pausas son como las de una respiración que se va agigantando hasta comprender a toda la bóveda celeste. Una melodía que sólo puede provenir de la mayor pureza, de la virginidad del alma. Con su tema de sólo cuatro notas es la más bella melodía que se pueda escuchar, aún con el timbre áspero y mordiente del violín a medio terminar de mi cretina. ¿Cuánto duró? Quizá cinco minutos. Cinco minutos durante los que creo que no respiré —y entonces brevemente— más que en los finales de frases, para no molestar el acceso a mis oídos del delgado y sublime hilo sonoro. Se cortó de pronto, sin haber alcanzado una frase conclusiva. No que pifiara. Su ejecución era de una precisión insuperable. Se detuvo como si hubieran sonado pasos

en el corredor o como si un séptimo sentido le hubiera informado sin lugar a dudas que el mundo estaba a punto de estallar. Simplemente se detuvo. Ni una nota más. Sobrevino otro largo silencio. “No era música lo que oí” pensé. La música es antes que cualquier otra cosa un artificio humano, y esto no lo era. Esto era una verdad, tan sencilla e ineludible como que dos y dos son cuatro o como que las estrellas terminan por apagarse. Me sentí apabullado hasta el punto de casi olvidar dónde estaba. Al menos mientras aquello había sonado y transmitido su videncia había respondido a las preguntas más profundas —la del Ser, la del Sentido, la del Origen, el Destino, la Conciencia— con los argumentos más irrefutables, los de la perfecta evidencia. “Si Heidegger hubiera oído esto hubiera puesto punto final a su interrogación interminable” pensé, secándome en la ropa las palmas de las manos, empapadas de sudor. Experimenté lo que nunca había experimentado antes: palabras pugnaron por salir de mi corazón para montar en los ásperos lomos de esta especie de revelación cósmica, palabras para drenar de mi corazón un sentimiento de pavor metafísico que no me conocía, palabras para romper las crestas de silencio de este paisaje nuevo para mí pero desde ahora tan ineludible como el enigma de mi Esfinge, de mi cretina. ¿Qué estaría haciendo ahora? Ni el más mínimo susurro penetraba en mi jaula ciega. ¿Estaba *pensando*? ¿En qué? Seguramente ahora iba a guardar el violín, iba a tener que mirar para colocarlo en las agarraderas, iba a verme, yo no iba a poder confiar en que no me denunciaría. End of the line.

Bajó de la mesa, pero dejó el violín encima de la mesa. Se aleja. Está bajando las persianas. La oscuridad invade también

mi covacha. Por supuesto, va a dormir. No come. Ya comió en casa. Silencio profundo. Inmóvil en mi ridículo refugio digiero la experiencia. Para empezar tengo que reconocer que toda mi *demencia* ha encontrado una base indestructible de sustentación. Porque tenía razón: mi cretina es un ser superior. Su solo fue una rebanada no de Música sino de Verdad. Hago planes: matar al tipo. Todos los tesoros de Su Ser deben ser míos. Por ejemplo: lo espero en la escalera y lo ensarto con un cuchillo de su propia cocina. ¿Qué pasaría? Seguridad investiga el crimen. Primer sospechoso: ella. Por la mera sospecha un cretino la queda. No es buena idea matarlo dentro del ghetto. Me asomo y veo que ha entornado la puerta del dormitorio y apagado la luz. Me saco los zapatos para evitar el chillido de la goma contra el piso. Salgo de debajo de la mesa. Recorro el baño —el ventanuco de ventilación deja entrar alguna luz— y luego el rincón donde funciona la cocina sin encontrar nada que signifique nada. Cada rincón está perfectamente pulcro. Nada huele. Los objetos (platos, cubiertos, navaja de afeitar, jabón, papel higiénico) son los que suministran las tiendas del ghetto. Me decido a entrar al dormitorio. Está realmente oscuro. Me deslizo silencioso como una sombra. Duerme. No se oye su respiración. También aquí huele a nada. La puerta del ropero se abre sin siquiera un susurro. No veo nada pero toco los estantes y hay ropa, de lana y de tela, y ropa interior de ella, y de él en el siguiente estante. Toco la ropa colgada: traje, pantalón, vestidos, abrigo. Luego en el piso los zapatos. Un par de zapatos de tacón y los de él al lado. Juntos. Rodeo la cama y me acerco a la mesa de noche de él. Intento abrir el cajón. Por falta de pulido no se desliza suavemente. Me lleva mil segundos abrirlo sin ha-

cer ruido. Toco lo que hay dentro. Una piedra, un canto rodado grande, como de diez centímetros de largo, un par de guantes de cuero muy gastados, un cortañas, un blíster quizá de aspirinas, y no recuerdo qué más. Nada en suma. Pero ¿qué otra cosa cabía esperar? Esta es gente que tiene prohibidos los libros, las imágenes, la música, que no puede tener sino los objetos que se les proporciona en el ghetto. ¿Cómo hurgando entre sus tristes pertenencias podría encontrar algo significativo?

Al rodear la cama para salir la empujo. Me suda hasta el culo. El susto me recuerda la soberana estupidez de lo que estoy haciendo. Me doy cuenta de que lo que he puesto en juego en mi incursión no es coraje sino inconsciencia, irresponsabilidad hacia su vida y hacia la mía. Bastaría un grito de ella para que el mundo se me cayera encima. No es el coraje lo que me mueve sino —vergonzosamente fuera de contexto— el sentimiento de impunidad respecto de los cretinos con el que me he alimentado —porque esas son las reglas del juego *allá afuera*— desde siempre. De todas maneras no me corrige la prudencia. En vez de salir de allí me fuerzo a acercarme a la durmiente. En la oscuridad me inclino sobre ella. Siento la humedad de su pelo. El olor del jabón rústico. Se ha adormecido con una toalla sobre la almohada. Señal inequívoca —nadie pasa porque sí la noche en la humedad— de que en poco tiempo debe de llegar su hombre y la despertará. Sólo que a mi imprudencia no la conmueven ni las señales inequívocas. Intento abrir el cajón de la mesa de luz, pero está tan trancado como si tuviera llave. Culto como soy debiera de saber que de la imprudencia a la imbecilidad puede haber mucha o ninguna distancia. De manera que a punto estoy

de usurpar el lado desocupado de su cama. Una vez apagado el fuego —que las circunstancias sin duda duplicarían— tendría que matarla. Pero, al fin y al cabo ¿qué? —argumentó la bestia—: ¿acaso todo esto no es una demencia que cuanto antes —y con menos daño para mí— se acabe será mejor? Me contengo. No porque me venzan los escrúpulos o el miedo sino porque me domina el *sentimiento moral* según el cual es indigno renunciar a un placer mayor a cambio de uno menor y más accesible. Salgo del dormitorio. ¿Qué hacer? ¿Salir del apartamento? Eso no tiene objetivo alguno y el vagabundeo no puede acarrear más que problemas. Vuelvo a mi escondite. Quedo sin conseguir hilar nada. Sin sentido y sin proyecto. Me acuesto en el piso. Con las piernas dobladas para que no sobresalgan mis pies. Las baldosas están frías. De manera que esto es estar en su casa. Estoy sumamente consciente de todo su entorno físico y cada cosa, por anodina que objetivamente sea, me parece que tiene un aura especial. Aunque no consigo la intuición que me revele el ajuste profundo entre este entorno físico y su ser. Quizá más tarde, al recordar, tranquilo, lo consiga. Quizá no lo consigo ahora porque en realidad no hay relación profunda alguna entre ella y este entorno físico. Por supuesto que no la hay. Esto es una prisión y ella es un ser ideal que debiera de vivir en el Olimpo. Tiene que haber una manera de sacarla de aquí, pensé. Caí en una especie de sopor, de duermevela en que trataba de dormirme y alguna sección insurrecta de mi mente seguía royendo erráticas ocurrencias. La libertad consiste en no estar en la cárcel, me dije seguro de que más allá de la trivialidad de la formulación se escondía un tesoro de sutilezas. Y después: soy un transgresor, un rebelde,

soy el anarca, el emboscado. Lo que he hecho está absolutamente prohibido: no sólo he ido más allá de los términos aceptables para nuestra relación, los he *invertido*. De amo he pasado a esclavo, menos aún, a perro que duerme debajo de la mesa. He puesto mi vida en sus manos cuando era la suya que estaba en las mías. Después el deseo insoportable de sepultarle la verga en el cuerpo hizo más denso el sopor. Degusté el absurdo de esta nueva situación según la cual aunque estaba a pocos metros de mí, desnuda y disponible, no podía usarla. Imaginé con pétrea angustia que la evolución de las circunstancias pudiera implicar que éste fuera el nuevo modo de nuestra relación aún fuera del ghetto. Para liberarme de esa intuición abismal, en mi mente y en amorosa cámara lenta, solté sobre su nalga marcada chorros de semen que después esparcí con la punta del pincel también sobre la otra media luna con morosa delicia. Y me dormí.

.....

Me despertó la llegada del señor de la casa. Más bien me despertó el hedor a asfalto de dos botas amarillas manchadas de negro que vinieron a aterrizar a menos de cinco dedos de mis narices. No encendió luces ni subió las persianas ni hizo ruido alguno, y en menos de lo que tardé en darme cuenta de dónde estaba yo mismo, el ruido de la ducha me indicó dónde estaba él. Ahora todo se volvía mucho más peligroso. Era el momento de huir, pero no lo hice. Ni siquiera se me ocurrió. Lo que se me ocurrió fue algo que se me podría haber ocurrido antes: abrir una ventanita en mi cucha. No podía salir a buscar con qué hacerla. Las agarraderas del violín seguramente estaban clavadas. Si sacaba una quizá podría utilizar el clavo. Tironeando de una agarrade-

ra di con una astilla que jalada con habilidad se desprendió. Era del tamaño de una aguja de coser y con ella agujereé el hule. La puerta del baño estaba abierta y el tipo estaba desnudo. Era largo como de un metro noventa, y flaco con esa flacura musculosa de los que hacen fajina dura todos los días de su vida. Le sobraba pelo y le sobraba bigote. Del escueto vientre le pendulaba un gusano de notable largura. ¿Qué decía el gestual del tipo al secarse y peinarse? Decía: a) aún siendo un cretino la vida no es tan mala como parece, y b) personalmente soy un buen tipo, todo corazón, sin vuelta de hoja. Así hablaba por medio de su cuerpo. Invitaba a simpatizar con él sin haber cruzado una palabra. Al salir del baño se detuvo un instante en la puerta, de frente a mí. Se tocó con la mano derecha las costillas bajas del lado derecho. Tenía un hematoma. ¿Un accidente? ¿Un golpe? ¿Lo habían golpeado? ¿Lo habían castigado por soberbio, o por remolón, o porque sí? Por el gesto displicente con el que se palpó la contusión igual podría haberse lastimado jugando al rugby. Entró en el dormitorio. La marca en sus magras y despreocupadas nalgas adquiría la dignidad de una herida de guerra. He aquí, en persona, un hijo de puta feliz: hemos trabajado duramente y ahora nos vamos a la cama con nuestra mujercita. Este tipo era como de otro planeta. No *sabía* que estaba en un ghetto. No sabía que su mujercita era una cretina entre nosotros, con todo lo que eso significa. La mera actitud fresca e inconsciente del tipo cambió algo en mi cabeza. Como si me hubiera tomado un trago de algo muy alegre, y todo se hubiera convertido de pronto en una especie de comedieta de Lubistch. Entró en el dormitorio y yo, como si estuviera indicado en el libreto, salí inmediatamente de debajo de la mesa,

como si fuera imposible —a menos que el libreto lo previera para sobresalto del espectador— que el tipo simplemente se hubiera olvidado de algo y volviera atrás. No se había olvidado de nada, por suerte. Cuando llegué a la puerta y miré dentro el tipo estaba levantando apenas la correa de la persiana, con lo que un rayo de sol, uno solo —el tipo tenía la hora perfectamente calculada— paso por sobre la durmiente e hizo una raya en la pared opuesta a la ventana, iluminando de paso con una medialuz dorada el conjunto de la escena. ¿Qué escena? ¡El tipo le daba cariñosos papirotazos a su gusano! Miraba a su deliciosa media naranja y se daba papirotazos en el péndulo, como para despertarlo. Y vaya si lo despertó. Con la majestad solemne de un monarca que se despereza, el cómplice se fue estirando hasta llegar a una actitud suficientemente indicativa de la inequívoca ulterioridad. Como el fauno (¿o era un minotauro?) de Picasso que destapa a la muchacha dormida, el señor de la casa, ya en plena sazón, hizo a un lado con dedos delicados la sábana que cubría a mi cretina. Dormía desnuda de la cintura para abajo. Con agilidad de acróbata el delgado hirsuto se deslizó en sinuoso paralelo. Con pelvis de contorsionista lascivo, sin utilizar las manos, puso al gusano en ruta entre las nalgas y luego, más allá, en la entrepierna, donde vino a recibir la ayuda esperada: se abrió la flor carnívora y con una sola, lenta y segura ingurgitación devoró centímetro a centímetro completamente a la presencia invasora. Ella permanecía como dormida, muy poco interesada en aventar el último entresueño. Él, todo un caballero, sin más contacto que el sepulto apéndice, inició el culeo más considerado posible. La flor se fue abriendo cada vez más hasta quedar completamente expuesta. Para enton-

ces ya cada estocada sonaba a humedad ansiosa, a chupón ávido. Entonces mi cretina se dio vuelta, abrazó al hirsuto y le llenó la boca con los besos de su boca, y riéndose cuchichearon cosas que tuve que resignarme a imaginar solamente. Y ella montó su cuerpo y se llenó de él y lo cabalgó con una avidez y con una desvergüenza que me rompieron los ojos, y no dejó de devorarle la boca, como si sin ese alimento no fuera a ninguna parte.

¡Qué hermosos! Pero ¡qué hermosos se veían! Ahora el corcel ha dado por tierra con el jinete y ruedan completamente enlazados por todos los rincones de la cama. Apenas se dan respiro esos labios feroces, apenas aflojan un pliegue del beso para jalar el mínimo de aire sin el cual no pueden seguir luchando. ¡Cómo enroscándose ella con las piernas en su cintura inmoviliza la presa para que la boca de su vientre devore lo poco que quedara para devorar! ¡Con qué amorosa delicadeza el dedo del greñudo remonta culo adentro una caricia! Estos dos están más allá de este lugar y de este tiempo y de su triste condición de cretinos. Se dejaron ir —o venir— tan abrazados como si quisieran triturarse los huesos. Él casi llorando de puro gusto, y ella, para mi total estupefacción, gritando de la manera más escandalosa. Apenas la marea los devolvió a la playa retomaron las caricias. Con los ojos cerrados cada uno le recorría al otro las líneas del rostro, como si quisieran conservarse en la memoria de los dedos. En ese momento uno de ellos o ambos pudo haberse levantado a mear o a beber un vaso de agua. ¿Hubiera llegado a esconderme a tiempo? Lo dudo. Pero —todo en esta aventura corrió siempre con la mejor suerte— no lo hicieron. ¿Sentí enfriarse mi deseo al verla ahora llenarse la boca de verga, con una expresión de unción mística

en el rostro? ¡Cuántos mimos, arrullos y zalamerías para despertar al perezoso! Desnudó la cabeza y apretándola dulcemente con los dientes nacarados tironeó de ella en la más dulce de las protestas. No, para nada se enfriaba mi deseo. Al contrario, viendo la extática embriaguez con que lamía, mordisqueaba y meneaba el bastón ya completamente rígido, al ver cómo sonambúlicamente pasaba una rodilla sobre el torso del afortunado para acercarle la concha a la boca, al ver cómo cuando las manos de él abrieron la fruta en busca del jugo bajó a su vez la cabeza para que la vara se le deslizara garganta adentro tanto como fuera posible, dentro de mí se robusteció hasta hacerse inquebrantable la decisión de arrancarla de su condición de cretina y sacarla de allí para hacerla vivir —conmigo— la vida de la gente libre. Decidí que la maravilla de su ser abierto y entregado, ofrecido sin límites, ofrecido mucho más allá de lo que este señor hubiera recibido jamás, sería para mí, sería mío para siempre. La vi sumirse en el orgasmo y simultáneamente devorar con gula minuciosa el producto de sus afanes. Le quedó un bigote de espuma sobre el borde del labio superior y se lo lamió con fruición mientras seguía haciendo circulitos con las caderas sobre el bigote del ungido. Extenuados mezclaron sus sudores en un nuevo abrazo, y mezclaron sus jugos en un beso de casta comunión y mutua entrega.

Di un paso atrás. Ahora sí que podían levantarse en cualquier momento. De pronto, inesperada como un rayo en cielo abierto penetró en mi mente la idea de si esta perfecta simbiosis física y espiritual en la que mi cretina vivía no sería la *fente* secreta de su belleza. ¿Cómo podían importarse así mutuamente cuando toda su existencia estaba construida sobre la noción grabada a

fuego en su piel de la insignificancia de sus existencias? Este existir radical y secreto en la pasión que los unía, podía ser la causa de ese aura, ese fluido magnético en el que no pude sino quedar atrapado, deseándola infinitamente a ella y sintiendo espontáneamente simpatía hacia él. Si así era quizá separándolos el aura se apagaría. Decidí ahí mismo que ni siquiera semejante hipótesis me detendría. Llevaría adelante el experimento de sacarla de ahí aunque al hacerlo se transformara ante mis ojos más rápido que la cara de Dorian Gray. Pero no podía seguir parado en medio de su sala meditando a velocidad demente todos los posibles laberintos de la situación. Recogí mis zapatos de debajo de la mesa, abrí la puerta y salí al corredor. En la explanada frente al edificio había niños y adolescentes jugando con pelotas de fútbol y bicicletas, como se ve en el clip sobre calidad de vida en los ghettos que difundió hace poco el Ministerio del Interior. El reloj de la esquina del edificio marcaba las 11:50. Dirigí mis pasos a la residencia de Pío Errino. Estar en la calle era simplemente suicida. En una esquina un viejo afilaba cuchillos con piedras. A mitad de cuadra diez o doce cretinas hacían cola delante de la ventanilla de un expendio de alimentos. La leche que les daban era Conaprole, y la yerba, Sara. Me sorprendió ver a un cretino viejo borracho, sentado en la escalerilla de acceso a un edificio. ¿Consiguen bebidas alcohólicas? No es la idea que tenemos de las Zonas desde fuera. El apartamento de Pío estaba tal y como lo dejé. Me corté otro pedazo del pastel de ricota, que estaba tan bueno como pueda estar un pastel de ricota. Obviamente que cualquiera podría venir en cualquier momento. Sabe Dios cuáles serían las costumbres sociales del tal Pío. Como dije, siempre alguien me sopla las

respuestas en los momentos difíciles: tomé macetas con plantas de la ventana y las puse frente a la puerta del dormitorio formando una especie de barrera. De esa manera le estaría indicando al eventual visitante que el dueño de casa dormía y no deseaba ser molestado. Poner un aviso escrito no podía, por cierto: no había papel ni lápiz a mano, ni sabía yo si el tal Pío no era analfabeto. De manera que entré en el dormitorio, cerré la puerta, puse el despertador para las dos menos diez y me tendí en la cama. Agotado cerré los ojos y me dejé llevar por la deriva de imágenes: en la nebulosa vi pasar la imagen de mi cretina durmiendo con la cabeza sobre la toalla, olí el jabón rústico en su pelo, embelesado traté de detener ahí el flujo de imágenes pero la instantánea huyó de mí, se diluyó dejando paso a los detalles de su cuerpo cuando lo exploré desnudo sobre mi cama. Deslizándome en la voluptuosidad de volver a tocarla con los dedos de la memoria de pronto en un fogonazo los datos coincidieron. Descifré. “Pero ¡qué estúpido!” pensé. “Los callos en las puntas de los dedos, la mancha en el cuello: los tiene porque toca el violín. ¿De qué me sirvieron años de leer a Conan Doyle?”. Nada interrumpió mi sueño. A las 14:57 llegué a la explanada frente al edificio número uno. Había un Línea Gris en la terminal cargando cretinos, de manera que corrí para alcanzarlo. Ella no estaba allí, aunque éste o a más tardar el siguiente eran los que podían hacerla llegar a casa en hora. El chofer chequeó mi tarjeta y me senté en el único asiento libre. En el puesto de guardia un cabo que ni se molestó en mirar al pasaje recogió en su tarjeta la información que contenía el ordenador del ómnibus. En total, contándome, había cinco cretinos-macho en el ómnibus. Dos de ellos cerca de mí conver-

saban intensamente pero en voz muy baja. Una mujer cosía. Casi todos miraban en abstraído silencio por las ventanillas. Nadie se fijó en mí ni me habló en ningún momento. Bajé en Garzón y Propios y de inmediato vi el Hyundai de Guita detenido a unos cincuenta metros. Esperé a que el ómnibus se perdiera de vista para acercarme. Cuando entré al auto y nos miramos y vi la tensión y la emoción en su rostro recién entonces sentí que algo dentro se me derrumbaba, me sentí instantáneamente extenuado y deprimido. Lo había hecho. Había sido un acto de inaudita audacia, una proeza. Pudo haber salido mal, o muy mal, pero lo había hecho. “Lo hiciste” susurró Guita y dos lágrimas rodaron sobre sus mejillas. “Guita” dije, tratando de sonreír, pero sentí que mi rostro se descomponía y las lágrimas afluían a mis ojos. “¿Mi bolso?” pregunté para romper el absurdo del momento. “Lo tengo” dijo, e hizo girar la llave del encendido.

IV

Paganini

Empecé a sentirme mal de inmediato. Frío en las piernas y en los brazos, calor en la cabeza, sudor, mareo. Me sentí tan incoherente mentalmente como si estuviera borracho y además apaleado hasta la inconsciencia. Guita que intentaba conversar conmigo se dio cuenta de lo mal que estaba y me llevó para su casa. Dice Guita que en el garage tuvo que forcejear para ponerme la chamarra deportiva a efectos de ocultar el brazalete. Ni siquiera recuerdo el momento en que aterricé en su cama. Me desperté brevemente en medio de la noche y dormíamos abrazados. Boquéé preguntando qué hora era y me susurró que no me preocupara. Cuando volví a despertarme había pasado el mediodía. Guita, por supuesto, no estaba. Me di una ducha de más de media hora y me fui a casa en taxi. Estuve dando vueltas desde el balcón a la terraza y de regreso, interminablemente y al pedo, como una especie de ratón autista, sintiendo cada vez más angustia a medida que se acercaba la hora de que llegara mi cretina, hasta que ya cerca de la orilla, a las cinco menos diez, me tiré en la cama y me desmayé. Me desperté ya de noche sudando frío y doblado por un calambre en el estómago, como si me hubiera llenado la panza de pescado podrido. Temblando y tropezando

crucé la casa a oscuras hacia el resplandor que venía de la cocina. Ahí estaba, sentada en un taburete junto al fregadero, una mano sobre la otra. Limpiadora. Cretina. Insignificante. Manjar de los dioses. Avancé hacia ella que de pronto se balanceaba como un péndulo enloquecido. Tratando de atrapar el péndulo para detenerlo me fui al piso y rodé quedando boca arriba con los brazos en cruz y la mente blanqueada por los tubolux de la cocina, dignos de un quirófano. Comprobé fehacientemente que me era imposible reunir energía suficiente como para mover un solo dedo. Miré —sin poder fijarme en detalle alguno— su rostro que de pronto apareció inclinándose sobre mí. Si en ese momento hubiera tenido yo algún control sobre los órganos del habla seguramente le hubiera dicho todo aquello que ella de ninguna manera debía saber. Fuera lo que fuera. Pero no había peligro. Todo lo que yo estaba en condiciones de hacer era seguir allí lánguidamente despatarrado, consciente pura y exclusivamente de mi propia existencia. No sé si entonces sucedió o no lo que creí recordar varios días después bajo el influjo de la cavatina del 130. Según esto mi desparramada piltrafa no habría estado 100% blanda como un aguaviva, cosa que yo sólo habría descubierto gracias a la actividad prensil y oprimente, delicada pero firme de sus dedos. Hay un punto jalando del cual cualquier cosa se vuelve ingrátida y levita. Ella supuestamente habría encontrado el mío y si fue realidad todo hasta allí, estoy dispuesto a creer que también sucedió realmente lo que sigue en mi recuerdo. Ella me habría preguntado qué me pasaba y yo le habría respondido que me estaba muriendo. Entonces me habría preguntado qué cosa podía hacer ella y yo le habría contestado que me chupara la pija, cosa

que habría hecho. En fin. Lo más curioso es que lo que recuerdo con más vivida precisión de todo el asunto es precisamente la chupada. La recuerdo arrodillada entre mis piernas haciendo una y otra vez que sí y que no con la cabeza, como un muñeco mecánico, totalmente concentrada en el punto alfa y completamente olvidada del resto de mi persona. Y recuerdo —o creo recordar— sobre todo la sensación final, al acabar en su garganta, de ser agua y correr por un canal en declive, en dirección a quién sabe dónde, hasta desaparecer por completo, y a continuación, por supuesto, la inefable sensación de ya no estar.

.....

Desperté días después, en la cama de Guita y conectado a un gotero de suero. Durmiendo sentada en posición de firmes la enfermera reaccionó en cuanto pude poner en foco la escenografía, como si mi conciencia al conectarse accionara una alarma. En menos de lo que tardo en escribirlo y ustedes en leerlo tuve pegado a la oreja un celular desde el que se derramaba en mi oído, raramente transformada, la voz de Guita: me hablaba como se le habla a un enfermo al que hay que convencer para que deje de actuar contra su conveniencia. Redundó —hasta que consiguió penetrar en la melcocha de mi cerebro— con el simple y tranquilizador concepto de que debía hacer cuidadosamente caso de todo lo que me indicara mi amiga Guita, comenzando por quedarme en su cama o por lo menos en su casa hasta que ella llegara. “¿Alguna vez te fallé, boludo?” preguntó finalmente, conciliadora, como si yo hubiera objetado algo. La enfermera me desenchufó y me trajo una sopa de pollo digna de mejores circunstancias. Como todo lo bueno hace bien de inmediato me

sentí de muy buen ánimo. Sobre la mesa de luz estaban mis CD de los cuartetos, pero además, intocada en su cerrado celofán, como para que la distinguiera de inmediato, había una tercera versión, la del cuarteto Vermeer. “Qué raro” pensé. “¿Por qué un cuarteto de cuerdas habría de llevar el nombre de un pintor?” Cronológicamente me toca el 132. Decido probar al recién venido. Me pongo los audífonos, me acomodo, entrecruzo los dedos sobre el pecho. Me pareció muy bien lo del Vermeer. Quizá el especulado término medio entre lo jugoso del Guarneri y lo seco del Italiano. El allegro de apertura del 132 me pareció sencillamente un portento. Este sordo cincuentón, solterón, irascible, pasto de las pasiones más extremas, necesitado de ser arropado en las más dulces consideraciones y en los más delicados sentimientos, aunque incapaz de conseguirlo, era el único capaz de la orfebrería necesaria para tejer en la misma red los universos emocionales más dispares. Porque si algo, por sobre todas las cosas lo caracteriza es precisamente que con él —por lo menos en estos últimos cuartetos— jamás se trata de una idea hegemónica. Maestro de los vasos comunicantes, lo que demuestra con habilidad sin par es que las cimas y los abismos, las selvas y los desiertos, los trópicos y los árticos del alma humana son siempre y en todas sus formas la cara y la cruz de la misma moneda: la moneda ineludible e insoportable del *existir* como humano. Beethoven es como las brujas de *Macbeth*. Lo lindo es feo y lo feo es hermoso. La más densa de las gravedades estalla como una burbuja y resulta que esconde los más vertiginosos remolinos del ansia, que se revelan capaces de las más luminosas exaltaciones. Cajas chinas.

O muñecas rusas. Es la marca de fábrica. Beethoven revela la esencia *mutante* del magma que duerme en lo más oscuro del Ser.

Mmm.... Sí, señor. Supremo y superior. El Gran Arte. Diez minutos. Acariciado por el sol ya sólido de fines de octubre, sintiendo que recuperaba la energía después del shock que me causara la insólita aventura, apapachado por la atmósfera dulce y segura del entorno de Guita, feliz y contento de quizá deslizarme sin dificultades en una comprensión inmediata y satisfactoria del Beethoven de los últimos cuartetos, reconsiderando generosamente la situación con mi cretina hasta encontrarle el lado alentador y positivo —es cierto que estoy enredado hasta el cuello, que se trata de una adicción sin duda progresiva, pero también es cierto que ahora cuento con información que bien utilizada me puede permitir ganar la plaza—, poco a poco me dejé ganar por la modorra. El segundo movimiento, allegro también, no tardó en arrancarme del estado de beatitud. Cuatro minutos repitiendo las mismas cinco notas, c'est un peu trop. Sobre todo si sugieren una pregunta hecha en tono suplicante. Pasa como con las palabras: se termina por no saber qué significan, por perder el interés en saberlo y por caer en la irritación. De pronto la pregunta jeringosa se disuelve en un par de sonsonetes sencillos y encantadores, como de organillo callejero. Como si el metafísico angustiado se hubiera *distráido*. Aunque no por mucho tiempo. Un fortísimo grave y áspero, como de advertencia, acaba con el idilio: cuando los sonsonetes vuelven suenan como un organillo pero destartalado. Entonces el motivo preguntón reaparece, para acabar con lo que me queda de paciencia. Son las cuatro y media. En media hora llega mi cretina, me voy a casa.

Decisión tardía. Empieza a sonar el adagio del tercer movimiento y caigo en el más absoluto estupor. Catatónico quedé. Las cuatro notas del tema, el modo infinitamente pausado, el timbre áspero, el crescendo lento como una respiración que crece hasta abarcar al cosmos con la fuerza arrolladora de una revelación esotérica: es *su* música, la que sin saberlo mi cretina hizo sonar sólo para mí. Se me hinchó el pecho y se me estiró la sonrisa. Era la confirmación. Este tipo de casualidades no son casuales, como diría Cantinflas. No era un capricho errático y un poco patológico lo que me ataba a la cretina. Era algo inevitable y por consiguiente pleno de sentido, aunque por ahora no fuera capaz de descifrarlo. Sentí —con la piel erizada— cómo el molto adagio sellaba nuestros destinos haciéndome asumir definitivamente lo irrevocable de mi decisión de tener su miel. Mucho más ahora que por ejemplo especulando sobre la naturaleza hiperlógica de Dios sentí que mi vida no estaba en mis manos sino que formaba parte de un designio al menos momentáneamente inescrutable. La música, una vez más era maravillosa, pero me sonaba rara tocada por cuatro instrumentos, me parecía inferior al solo sublime de mi cretina. El tema se desarrolló hasta el punto que ella había llegado, pero luego continuó. En realidad también en este tercer movimiento, como en el segundo, un motivo sencillo se repite infinitamente, pero el resultado no es el desconcierto o la náusea sino la acumulación de una energía espiritual que amenaza con desbordarlo todo. Y a qué maravillosa explosión —o mejor implosión— conduce esa acumulación. Qué diáfana y perfecta es la dignidad del Hombre cuando emerge de la experiencia única y esotérica que se nos ha descripto. Es —ahora sí— el agente

del Espíritu en el Mundo. Lleva en sus puños apretados el Poder Esencial finalmente recuperado. En estado de total deslumbramiento recorrí los diecinueve minutos del tercer movimiento participando intensamente del esquema profundo que creí descubrir. Sobre el final el primer tema es retomado, la experiencia esotérica se repite y el renacer al Mundo se repite, y en el último y maravilloso fragmento se alcanza la más alta de la síntesis, con lo que el Sentido encarna definitivamente en la Vida.

Con el último acorde del movimiento apagué la música. No podía recibir más. Excitado, con la mente en blanco de tanta luz, la mirada fija en el infinito sin ver nada sino el infinito, quedé sentado sobre mi lecho de convaleciente quién sabe cuánto rato. Lo que ella había ejecutado era, entonces, la primera de las cinco partes del tercer movimiento del 132. “No puede haber hecho ella el arreglo para violín solo que tocó” razono. Puedo aceptar que ejecute con precisión y expresividad estas piezas difíciles, pero no me entra en la cabeza que tenga la cultura musical que hace falta para el tour de force que significa una transposición de esta índole. Me levanto y enciendo la terminal de Guita. Ingreso a la biblioteca del Conservatorio Nacional. De ninguno de los cuartetos hay partitura de arreglo para violín solo. Ella debe de haber recibido personalmente esta versión. En el ghetto —supuesto banco de prueba de la estupidización masiva donde los cretinos se supone que sobreviven en una especie de presente mental perpetuo, como los animales— resulta que se conservan y transmiten clandestinamente tradiciones de calidad en la fabricación de violines y en la ejecución de los clásicos. Guardé la versión del Vermeer. En realidad no me resultó ni chicha ni

limonada. Ni la musicalidad del Guarneri ni el distanciamiento del Italiano. Puse otra vez el tercer movimiento en la versión del Italiano. Desde el primer momento fue claro: así lo tocaba ella, haciendo que el violín sonara como un órgano de iglesia. Con cada masa sonora emergiendo y luego desapareciendo como emergen y desaparecen en el Océano con majestuosa parsimonia los lomos del Leviatán. Y con los contrastes de tono y de timbre llevados al extremo. Y con el estallido del Renacer lleno de tal energía que al oírlo nos parece que el Universo Mundo entero comenzara otra vez.

.....

Al rato llegó Guita. Se sentó en el borde de la cama y me tomó de las manos. Efectivamente, me trataba como a un enfermo de cuidado. Un poco atropelladamente me aseguró que en ningún momento me iba a abandonar y que me apoyaría hasta que todo volviera a estar en orden. Me explicó que el asunto de la cretina se había convertido en “algo más que una obsesión”, y que la tensión que me había producido se había acumulado hasta provocarme una especie de cortocircuito, un “apagón”, una especie de surmenage emocional. Me aseguró que si el proceso continuaba podía tener consecuencias realmente graves para mí “en lo físico, en lo mental y en lo social” —que es la figura retórica al uso para decir que si sigo en la misma me voy a la mierda—. Me pidió que la ayudara a ayudarme, y me diagnosticó que la única manera de salir de esto era eliminar la obsesión como se amputa un miembro gangrenado o canceroso. Ahí paró y esperó mi respuesta. Le dije —y por supuesto que muy sinceramente— que si había una cura estaba dispuesto a llevarla a cabo ahora

mismo. Levantando mis manos las besó y acercó su rostro para acariciarse con ellas. “Empezá por contarme todo” dijo. Le conté con especial detalle mi estadía perruna debajo de la mesa, el concierto de violín y la sesión amorosa de la que fui testigo. Le impresionó particularmente, por supuesto, el relajamiento de las medidas de seguridad concernientes a la Zona. Me contó entonces que hechos los test en el laboratorio de Bioelectronics resultó que el libro robado y devuelto tenía la alarma intacta. “Significa que cuando entró a la Zona con el libro y cuando lo sacó su bolso no fue objeto de revisación electrónica” concluyó. “¿Cómo te sentís ahora?” preguntó cambiando de tema. Le dije que perfectamente y pronto para regresar a casa y a mi trabajo. “¿Y qué vas a hacer con ella?” preguntó inevitablemente “No lo sé” contesté sintiendo despuntar una vaga náusea ante la mera idea de tener que ponerme a pensar qué hacer con ella. Se dio cuenta. “¿No podrías simplemente cogértela hasta gastarla?” dijo, más como expresión de deseo que como pregunta. “¿Te parece que adelantaría mucho con eso?”. “No. Pero me parece que lo que tenés que hacer es dejar de desear que te entregue lo que no te corresponde”. “¿Y cómo voy a conseguir eso? ¿Cómo se hace para dejar de desear?”. Debe de haberme visto en la cara signos de angustia porque se inclinó hacia adelante y acarició mi mejilla con la suya. “Estás deseando algo que no existe” me susurró al oído tan deliciosamente que tratándose de cualquier otro asunto ya me hubiera dado por convencido. “Esa especie de ser íntimo que querés alcanzar no es más que un subsótano de la conciencia infectado con residuos de información más o menos banal en estado de suspensión azarosa. La medicina avanza. Pronto ese ser

íntimo va a ser extirpable, como el apéndice” me explicó, y nos reímos quedamente. “Es probable que tengas razón. Pero no me alcanza con eso” dije poniéndome serio porque sabía que no le iba a hacer mucha gracia lo que seguía. “Acabo de recibir una señal inequívoca de que no puedo sino seguir adelante”. Se apartó para mirarme a los ojos y ver si hablaba en serio. Le conté entonces que no era simplemente que mi cretina supiera tocar el violín y que se escondiera para escuchar también ella los cuartetos, sino que además lo que tocó cuando yo estaba debajo de su mesa era precisamente —aunque yo en el momento no lo supiera, porque no lo conocía— un pasaje del 132, mismo que vine directamente a escuchar en cuanto salí del apagón en el que me dejó mi visita al ghetto. “Bueno, sí. Es una coincidencia” dijo Guita alzando las cejas. “Es bastante más que una coincidencia, Guita” insistí. “A menos que uno sea sordo es una especie de mensaje en clave. Del que todavía no sé qué es lo que quiere decir”.

Se paró bruscamente y fue hacia el ropero. Tomó una percha, se sacó la chaqueta del *tailleur* y la colgó prolijamente. “Sí” dijo entonces volviéndose hacia mí, aunque no continuando nuestro diálogo sino que a manera de conclusión de lo que estaba maquinando. “Yo lo que creo es que tenés que llevar a un plano mayor de intimidad tu relación con ella. Me doy cuenta de que sólo la vas a largar cuando estés realmente harto de ella” recetó finalmente, apelando a una lógica de buen recibo entre los artilleros. “¿Y cómo voy a intimar si ni siquiera me dirige la palabra?”. “A partir de la música, por supuesto” me respondió, mirándome como si fuera bobo. La prueba del estado calamitoso de mi mente está en que, siendo absolutamente obvio, hasta que

ella lo dijo no se me había ocurrido. Con un movimiento rápido e inesperado Guita apoyó una rodilla sobre el borde de la cama y pasando la otra por sobre mi cuerpo montó sobre mi vientre. Las costuras de la falda ajustada que llevaba estuvieron a punto de reventar. “Pero empezás mañana” dijo con una sonrisa pícaro bailándole en los labios. “Hoy vamos a dedicarnos a terminar de recuperar tu salud”. Se desabrochó la blusa y extrajo un pecho y luego el otro de las copas del sostén, con ese gesto tan suyo, como si sacara conejos de una galera. Inclinandose hacia adelante hizo danzar ante mis ojos los preciosos globos blancos y rosados. “¿Qué te producen hoy, ternura o lujuria?” preguntó con voz soñadora mientras acercaba con cada vaivén los pezones a mis labios. “¿Lamés, chupás... o mordés?” inquirió poniendo el acento en la tercera opción. Saqué la lengua y los lamí. Tenía la lengua seca como la de un gato. Después los atrapé con los labios y los chupé hasta estirarlos. Guita me mostró los dientes, excitada hasta la irritación. Finalmente los mordí, tironeándolos hasta que gimí de gusto. Más allá de la tela de la falda, tensa como una tabla, sus nalgas tomaban nota de la dureza de mi bulto. Se remangó la falda trabajosamente hasta la cintura. “Prometeme que me vas a ayudar” murmuré mirándola hacer. “Te lo juro” dijo metiendo un dedo por debajo de la entrepierna de su bombachita y sacándolo empapado hasta gotear. Me lo acercó a los labios. Lo lamí, lo chupé y lo mordí. Cerré los ojos y la dejé hacer. Es como si yo mismo preparara el menú. Sabe cuándo pinchar y cuándo cortar, cuándo menearse y cuándo susurrar lo inconfesable, cuándo exigirme que se la meta en el culo y cuándo sacarme sangre de las encías con un beso. Esta vez me dio una cabalgada mansa que

me hizo sentir protegido y arrullado. A medio camino terminó de desnudarse y me puso a trabajar, y al borde del despeñadero se escurrió de debajo de mí y me ofreció con ambas manos los pechos para que les acabara encima, cosa que hice, en su homenaje —aunque hubiera preferido derretirme en pleno abrazo.

.....

Tarde en la noche, sin poder conciliar el sueño, me dispuse a escuchar el cuarto movimiento del 132. No entendí qué tenía que ver el bálsamo sobrenatural que cura todas las heridas del mundo con que finaliza el tercer movimiento con esta marcha comparativamente pomposa y vulgar. Más vulgares todavía encontré los arabescos gitanizantes que siguen. Estoy a punto de volver a la cama cuando de pronto todo parece desinflarse. La máquina musical gira cada vez más lenta hasta detenerse. Y se detiene. Pero cuando llega al punto cero resurge de la nada toda la energía y el instinto melódico. El círculo se cierra y estamos en el Beethoven del primer movimiento, el que pasa de la pasión a la exaltación y a la angustia en tres compases fulminantes que demuestran sin apelación que en el alma verdadera y descaradamente abierta a su realidad real todas las fuerzas coexisten en estado de lucha a muerte. Bebí un vaso de leche y volví a la cama, más que satisfecho de mí mismo. Me acomodé contra el cuerpo de Guita. Pensé: “El 132 es un autorretrato *profundizado* de Beethoven. Está Beethoven cara a cara con su alma y con sus demonios en el primer y el quinto movimiento. Está Beethoven sumergido en el mundo, representado en el segundo y el cuarto movimiento con músicas mundanas que, ambas, tienden a descomponerse, a detenerse. Y está el Beethoven que más allá de sí

mismo y del mundo alcanza las revelaciones esenciales y saca de ellas una especie de fuerza pura y absoluta, que es el del tercer movimiento, corazón y ápice del cuarteto. La misma estructura simétrica que en el 127, aunque aquí el retrato se ha sublimizado, radicalizado forzando por consiguiente al extremo las posibilidades expresivas”. Me sonreí de oreja a oreja, muy orondo, y me dormí. Por la mañana duchándome —debiera de instalar una laptop en la ducha— comprendí con ineludible nitidez que lo que quiero de mi cretina es lo que creo descubrir en los cuartetos: esa especie de núcleo último de intimidad alcanzado después de pelar hasta la última capa de la cebolla. Aunque llegado a este punto no pude sino recordar que las cebollas no tienen carozo. Al separarnos Guita me prometió que me llamaría por la noche a casa y me daría el detalle del plan.

.....

Llegó en hora como siempre, y viendo que yo estaba en mi escritorio comenzó la limpieza por mi dormitorio, silenciosa y cabizbaja, como siempre. De pronto sentí una especie de cansancio, de hartazgo, me pareció pura infatuación todo el asunto que me traía con la cretina. Infatuación haber decidido esperar no se sabe qué revelación de una cretina cuyos máximos méritos serían la capacidad para *no* disfrutar a voluntad de un buen pedazo y la capacidad para ejecutar piezas de Beethoven quién sabe si bien, mal o mediocrementemente —porque por cierto que, de última, yo no estoy en condiciones de evaluarlo—. Alguien sin derechos, una no-ciudadana, un ser precario a cada instante a punto de ya no ser. Fui hasta mi dormitorio y desde la puerta la estuve mirando trabajar. Autómata. Máquina de limpiar. Nada.

No ser. Infinitamente intercambiable hasta el desvanecimiento de toda identidad, “tiene razón Guita” pensé. “Simplemente debiera de cogérmela hasta gustarla”. Pensé en empezar a seguir el consejo en ese mismo momento. La verga se me empinó. Pero no lo hice. A las nueve llamó Guita. Cuchicheó rápidamente lo que tenía para decirme. Al fondo se oía el ruido de una ducha. “Mañana de noche la llevás al Solís a escuchar a éste... ¿cómo se llama...? El que dicen que es la reencarnación misma de Paganini... Yo voy a estar cerca de ustedes por si me necesitás. Te mando a la oficina la ropa que tiene que ponerse y las entradas, que son para palco. La clave es ésta: no la toques. Aguantate. Como un duque”. Cuando estuve a punto de decir algo se me adelantó, ansiosa. “¿Estamos? ¿Quedó claro?”. Sé cuándo no ponerme pesado. Está con alguien. “OK.” dije, y colgó. Guita no da puntada sin hilo. No me refiero a que parecía como si el *tailleur* verde esmeralda y la blusa color marfil hubieran sido dibujados sobre el cuerpo de mi cretina: la suavidad elástica y elegante de sus movimientos pusieron a danzar deliciosamente las formas a priori presuntamente rígidas del atuendo. Fue otro par de detalles del envío lo que me confirmó que Guita no está nunca distraída. Por un lado la ropa interior que le compró era roja como la sangre y agresiva hasta la vulgaridad. No quería dejarme descansar en una visión idílica de mi cretina. Por otro lado los lentes negros que le compró —en el estilo de los cincuentas, como se usan ahora— resultaron imprescindibles, porque la pobre no hubiera sido ciertamente capaz, de buenas a primeras, de enfrentar tranquilamente nuestras miradas, ni podía por cierto concurrir al concierto mirando al piso como una cretina.

Debí dejarla vestirse sola, pero no pude. Estoy lleno de las mejores intenciones pero también de los impulsos más incontrolables. Dispuse las luces con la intención de verla como sobre una mesa de disección y la llamé a mi gabinete indicándole que se cambiara de ropa. Obedeció, dándome la espalda. Bajo la cachetada de luz la cordillera de su espinazo, las dunas de sus costillas y la media luna rosada sobre su nalga me dieron una impresión de vulnerabilidad acongojante. Era el cuerpo escuálido y sumiso de una esclava a la que se le puede caer a palos por puro vicio o para descargar una bronca contraída quién sabe dónde. De pronto me pareció comprender mejor ese abismo que tan rígidamente era capaz de cavar entre ella y nosotros —equivalente, pero desde dentro suyo, de la muralla que rodea a la Zona—: era una actitud destinada a protegerse de la mitad del tiempo de sus días que debía pasar entre nosotros. Tapaba —y creo que ella pensaba que con éxito— el sol con un dedo. Ignorándonos radicalmente se rescataba de todo daño y podía vivir plenamente su otra vida por miserable que fuera. Me di cuenta de que nada de lo que yo hacía o hiciera podía penetrar esa coraza, porque si eso sucedía entonces su verdadero mundo se vería inundado por la ignominia de éste. Toda la belleza y la armonía que construía lejos de nosotros se corrompería. Si llegara a sentirse humillada por su servidumbre o si llegara a disfrutar de una de mis violaciones la realidad que vivía de este lado del muro de su Zona se filtraría en aquella otra como un ácido y la corroería. Pero ¿por cuánto tiempo podría llevar adelante la negación total de la mitad de su real realidad? Mirándola deslizar sus nalgas dentro de la putesca tanguita roja comprendí nítidamente que el plan supuestamente

brillante que me proponía llevar adelante no lograría ningún resultado porque en ello le iba a ella mucho más que la vida. Ni pegándome un pistoletazo en el corazón ante sus ojos tenía la menor posibilidad de que giraran hacia mí los vientos de su espíritu. Pensé por un momento en suspender la operación. Allí estaba, hermosa como sólo yo puedo verla, elegante como sólo Guita podría vestirla. Le di los lentes oscuros. Se los puso y aun con ellos puestos era notorio que su mirada no se separaba del piso. “Vas a venir conmigo. Vas a comportarte como si fueras una de nosotros. No podés estar mirando al piso. Hacé como nosotros que nos miramos sin vernos” dije con tono amable pero firme. No respondió y le dije que me dejara solo. No se movió. “Me expone a un terrible castigo” dijo entonces casi en secreto. “Si hubiera peligro no lo haría” respondí de inmediato tratando de sonar tan sincero como me sentía. Me di cuenta de que luchaba por decir algo más. Evidentemente yo era para ella menos que un fantasma, una sombra. Participar voluntariamente en cualquier tipo de relación conmigo (o con cualquiera de nosotros, por supuesto) le era más difícil que caminar sobre el agua. De pronto, lentamente, como si hubiera estado pisando chicles con ambos zapatos dio media vuelta y salió del gabinete. El breve diálogo me había confirmado la intuición que había tenido acerca del sentido de su coraza. En efecto, si al hablar hubiera completado la frase diciendo “mientras que usted no corre ningún riesgo” hubiera estado apelando a mi racionalidad, a mi sentido de la justicia o a mi piedad, y en ese caso yo hubiera tenido que empezar a ser algo o alguien a sus ojos, y eso tal como he llegado a comprender es algo que realmente no puede permitirse sin arriesgarse a jaquear

su paraíso secreto de belleza y armonía. En realidad ella era como una planta de invernadero. Cualquier variación en su equilibrio delicado y difícilmente descifrable podía marchitarla en menos tiempo que el que tarda una lágrima en secarse. Sentí —por ahora blanda, perezosamente— pánico. ¿No sería mejor limitarme a proteger su ecosistema actual para poder seguir por lo menos disfrutando de la fascinación que me producía? Pero una vez más decidí que ninguna hipótesis me detendría. Tendría de ella *todo*, costara lo que costara y aunque la destruyera en el intento.

.....

Yo había circulado por su mundo como si fuera uno de ellos; ahora ella circularía por el mío como si fuera una de nosotros, pensé mientras bajábamos en el ascensor. Le abrí la portezuela y entró al auto con tanta gracia como cautela. El desplazamiento veloz la espantó, apretó la espalda contra el asiento y apoyó las manos crispadas sobre el tablero. Obviamente que nunca había subido a un automóvil. Descubrió que no es lo mismo que viajar en un Línea Gris. Pensé en decirle algo tranquilizador pero preferí observar cómo lentamente se iba adaptando. Terminó por respirar hondo. Inesperadamente el verano nos beneficiaba con una especie de adelanto y no escaseaban los que ya retardaban sus paseos por la rambla hasta más allá del ocaso. Su cabeza giraba discretamente a un lado y a otro registrándolo todo desde este nuevo punto de vista. Cuando entramos, a minutos del comienzo, el hall del Solís estaba repleto: las especies y subespecies de melómanos recalcitrantes habituales, pero además los pelucones de la política y de la diplomacia, dada la excepcionalidad del evento. En las orillas, medio perdidos, envarados por los

nervios pero con los ojos desbordados por el ansia, los jóvenes aprendices de melómano luciendo sus primeras plumas. Dos pasos antes de entrar la tomé de la mano. Por nada más que para controlarla si reaccionaba mal, y para darle órdenes sin abrir la boca. Tenía la mano mojada por el sudor. Aquello era demasiado para su entrenamiento en la impasibilidad. Hubo una especie de reacción en la concurrencia cuando entramos. Yo soy de buen ver, por los hombros anchos y porque algo en mí expresa poder o inteligencia o carácter, según quien juzgue. Ella, que es —para mí al menos— hermosa disfrazada de limpiadora cretina, bien vestida lucía —según yo— como la reina del mundo. Robaría cámara donde quiera que apareciera. Las miradas de admiración eran como una alfombra especialmente dispuesta para nuestro paso por el foyer. Vi de reojo a Guita. Nunca la había visto tan elegante. Una verdadera señora. Su pareja tenía el pelo soberbiamente ondulado y plateado, y la mandíbula elegantemente cuadrada de un Jean Marais. Como no se trataba de correr riesgos la llevé directamente al palco. Era un palco bajo y lateral. Las miradas desde la platea y desde los otros palcos, con o sin lunetas, giraban hacia nosotros como si estuviéramos señalados con un reflector. Ella, rígida como una estaca, seguramente había optado por creerse invisible detrás de los lentes oscuros. No sabía yo —lo aprendí en ese momento— que se usan lentes negros para ocultar la mirada pero no eludiendo sino atrayendo la de los demás. ¿Qué pensaría la gente de que llevara lentes oscuros de noche y bajo techo? Que tenía un problema de pigmentación en la retina, supongo. Después las luces se apagaron.

La reencarnación de Paganini no se le parecía en absoluto. Era petiso y cuadrado, vestía un traje gris como de portero de banco y usaba lentes gruesos como culo de botella. Interpretó sólo obras de su Maestro —caprichos, divertimentos y fantasías— adornándolas con todo tipo de trucos ejecutados siempre con perfecta y aburridora precisión. Arrastrado por el aplauso de los que sabían en cada momento de qué se trataba, el público aplaudió obediente cada vez que un silencio se lo indicaba. Apenas el fulano apareció violín en mano mi cretina le puso los ojos encima y no volvió a quitárselos. Seguía la ejecución con los puños apretados, el cuerpo tenso y gestos bruscos erupcionándole en los labios. Sin duda que este tipo de virtuosismo le era absolutamente desconocido. Cuando el gordito llevó la melodía en una sola cuerda acompañándose con pizzicati de los otros dedos, y cuando consiguió armónicos supuestamente imposibles, y cuando recorrió la escala entera con el arco pegado al puente, y cuando atacó con tanta violencia que terminó por romper las cuerdas estaba tan sorprendida que suspiraba ruidosamente. Y cuando volví a tomarle la mano para comprobar que estaba sudando como en un baño turco se sobresaltó tanto que se volvió y, desconcertada, me miró a la cara desde detrás de los lentes durante un largo y maravilloso segundo. Terminada la primera parte y mientras decidía si sacarla al hall y exponerme a sospechas o quedarme refugiado en el palco, de pronto oí, casi como saliéndome de la nuca, la voz burlona de Guita que me decía “Intermezzo, signore”. Guita estaba en el vestíbulo del palco y haciendo a un lado la cortina asomaba la cabeza. Me hizo señá con el índice de que me acercara. Me besó lánguidamente los la-

bios. “¿Qué pasa?” susurré besándola. “La única manera de que funcione el plan es que no la uses a menos que te lo pida, que te lo ruegue” susurró en mi oído erizándome hasta el culo. “Y no confío en que puedas controlarte”. Querida Guita. Ahí estaba, con un brillo de ansiedad en los ojos esperando a que yo asumiera que, como siempre, actuaba por mi bien. Le acaricié la mejilla. Eludió las ternuras arrodillándose de inmediato. “Guita” protesté. “No te preocupes, nadie va a oírnos. Estos rincones son a prueba de ruidos. Podés aullar si querés” murmuró. Me abrió la portañuela, sacó afuera el gusano semidormido y, arrodillándose, se lo metió en la boca dulce y fresca. Inútil explicarle que estaba muy consciente de mi responsabilidad en el plan. Era evidente que cualquier resistencia de mi parte no haría sino retrasar la operación incrementando el riesgo. De manera que busqué sin más la forma de acelerarla. La tomé de la nuca con ambas manos y me puse a cogerle la boca como quien rompe un culo con mucha mala leche. Ella entendió y no hizo nada por dulcificar mis maneras, de manera que en segundos tuve la verga dura como una estaca. La hábil docilidad de Guita me multiplicó la calentura. Traté realmente a su cara como si fuera su culo, dándole topetazos que le forzaban el fondo de la garganta. Un par de veces no pudo evitar gemir. Le hubiera bastado con mostrarme un poco los dientes para que aflojara pero no sólo no lo hizo sino que los enfundó en los labios para protegerme mejor. Perdí el control. Aceleré el ritmo, le torcí la cabeza a un lado y luego al otro buscando la cosquilla concluyente hasta que me di cuenta de que estaba pasado de excitación. Nada peor cuando de lo que se trata es de acabar cuanto antes. Le dije que se parara y

se diera vuelta. Me dio el gusto. La incliné hacia adelante y apoyó las manos sobre la pequeña mesada de mármol. Le subí la falda y le hice a un lado el calzón. Me mojé los dedos y le abrí el culo. Hundió la cintura para abrirse más. Solté baba sobre el capuchón, se lo puse en el ojeté y empujé. Tal como venía la cosa no podía tener consideraciones. Guita tiene el recto como un guante de seda. Tenía ocupado el final del tracto, pero, como suele ocurrirme, el contacto no hizo sino excitarme más. La traté como si fuera un muñeco inflable y quisiera reventarlo. No se trataba de disfrutarlo sino de soltárselo dentro. Cuando me di cuenta de que la bola de lava rodaba incontenible desenchufé, la hice girar y le metí la verga otra vez en la boca. Pensé que aquella cosa furiosa iba a terminar con una de esas acabadas superlúcidas y avaras de tan irritadas, pero me sorprendió un desborde de esos que nos hacen cerrar los ojos y entregarnos a la correntada culeando abundantemente para mantenernos en el centro del cauce. Guita tragó, chupó y lamió con la prolijidad de un gato, y lo que me entregó fue un pirulín tan limpio, dócil y complacido como para participar en un concurso. Cuando finalmente se enderezó, mientras se acomodaba la ropa me miraba con ojos como lagos de pureza y ternura. Tenía las mejillas al rojo vivo. De pronto hizo un gesto al sentir en la boca el otro regusto. “Hijo de puta” masculló. Muy convenientemente apareció en ese momento en su mano un vaporizador con el que se perfumó el aliento. “¿Vos acabaste?” le pregunté. “Dos veces” dijo. “¿Y tu galán otoñal?” pregunté sin ironía. “Sabe a qué vine. Le encanta. Espera a que le dé los detalles. No creo que nos quedemos para la segunda parte del concierto”. Por pura cortesía le pregunté de dónde lo había

sacado. “Es el subsecretario del Interior” me respondió con tono perfectamente casual “Les estamos diseñando unos sistemitas”. Me besó con la punta de los labios. “De manera que portate bien. ¿De acuerdo?”.

Cuando entré al palco de regreso no volteó para ver quién entraba, como hubiera hecho cualquier persona normal. No giró el cuello ni siquiera un grado. La obediencia a la preceptiva cretina es como una segunda piel apenas pisan fuera de su Zona. No hay situación alguna por extraordinaria que sea que les haga bajar la guardia. Esta interdicción absoluta de mirarnos debe de haberles desarrollado otro modo de percibirnos. No me imagino cuál. Las luces se apagaron. Me senté no a su lado como antes sino detrás de ella. Por ejemplo ¿sabe ahora que soy yo el que está aquí detrás de ella? Volvió el gordito, ahora con Schumann, Liszt, Debussy y quién sabe quién más, pero sin circo: fraseo sencillo y natural para demostrarnos, más allá del relumbrón virtuoso, la profundidad de su arte. Lo aplauden con más furia todavía. Si antes no le prestaba atención ahora ya no lo escucho, casi ni lo oigo. Estar sentado a sus espaldas me ha magnetizado. Una vez más me pregunto si sabe que soy yo el que está detrás de ella. Otra vez me acometió el deseo de olerle la nuca, besarle detrás y debajo de las orejas, con quijadas de acero morderle el cuello justo debajo de la nuca hasta rasgar la piel, penetrar en el músculo, quebrar el hueso, tomar su vida. Si aquella primera vez semejante deseo me pareció una ocurrencia chistosa del inconsciente y como tal la ignoré, esta segunda vez el deseo absurdo y bestial realmente me perturbó. El cubículo aterciopelado, la penumbra, la música dulzona, el alabastro de sus hombros y de su cuello me

parecieron de pronto como una especie de trampa fatal. Sentí que atrapado en el laberinto perseguía una alucinación sin saber que en el recodo más oscuro me esperaba el más horrible de los espejos. Estuve a punto de salir de allí corriendo, dejándola sola para que ardiera en el infierno. No lo hice, pero lo que hice fue digno del aire enfermizo, podrido, que sentía que respiraba. Actué de pronto y sin duda alguna, como si en realidad todo hubiera estado meticulosamente preparado de antemano. Con sumo cuidado, tomándolos de las patillas, le saqué los lentes. Mis manos no estuvieron delante de su cara para evitar que las viera o las oliera y supiera con seguridad quién estaba a sus espaldas. El traje gris oscuro que yo tenía puesto va con un pañuelo de seda negro. Lo doblé e introduciéndolo discretamente desde su cintura lo fui subiendo hasta que le vendé los ojos con él. Tomándola del codo con un apretón dañino que imagino que ella sabe a esta altura de las cosas que yo *jamás* le propinaría, la obligué a pararse.

Más allá de la cortina de terciopelo rojo fuimos a dar al pequeño vestíbulo. La respiración le galopaba como nunca antes, que yo supiera. Me pareció que venteaba, que intentaba reconocirme por el olor. Imposible con el desodorante de ambiente dulzón con el que habían fumigado el minúsculo cubículo. Presionando con la pinza sobre su brazo, como en cámara lenta la hice arrodillarse sobre la alfombra carmesí. La incliné hacia adelante hasta que se apoyó sobre los codos. Me arrodillé. Al subirle la falda hasta la cintura la cachetada simbólica de Guita me llegó con total puntualidad: el calzón de puta estuvo a punto de hacerme suspender todo. Se lo bajé maldiciendo entre dientes. Le cubrí la entrepierna con la mano y le abrí los labios con

el dedo medio. Estaba seca. Saqué la verga, retozona pero flácida todavía y se la apoyé en el canal. Culeé suavemente mientras con el índice jugaba a abrirle el culo. No tardé en tener la verga dura. Se la metí y culeé con la angustiada voluptuosidad con que el virtuoso me llenaba ahora los oídos con algo que sonaba como a Mahler. Sin el menor apuro por acabar le di una cogida irreprochable. Amable, tierna, firme, caballeresca, profunda. Saqué la verga y volví a palparla. Seca. El gordito arremetió con una especie de mazurca y yo me acomodé al presto, medio trotado. Metí la mano por debajo de su vientre y le cacé la punta del pubis. Le froté el enanito sin contemplaciones y aceleré el culeo hasta sentir que la levantaba en la punta de la verga. Cuando me sentí cerca volví a separarme y a palparla. Tenía el horno caliente y jugoso. Completamente abierto boqueaba pidiendo más. Sentí que la emoción me subía al hocico. Hubiera podido llorar. Iba a ser nuestra primera acabada juntos. Pero no. No era conmigo —su amo, su dueño, su amigo— con el que estaba a punto de soltarse, sino con aquel extraño sujeto, anónimo, su verdadero amor, que la usaba furtivamente en mi ausencia. Volví a hundírsela y con la mano por debajo volví a agarrarle lo que ya estaba gordo como una salchicha. Con la otra mano aferrándole el hombro para llegarle al fondo con cada estocada, le hice sentir todo el poder de mi cuerpo. No me cogió. Ni una vez la sentí devolverme los homenajes. Pero la pequeña muerte la alcanzó en pleno disfrute y tembló como una hoja en la tormenta. En ese mismo instante me dejé ir. Nos derretimos tan juntos y tan separados como puedan estarlo dos personas. Por primera vez mi verga había hecho temblar, contraerse y anegarse a su vaina. Una boquita allá en el

fondo de su coño había mamado de la punta de mi verga hasta la última gota de vida. *Me sentí diferente*. El doble de alto, el doble de ancho, el doble de verga. Me sentí como cuando finalmente conseguí metérsela a mi primera noviecita. Pensé en quitarle la venda de los ojos para que supiera que había sido conmigo que —mal o bien, y rígida como una estaca— había gozado. Pero no, no podía hacer eso. Hubiera sido violentarla más, humillarla más, cerrarla más seguramente. De todas maneras, seguramente que ella sabía: una mujer sabe la verga de quién la está cogiendo. ¿Sí? ¿O no? ¿Un hombre sabe la concha de quién se está cogiendo?

¿Cuánto tiempo permanecí derretido y confuso? ¿Cuánto tiempo había pasado? El concierto tenía que estar por terminar. Me paré. Tomándola del codo la hice pararse. Los labios le temblaban y —tal y como Guita un rato antes— tenía las mejillas rojas como el fuego. Nos acomodamos la ropa. La conduje nuevamente a su asiento. Desde detrás le quité la venda y le dejé los lentes negros sobre el regazo. Salí del palco asegurándome de que no se daba vuelta para ver quién había sido. Fui al baño. No había nadie. Discretamente me enjuagué el pene y lo sequé con papel. Me mojé la cara. Soy el tipo de gente que sólo fugazmente, para chequear algún detalle, se mira en el espejo. Esta vez me quedé mirándome mientras las gotas de agua me corrían hacia la barbilla. ¿Qué tipo de gente es esta que viene a los conciertos del Solís a coger en los palcos, y no con una sino con dos...? ¿qué...? ¿damas...? Mi cretina no era una dama, por cierto. Nunca había hecho algo así. Recordé el deseo de quebrarle el cuello de una dentellada. Me miré la boca. ¿Es esta la boca de un lobo? Suspiré hondo. Ya sabía lo que eran sus entrañas sacudidas por

la borrasca del orgasmo. Faltaba ahora que fuera *para mí*. Y que además deseara regalarme con todas las variaciones imaginables de la Danza Esencial. Entré al palco con el gordito recorriendo el último tramo ya al galope. Entré como si nada, con movimientos rápidos y seguros y me senté a su lado como al principio, sin siquiera echarle un vistazo. Se había puesto los lentes y miraba fijamente al concertista. Había puesto orden en su cabello. A menos que su fino olfato pudiera detectar el olor de lo que me quedara de nuestros jugos, a menos que su vagina hubiera reconocido a mi pene, supuestamente alguien la habría violado durante mi ausencia, cosa que por supuesto ella en tanto cretina no podía denunciar. No hará nada. No dirá nada. De hecho nada le ha sucedido. Como era previsible se ovacionó de pie al gordito. Mirándola aplaudir —y su aplauso no me pareció ciertamente demasiado entusiasta— pensé que al hacerlo, al aplaudir, por primera vez formaba parte de *nuestra* masa. Me di cuenta de que era fundamental des-aislarla. Integrarla sería otra cosa, eso sólo el tiempo podría lograrlo. Era necesario por ahora simplemente sumergirla en nuestra masa hasta que se le contagiara nuestra identidad de masa. Identidad que le serviría como base y apoyo en la metamorfosis *personal* que tenía que emprender. Salimos dejándonos llevar por la marea de melómanos empolvados y perfumados. Su mano en la mía.

.....

Pensé en detenernos en el camino para tomar un helado. Como si fuéramos cualquier pareja. Uno tiene esa tendencia a normalizar todo. A encuadrar todo en las experiencias anteriores. A forzar lo que sea para que funcione dentro de parámetros co-

nocidos. Pero no era una buena idea. ¿Qué era razonable esperar? Que permaneciera rígida y cabizbaja. No habríamos adelantado nada. Y me enfurecería. Era necesario ir poco a poco. Seduciéndola con la calidad de la convivencia, compartiendo la experiencia de la música. ¡Absurdo! Palabras huecas. ¿Cuál experiencia de la música? ¡Si acabo de llevarla a un lugar público, supuestamente al Templo de la Música, donde o bien la usé yo o bien la presté! Aunque estuviera vestida como nosotros fue usada como se usa a una cretina. Bonita manera de ir poco a poco y cuidadosamente. Mientras conducía por la rambla, tan lentamente como pude, terminé de asumir en qué baile estaba metido. Por un lado soy incapaz de controlar el apetito voraz que me despierta. De hecho, simplemente no estamos preparados para reprimirnos, para negarnos lo que se nos antoje. Por el otro lado la única posibilidad de llegar a tenerla *verdaderamente* consiste en aplicar una estrategia —la que Guita propone— que se base en la abstinencia y la seducción. Por un lado soy incapaz de evitar tratarla como a una cretina. Por otro lado mi única opción es tratarla como a una de nosotros, trato que comienza, por supuesto, por el respeto. Muy estrecha la senda. Quién sabe como cuánto pueda transitarla. En realidad sólo quedaría confiar, más que en mis fuerzas, en el efecto acumulativo que necesariamente tenga en ella el paladear una vida digna de ser vivida. Espero que el efecto sea rápido. Pero vaya uno a saber cómo decantará la experiencia su cerebro sistemáticamente corroído de cretina. Yo por mí me postraría a sus pies y le explicaría hasta qué punto puede hacer conmigo lo que quiera. ¿Qué haría ella si yo hiciera semejante cosa? No me creería y permanecería perfectamente sorda. ¿Por qué habría de

creerme? ¿Acaso —sin pausa, sin prisa y sin alharaca— no estamos borrando a los suyos, a los cretinos de la faz de la tierra? ¿Acaso no la he usado una y otra vez ignorando su voluntad y su deseo? En realidad la *mejor* hipótesis sería que no me diera bola. La peor sería que formara parte de alguna organización de resistencia, fingiera creerme y me utilizara para sus fines. En el fondo, y hablando en plata, es por esta última hipótesis que no puedo ir de frente: las posibilidades de sacar algo positivo son casi nulas y lo más seguro es sacar algo negativo, podría suceder que todo se volviera definitivamente peligroso. Ir de frente, entregarme y querer convencerla con mi entrega sería como lanzar alegremente el timón por la borda en el medio de una tormenta. Todo esto lo vio claro Guita antes, como siempre. Su plan es el mejor camino. Seducirla dándole por su lado para que solita me dé lo que quiero de ella. Y después veremos.

Regresamos a casa poco antes de la medianoche. No pude evitar sentir —mientras acomodaba el auto y luego en el ascensor— la especie de trivial felicidad rutinaria de una pareja común y corriente que vuelve a casa luego de una noche de concierto. Lo dicho: esa tendencia a normalizarlo todo. Cenaríamos un yogur y una manzana comentando la velada, y después, acomodados como cucharitas, nos deslizaríamos por el tobogán del cansancio acumulado de toda la semana, y mañana sábado apenas despiertos haríamos el amor con la feroz exhaustividad que nos regalarían nuestros flamantes cuerpos de fin de semana. Apenas entramos se quedó parada, mirando al piso, sepulta en su disfraz de gente, esperando órdenes. Me dirigí al gabinete, y a falta de indicación precisa, como hacen los perros, me siguió. Encendí

las luces y, como un acusado que marcha al careo, avanzó hacia la isla de luz que yo había preparado para ella, donde aún estaban su túnica y sus chanclos esperándola. “Vístase” dije ya un poco harto, como si estuviera desnuda, como si sólo con sus harapos de cretina estuviera verdaderamente vestida. Y abriendo un cajón del escritorio, como para desentenderme de ella, hice ademán de agarrar lo primero que hubiera, que resultó ser una lupa. Había estado mirando grabados de Piranesi. Ignorando su miserable ritual de cambio de piel le di la espalda para buscar en lo alto de mi biblioteca la carpeta con las láminas. Desplegué sobre la mesa los grabados, escruté las galerías, lóbregas e infinitas, como en busca de un mensaje cifrado. Perdí, por supuesto, la noción del tiempo. De eso se trata con Piranesi. Cuando levanté la cabeza ya no estaba allí. Mejor así, al menos en el esquema de Guita. Harto y vacío hasta la náusea, vagamente considerando la posibilidad de entregarme al llanto, me lavé los dientes y me fui a la cama. Sobre la mesa de luz estaban las *Máximas y reflexiones* de Goethe. Lo abrí al azar. “La sacralidad de la música de iglesia y el tono alegre y zumbón de las melodías populares son los dos goznes en torno a los cuales gira la verdadera música: recogimiento o danza. La mezcla desconcierta”. “Como si estuviera hablando del 132” pensé satisfecho y me dormí.

V

Quemaduras

Desperté de golpe en medio del silencio de la noche, sin transición, perfectamente lúcido. Como si se hubiera accionado un resorte que me dejó de pronto sentado en la oscuridad y con todas las pilas conectadas. “Pero ¿qué pasa si me la quitan?” articuló mi cerebro con sorprendente claridad, letra por letra casi. Si me la quita ¿quién? Interior, por supuesto: podría recibir un comunicado de que se murió y de que pase a seleccionar un reemplazo. En cuyo caso andá que te cure Lola. No hay pataleo. Pero ¿por qué? ¿Por qué harían algo así? *Alguien* podría razonar y llegar a la conclusión de que estoy en peligro si sigo enredado con mi cretina. ¿Quién? Guita, por supuesto. Sin duda que si se lo proponía podía encontrar la manera. De hecho *ya* tenía la manera: el Jean Marais era la manera. Me hundí en la paranoia. Por supuesto que es capaz de semejante cosa. No por hacer daño: al contrario, para preservarme de un daño. Así son las cosas: la persona que vive contigo, que comparte tus alimentos, eventualmente tu cepillo de dientes y seguramente tu almohada, puede ser la que encuentre las razones más razonables para decidir que tu vida debe detenerse, no debe continuar, que debes morir. Mucho más seguramente es capaz de encontrar suficientes razones como

para terminar con la vida de aquel o aquella que, según entiende, te está haciendo daño. Ni hablar si el dañoso en cuestión es un cretino. Sobreacelerado, por un instante sopesé la opción de cortar toda relación con Guita. Absurdo: sería para ella la indicación precisa de que tiene razón, de que estoy más allá de lo razonable y de que debe hacer lo que sea para salvarme. Quizá hablar con ella y marcarle claramente que bajo ninguna circunstancia debe de tomar decisiones radicales para salvarme. Lo mismo: alguien que habla así es alguien que se siente al borde del abismo y que en realidad indirectamente está diciendo que espera ser salvado. La única conducta posible: hacerle sentir que el asunto de la cretina me importa, pero —en el fondo del fondo— no demasiado. Que sienta que en esto comparte conmigo un capricho —todo lo caprichoso que se quiera pero capricho al fin—, que somos cómplices en un juego calentón que, como tantos otros juegos, más allá del resultado no puede sino estrechar más profundamente nuestra amistad.

Volví a recostarme, respiré hondo y cerré los ojos. Relajándome volví a la realidad real: Guita jamás haría algo que me hiriera. Al contrario, está ayudándome todo lo que puede para que consiga mis objetivos. En ese momento oí los ruidos asordina- dos que me indicaron que ella salía. Había olvidado dar cuerda al despertador, de manera que busqué mi reloj de pulsera, encendí la portátil. Las cinco y un minuto. Apagué la luz y cerré los ojos. Repasé en la memoria la trayectoria del Línea Gris, el ingreso a la Zona, su llegada al apartamento. Repasé con morosa curiosidad la llegada del tipo, el festín sexual. Poco a poco todo se me fue de foco excepto el tipo: sus huesos largos, sus músculos

sin un gramo de grasa, su aire absurdo de vivir en el mejor de los mundos posibles y disfrutarlo. Poquito a poco me fui dando cuenta de que era a él a quien buscaba con lupa en las infinitas galerías y en la hilera interminable de ventanucos de las cárceles de Piranesi. Siempre poquito a poco me di cuenta después de que encontrarlo —o ponerlo— allí era sencillamente una metáfora de enterrarlo.

.....

El próximo cuarteto en el orden cronológico era el 130 y lo escuché en el palier del piso 27 después de almorzar, aunque no sentado en el sillón que da la espalda al ventanal porque, viniendo el verano bastante adelantado, a esta altura el sol ya pica demasiado. Escuché al Vermeer. Second chance. El cuarteto me pareció la colección de melodías más bellas que uno pueda escuchar, pero al menos en una primera y modorrosa escucha no les encontré hilo conductor alguno. El modo reflexivo y melancólico domina al primer movimiento. Los arrebatos no se escapan del control de esta mente que se siente dueña de su experiencia. Del cuerpo que no sienta la compulsión a la danza durante el presto que sigue puede decirse con seguridad que es de madera. Hay una pizquita amarga en estas piruetas, lo cual las hace más embriagadoras. El amabilísimo andante con moto del tercer movimiento me acunó hasta adormecerme unos minutos. Volví justo al comenzar a sonar la cavatina. Fue ahí que entre vagamente angustiantes brumas mahlerianas creí recordar lo que sucedió cuando me desmayé en casa. Según este recordar ella me habría tratado inesperadamente como a un cuerpo amoroso, digno de amor y de cuidado. Pero deleitándome en la exploración de las

imágenes del supuesto recuerdo noté un no sé qué que se parecía demasiado al tratamiento que le propinara a su patán, con lo que no me terminaba de cerrar la convicción de haber sido realmente beneficiado, de que no se tratara de una muy comprensible alucinación. La cavatina empezó a resultarme demasiado densa para la plácida modorra del mediodía. Por suerte vino el efectivísimo y clasicizante allegro del final a rescatarme. Me lo llevé por los corredores tratando de seguirle el paso. No estaba mal después de todo el Vermeer. Beethoven —concluí una vez más— es tan polifacético que admite las más variadas versiones.

.....

Al final de la tarde me llamó Guita. Me mostré lo más relajado posible. No le conté del divertimento improvisado con el que terminó la noche de concierto. Primera vez desde que la conozco que dudo o sospecho de ella y no le cuento algo. Cuando llegué a casa mi cretina no estaba, aunque eran pasadas las seis de la tarde. Sí había un mensaje en el ordenador en el que Recursos Humanos me comunicaba que mi personal de servicio privado no concurriría en los próximos días debido a una licencia médica. Resbalé una y otra vez sobre las palabras antes de que mi mente se diera por enterada del contenido del mensaje. “No voy a dejar que me la quiten” respondí finalmente con todo mi ser. No tuve la menor duda de lo que había pasado. De alguna manera Guita había sabido de mi absoluta incontinencia y había decidido cortar por lo sano utilizando los recursos de su Jean Marais. Empecé a dar vueltas por la casa como un autista descontrolado repitiéndome en voz baja, media y alta que no iba a dejar que me la quitaran. En algún momento fui a dar al baño, abrí la ducha y vestido

como estaba me metí bajo el agua. Poco a poco volví en mí. En el mensaje daban un e-mail para informes. Envié un mensaje reclamando complemento de información. Como si hubieran estado esperándome respondieron de inmediato. Intoxicación alimentaria. Me recordaron además que podía solicitar un reemplazo temporal. De inmediato, frenético, pregunté intoxicación por qué alimentos, argumentando que podía yo mismo estar en peligro. Otra vez la respuesta llegó en minutos. ¿Será que siempre responden así de rápido? ¿O todo esto es un teatro montado para quitármela? Intoxicación por alimentación propia de la Zona. Otra vez tecleando sin detenerme a pensar pedí información acerca de dónde estaba internada. En el momento mismo en que envié el mail supe que no debí enviarlo. La respuesta fue que estaba internada en una dependencia del Ministerio del Interior, y que no disponían de más información para suministrarme. Traté de tranquilizarme para analizar la situación pero no pude. Hace un par de años hubo un rumor fuerte acerca de muchas muertes en las Zonas por alimentos en mal estado. Si es cierto que está intoxicada quién sabe en qué tugurio de asistencia médica esté. Si llega a determinado punto de gravedad seguro que la dejan morir. Me imaginé la presencia de paramédicos y agentes de seguridad en el apartamentito. ¿Le habrán encontrado el violín? Tener un violín ¿será subversión o indisciplina? ¿Cuáles son mis derechos como propietario en un caso así? ¿Puedo protegerla de alguna manera aduciendo que sus servicios me son de alguna manera indispensables? Sentí débiles las rodillas, me temblaron. Se me aflojaron las tripas. Cagando sentí de golpe un sudor tan frío que pensé que me desmayaba. Me tendí en la cama y cerré

los ojos para que el techo dejara de girar y ondularse. ¿Qué hacer? ¿Entrar otra vez en la Zona? ¿Para qué? Allí nadie sabría nada. Y los centros de asistencia que yo sepa no están dentro. Quedarme quieto. Esperar. Sonó el teléfono. Era Guita. “¿Y, señor? ¿Cómo le va?”. Sonaba inocente y despreocupada. Fingiendo estar semi-dormido y más despreocupado que ella le conté que la cretina estaba enferma, sin más detalle. “Unos días de reposo le van a venir bien para evaluar la situación y meditar las consecuencias de sus actitudes” agregué ambiguamente, fingiendo un bostezo. “Mmm...” hizo por toda respuesta. Siguió un silencio espeso, voraz como el agujero de ozono. “Mmm...” volvió a argumentar. Por mi parte insistí firmemente en el silencio, convencido de que ella acabaría por decir algo que la incriminara de alguna manera. Sólo dijo, muy al final: “Buena idea”, aunque no continuando nuestro diálogo sino tomando una decisión. “Voy para ahí” dijo, y colgó.

Guita vino con Bela. Estaba con ella cuando me llamó. Me he cruzado un par de veces con Bela, fuimos vagamente presentados, pero sé suficiente de ella —incluso por Guita— como para saber a qué atenerme. ¿Ponerle peros a lo que se venía? Ni hablar. Hubiera sido como declararme en estado de alerta siquiátrica. Guita hablaba tonteras mientras preparaba el té en la cocina. Bela es rubia, alta y flaca, tiene los labios delgados, y algo rudo en los gestos y en la mirada. Se mira la pintura roja de las uñas, que introduce un toque de irrealidad en sus manos grandes y fuertes. Responde con una tanda de chismes espetados con el peor tono de mala intención. No sé qué te preparó Guita. Desde el primer sorbo empecé a sentirme relajado y libidinoso,

pero mal, porque en ningún momento me salió de la mente que ahora mismo en algún sucio hospital público mi cretina estaba reventando como consecuencia posiblemente de un acto de la voluntad de la aquí presente y riente, mi querida Guita. De todas maneras, cuando Guita se me sentó en las rodillas mi mano, por puro hábito, se le metió por debajo de la blusa, le soltó el sostén y, rodeando el tronco, fue a recoger los frutos de su esfuerzo. Desde hace tiempo sé que hay días en que a Guita le encanta ser acariciada en público, discretamente pero de manera tal que los demás se den cuenta y puedan captar cuánto lo está disfrutando. Nos hemos quedado en la cocina tomando el té o lo que fuere y Bela ronronea mayormente para Guita una historia en la que menudean los golpes de suerte, las seducciones interesadas y las maldades, y termina con una descripción de su nueva casa, cuya característica más apreciada por lo que entiendo es que tiene un sótano “grande como una mazmorra”, a juicio de la nueva propietaria. Guita tiene los pezones duros y empieza a hamacar el culo sobre mi muslo. ¿Qué haría con Guita si la cretina se me muere? ¿Seguiríamos como si tal cosa? Probablemente. Guita forma parte de mi economía física y mental, y no tenerla sería una agresión que no tengo por qué propinarme, máxime cuando tengo claro que sus motivaciones no han sido egoístas. Supongo que terminaré por asumir que todo el asunto fue culpa mía. Guita le pregunta qué piensa hacer con su sótano y Bela —que se ha parado y da vueltas por la cocina hasta encontrar en el borde exterior de la ventana que da a la terraza la vara de sauce que dejé allí quién sabe cuándo— responde distraída que piensa forrarlo todo de terciopelo púrpura. Sus ojos se han encontrado

con los de Guita y parecen querer incendiarlos. Se acerca a nosotros. Levanta muy pero muy lentamente la vara hasta que toca con la punta los labios de Guita. Guita cierra los ojos, entreabre los labios. Sus dientes se cierran sobre la vara, tironea de ella. Y bien, así son las cosas. No lo sabía. En realidad, no puedo creerlo. ¿Cómo después de tanto coger podía no saberlo? ¿O esto será algo nuevo, reciente?

Bela acaricia la mejilla de Guita con la vara. La respiración de Guita se agita, su cabeza se hace a un lado y hacia atrás para ofrecer el cuello a la caricia de la vara. Le retuerzo un pezón y luego el otro. Guita se desliza hasta cubrir mi vientre con sus nalgas. Queda montada sobre mi regazo dándome la espalda. A través de su falda delgada y de mi pijama de seda tanteo con la proa el contorno de la boca abierta y jugosa. Bela levanta la vara y con juego de muñeca la hace silbar una y otra vez. Descarga el primer golpe, sobre el cuello y la mejilla, suave, sin dolor en realidad, supongo. Guita se retuerce y sus labios tiemblan. Meto mi mano izquierda entre sus muslos y le acaricio el vértice por sobre el calzón. Sus muslos se cierran sobre mi mano. El silbido y el chasquido brillante y pálido sobre la piel me sorprenden. El segundo golpe —sobre los muslos que yo mismo acabo de exponer— es considerablemente más fuerte y Guita gime. Mete la mano entre sus piernas y aferra con fuerza mi verga, totalmente rígida. Con ropa y todo tironea desconsideradamente de ella. El tercer golpe me estremece. Ha dejado una raya roja en el cuello y en la mejilla de Guita, que tiembla como una hoja, fuera de sí y entregada. Bela y yo nos miramos. Conozco esa mirada, la conozco de las matanzas, de las partidas de caza. Es la

mirada del que va a aplicarse en disfrutar del dolor ajeno. Es la mirada del placer pero también es la mirada de la muerte. Como si me hubiera dado órdenes con la mirada, con la presteza del que sigue una coreografía ensayada desabotoné la blusa de Guita y se la quité, le saqué el sutién. Guita, laxa, como en trance, por momentos temblando de ansia, se deja hacer. Desnudo mi verga, hago a un lado el calzón de Guita y me hundo vientre arriba. Guita se derrite. Apoya su cabeza sobre mi hombro y culea suavemente. Entonces tomo sus globos con las palmas de mis manos y se los ofrezco a Bela. Bela golpea con la vara. Uno y luego el otro. Cierro los ojos entregándome a la fascinación *sonora* de la flagelación. Desde el primer golpe Guita, sin dejar de cogerme, se desliza en una cadena de orgasmos. A través de la piel de Guita cada golpe de la vara cosquillea en las palmas de mis manos. Guita, estremeciéndose al borde del desmayo, ha dejado de culear pero yo le sigo dando. El blanco lechoso de sus globos se ha cubierto de rayas coloradas. Guita ha llegado al fondo del placer y flota como un alga en la corriente. Bela me mira como si fuéramos dos hienas a punto de pelearse por un cadáver. Hace silbar la vara y yo en gesto de abyectísima complicidad junto los pezones de Guita y se los ofrezco. El último golpe entonces va directa y específicamente sobre las dos grandes areolas rosadas. Incapaz de más placer el cuerpo de Guita se limita a responder estrechando el anillo en torno a mi garrote. Levita ondulando dulcemente sobre mi vientre, al borde del abismo. Bela se acerca y metiendo las manos entre los muslos de Guita toca la cópula, luego su mano encuentra un camino por la portañuela del pijama

y valora mis huevos. Su boca desciende sobre la mía. Su lengua cuenta mis dientes, sin apuro. Su boca sabe fuerte.

Yo floto manteniéndome a duras penas más acá del orgasmo. Bela se aleja, me da la espalda, se suelta el cinturón y su pantalón ancho se desliza hasta el piso, se baja el calzón hasta las rodillas, se inclina hacia adelante apoyando los codos sobre el mármol del fregadero. Tiene la entrepierna completamente afeitada y la piel de los gruesos labios de su sexo se ve como endurecida, opacada, oscurecida, se me antoja pensar que por el uso. La mano de Bela, con la vara, descansa ahora sobre su espalda. Hace que la vara se deslice por el valle entre sus nalgas. Sus bocas bajas responden abriéndose hambrientas. Me mira por sobre el hombro. Su mano tiende hacia mí la vara. Me doy cuenta de que Guita está atenta. Guita se para. “Dale” me susurra, y me encuentro con la vara en la mano y el culo ansioso de Bela haciéndome guiñadas. Nunca hice esto pero por lo menos sé que Bela no espera menos que lo que le dio a Guita. Doy un primer e inhibido azote sobre la nalga y estoy a punto de preguntarle si así está bien. Doy el segundo de revés, y la marca resulta perfectamente simétrica. Bela se abre todo lo que puede y culea, impaciente. Estoy con la verga como hierro y no me queda mucha cuerda. Me acerco y sin el menor esfuerzo se la deslizo en el sexo empapado y caliente. La disfruta sorprendida pero de inmediato se escabulle. “Primero pégame” dice con voz ronca. Doy dos pasos atrás y sin temblarme esta vez el pulso le doy otra vez verso y reverso. “En el medio” gruñe insatisfecha. ¿En el medio? ¿En la piel húmeda y sedosa? No me atrevo. Entonces siento a Guita pegarse a mi espalda. Su mano izquierda empuña mi sexo mientras la derecha

toma la mía y dirige la punta de la vara hacia el objetivo pedido. La raya ardiente le toca el clítoris, con lo que Bela se estremece y relincha para adentro. “Dale ahí” me susurra dentro de la oreja. Le recorre la hendidura entre los labios apoyando y sepultando apenas la vara. Le rasca el ano. Con la mano izquierda me la menea de punta a punta. No puedo hacer otra cosa más que controlarme para no irme. Guita toma mi inmovilidad por temor o timidez. Se apodera de la vara. Apunta y le suelta un fuerte azote en plena entrepierna. El chasquido suena húmedo. Bela gruñe de gusto. “Más” urge. Guita me pone la vara en la mano. Doy un paso al costado y me perfilo buscando el ángulo para que el azote eluda las prominencias y aterrice en el valle. Un golpe blando de prueba. El ángulo es correcto. Golpeo entonces con fuerza y Bela gime de gusto. Culea como si a la vez un fantasma la estuviera ensartando. Golpeo con más fuerza. No puede ser que no le duela. Se retuerce y culea, pero no retira lo expuesto. Para mi sorpresa el siguiente golpe lo doy afirmándome con todo. Las rodillas se le doblan, aprieta los muslos. Gime como si estuviera al borde de un orgasmo del tamaño de un iceberg. Guita se interpone. Me masajea la verga mientras me besa con todos los jugos. Pero ya estoy dominado por el demonio. La aparto suave y firmemente. Hago silbar la vara en el aire dos o tres veces para proporcionarle un goce adelantado. El pecho le silba de ansiedad. Echa las manos hacia atrás y se abre las nalgas al máximo. Yo me acerco un poco buscando el ángulo para que el azote alcance a toda la zona. Y le suelto un golpe que tiene que haberle quemado hasta el alma. Las piernas se le aflojan del todo y se desliza en pleno goce hasta quedar de rodillas. Pero estoy fuera de control. Me ha

corrido por la sangre como veneno la verdad última de este juego: de lo que se trata es de dañar, de ejercer impunemente el más ilimitado poder de usar al otro. Y para ella de lo que se trata es de aceptar ese poder de dañar, sin respuesta posible, sin responder en absoluto. Levanto el brazo para azotar su espalda, pero Guita me detiene la mano. Nos quedamos mirándonos a los ojos y ella me indica con la mirada el límite del juego. Me arrodo entonces y tan bruscamente como soy capaz la acomodo para penetrarla desde detrás. Le lleno la vagina de un solo golpe y le doy varios puntazos. Después desenvaino. Deslizo dos dedos entre los labios y luego los hundo para empaparlos. Se los meto en el culo. Primero el medio y una vez lubricada la cancha, el índice. Se ha enchufado en una especie de orgasmo hipnótico e interminable y goza todo lo que le hago. Le meto entonces la verga entera en el culo con un par de empujones muy poco considerados. Me agarro de sus caderas y arremeto con todo zamarreándola como a un muñeco de trapo. La verga me crece, hinchándose para dispararse cuando Guita entra en acción. Se para con un pie a cada lado de Bela, se sube la falda y doblando un poco las rodillas orina sobre la cabeza de Bela. Simultáneamente suelto el goterón, que me imagino del tamaño de una medusa mediana. Bela no reacciona en absoluto. Parece haber caído en un trance de estupidez total. Guita, que ha disfrutado la orinada, empieza a reírse, y yo, que realmente lancé todo lo que tenía, de pronto me relajo y me olvido de todo y me río con ella.

Nos hemos duchado juntos y nos hemos tendido en mi cama, yo en el medio, por supuesto. Bela dice que somos unos cerdos y se duerme de inmediato. Todas las camas son su cama.

Guita se duerme sólo cuando hacemos una pausa en una sesión de besos lánguidos aparentemente interminable. Entre sueños imagino a mi cretina en un tugurio hospitalario, un moridero. Por supuesto que nadie mueve un dedo por ella. Por supuesto que no le permiten la compañía ni la visita de su patán. En el universo entero el único ser que podría hacer algo por ella soy yo. ¿Yo? ¡Pobre santa! ¿Qué puedo hacer yo? Pero hago. Hago lo justo, lo necesario, con sencillez y precisión. En realidad resulta fácil. Nadie espera que un cretino enfermo sea raptado. Luego rapto a un médico. Revólver en la cabeza. “Ella vive, usted sale de aquí. Ella muere, usted muere”. Entonces llega el día increíble en que vuelve en sí. Y lo primero que ve al abrir los ojos es a mí, y comprende. Comprende que me he jugado la vida y más por ella. Sus ojos se entregan a mis ojos. Me entrega hasta la última brizna de su ser. Y fuimos felices comiendo perdices. For ever after. Abrí los ojos al amanecer con la maravillosa novedad de tener —allá lejos, al final de mi vientre— dos rabos. Uno me lo chupaba una cabeza rubia y el otro me lo chupaba una cabeza castaña. Volví a cerrar los ojos entregándome al placer inocente de la pura cosquilla. Maravilloso. Armonizan sus pipadas, sus lamidas, sus meneos. Si con una sola verga es el paraíso imagínense con dos. Bela, que está excitadísima con el milagro es la primera en montarme. Le encuentra por supuesto un lugar a cada verga. No sabe qué hacer con aquello. Pero no tarda en darse cuenta de que se necesita una manera nueva de culear, una manera que entreten-ga alternada o simultáneamente a ambos huéspedes. No le lleva mucho empezar a encontrar la manera. Pero Guita no puede con la impaciencia y pide su turno. Se hunden mis vergas entonces en

las familiarísimas entrañas de Guita. Guita le da un buen rato a una y luego un buen rato a la otra. Bela intentaba hacerlas soltar el chorro al unísono. Guita disfruta bien un palo y después el otro. La pregunta es si acabándose una no se acabará automáticamente también la otra. Ya veremos. Pero ya Guita, que es irreprimiblemente generosa, se queda con la del coño y le cede la otra a Bela, que monta detrás de ella. Bela la abraza por la cintura como si estuvieran montadas en una motocicleta. Sincronizan sus movimientos, se hamacan al unísono. Cuando van rasco el fondo del coño de Guita, cuando vienen empujo contra la matriz de Bela. El coño de Guita es amplio, suave, húmedo. El de Bela es estrecho, duro, seco. Las cojo a las dos a la vez. Es completamente diferente a estar cogiéndose a *alguien*. Rota la unidad lo que viene no es dos o tres o cuatro sino el Cosmos. Jamás lo hubiera imaginado. Con dos vergas coger no es darse gusto por partida doble, es *otra cosa*. ¡Ah! Pero ¿qué hacen ahora? Se han desincronizado. Cada una baila a su manera. ¡Qué borrachera, Dios mío! No consigo juntar mi ser en una misma conciencia. Ha caído en una batidora de doble hélice. Cuando una hace rotar las caderas lascivamente la otra se dedica alegremente a hacer pininos. Cuando una coge a fondo la otra me trabaja sólo la cabeza. Siento que me expando y me desparramo por la ventana y por el corredor hasta la escalera, y que no podré volver a rejuntrar tanto desbande.

Guita me venda los ojos con un pañuelo de seda negra. Ambas han descabalgado y están atando con telas dulcísimas mis manos y mis pies a los barrotes de la cama. Las dejo hacer, por supuesto. Que me hagan lo que quieran. Con las vergas colosales palpitando como briosos corceles sobre mi vientre me siento

un Gulliver en las cosquillosas manos de mis captoras. Una de ellas —es Bela por los dedos largos y fuertes y por los labios delgados y ásperos— empareja las vergas y trata de chupar ambas cabezas a la vez. No puede y sobreexcitada las desnuda y las mordisquea. Así puede acabarme en segundos. De pronto ambas se retiran, las oigo cuchichear. ¿Qué están tramando? Algo como un meñique cerúleo, plástico me toca los huevos. Atado y vendado como estoy inevitablemente me sobreviene un pánico arcaico. ¿Será que se han distraído y una alimaña ha subido a la cama y está a punto de devorarme un huevo? Estoy a punto de reaccionar y saltar cuando de pronto una raya de fuego me cruza de ingle a ingle justo por debajo de los huevos y de la base del tallo. Me quedo de piedra por la sorpresa. ¡Es la vara! He recordado instantáneamente el silbido justo antes de la quemadura. ¡Me toca a mí! Una cabeza se apoya sobre mi vientre como si fuera a usarlo de almohada y unos labios —que son los inconfundibles de Guita— me chupetea la verga. ¿Y la otra? ¿Dónde está mi otra verga? ¿Desapareció? El segundo varazo, como por torpeza, cae un poco más al norte, y al relámpago de fuego se suma la puñalada que es cualquier golpe sobre los huevos. Al contraerse y tensarse mi cuerpo la cabeza de mi verga empuja y abre los labios de Guita, que se fingen dormidos, penetrando un par de centímetros en el calor húmedo. El tercer golpe es sobre los muslos. El dolor es más frío sobre los muslos. Igual mi cuerpo se contrae y la punta del ariete se desliza entre los pétalos que son los labios de Guita. Tarda en llegar el nuevo golpe y ahora ya culeo deliberadamente en busca de la boca de Guita. Bela dibuja silbidos en el aire. Los silbidos me excitan más aún que los golpes

y culeo enloquecido cuando siento acercarse el orgasmo. El azote cae directamente sobre el tallo y no puedo evitar gemir de placer. Caigo en la nebulosa sin retorno. Lo que en realidad no soporto es que no puedo avanzar más de un par de centímetros dentro de la boca de Guita. Otro azote más, más arriba en el tallo. Le suelto la crema sobre los labios. Los labios despiertan, se posan en torno a la boca de la verga y sorben la segunda descarga. Y luego la tercera y la cuarta, hasta que no queda más nada. Me maravilla el equilibrio perfecto entre la intensidad salvaje de la excitación y la delicadeza del remate. Son unas artistas. Relajado, con los ojos cerrados, pero con una increíble sensación de lucidez, mientras me desatan pienso que esta sí que se las debo: llevando yo el juego no hubiera jamás llegado a conocer estas delicias. Se mueven por la casa como preparando cosas. Un desayuno seguramente. Una de ellas se está duchando. Discretamente me voy a mi gabinete de trabajo. Cierro la puerta. Enciendo el ordenador. No hay mensajes. Escribo que deseo saber si hay novedades de mi personal privado. Lo envío. Estos tipos no duermen: iba a regresar al dormitorio cuando llega la respuesta. La dependencia no recibe ni envía partes de salud de residentes de las Zonas. Hijos de puta. Furioso escribo: “¿Cómo puedo saber si a algún burócrata de Seguridad no le ha gustado mi cretina? ¿Cómo puedo saber que con el fin de quedársela no se me está enviando información falsa?”. ¡Y lo envío! La respuesta por supuesto es si deseo hacer alguna denuncia concreta, y si era el caso qué denuncia y contra quién. “Te felicito” dijo a mi espalda Guita, sin ironía. “Ahora trata de acordarte que cada cosa que hagas va a ir a parar al expediente de investigación que te están abriendo en este mismo momento”.

.....

“Este es el tiempo de parar y pensar. Tiempo de reflexionar” me decía a mí mismo el lunes circulando a vuelta de rueda por la rambla de Pocitos a las nueve de la mañana camino del trabajo. “Todo está en mis manos todavía” me decía, tanto para tranquilizarme como para advertirme que mañana mismo podía ya no estarlo, mientras observaba de reojo los perfiles de mis conciudadanos automovilistas. “Tenemos dudas, tenemos impulsos, tenemos tentaciones, cometemos pequeños pecadillos, pero en definitiva sabemos quiénes somos, reaccionamos a tiempo. Somos los privilegiados, y de ese caballo no nos bajamos. Nos ha costado millones de años de selección natural y centenares de años de colmillo retorcido llegar a donde estamos y no tenemos la menor intención de lanzar todo a volar en beneficio de una quimera”. Aprobaban mi discurso, por supuesto que sus mudos perfiles meditabundos aprobaban punto por punto mi muda diatriba. Sin embargo a las diez de la mañana ya había bajado de la red una lista completa de los centros de asistencia pública, y a las diez y media desertaba de la oficina, supuestamente aquejado de un malestar indefinible. Quizá Seguridad me vigilaba. No puedo decir que fuera así. Por más que presté atención no vi nunca nada que me lo confirmara. Previo pasaje por casa inicié la recorrida. Llevaba en un bolso de mano un equipo de jogging que se dejó Guita en casa hace ya un par de años, la pistola junto con una caja de balas suficiente como para resistir un largo asedio, y un fajó grueso de billetes de veinte dólares. A determinado nivel —el más bajo— siguen siendo un argumento razonable: soltaba uno para que en el nosocomio me permitieran buscar a un amigo

muy pobre, y otros dos después para que me permitieran acceder a las salas especiales. La paleta olfativa pasaba del éter a la mierda con innúmeras escalas intermedias. Cuanto peor olía el lugar más caro me costaba el acceso. Eso fue el lunes y el martes y el miércoles. Trillé decenas de centros de asistencia. Hasta que llegué a la conclusión –pero evidentemente..., pero sí..., pero obvio...– de que los cretinos eran internados en centros especiales, quizá dentro mismo de las Zonas. Pero ¿y enterrarlos? ¿dónde los enterrarían? ¿se los incineraría, a la vieja usanza para que no quedara huella alguna de su existencia?

Harto de reflejarme en los ojos de los desahuciados el jueves me quedé en casa sumergiéndome en una depresión que tocó fondo a las cinco de la tarde cuando una vez más no vino. No bebo casi nunca, pero cuando bebo, bebo. Descorché la primera botella de un blanquillo francés, no muy distinguido pero tampoco francamente plebeyo. “En ocasiones como ésta se bebe de la botella” pensé, y me despaché hasta que me sonó la campanita. Según mi apunte en el orden cronológico seguía el 133, la Gran Fuga, originalmente el movimiento final del 130. Estuve a punto de salteármelo. No estaba yo de humor precisamente para claves bien temperados. Pero los años le dejan a uno algo de burócrata, nos guste o no. Para seguir la escucha en orden, lo puse. Y me voló la cabeza desde los primeros, amenazantes acordes. Como si hubiera mezclado las drogas menos compatibles. Inútil que el Maestro viniera después, de inmediato, como arrepentido, a explicarme que es el dolor más hondo, digno y metafísico el que lo lleva a la violencia. Por lo demás, como a todos los asesinos el discurso llorón le dura poco. En cuanto nos ablandó arremete

a puñaladas. Y qué puñaladas. No se escribe música así impunemente. Con razón los buenos burgueses rebuznaron. Con razón él mismo reculó y cambió esto que se suponía sería el final del 130. La música como espada flamígera del ángel exterminador. La búsqueda del sonido final, el que raje la realidad de arriba a abajo y permita caer del otro lado. Hendrix. Charlie Parker según Cortázar. Sólo cuatro minutos pero cuatro minutos verdaderamente de mierda, los cuatro minutos que cambian al mundo. Con el segundo trago me terminé la botella. La lancé contra mi pared preferida, contra la que se hizo mil pedazos. “No me salgas con lirismos ahora” murmuré ya con lengua de trapo al debutar el adagio. ¿Te crees que con una cucharita de postre vas a recoger el desparramo que hiciste? Me fui al balcón en señal de protesta. Nubes tan panzudas que antes de regarnos con una lluvia redentora iban seguramente a aplastarnos como a cucarachas. Vagamente me llegaba desde dentro un serio pero ameno pasaje en el que el Maestro le recordaba hipócritamente a su público lo mucho que respetaba los límites aceptados de la musicalidad, antes de —esta vez gradualmente— empujar a su distinguida audiencia de regreso dentro de la fosa de los leones. El río como mar estaba gris por encima y marrón por dentro como consecuencia de las inundaciones en el Norte. Dicen que otra vez van a bajar camalotes. Con lagartos, lagartijas, arañas, escorpiones, cobras, pitones, gatos salvajes, indios no cristianizados. Tendremos que evacuar Montevideo. Entré a la sala tropezando con el riel de la puerta corrediza y le dediqué específicamente al Maestro el primer y casi único trago de la segunda descorchada agradeciéndole la falta total de cordura que, habiendo tantas otras maldades por hacer,

lo llevaba a apuñalar fría y concienzudamente al mismo cadáver. Como Polanski tirándose de vuelta en *El inquilino*. No importa qué, si mi Ser sopló dentro, es arte, dice Beethoven mucho más furioso en este segundo round. Por pudor vuelvo al balcón justo antes del segundo orgasmo del Maestro. No le queda más que expresar la nostalgia, el eco enternecido de sus titánicos placeres.

Vi detenerse a la camioneta de Tiempost, vi al empleado cruzar hacia la puerta del edificio. Aun así me sorprendió el timbrazo. Un sobre pequeño con una cartulina impresa dentro: *los amigos de Tirofijo recuerdan los viejos tiempos. Interlunio de noviembre. Vos sabés dónde*. Los amigos de Tirofijo. Mis viejos camaradas. Los convoqué en la memoria y comparecieron de a uno: Carnas, que ahora se dedica a auditorías contables; Piloni, arquitecto paisajista; Bonal, que tiene librerías; Dana, inspector de policía. Años sin vernos. Fui yo el que se alejó. ¿Una cacería de cretinos? ¿Después de tanto tiempo? De sólo pensarlo me zumbaron todas las estaciones de la memoria y me sudaron las manos. ¿A quién se le habrá ocurrido esto? ¿No era que las cacerías —el “despreciable deporte” en palabras del Ministro que firmó el decreto— estaban terminante y definitivamente prohibidas? Poco a poco voy descubriendo que casi todo lo que circula como moneda corriente respecto de los cretinos no es cierto. En fin ¿por qué no ir? Tarde de noche llamó Guita. Para no hablar de otra cosa le conté de la invitación. “Me parecería bárbaro que fueras” dijo. “No es bueno alejarse de los amigos” argumentó. “Además puede ser una experiencia que te ayude a recentrarte” concretó. “¿Cuándo es el interlunio?” pregunté. “El sábado”. Saqué el equipo, que estaba guardado bajo llave en el último armario, el del cuarto de

servicio. ¿Cuántos años sin tocarlo? Mil. Abrí la mochila. Cantimplora para agua, petaca para brandy, cajita para el chocolate. Porque normalmente las cacerías empezaban hacia el final del invierno o el principio de la primavera, y hacía falta un poco de chocolate en el frío de la noche. Las últimas eran muy entrada la primavera, como ésta. Ahí estaba también la pistola de bengalas, el silbato para emergencias, la brújula, el cubrerreloj para evitar reflejos, el pote de betún para camuflaje, el cuchillo de doble filo. Abrí el morral: botas, ropa de camuflaje, guantes negros de cuero fino, pañuelo negro, franela negra. No soy de pasarme horas hablando de armas. Mi rifle —el Ruger Number One que me dejó mi padre— ni siquiera es de repetición. Midos lo llama “la carabina”. Lo desarmé completamente, lo limpié y lo engrasé en un ritual repleto de recuerdos que me llevó más de dos horas. Participé en tres temporadas. Siete partidas por temporada. Quince piezas cobradas. Ahí están las quince muescas en la culata. No es el mejor récord posible, que lo tiene Tirofijo, o sea Midos. Ni el segundo mejor. El tercero a veces. Pero es un nivel aceptable, un nivel que implica que de mí como cazador de cretinos se hable con relativo respeto. La mejor fue la última. Minutos antes de clarear. Yo me había jugado a un pasaje rocoso desde hacía horas. Apareció a más de cien metros. No era fácil. Si se paraba a mirar iba a verme. Y dadas las característica del lugar no tenía más que un tiro. La bala le partió el entrecejo. Por supuesto que ese no era mi blanco —no le había apuntado al entrecejo, no soy tan audaz— pero bastó que permaneciera con el pico cerrado para que mi prestigio creciera bastante más allá de la cuenta.

VI

El deporte supremo

A medida que se acercaba el momento volvía a mí el entusiasmo aquel, de sangre caliente, de las primeras veces. Volví a sentir la camaradería que sólo contagian las armas prontas para usarse y la complicidad en los rituales de la muerte. Volví a sentir la dilatación de todo mi ser esforzándose por captar y paladear de antemano ese inasible que está en el aire presagiando la sangre, el estertor y la muerte. Resonaron en mi memoria las voces y las risas roncadas y amigas protegiéndonos del silencio aplastante de la noche pampeana, la imantación del grupo orientándose inconscientemente hacia el mejor de nosotros, hacia el guerrero, hacia el que tiene la última palabra, orientación más evidente cuando los vasos de aguardiente se levantaban para brindar.

Como solía suceder llegué bastante antes. Quedaba un rato de sol y otro de penumbra antes de la hora del encuentro. Dejé la ruta pero en la dirección opuesta y me detuve en un punto desde donde podía ver las llegadas. Un deportivo rojo apareció como de la nada, rajando el paisaje. A punto de pasarse frenó quemando goma. Entró en el camino de tierra casi haciendo un trompo y se alejó haciendo rabietas con el escape libre en medio de un torbellino de polvo, taladrando el silencio con cada cambio hasta

desaparecer detrás de la loma. Andra Pileri. No era por falta de pulso que terminaba con puntaje siempre apenas por debajo de Tirofijo. Después nada por un buen rato. De pronto —casi pude oír el clic— caí en unos de esos estados de *vacío* mental en los que la lucidez resulta escalofriante. Queda uno sin transición de cara al hueso de lo real y con todos los contextualizadores apagados. Pedregullo, polvo, tierra agrietada, piedras, arbustos, espacio, lejanía, graznido. Vista de la superficie del planeta Tierra. ¿Qué estoy haciendo aquí? Oscurecía segundo a segundo. Podía *ver* cómo la luz *se iba*. Sentí en la piel la marea de mis humores, porque al huir la luz *me atraía*, me *chupaba* hacia el poniente. El sol en el ocaso: el Astro Rey se retira llevándose la luz del día. El sol en el ocaso: resumidero por el que se escurre la luz del día. Por el que el día drena. Me anclé en un punto amarillo para resistir. Marte. Como yo aquí, la sonda Pathfinder allá, mirando estúpidamente un paisaje estúpido. Nadé con la mirada contra la corriente, hacia lo alto de la bóveda para resistir el *chupón*, para escapar del maelström vertiginoso de la luz en fuga atropellada, y entonces lo vi. El arco de luna más delgado imaginable. Milagrosamente flaco y adelgazándose segundo a segundo. Tres, dos, uno. Clic. Cero. Interlunio. Volví en mí. Un Mitsubishi azul tomó allá abajo la senda, sin apuros ni alharacas. Es Carnas. Parsimonioso como un camello. Voluptuosamente cruel. Es el tipo que eligen como conductor espiritual de una comunidad y que termina siendo el asesino de sus niños. Final del ocaso. El instante preciso en el que todos los colores se rinden y se someten al negro. Tres, dos, uno, cero. Clic. Negro. Hora de llegar.

Desde la loma —de día, por supuesto— se tiene una visión completa de la cañada. Un pequeño pero tupido monte criollo encorsetado por la alambrada de tres metros y medio de altura. Es lo que se llama una cancha chica: unos seiscientos metros de Norte a Sur, un kilómetro de lado a lado, y mucha superficie inútil a todos los efectos, por impenetrable. Enfrente del portón están los autos, dispuestos de manera que los faros encendidos converjan. Midos se adelanta para recibirme, en uniforme de comando, de cabo a rabo. Le tiendo la mano pero después de dármele me abraza y me palmea la espalda. Nunca me abrazó así, con ganas. “Sabía que se podía contar contigo” masculló con tono paternalista. Se acerca Carnas. Uno tiene a Carnas delante y a menos que tenga uno el olfato atrofiado huele que es un tipo peligroso aunque él se empeñe en mostrar solamente la pachorra sobradora del dinero. Piloni, flaco y nervioso como siempre. Es el tipo en el que se puede confiar a muerte y responde siempre. Hay que sujetarlo un poco, porque lo que es por él, siempre va demasiado lejos. Allá, junto a una camioneta del Ministerio, hay un grupito de cuatro tiras. A través de los vidrios de la camioneta entreví las siluetas de las presas. No tardamos en empinar el codo. Carnas me tomó del cuello y apoyó su frente contra la mía, cosa que no recuerdo que jamás hubiera hecho. “Sabés que podés contar conmigo siempre, para lo que sea ¿verdad?” me espetó directamente sobre los labios. Por un instante pensé con pánico que me iba a chupar los labios. Tarde como siempre, juntos como siempre llegaron finalmente Dana y Bonal. Rorro y Piro. Siempre en yunta. Les pregunté alguna vez —en copas— qué se veían y me respondieron por separado lo mismo. Uno relata el

mundo y el otro lo interpreta. Se complementan. Uno no puede vivir sin el relato y el otro no puede vivir sin el comentario. Sus familias no se conocen, pero ellos se ven sin falta creo que una vez por semana. Dios los bendiga. Midos en plan anfitrión llena una y otra vez los vasos con brandy. Se prodiga en chistes. “Por favor me perdonan desde ya si le pego un tiro a alguno de ustedes. Ya no soy el mismo de antes”. Y se prodiga en instrucciones. “Hoy como ayer no vale con rifles de repetición ni metralletas. No vale con miras de infrarrojos. No vale con miras de detección térmica”. Remata con una típica de él. “Les ruego que acepten mi innovación: para poder seguir siendo conocido como Tirofijo me he permitido pintarles un círculo con pintura fosforescente alrededor de la marca”. Aplaudimos todos. De última ¿qué otros amigos tengo más que estos, más entrañables que estos? Nos hemos cuidado uno al otro. Hemos matado juntos. Por lo demás marcarles las presas con pintura fosforescente a este atajo de veteranos enmohecidos no era para nada una mala idea.

Después vino la presentación de los cretinos. Los llevaron desnudos y encadenados entre sí hasta el centro de luz. No me sorprendió verlo. Después de la desaparición de mi cretina nada debe sorprenderme. Tenía que haber un sentido oculto en este revival, y era éste. El sentido oculto de este reencuentro de viejos camaradas que ya no se veían sino por casualidad y que ahora se reúnen para comulgar en el santo sacramento de la cacería humana, supremo deporte, era que lo tuviera en mis manos, es más, que se me indicara amablemente que proceda a matarlo, sin consecuencias, en el más espléndido de los anonimatos. Allí estaba entonces, bastante más alto y atlético que los demás y bastante

menos asustado. Como si estuviera seguro de salir de aquello. Le miré el pellejo que le bailaba entre las piernas. Muy lejos de la fiera rampante a la que mi cretina le rindiera la más devota pleitesía. Midos se les acercó y —a la manera de un picador de toros— los hostigó con una vara de palo duro. Después les habló diciendo las mismas palabras que decía hace no sé cuántos años. “No crean que esto es lo peor que les podía pasar” rugió para asustarlos, como un general que antes de la batalla intentara que sus soldados le tengan más miedo a él que el que le tienen al enemigo. Era su introducción típica. “Al contrario, es lo mejor que les podía pasar” dijo, secundado a coro por Andra y Piro, desde siempre los de mejor humor. Tirofijo se volvió y los miró con las cejas levantadas. Se callaron pero sofocando las carcajadas que les causaba el gesto adusto y amenazador que Midos les dedicaba. “Por primera vez” siguió Midos en un tono que no podía sino convencer a los pobres tipos de lo que, por lo demás, era simplemente mentira “por primera vez en sus vidas son ustedes los dueños de sus destinos” concluyó modulando hacia los bajos para subrayar lo solemne de la ocasión. “Pueden hacer ustedes lo que sea con tal de llegar al amanecer, inclusive tomar nuestras vidas” dijo, y esto sí era verdad. La única. Dueño de su teatro Midos hizo aquí una pausa llena de patetismo. Hasta los bromistas callaron. “Al de ustedes que llegue a ver el próximo sol le será concedida la libertad” agregó con tono de generosidad cesárea, y era mentira. “El que vea salir el sol tendrá su pasaporte y su pasaje a donde se le antoje, fuera de las Repúblicas Soberanas”. Mentira, obviamente. Si alguno lograra sobrevivir a la cacería sería como un toro ya toreado. Demasiado peligroso. Perdonado, del ruedo saldría

quizá triunfal, pero camino del sacrificio. Caminamos alrededor de ellos, estudiándolos. No era broma que les habían marcado con pintura fosforescente las nalgas. Canias me dijo en voz baja “Menos mal que ellos también van envejeciendo”. Era cierto. Exceptuado el patán de mi cretina los otros cuatro tenían nuestra edad o más. Y por cierto que en nuestros años mozos nos soltaban demasiado a menudo ejemplares tan o más mozos como nosotros, es decir, infatigables, velocísimos y peligrosos. Tirofijo llamó Hodea al que era en aquel momento su mejor fusil, en homenaje a Cala Hodea, al que en su primera salida con nosotros le truncó el presuntamente brillante futuro, estrangulándolo, un cretino al que seguimos cazando hasta mediodía, que fue cuando lo encontramos y lo matamos de la peor manera. Aquí el único que realmente podía dar trabajo era el patán. Dana —siempre lo hacía— se les paró delante y los apuntó sucesivamente con el fusil, ostentosamente pronto para disparar. Uno cerró fuerte los ojos y apoyó la barbilla contra el pecho, como contrayendo el cuerpo para rechazar la bala. Otro dio vuelta la cara con una expresión de angustia. Los otros dos me parecieron gente quebrada, muertos de antemano: ni se les movió un pelo esperando el final. Pero mi patán reaccionó de la manera que muchas veces vi reaccionar a los jóvenes. Se quedó mirando la boca del fusil como si no comprendiera de qué se trataba. Como tratando de imaginar qué bestia tan peligrosa podría salir de una cueva tan chiquita. Como convencido de que todo aquello era una broma. Camas se les acercó por detrás con el Gato —así le llamamos desde el principio: es un látigo impresionante, apto para yuntas de seis caballos, que el padre de Midos nos regaló solemnemente

el día que partimos para nuestra primera cacería—. Les cruzó de un golpe las espaldas a los cinco. Uno cayó de rodillas, otro se fue de lado, otro se dio un tremendo panzazo, pero mi patán, tironeado de un lado y del otro, permaneció firme. Suficientes pruebas para sacar conclusiones.

Los tiras se los llevaron hacia el portón del coto. De entre las sombras apareció el baqueano. Un fantasma del viejo pasado. Viejo como entonces, viste como entonces, abre el candado y quita la cadena con la misma lentitud de Caronte reumático, apollillado y gauchesco que le festejábamos entonces. Los tiras les quitaron esposas y demás a los cretinos y a punta de pistola los empujaron dentro del predio. Se cerró nuevamente el portón en sus narices. Tirofijo levantó el rifle. Apuntó a uno de los sopor-tes del portón, como siempre, y disparó. Al aplastarse y rebotar contra el metal, la bala aulló interminablemente en el silencio de la pampa, y los cretinos más o menos rápida o dignamente retrocedieron hasta perderse entre el follaje y las sombras, mientras Andra ejecutaba, como no podía ser de otra manera, su danza aullante del sombrero pisoteado, que consiste por supuesto en quitarse el sombrero, tirarlo al piso, pisotearlo y aullar a todo pulmón la excitación de la cacería. “En realidad todo esto es nostalgia, es decir, absurdo” dijo junto a mí Piro Bonal, displicente y criterioso como siempre. “Hoy en día se les coloca un par de emisores subcutáneos, o submusculares para más seguridad, o se les traza con miras térmicas y no duran ni media hora”. “Debemos de ser de los pocos capaces de salir así de cacería” le confirmé yo, fingiendo ese tono de sensatez que siempre presupuso entre nosotros un nivel de entendimiento que jamás realmente

profundizamos. “Últimos preparativos” gritó Midos, y con eso nos dispersó, cada uno en dirección de su automóvil. A esta altura no voy a negar que estaba totalmente metido en la cosa. Olía anticipadamente pólvora y sangre, como puede sentir desde ya el fuego en las venas el adicto cuando se mete el raviol en el bolsillo. Como siempre, sentí los dedos nerviosos y movedizos sobre el seguro y el gatillo, esa especie de flojera en los muslos, y reseco desde los labios hasta el último rincón de los pulmones. La división en parejas: Rorro y Piro, Midos con Carnas, y Andra Pilori conmigo. Como siempre: el mejor y el segundo no pueden ir juntos. Dos es el mínimo para salir. Todos recordamos la Tragedia de Cardona. (Los cinco cretinos espontáneamente, sin conocerse, por supuesto, puesto que así son elegidos, actuaron con la coordinación de un comando de veteranos, y acabaron con toda una partida de caza que había salido, como de costumbre, cada uno por su lado. Tuvo que intervenir Seguridad para controlar la situación y terminar con ellos).

Yo soy, por supuesto, de buscar un rincón cómodo en el bosque y sentarme a esperar a que pase el enemigo para cadaverizarlo. Pilori es de salir a corretearlos hasta dar con ellos. Hacemos pues una yunta desapareja. Fuimos los últimos en salir porque Pilori, de puro distraído, se iba de cacería con zapatos de gamuza y tuvo que volver a cambiarse. Cuando el baqueano cerró con candado a espaldas del rezagado lo vi hacerse —como tantas veces antes, recordé— la señal de la cruz. Caminamos siguiendo el alambrado, rodeando el monte bajo. Pilori sacó tabaco y hojillas y se puso a liar un cigarrillo. Sólo lo he visto liar aquí dentro. “Es cábala” dice antes de que pregunte. Me lo ofrece. Me siento

acunado en una red de rituales que es sólo nuestra. ¿Qué más puede pedir un hombre que esta trama íntima? De adolescente fumaba, pero hace mucho que no. Acepto el cigarrillo, bastante torpemente liado. Andra me da fuego con su encendedor, su yesquero, de aquellos de metal plateado que sonaban a lata y olían a gasolina al abrirlos. Refrescó mucho desde el ocaso. La débil luz del yesquero me deja ver mezclados el humo del cigarro y el vaho de la respiración. Fumo hasta el fondo, hasta que me emborracha el humo. Andra se para cuando llegamos a la zona de la cañada. “Mirá” dice con su voz varonil de tabaco y grapa, tan parecido el timbre al de la voz de Zitarrosa, “te tengo que pedir un favor”. Hizo una pausa para que yo adivinara y adiviné. “Tengo que salir solo esta noche. Es algo que me debo. No es nada con vos. Es que por una vez tengo que ser el número uno, y ese es un asunto para mí solo. Sólo quiero depender de mí mismo. Quién sabe si ésta no es nuestra última salida”. No podía decirle que no. No podía mostrarle el reglamento. Todos nosotros avanzamos hacia una edad en que ciertas cosas tienen que ser ya o no van a ser más. “Nos vemos aquí a las seis de la mañana” dije. Me dio la mano sin decir nada y se metió sin vacilaciones, como si tuviera ojos de gato o como si tuviera un plan muy pensado, en la senda que —más o menos desde aquí, como todos sabemos, aunque a todos nos costaría encontrarla y yo ni la había notado— se mete hasta el corazón del monte. En cinco pasos se lo comió la oscuridad. Recordé que en Cardona lo que hicieron los cretinos cuando los soltaron en el predio fue no alejarse sino quedarse juntos en el borde del monte, espiándolos. Cuando los cazadores entraron y se dispersaron los fueron matando de a uno. Me encogí de hom-

bros. Eso no puede pasar aquí. La mayor parte de estos no están para cazar a nadie, están para entregarse al primer susto.

Mi problema era, por supuesto, qué hacer en relación al patán. Iba a ser cazado. Midos, o Piloni, o yo, o quien fuera le iba a dar caza, tarde o temprano, en algún momento de la noche. A menos que yo lo impidiera. Si lo impidiera mi cretina ya no podría seguir tratándome simplemente como si fuera uno de los otros, o sea, nadie. Pero ¿cómo salvarlo? ¿Cómo sacarlo de aquí? En el predio a la larga no había dónde esconderse. Si lo ayudaba a eludir a los demás durante toda la noche por la mañana lo atraparían, y si se dieran por vencidos Seguridad vendría a buscarlo. Arrasarían el monte si fuera necesario. La única manera para él de salir del predio era por el portón, puesto que la cerca en todo el perímetro estaba electrificada. Ahora bien, salir por el portón significaba salir *como si fuera uno de nosotros*. De otra manera no le abrirían. La situación era simétricamente idéntica a la de mi entrada a la Zona. Debía pues matar a uno de nosotros —con las manos o con un palo o una piedra, para no comprometerme—, vestirse con su ropa e intentar que no lo reconociera el baqueano o los tiras. Muy difícil. Sólo pasaría si yo lo acompañaba dando la cara para que él pudiera esconder la suya sin despertar sospechas. La diferencia entre mi visita al ghetto y su salida del coto era sólo una palabra: asesinato. Matar a uno de ellos para entrar había sido, de última, sin costo. Como decía el eslogan en los buenos viejos tiempos: Haga patria, mate a un cretino. Pero matar a uno de nosotros para que él saliera era asesinato. A partir de mañana por la mañana, cuando apareciera el cadáver de uno de nosotros seis, yo sería sospechoso de asesinato para facilitar la fuga de

un cretino. Doble pena de muerte. Por supuesto que declararía haber sido forzado. Pero ¿cuánto tardarían en relacionar al patán con mi cretina? Aunque terminaran por tragar mi versión por lo menos anularían mis derechos sobre ella, por supuesto. Y todo esto sin entrar a considerar el hecho, que a mí me parecía evidente, de que seguramente había sido Guita, con la ayuda de su amigo el Subsecretario, la que había montado toda la cosa, o sea, no sólo la desaparición de mi cretina sino también esta cacería para veteranos, con el evidente designio de servirme al patán en bandeja *para que lo matara*. ¿Serían cómplices también para ayudarme a salir del lío en que inesperadamente terminaría su invento? Y finalmente ¿qué haría con el patán? ¿Viviría a monte? ¿Cuánto tiempo duraría? A mí me bastaría con que durara lo suficiente como para que le informara a mi cretina que yo lo había salvado. Después, que le pasara lo que le pasara. Todo este torbellino se me fue enredando poco a poco en la mente hasta formar un nudo inextricable, un núcleo duro como hueso con un cartelito en el que escuetamente se me preguntaba “¿Sí o no?”.

Volví en mí. La realidad real era que estaba en medio del monte, solo, en la oscuridad del interlunio jugando un juego de muerte. Me descolgué el fusil del hombro y le quité el seguro. De pronto cada esquina de la oscuridad me pareció a punto de saltarme encima. Como en aquellas lejanas noches maldije la pobreza de la visión humana. Hay que andar girando la cabeza, y el torso, y el cuerpo entero, para un lado y para el otro. Tendría que ser posible ver todo alrededor, como las moscas. Utilizando el oído y el olfato sumados a la vista es como si viéramos alrededor. Pero el oído y el olfato necesitan códigos de desciframiento

que, si en algún momento los recuperé, volví a perderlos hace años. ¿Dónde buscar a mi patán? No va a mantenerse unido a los demás. Tiene mucha mejor condición física. ¿Qué hará? Hasta donde lo conozco es un tipo que vive fuera de su realidad, en una especie de otro mundo armonioso y razonable pero mental, construido en los aledaños del mundo real. La cara de idiota que puso cuando Camas le apuntó con el fusil no pareció significar que asumiera que en las próximas horas iban a crecerle plomos en el cuerpo. ¿Qué va a hacer ahora? Correr. Alejarse de nosotros lo más posible. Poner si es posible un mundo de distancia entre él y nosotros. No sabe cuánto mide el predio, ni se lo pregunta. Simplemente va a correr lo más en línea recta posible y como si no hubiera límite. Pero no se puede correr muy en línea recta en una noche sin luna, y menos en un monte cerrado como es éste. Va a tener que ceñirse a las sendas. Si, como supongo, tomó la primera que encontró va a estar haciendo esos un buen rato antes de salir al monte de talas en el extremo norte del coto. De manera que una primera aproximación al problema de encontrarlo —si mi deducción es correcta— puede ser esperarlo del otro lado, vigilando el arco por donde razonablemente va a ir a darse contra la alambrada. Normalmente no se *caza* así a los cretinos. No se dispone de antemano de información psicológica que permita —quizá— deducir su comportamiento. Un tipo como Midos —que se llama a sí mismo cazador científico— lo que hace es aplicar las tácticas y recetas del manual de Jaegger, combinadas con un esquema de previsibilidades que depende del conocimiento previo que tenemos de la cancha y que los cretinos no tienen. Y le deja el resto al olfato de perro de presa, que se

tiene o no se tiene y basta, como dice Midos. Uno de los mejores capítulos del manual de Jaegger —del que no existen ediciones recientes, y que fue retirado de Internet— compara la cacería de tigres y la cacería de humanos. Termina diciendo que en general es bastante más fácil cazar un tigre que cazar un humano *civilizado*, y demuestra con razones y anécdotas que las excepciones son suficientemente infrecuentes como para no descuidarse jamás.

La manera más rápida de llegar al extremo norte es por el túnel. La boca del túnel —así le llamamos a un callejón que cruza todo el monte prácticamente en línea recta de Sur a Norte— se encuentra en el talud que cierra la garganta de la cañada, a unos trescientos metros de donde yo estaba en ese momento siguiendo el hilo de agua que a veces no es más que una senda húmeda. Llegué entonces a las antípodas del coto antes que él. La sorpresa estaría de mi lado. En todo el perímetro del predio hay, por supuesto, entre tres y cinco metros sin vegetación alguna a un lado y otro del cerco. Me quedé inmóvil en la sombra, en un punto desde el cual aun a la débil luz de las estrellas era posible vigilar quizá cien metros rectos de alambrado. Cuando las partidas de caza eran la rutina de cada primavera, llegué a desarrollar, a la sombra del gran árbol de la ciencia montera que era Midos, todo un thesaurus sonoro, un código de desciframiento de las voces del bosque. En medio de la oscuridad era capaz de asociar cada susurro del follaje con el nombre y la imagen de un árbol, un arbusto o la planta que fuera. Hay árboles que suenan como si fueran de papel, otros que suenan como un hilo de agua sobre cantos rodados, otros como un mar profundo y agitado, otros que nos sobresaltan como si nos dejaran un secreto incomprensible en

el oído, otros que suenan tan suavemente que nos parece que es algo inmaterial lo que ha sonado. Ahora el rumor que levanta la brisa se me presenta al oído como un enredo inextricable. Y si llego a distinguir y relacionar un murmullo y con la silueta que lo produce, es el nombre del árbol lo que ya no me viene al espíritu. Y cualquier ruido me sorprende como si un cretino estuviera a punto de saltarme sobre la espalda, cuando antes, inmóvil como una piedra, podía seguir con el oído el susurro de una víbora, el paso cadencioso de un lagarto, los cálculos sigilosos de un gato montés, las carreras nerviosas de una nutria o el vuelo pesado de la lechuza. Me bastaba el golpe del ala para saber qué volaba. Ahora lo mismo me hubiera dado ser sordo. Inmóvil esperé, con los dedos cruzados, entregado a una intuición que sólo podrían confirmarme los ojos. Cuando lo vi aparecer —apenas una fugaz mancha blanca y movediza al final del tramo recto de alambrado— me estaba preguntando: “Pero ¿para qué pudo haber Guita inventado todo esto, es decir la desaparición por enfermedad de mi cretina y la cacería con el patán como presa?”. Para ayudarme, por supuesto, convencida de que no controlo una situación que me será fatal. Absurdo. ¿Por qué no simplemente liquidarlos y enviarme las partidas de defunción? ¿Por qué implicarme de una manera tan riesgosa, ya que hace quince años que no participo en una cacería? ¿Y si todo fuera un delirio mío y ella no hubiera intervenido en absoluto en nada de esto? ¿Y si en realidad estuviera atrapado en uno de esos rulos de la fatalidad, del destino, que perfectamente puede terminar por estrangularme? La vaga mancha blanca, un concentrado vaguísimo de luz de estrellas, se ha puesto en movimiento. Avanza hacia mí apareciendo y despa-

reciendo una y otra vez en la sombra. Me doy cuenta de que he estado atribuyéndole los hechos a Guita sencillamente porque es más fácil enfrentarlos habiendo una razón por oscura que sea que responda de ellos. Es más difícil si tenemos que retratarlos contra la pared ciega del azar. Saqué del bolsillo superior de la chamarra el teléfono celular. Si ella no tiene nada que ver con esto entonces me estoy perdiendo una de las cosas que más aprecio en el mundo que es su consejo y su apoyo. Por el ruido de fondo estaba en un restaurante. Me pidió un instante y volvió a abrir el teléfono en un lugar de silencio aterciopelado. “¿No te habías ido de cacería?” preguntó. “En eso estoy” susurré. “¿No sentís raro el silencio que hay aquí? Es la pampa”. “¿Y qué estás haciendo?” preguntó desconcertada. “Estoy emboscado esperando que aparezca mi presa”. “No embromes” dijo incrédula después de hacer una pausa para estudiar mi silencio. “Adiviná a quién espero” propuse. Ahora la pausa fue para revisar los archivos. “No ella, por supuesto: él”, me adelanté a decir. Esta vez la pausa fue para digerir la piedra. “Mierda” dijo. “¿Qué hago, Guita? ¿Lo mato o lo ayudo a salir de aquí?”. El resplandor mortecino, ya casi con silueta humana, reapareció a no más de setenta metros. Apareció, se estiró, volvió a agacharse y a desaparecer. “Si lo salvo soy el héroe de mi dama. Si muere esta noche es probable que ella se muera también, por lo menos su espíritu. Si vas a darme un consejo apurate porque ya lo tengo a tiro”. Se acercaba despacio, buscando un agujero en el alambrado para deslizarse fuera. “¿Cómo harías para sacarlo?”. “Igual que hice para entrar en la Zona”. Guita es rápida, entendió enseguida. “No. Imposible. Eso sí que es cruzar la raya. No quiero que lo hagas” dijo

mostrándome todo su miedo. El tipo estaba frente a mí, a pocos metros. Corté la comunicación y apagué el teléfono con esa calma que llaman sangre fría y que les sobreviene a algunas personas cuando están corriendo un riesgo de vida pero con la convicción de estar haciendo lo que tienen que hacer, lo inevitable.

Cualquier cosa que sea realmente bien hecha, por minúscula que parezca, implica una disposición total de nuestro ser. Así se me enseñó a pensar desde pequeño. Esta verdad, puntualmente considerada, está en todos los manuales (donde se explique cómo shotear con efecto un balón, cómo perfilar un drive paralelo y profundo, cómo lanzar un proyectil, cómo tocar el violín, cómo pintar, o cómo desarrollar un razonamiento), aunque rara vez encontramos a continuación una discusión de sus implicancias. Una primera implicancia —falsa, precisamente, aunque rara vez la encuentra uno denunciada como tal en los manuales— quiere que adoptada la disposición total adecuada se logrará el efecto adecuado. Nada menos cierto, por supuesto. De semejante actitud puede resultar un producto de buen ver, *profesional* digamos, pero no aquello que lleva a ojos vista el sello de lo *verdadero*. Para alcanzar el nivel de la verdad es necesario que el objetivo sea, además, *deseado*. Pero en primer lugar desear no es para cualquiera, y en segundo lugar no cualquiera sabe cuáles son sus deseos. Levanté pues la carabina y apunté. Aún debilitada por vicios y flaquezas mi memoria física tuvo tiempo suficiente como para ir acomodando el esquema físico. Llegó pues el instante en el que cada músculo del que soy capaz de recabar información fluida y más o menos confiable se me manifestó como pronto y preparado para soltar la bala. Pensé: “No me tiembla el pulso

para nada”. Faltaba sólo que me mostrara su esbelta espalda, que las manos de mi cretina conocían tan en detalle, lunar por lunar, ondulación por ondulación, duna por duna. Se volvió, como si hubiera oído un rumor a sus espaldas y vi sus nalgas, que las manos de mi cretina tantas veces habían estrujado en el espasmo, que ella habría besado y mordido en la exasperación y en el ansia, entre las que ella quizá habría hurgado con la lengua en busca de un acuerdo presuntamente incaducable. Apunté a la nuca. No hay que apuntar a la cabeza, dice el manual, mucho más que la de cualquier animal la cabeza del humano se caracteriza por la abundancia e imprevisibilidad de los movimientos. Regla número uno en la cacería de cretinos: inmovilizar a la presa disparándole primero al cuerpo. Es lo que hace Midos pero en el grado del virtuosismo exhibicionista cuando les cierra la C. Entonces volvió a girar hacia mí. Despacio. Como si me hubiera visto en un espejo retrovisor. Miraba directamente hacia mí. ¿Me veía? ¿Intuía mi presencia en la oscuridad? Casi no se le veía la piel de la cara a la luz de las estrellas entre tanto pelo enredado y con el bigotazo en medio. Si en ese momento hubiera corrido posiblemente hubiera zafado, de esta por lo menos. Pero se quedó parado ahí como si confiara en que con el mero quedarse ahí, a pura presencia terminaría por disuadirme, por desarmarme, por desvanecerme en el aire.

Me desagradan los bigotes. El pelo largo y la barba son otra cosa. Pero los bigotes son una especie de emblema de identidad de género. Como el maquillaje de las mujeres. Probablemente me equivoco, pero para mí el que quiere ser hombre o mujer lo que quiere es ahorrarse el riesgo de ser, a secas. Semejante idea

en realidad es irrelevante en mi vida cotidiana, por supuesto. No hago mayor distingo entre los que cultivan y los que no cultivan el bigote. Pero en aquel instante mágico en que nos miramos sin vernos en la oscuridad, cuando si hubiera tenido huevos se me hubiera lanzado encima —y me hubiera desarmado, quizá—, cuando mi capacidad para decidir si lo mataría o no estaba largamente superada por los hechos, en ese momento su aparato-sigiloso puede haber actuado francamente para mal sobre mis desconcertados reflejos entreabriendo la puerta por la que se colaron en un instante —con sólo mover un dedo— como mil demonios aullantes, disfrazados de deseos legítimos y respetables, mis impulsos más elementales. En ese momento, justo cuando iba a jalar del gatillo, sonó un disparo. Lejos, pero increíblemente nítido en la noche fría y seca. Fue como si el patán despertara. Se irguió más, orientó la cabeza hacia el eco. Un, dos, tres, cuatro, cinco segundos, y otro disparo. Y después silencio otra vez, pero otro silencio, el silencio de la muerte. Lentamente su cabeza giró para volver a mirarme. Sentí que sólo en este momento estaba fríamente consciente de toda su circunstancia. Podía caer de rodillas y llorar, o saltarme encima. ¿Quién hubiera esperado a averiguar qué haría? Yo no. Disparé. La cabeza se le fue para atrás como si no tuviera huesos en el cuello. Después, así, como decapitado, dio dos pasos hacia atrás y cayó contra el alambrado que protestó chisporroteando hasta que se lo sacó de encima. Parte del pelo le tomó fuego, aunque se apagó apenas cayó al piso. Me acerqué. Olí su carne quemada. Tenía la mirada vidriosa y vuelta hacia arriba, como tratando de atisbar el botonazo negro que le pegué en la frente, o de interrogar al dios de los cretinos, mucho

más allá de las estrellas. Saqué el cuchillo de monte y le corté un mechón sin chamuscar de los cabellos. Era parte del ritual de matarlos. En una bolsa de nylon arriba de algún ropero, cada uno atado con su cinta negra etiquetada, todos tenemos nuestros trofeos —algunos a los que no les da el coraje los compran en Tristán Narvaja: pelo de cretino, garantizado, auténtico—. Hecho. Sin marcha atrás.

.....

Hacia las tres de la mañana la partida de caza había finalizado. Piloni por primera vez en su vida había superado a Midos. Yo por primera vez había quedado empatado con Midos, puesto que tuvimos una presa cada uno. Camas se torció un tobillo al pisar una raíz. Rorro y Piro —que elaboraron un complicado esquema de interceptación— como de costumbre no mataron una mosca. Piro, como de costumbre también, fue el primero en hacer un comentario adecuado. “Siete disparos en total” dijo. “Yo diría que se dejaron matar”. Cobrada mi pieza, a mí no me dio como para seguir. Salí del predio, me acosté encima del capó y mirando las estrellas, chupón a chupón, me terminé una botella de brandy. Sentí con total claridad que algo se había roto, que había perdido *algo* —pero ¿qué?— que me haría perder todo —pero ¿qué todo? Traté de precisar, de darme cuenta de hacia dónde se inclinaba la balanza, pero no pude. El silencio de la noche era tan intenso como el silencio de mi mente. Ya juntos todos descorchamos un par de botellas más, comimos sandwiches que trajo Camas, calentados en el microondas de la camioneta de Midos. Midos nos felicitó. Se tomó su primera derrota con buena onda. Firmamos con emoción el acta, que redactamos entre todos, a los gritos

como siempre. Hasta la próxima cacería correspondía que el libro de actas quedara en manos de Piro. El baqueano entró con los tiras a sacar los cuerpos. Amanecía cuando nos separamos, con abrazos y besos, y alguna lágrima viril discretamente enjugada. Por los viejos tiempos, que no volverán.

VII

Convalecencia y duelo

Manejé sin escalas los cuatrocientos kilómetros y pico de regreso. Llegué a casa en ese estado de exaltación que sólo se consigue cuando, después de la orgía, se han superado los efectos de demasiado alcohol y demasiado cansancio. Inútil siquiera pensar en acostarme a dormir un rato. Mi sensación era que estaba en condiciones de salir a correr por la rambla. Estaba como para algo fuerte en todo caso. Prudente por experiencia, me limité a poner el 133 y meforcé a desparramar mi humanidad sobre la cama. Tuve razón: antes de terminar la segunda fuga estaba dormido. ¿Es posible imaginar algo más brutal y artero que el primer ataque de los violines? No alcanza con ser romántico para perpetrar algo así. Estamos más allá de la retórica tremendista de los románticos. Más allá de los dominios del *ars musicae*, más allá de los sudores y las conmociones del arte y de la cultura. Ni me vengán con el gusto de Beethoven por la fuga. Es como hablar del gusto del asesino por este o aquel modelo de puñales. Si puede elegir elige y si no se conforma con el cuchillo de cortar el pan. Lo importante es darle con todo. Atravesar cartílago, mellar el hueso. Ya la —llamémosla— obertura es sencillamente artera. En el espacio de una baldosa nos hace tres fintas. Empieza

nervioso, sigue quejoso y termina lloroso. Y cuando el llanto se ha casi sumido en el silencio es que nos apuñala. Participando en un juego de muerte ¿no le hubiera volado Beethoven la cabeza a su peor enemigo —no sé si tuvo uno con tal mérito— si se lo hubiera encontrado en medio de un bosque oscuro en la peor hora de la noche? La mejor versión es la del Cuarteto Italiano. Demuestra la *brutalidad* de espíritu de la obra. El Guarneri se pierde en sutilezas y el Vermeer le da un protagonismo de hecho al primer violín que no es la idea, creo. Nunca como en el 133 se justifica el comentario según el cual cuando Beethoven comienza con el desarrollo del tema es hora de salir a fumar un cigarrillo. Aquí se ve claro por qué algunos prefieren desertar: porque los desarrollos de Beethoven no se detienen frente a los límites del buen gusto. Una puñalada bien puesta puede, como sabemos, ser digna de aplauso. Un apuñalador que sigue cavando el cadáver en busca de algún resto de vida merece sin duda, al menos en principio, nuestro repudio.

.....

Había oscurecido cuando desperté. Un resplandor de luz llegaba a la puerta de mi dormitorio. Asumí sin más que había dejado alguna luz encendida. Hasta escuchar ruidos no se me ocurrió la buena nueva. Semiinconsciente todavía, a los bandazos como en un barco que atraviesa una tormenta, llegué a la puerta de la cocina. Allí estaba. Cuando se dio cuenta de mi presencia giró el torso, y aunque no me miró, me mostró su rostro. Comprendí entonces lo terrible que debió de haber sido todo. Había perdido varios kilos. Demasiados para ella. Esfumada la gracia de sus movimientos. Despabilado como con un baldazo de agua

fría fui hacia ella, la tomé de un antebrazo, la hice sentarse. “¿Qué le pasó?” murmuré, y no pudo haber oído sino piedad en mis palabras. “Estuve enferma. Intoxicada” dijo con un hilo de voz. “¿Cómo fue eso?” pregunté. “En la Zona, las raciones estaban en mal estado, muchos murieron” musitó. “No fue Guita entonces” pensé con alivio. “Usted no está bien todavía” dije. “Me trajeron aquí directamente del hospital. Dijeron que usted estaba muy ansioso por tenerme aquí” suspiró. De manera que no puede haberse enterado todavía de lo de su patán. “Pero no así. Yo no sabía que usted estaba tan mal” dije con un tono de atención y delicadeza como nunca pudo haberle oído a uno de nosotros. “Venga” dije. Y tomándola de su mano exánime la conduje al cuarto de servicio. “Tiéndase” dije dirigiéndola a la cama. Se tendió. Realmente no tenía más fuerzas para gastar. “Yo preparo la cena. Supongo que tiene que seguir una dieta. Descanse” dije, encendiendo la veladora, y ya al salir, al apagar la luz alta agregué “Métase en la cama”. Llamé de inmediato a Guita. La puse al tanto empezando con el final de la cacería. “Bueno, ya está hecho” musitó “Quién sabe si para bien o para mal”. Después le conté la reaparición de la cretina. “Sí, yo le pedí a mi amigo del Ministerio que te la mandaran cuanto antes”. Por el tono supe que no le había hecho gracia la intercesión. “En fin” agregó “de todas maneras parece que al Ministerio no le sorprende ni inquieta demasiado la ansiedad de los propietarios respecto de sus propiedades. Los tiempos cambian”. “¿Qué hago ahora, Guita?”. Pensó su consejo segundos demasiado largos para mi ansiedad. “La servís como ella te ha servido. Escuchás música con ella. A las cinco de la mañana la llevás a la parada del ómnibus” dictó

inapelable. “Ni se te ocurra sugerirle que se tome una licencia. Cuando se entere de la mala noticia vos tenés que ser el hombro encima del que lllore” siguió. “De sexo, nada. Ella tiene que ser la que quiera ahora. Si te sentís demasiado cargado te participo que Bela quedó como loca contigo” concluyó.

Menú: sopa Knorr de verduras con unas gotas de concentrado de carne, arroz sin condimento alguno, bifés de lomo bien finos hechos vuelta y vuelta. Le ofrecí un salto de cama de seda celeste de Guita para venir a la mesa. “No me gusta, parece chino” dijo Guita una mañana. “¿Chino?” pregunté sorprendido. “Sí. Muy brillante el celeste” sentenció, y no volvió a ponérselo. A mi cretina le sobraba tanto que parecía un fantasma en su sudario. La recibí con el 130, cuyo primer movimiento, en el estado de delectación en que me encontraba sirviéndole la comida y la bebida, y desplegando la servilleta sobre sus muslos y su vientre, me pareció la música más elegante, más sutil y más llena de dignidad imaginable. Ella me dejó hacer y se dejó servir, sin oponer más resistencia que la que nuestra sombra opone a nuestros deseos. Bebimos lentamente la sopa entre los arranques llenos de espíritu y las lánguidas reflexiones del Maestro. Ella estaba pendiente de la música: de pronto en un clímax lírico quedaba inmóvil, la cuchara en el aire sacudida por su mano temblorosa, la mirada abstraída. La angulación de su rostro había cambiado. Sólo podía ser deliberado. Por cierto que no me miraba. Pero me dejaba mirarla. Ya no estaba siempre cabizbaja. No escondía la cara. Ya con el embriagador presto, la idea —la vergonzosa idea—, se me hizo presente. Descorché una botella de Concha y Toro, tinto. Le serví un dedo. “Le va a hacer bien” dije. Obedeció

y bebió unas gotas. Juro que le vi aparecer el color en las mejillas. Pensé en sentarla sobre mis rodillas y darle de comer y beber en la boca. Guita no lo hubiera aprobado. No lo hice. La dejé disfrutando del andante mientras me ocupaba del punto justo de los bifos de lomo. Yo mismo esparcí el queso rallado sobre su arroz blanco. “¿Le molesta la música?” pregunté por hablar. Hizo que no moviendo apenas la cabeza. No estaba todavía la cosa como para socializar. Las volteretas alla tedesca hubieran estado muy bien si hubiéramos podido bailarlas, pero no era el caso. Otras sintonías con ella necesitaba yo, y para esas sintonías cayó de perillas la cavatina. Los acordes dulzones me devolvieron a la práctica adolescente del monólogo mudo: mirándola con toda la intensidad que me prestaba el Maestro, reviví los pocos abrazos que tuvimos y la mucha angustia que me dejaron, ofreciéndole mis recuerdos como prueba de capitulación, como tributo y como ruego de misericordia. Cuando el fragmento alcanzó sus acordes más exasperados le estuve rogando con toda la voz de mi mente que simplemente me mirara una vez, que por un solo segundo me diera la ilusión de que de alguna manera —la que se le antojara— podría llegar a soñar con recibir de sus manos —no en propiedad, por supuesto, sino en el préstamo más fugaz— el tesoro de su ser. A todo esto la pobre convaleciente había terminado de incorporar lo que estaba en condiciones de incorporar y miraba fijamente sus manos cenicientas a la espera de nuevas órdenes.

Más allá del abuso —en el que con ella había incurrido una y otra vez— lo que sigue es la necrofilia, y aunque lo que yo quería realmente era *regresar*, venir *más acá* del abuso, esa fuerza oscu-

ra —que nace del capricho impune— con la que rápidamente he llegado a familiarizarme, aunque no la comprenda en absoluto, me tironeaba con puño de hierro en la dirección opuesta. Bebí una copa más de vino. La cuarta, que es la de la locura, como decía Lezama, y me le acerqué con la cabeza zumbándome como si fuera un avispero. “Apenas es poco más de las diez. Tiene tiempo para dormir muy bien antes de alcanzar su ómnibus” le dije retirándole la silla. La cosa medio mozartiana del finale del 130 ayudaba para que la atmósfera fuera tan ambigua como la de una escena de *La regla del juego* de Renoir. Sin resistencia alguna la conduje no de regreso al cuarto del servicio sino a mi dormitorio. Le abrí la cama. “Acuéstese” le urgí con tono cálido. Debajo del ligero cubrecamas veraniego se notaban como pares de puntas los huesos de sus rodillas, los de su cadera y —una vez que la cubrí hasta el cuello— los de las clavículas. Cerrados sus ojos era casi la imagen de una de esas muertas góticas del fin de siglo pasado. Quedé mirándola y oyendo la voz de mi cuerpo. Realmente *también* quería cogerla así, cenicienta y exánime. Era muy difícil decidir no hacerlo. Muy difícil acallar todo lo que en mí rechazaba la decisión. Si fuera Guita la que estuviera ahí medio cadáver ni me plantearía el problema de hacerlo o no. Lo haría con la seguridad además de que a ella se le ocurriría seguramente la manera de disfrutarlo, porque aplicamos rigurosamente la regla número uno, que es la del placer ante todo. “Podría hacerla beber un vaso de agua con somnífero” pensé. Y podría no acabarle dentro para no tener que enjuagarle las tripas después. Absurdo ¿para qué iba a cogerme sus intoxicadas entrañas sino precisamente para regarlas con lo mío en el momento de las bendiciones? Y ade-

más ¿quién iba a estar ahí para frenarme en el momento justo? Ese quién tiene nombre. Llamé a Guita. Me atendió con una voz tan absolutamente lánguida que no necesité preguntarle qué había estado haciendo en los últimos minutos. En plan perfecto tirano —¿para qué están los amigos?— ignoré olímpicamente su situación y la puse al tanto de la mía. Suspiró hondísimo y me preguntó —no sin una pizca de sarcasmo— si creía que podría aguantarme durante treinta minutos. Por las dudas salí del dormitorio. La esperé en el balcón preguntándome si más allá del hedonismo que en nuestra sociedad es la regla básica y de la que por consiguiente no me siento ni enemigo ni responsable, no habría en mí algún tipo de carencia estructural de carácter. No me refería por supuesto al gusto por el exceso, que no es sino la consecuencia natural del postulado hedonista. No. Por primera vez, retrospectivamente, me pareció raro haberme negado siempre el inofensivo placer de las cretinas. Tan raro como haber pasado a depender de manera radical de la primera que tardíamente vine a cogerme. Palabra por palabra, morosamente, como una sentencia dictada en cámara lenta, tuve que reconocer la posibilidad de que quizá haya algo en mí que no está bien, que no funciona. Dios te bendiga, pensé viendo llegar el auto de Guita, si no fuera por ti, quién sabe dónde estaría.

“No me digas que *eso* te motiva” masculló saliendo del dormitorio y cerrando la puerta. “El camino del exceso conduce al palacio de la sabiduría” suspiré a la defensiva. Me miró como si fuera a ponerme una multa. “Además no sabés qué es suficiente a menos que sepas qué es demasiado” agregué sin demasiadas esperanzas de convencerla. “No me vengas con refranes” respon-

dió cortante. No sólo olvidó sino que ni siquiera reconoce los *Proverbios*, que supo de memoria en la Secundaria. “Hay una poética de lo exánime. A Baudelaire le gustaban las flacas, decía que la flacura es más indecente, más desnuda” argumenté entonces blandamente, adelantando *raggionamenti* de los que en realidad no conocía la continuación. De todas maneras, como suele suceder —a mí por lo menos—, no había terminado de cerrar la boca cuando insospechadamente, sin aviso previo ya se me agolpaban en la bóveda palatina las palabras destinadas a desarrollar quizá razonablemente el argumento. “Vaciado de reservas y energías, reducido al soporte vital mínimo, el cuerpo se convierte en la malla traslúcida que ya no puede ocultar al parásito que lo habita: el alma. Cogiéndote al cuerpo exánime inseminas directamente al numen que lleva enquistado. Es como una experiencia de laboratorio: un reactivo te permite localizar un elemento elusivo y actuar sobre él”. Guita me mira con esa mirada perdida y esa sonrisa de labios fruncidos que conozco perfectamente y que significa “No te creo nada”. Inclina después la cabeza un poco hacia el hombro derecho y sé también qué significa ese gesto. Se acerca y me cubre el paquete con la mano. “¿Entonces te gustaría que te meta una pajita por la boquita de la pija y te sorba la leche directamente de los huevos?” ronronea. No puedo evitar que una risa asordinada se me amontone en el pecho. Se pone de pie y me besa, o más bien me chupa los labios mientras con la rapidez de un carterista me desarropa el pedazo, ya bastante sensibilizado. Sin dejar de chupetearme, mientras con una uña abre la boquita del glande, lo cual por supuesto me eriza deliciosamente, murmura con voz de caramelo que se disuelve dentro de mi boca:

“Es algo nuevo, pero te va a gustar”. Traté de mostrarme firme sabiendo que en realidad estaba, tanto metafórica como literalmente, en sus manos. “Primero, con tu ayuda, se la meto en el corpse. Después, si querés, me hacés una punción de huevo y me lo dejás como una pasa de uva. ¿De acuerdo?”. A pesar de mis condiciones pudo haber hecho su voluntad, por supuesto. Pero Guita no es así. Mientras la veía sacar un frasquito y un pañuelo de su cartera me pregunté cómo demonios pude haber dudado de ella. Manipulando con los brazos extendidos, empapó completamente el pañuelo con el contenido del frasco. “Esperá aquí” dijo y entró al dormitorio. Desde la puerta vi cómo en la penumbra se arrodillaba junto a la durmiente. Seguramente el pañuelo estaba empapado en éter o cloroformo, y estaba haciéndoselo respirar sin despertarla. Un minuto. Dos. Hasta que encendió la veladora. “Tenés más o menos media hora para realizar tus asquerosos designios” dijo señalándome con un ademán de maga el cuerpo desmayado. Me desnudé. Estaba tan empalmado como pueda estarlo. Se me bamboleaba en el bajo vientre, como un garrote amenazador, un gran tumor belicoso. Retiré el cubrecama. “Mi bata china” murmuró Guita a mis espaldas. Le desnudé las piernas. Jalé de la tela cruda y áspera de su calzón de cretina. “No le acabes dentro” gruñó Guita que se había sentado en la butaca, junto a la ventana y me miraba hacer, ceñuda. “Tendrías que hacerle tal limpieza que la despertarías” agregó. Le separé las piernas y me acomodé entre medio. Nuestras miradas se encontraron por un instante cuando me ladeé para comenzar la maniobra de penetración. Una sola cosa vi en sus ojos. Como yo, ella pensaba que aquello era bastante indigno, inferior y despreciable. Sólo que

por ninguna razón en el mundo iba yo a dejar de hacerlo, pensé mientras buscaba con la cabeza de la verga el camino correcto en una tierra inesperadamente incógnita de pendejos y pellejos que se negaban categóricamente a cooperar. Guita vio que me estaba ofuscando y se acercó. Se arrodilló junto a la cama. Con dedos hábiles allanó completamente el camino. Embocada la posición apoyé el cuerpo y penetré.

Estaba, por supuesto, completamente seca. “Hacelo despacio, si no la vas a lastimar” susurró Guita, como si de pronto temiera que pudiera oírnos. Yo estaba como para topar con todo y dejarle llagada hasta el alma, pero ondulé sobre su cuerpo exánime, culeando despacio y profundo. Me incliné sobre su rostro y le besé los labios, con una unción y una devoción que me salieron de quién sabe dónde. Aquello era todo espiritualidad. Aunque no por la presencia sino por la ausencia total del espíritu. Porque estaba muerta. Este cuerpo sin reservas ni energías, consumido, no era su cuerpo de desmayada, era su cuerpo de muerta. Me estaba cogiendo la cascara deshabitada, la huella que había dejado lo que ya no estaba. Pero al cogérmela así estaba accediendo a su secreto último, no el de su cuerpo desnudo sino el de su cuerpo vacío. Levanté sus piernas y me puse en cuclillas. Junté sus tobillos en mi mano derecha y los levanté más altos que mi frente. Culéé a pura pelvis buscando los ángulos para hurgarle cada centímetro cuadrado de la cuevita. De pronto me vi en el espejo de la puerta del ropero, que había quedado abierta: me sorprendió la obscenidad absoluta de la escena: sus piernas inertes colgaban de mi puño como de un gancho. “Vení, Guita” gruñí. Se acercó. Metí la mano izquierda por debajo de su falda. Tenía la entrepierna del

calzón empapada. La hice a un lado y deslicé el dedo medio entre los labios. Removí hasta tenerlo totalmente empapado. Guita proveedora complaciente de lubricante, sólo que para el ojete de mi cretina Se lo metí hasta el nudillo. “Si le das por el culo se va a dar cuenta” susurró Guita presurosa. No iba a hacerlo. O sí iba a hacerlo y me conformé con meterle un dedo. Simplemente, como sucede cuando uno está verdaderamente zarpado, quería estar dentro de ella tanto como fuera posible. Estuve culeando y hurgándole en el culo un tiempo que para mí no tenía medida alguna posible. Con los ojos cerrados y totalmente mareado floté en un placer nuevo para mí. No era, como las otras veces, que me la estuviera cogiendo a prepo mientras ella pensaba en Alaska. Cogérmela muerta era algo en lo que su voluntad o ausencia de voluntad ya no tenían parte alguna. Era por consiguiente un *acto pleno*: un coito sin reparos porque no podía ya haberlos. Mi primer polvo pleno con ella. “Menos mal que Guita está aquí” pensé. “Si no quién sabe dónde pararía esto”. “Ya” me dijo Guita al oído. “No podés seguir”. Volví en mí. Extendí sus piernas. Pero me resistía a retirar la verga. Besé sus labios como se besan los de una virgen. Me sentía como si fuera nuestra primera cópula. “Venite en mi boca” me ronroneó Guita en el oído. Mi querida Guita también estaba allí y quería su parte. Culé acelerando. “Me voy” gruñí. Guita apoyó su mejilla sobre el vientre de mi cretina y abrió la boca. Vi de reojo que tenía una mano entre las piernas y se masturbaba delicadamente. Retiré la verga un instante antes del final y la deslicé en su boca, rozando el nácar dulce de sus dientes: estalló apenas estuvo totalmente alojada. Guita mamó —gimiendo su orgasmo— con una fruición y una ternura que

me decían —como si hiciera falta— que podía contar con ella en todas las circunstancias y de todas las maneras.

.....

Dejé a Guita recomponiendo la escenografía y me fui a la sala. Bruscamente —en algún momento tenía que ser— me sentí aplastado por todo. El objetivo final y cada uno de los pasos dados para lograrlo me parecieron una suma de absurdos producto de la más negra de las desesperaciones. No hay, nunca hubo historias como esta entre nosotros y los cretinos. Soy la mosca de cabeza blanca. Si hubiera habido alguna vez, alguien me la hubiera contado. “Pssst”. Guita me chista. Está en la puerta de la sala y cuando me vuelvo me lanza algo diciendo “Tomá, campeón”. Reacciono justo para barajar la cajita. Discos. Complete Beethoven Edition. Vol. 13. Späte Streichquartette. Guita dice que va a preparar té y sale antes de que yo diga nada. Del otro lado: Lasalle Quartet. Querida Guita. ¿Qué hice yo para merecer una amiga así? No me deja deprimirme en paz. Escucho entonces la versión del 130 del Cuarteto Lasalle. Los dientes me rechinaron con la tristeza indecible de los primeros acordes. Me entregué a los bandazos y brusquedades del humor sombrío de Beethoven. Sentí como un puño de hierro apretándome la boca del estómago su voluntad indomable de remontar la tristeza en busca de la luz y del sentido. ¿Cómo se puede dominar así la materia sonora cuando se está sepulto en los escombros del deseo, en los escombros de la vida, como él lo estaba? ¿De dónde sale la chispa que lo ayude a uno a vencer la pesadez, la gravedad, la derrota, para elevarse, más ligero que el aire, y flotar? ¿Cómo hace para que poco a poco el dolor y la angustia se transformen

en el placer puro de la musicalidad? Puse mi alma encenagada en sus manos y en menos de los diez minutos que dura el movimiento, habiéndome drenado de todos los venenos, daba vuelta la página y me demostraba las armonías, casi diría que las alegrías en que es posible arropar nuestro dolor. Entró Guita en la sala con dos tazas de té envueltas en arabescos de vapor. “Dejá eso” murmuré parándome y yendo hacia ella. Dejé la bandeja sobre una mesita y la abracé. Puse las manos sobre sus omóplatos y la apreté contra mi pecho. Sentí su cuerpo fuerte, mullido y suave abandonándose contra el mío. Sus brazos rodearon mi cintura y, tomándose una muñeca como en una llave de lucha, me apretó a su vez. “Gracias. Es la mejor versión” dije, consciente de que cada nueva versión que escuchaba me parecía la mejor. “Me alegro” murmuró con tono mimoso refugiándose contra mi pecho.

Se puede escuchar varias veces una música, y disfrutarla, sin llegar a su sentido profundo. Y luego, inesperadamente, las circunstancias han madurado, y la volvemos a escuchar y nos llega directo al corazón con la llave que abre todas las puertas. El presto del segundo movimiento —donde estalla incontenible la voluntad de danzar la angustia— fluyó a través de mí como una liberación de un llanto contenido desde quién sabe cuándo, vuelto rancio en mis ojos endurecidos. Sonreí entre las lágrimas. En carne propia, estrujándome las lacrimales, estaba comprobando que sí he captado, sí he llegado a sintonizarme con la lógica profunda del Beethoven de los cuartetos, con el modo en que va de un tema al otro, de un motivo al otro, de un movimiento al otro, que es el modo en que nos lleva de un sentimiento al otro, de una idea a la otra, de una visión a la otra. Si en algún momento

la estructura de algún cuarteto me pareció caprichosa, ahora que los recorro sabiendo acomodarme para flotar en el centro de la corriente sé que —del primer al último acorde— el azar y el capricho están excluidos, todo es sentido. Guita captó mi emoción. Salió de su refugio y bebió mis lágrimas. Besó mis ojos. Luego besó mis labios. Primero, inclinando a un lado la cabeza, aplicó sus labios prolijamente perpendiculares a los míos, procediendo a masajearmelos con una cadencia ondulatoria hecha de intensidades, pausas y languideces. La dejé hacer. Sus besos se mimetizan con el presto: espirales, espirales, la danza de los derviches, todo el dolor de vivir lanzado a volar por los aires al girar danzando. Entonces me mordió y el dolor de la mordida me pareció dulcísimo. Un labio y luego el otro, y luego me los chupó y les sopló encima para sanarlos. Quedamos como vacíos con el último y súbito acorde del presto. Volví de la embriaguez alivianado. Aliviana danzar la angustia, de manera que lo que siguió fue, razonablemente, un andante perfectamente equilibrado y gracioso que accionó la sonrisa de Guita, echó sus brazos sobre mis hombros y nos sumergió en un beso calmo, profundo, jugoso, con toda su lengua contando uno por uno mis dientes, estrangulando mi lengua, midiéndome la altura del paladar. La sobria embriaguez de los nudos melódicos, la gracia zumbona de los bajos, la elegancia lánguida y juguetona de los dialogados del andante vinieron a acunar el dulce mareo de los besos.

Guita se arrodilla en la alfombra y apoya la mejilla sobre mi bulto, como aquella adoratriz de Dalí. Desde allá me mira. Tiene la mirada ida, como supongo que verá la mía. En realidad estamos ambos tan idos, tan abandonados —quizá agotados men-

talmente por lo que hemos hecho con mi retina— que nuestras miradas, que no ven, tampoco tienen energía como para separarse. Nos miramos sin vernos mientras desnuda el instrumento, y también luego, cuando abriendo la boca y sacando la lengua, recibe al gusano dormido como si fuera una hostia. Me la chupa con esa cosa maternal que sólo ella sabe ponerle y por supuesto que, con todas las reticencias y protestas que se quiera de por medio, termina por conseguir la obediencia. ¿Por qué hace esto si sabe, puesto que se lo tragó entero, que ya no tengo nada digno para ofrecerle? La variedad y el capricho de los recursos que emplea Guita se entrelazan con el humor y la chispa cambiantes del andante. Sabiendo lo que consigue al hacerlo —que se me agarrote— me muerde la base del tallo. Medio sonámbulo hago lo que marcan nuestros rituales para la circunstancia: tomándola del pelo le alzo el rostro y le castigo las mejillas con el garrote. Ella abre la boca y finge querer atrapármelo con la lengua, como si fuera ella una rana y el glande una gran mosca rosada. El juego, como siempre, nos lleva al punto de ebullición. Como si la irrupción del medio valseado del cuarto movimiento le hubiera dado la entrada Guita se para, se quita de un tirón los pantalones y el calzón, y jalándome del cuerno me arrastra hasta el sofá. Se acuesta y me atrae sobre su cuerpo. Los giros y giros de la danza tedesca nos hacen brillar los ojos cuando, ya inclinado sobre ella, disfrutamos por un instante la inminencia de la cópula.

Con una sonrisa pícaro en los labios y con esos gestos firmes, un poco bruscos, despojadamente prosaicos y pragmáticos que sabe que me fascinan, se abre el sexo con la mano izquierda mientras con la derecha me desnuda la cabeza de la verga y la co-

loca en la puerta del canal de modo que sólo tengo que empujar suavemente con las caderas para hundirme hasta los pendejos. Me abraza entonces con los brazos y con las piernas estrujándome mientras ondula bajo mi cuerpo al ritmo de la música dulzona. Su boca, suave y vasta, se pega a la mía, con flujos y reflujos de onda marina. La conozco como a la palma de mi mano. Sé qué quiere cuando cierra así los ojos y desempolva esa sonrisa de señora voluptuosa. Quiere un polvo elegante, de caballero, *vienés* digamos —para relacionarlo con la música que estamos oyendo— como diría ella misma si creyera necesario darme indicaciones, cosa que por supuesto no es necesaria, ya que me basta con su gesto y con el ondular lánguido de sus caderas. De manera que me pongo a trabajar el polvo en los cuatro puntos cardinales de su estrella, en el fondo y en los bordes, rápida y lentamente, con dulzura y con energía, sobre todo con el arte y con la maña de un seductor que reparte con displicencia polvos maravillosos. Puesta en escena que me implica un despliegue físico y una concentración de los que estoy lejos de disponer en este momento, pero que de algún lado uno saca cuando la dama lo merece. Es por eso que hace esto —es decir, cogerme así y ahora, pienso de pronto—: para amarrar en sus tripas mi piolín descontrolado de cometa a la deriva. Para aterrizarme en una disciplina. Guita se deja hacer, blanda, abierta, jugosa y ondulante. Su boquita hirsuta y dulce levita ansiosa y engulle al puñal que golpea y huye. El vals gira por última vez y se detiene dejando una vibración agridulce en el aire. Ahora sólo se oyen nuestros suspiros y el susurro del sofá. Estamos en ese punto en el que podríamos acabar ya o

seguir flotando eternamente. Entonces la cavatina vierte en nuestros corazones, al unísono, su néctar maravilloso.

Guita abre los ojos y encuentra los míos. Se apaciguan nuestras caderas y quedamos mirándonos serios. Hay necesidad a veces de decir estas cosas, y si pueden ser dichas en medio de la cópula y sin palabras, es mejor. Guita me aprieta la cabeza de la verga con esa manito de bebé que tiene dentro de la concha. Ya no corre aquello del polvo distante y lujoso. Nos abrazamos de pronto como si no nos tuviéramos más que uno al otro en el mundo. Nos besamos como si sólo por la sangre de nuestros labios pudiera hablar el Oráculo. Aprieto el paso en busca de un polvo que de pronto sé que me va a dejar insatisfecho, que me va a dejar los dientes chirriando. “¿Qué veneno es éste que tengo en el corazón?” alcanzo a pensar sin saber por qué, ya despeñándome en el sinsentido. Acaba y veo dibujarse en su rostro las muecas de furia y angustia que adivino en el mío. Le muerdo los labios y después el hombro y después el seno izquierdo y estallo cuando me marca a fuego el brazo izquierdo. Para mi sorpresa la explosión me deja vacío de toda violencia, como la deja vacía a ella a juzgar por los bandazos de náufrago en la tormenta que le alcanzo a atisbar mientras me deslizo hacia ese fondo hacia el que, inmóvil, se cae interminablemente. La cosa meditabunda de la cavatina ha dejado lugar a un sesgo tenso, ominoso. El último, amenazante acorde de la cavatina me despeja, en un silencio lleno de alarma. Me quedo esperando el finale chispeante y mozartiano como quien espera una lluvia de primavera, para nacer de nuevo. No sabía yo que el Cuarteto Lasalle, más papista que el Papa, ofrece el 130 con el final original, o sea, la Gran Fuga —agregan-

do después a manera de coda el llamado “final alternativo”. El furioso arranque de la Gran Fuga me tomó entonces por sorpresa. En el shock de su grito áspero comprendí, como en el destello de un relámpago, la *parábola* perfecta del 130: de la tristeza contenida, a la danza terapéutica, y al remanso de armonía, de alegría laboriosamente mendigada, y de ahí a la embriaguez del vals, y a la angustia dulzona de la cavatina y a la desesperación y la violencia de la Gran Fuga. Esta vez no pude soportar el ataque inexorable, demente. Me paré y corté la música. Este cuarteto en el que Beethoven había dado íntegramente desnudo todo lo que era capaz de ver de su propio ser, hasta desnudar la última resaca de violencia paroxística enroscada como serpiente más allá de sus anhelos místicos, había sido el gran rechazado, por supuesto.

Guita —que vio en mi cara el momento dramático de la revelación— estaba seguramente imaginándose cualquier cosa, de manera que —arrodillándome a sus pies, besándole los muslos y oliendo la mezcla de jugos en su entrepierna— le expliqué lo que había súbitamente comprendido respecto de la estructura de conjunto del cuarteto. Le espeté la aventura de acceder al vértigo más íntimo del Maestro, tal y como la estaba viviendo. Acariciando con mis labios los labios de su sexo y hurgando con la punta de mi lengua hasta lamer mi semen, pausa tras pausa, subrayando las palabras, le entregué mi secreto: le dije cómo, sin que me lo propusiera, penetrar en el reducto más íntimo del Maestro y en el de la retina era como las dos caras de una misma moneda, experiencias que se respondían en espejo, valorándose y justificándose mutuamente aunque yo no pudiera explicarle cómo. “Estás más loco que una cabra” musitó Guita separando com-

pletamente las rodillas y uniendo las plantas de sus pies. Le expliqué entonces cómo ahora se me hacía evidente que Beethoven no había cambiado el final porque —dada la mala recepción de su primer público— hubiera llegado a dudar de su trabajo —que era tan perfecto como era radical en su parábola expresiva— sino para complacer a su editor y cobrar un extra. “El 130, una de las músicas más profundas y perfectas jamás creadas fue —como el *Moisés* de Miguel Ángel— semidestruido por su propio autor” murmuré finalmente, poniendo una pizca de patetismo y retirándome de la flor espléndida para besarle los tobillos exteriores y los interiores. Los tobillos de Guita la resumen, son tan fuertes como graciosos, como todo en ella. “Pero” argumentó, estremecida de gusto “no por las mismas razones”. “Quizá no” admitió acomodando sus muslos sobre mis hombros “aunque no tenemos sobre Miguel Ángel la masa de información que tenemos sobre Beethoven”.

Mi lengua es de buenas proporciones y chupar una concha es una de las actividades que más me llena el alma. Guita misma una vez me preguntó por qué me daba tanto gusto y le di una respuesta que me sigue siendo válida. De rodillas y alzando el vaso de las caderas con las manos debajo de las nalgas me parece que voy a beber de un ánfora mágica la más sutil de las esencias, la esencia de la vida. Chupando y lamiendo ruego porque fluya el néctar que sólo se vertirá sobre mí cuando comience a sonar —como música divina en las alturas— el canto de los ángeles. Si la chupada está al comienzo del menú lo más probable es que Guita eluda discretamente las profundizaciones y las efusiones, no será fácil llevarla a ningún extremo, y probablemente a poco

estará jaloneándome para que pase al segundo plato. Pero si el momento le llega después de calentarse a punta de verga se abrirá espontáneamente tanto como se pueda desear y se entregará a lo que venga, de lo que terminará pidiendo más, seguramente. Todos tenemos peculiaridades. De manera que mientras le masajeaba el vértice con la punta de la nariz hurgando con la punta de la lengua dentro y fuera del segundo anillo, se despeñó en uno de esos orgasmos plácidos y perezosos en los que termina con voz finita de nena diciendo absolutamente cualquier disparate. La llevé así casi hasta la orilla y cuando ronroneaba agradecida creyendo que la yapa había terminado volví súbitamente a chuparle y mordisquearle enérgicamente el clítoris arrastrándola de regreso al centro del orgasmo. Esta vez temblaba y se sacudía como si la estuviera acariciando con una sierra. Apretó los dientes y disfrazó la cara con un gesto de llanto, me tomó del pelo y empezó a darme topetazos contra la boca con su pene imaginario. Como un lobo furioso le devoré el monte de Venus cuando sentí que se precipitaba hacia algo más allá de lo cual no había nada. No fue la primera vez que, al acabar con gruñidos de tigresa en la garganta, tuve la sensación de que me estaba bañando con su semen imaginario. Semierecto como estaba y sin quitarme de los hombros sus piernas me deslicé en su carne adormilada y rotando apenas las caderas, frotándome apenas con su vellón, dejé fluir fuera de mí lo poco que me quedaba. Sin abrir los ojos, con voz pastosa murmuró: “Este fue el mejor. Ojalá hubiera estado en condiciones para disfrutarlo”. Flotábamos más allá de todo todavía cuando de pronto sonó el cucú dando la medianoche. Ambos sonreímos en silencio conmovidos por su energía y su

inocencia. Nos paramos con esa sensación de aflojamiento cercana al mareo propia de las ordalías amorosas de la adolescencia. Cuando cerré la puerta al salir Guita y me tendí en la cama junto a mi cretina —no sin poner antes en mi despertador su hora— volteeé la cabeza con buscando mi mirada su perfil dormido, pero ya no fui capaz de concentrarme en los mudos requerimientos de su misterio. Los últimos jirones de mi conciencia capitularon y se entregaron al sueño.

.....

Llegó a las cinco en punto. Como un perfecto imbécil, apenas oí su llave girando en la cerradura dejé lo que estaba haciendo —no mucho más que esperar el ruido de su llave— y corrí hacia la puerta, de manera que cuando terminó de abrir me tenía ahí, respirando agitado, con todo el aspecto de estar esperando que me trajera una noticia muy importante. Supongo que no tengo que explicar que normalmente no me comporto así. Simplemente todo aquello me parecía tan decisivo, tan importante, que —teniéndola delante— la mitad de las veces simplemente no podía actuar racionalmente. La realidad, es decir, la de *nosotros*, tan racional, había dejado de serlo. Yo había dejado de ser el protagonista victorioso de mis propios caprichos, que es lo que estoy programado para ser. Había optado —para bien o para mal— por lo *otro*, y ya nada funcionaba. Y en primer lugar no funcionaba mi sistema de actitudes y respuestas adecuadas. Al cerrar la puerta me dio la espalda unos segundos que me parecieron literalmente infinitos, y entonces sucedió lo que yo no esperaba en absoluto, lo que ustedes por supuesto que no esperan de este relato fiel, lo que nadie esperaría. Se dio vuelta, mirando al piso siempre,

pero de pronto, centímetro a centímetro, con un esfuerzo físico que no sé si era para forzarse a hacerlo o para impedirse hacerlo, con una lentitud tan densa que sentí como que su mirada me iba empujando mientras trepaba cuerpo arriba, sus ojos conocieron a los míos. Sentí que se me caía toda la expresión de la cara como si fuera una careta. Di un paso atrás como si en sus ojos hubiera descubierto el vértigo de la Nada o el del Ser, o como si en vez de con los ojos me hubiera apuntado con un arma. Traté de controlarme. ¿Qué había sucedido cuando volvió a la Zona? ¿Alguien le dijo que el tipo estaba muerto? ¿Se le informa a los cretinos cuando se les mató un familiar o un concubino? En ese caso ¿tienen ellos alguna manera de averiguar *concretamente* cómo había muerto? Puesto que muchos de ellos trabajan como limpiadores en oficinas públicas y muchos otros rinden clandestinamente servicios sexuales bien podrían haber ido elaborando vías de información. ¿O nadie le dijo nada y simplemente intuye, supone lo que deben de intuir y suponer todos ellos cuando alguno desaparece? ¿Y qué se suponía que hiciera ahora, con sus ojos en los míos? ¿Llamarla al orden? Quebraba una de las reglas básicas: no mirarnos. Ponía su vida en mis manos. Para probarme. Me estaba diciendo “¿Podemos relacionarnos como iguales?”. Eso era. Lo bueno de los juegos electrónicos es que nos entrenan para deducir la respuesta adecuada en fracciones de segundo. Opción Uno. Opción Dos. Opción Tres... Sí, eso: tenía que sostenerle la mirada para que leyera en mis ojos que sí, que podía contar conmigo. Respiré hondo.

Sin dejar de mirarla a los ojos traté de controlar el fuego frío de su mirada. Armé lenta y cuidadosamente una sonrisa.

La exploró y la analizó. La aprobó, probablemente porque no tenía alternativa. Brusca, súbita, inesperadamente estábamos en otra cosa. Eso tiene la muerte. Donde y cuando irrumpe las reglas de juego cambian. Seguía mirándome, indicándome que era mi turno. Me sentí como un actor que hubiera olvidado sus líneas, o como un ajedrecista que hubiera olvidado la jugada largamente preparada. Soné como si estuviera masticando yeso. “Me alegra que hayas roto esta regla” dije. Si fuera una persona honesta habría agregado “No porque sea partidario de un cambio en la relación nuestra con los cretinos sino porque deseaba que me miraras”. Pero no soy una persona honesta. De última todos tenemos un precio. Y ella era el mío. Se habrán convencido a esta altura de que cuando más en blanco tengo la mente mejor respondo. Un caso que merecería la atención de los expertos, como subrayaría aquella cruel imitadora de *Plop!* Ni el Capitán Picard en su más difícil misión diplomática ante los romulanos, o quienes fuera, hubiera abierto la bocota con más cautela y sutileza. La traducción, que no le costó nada hacer, era “Puedes hacer conmigo lo que quieras”. Y eso tradujo. “Ya que me usa como a la esposa que no soy, compórtese como el marido que no es” dijo de pronto sin dejar de mirarme, como si yo fuera una especie de bestia feroz a la que no se puede descuidar ni un instante. Eso debemos de ser para ellos: bestias imprevisibles y feroces. “Venga” dije dándole la espalda y arrancando hacia la cocina, obviamente boqueando en busca de un poco de tiempo para recomponerme. “Siéntese ahí” le dije indicándole la mesa. Preparé te, sin apuro, dándole la espalda todo el tiempo. Me fui dando cuenta de que lo que me había forzado a pedir el break había sido su manera de

hablar. Tan concisa. Tan elegante. No es normal. Así no habla la gente y menos aún puede uno esperar que así hable un cretino. Según Seguridad los cretinos están al borde del analfabetismo total. La próxima generación sería 99% analfabeta según ellos. En otras palabras lo que me ha dicho sin decirlo es que en tanto marido que no soy debo ser para ella tan fructífero como ella me resulta en tanto esposa que no es. Terminé de servir el té, me acerqué con la bandeja y dije: “Póngame a prueba”. Ahora me ocultaba otra vez la mirada. “Yo vivo con Bodo” dijo con el tono de quien recita su parte en una ceremonia nupcial. “Él es el elegido de mi corazón, la música de mi alma”. “Era, querida” pensé, mirándola retorcerse las manos. “Desapareció mientras yo estaba internada”. Levantó la taza de porcelana y al hacerlo volvió a mirarme. Tenía los ojos huecos como dos tumbas gemelas y preparadas. “Entre nosotros los que desaparecen, desaparecen para siempre” dijo con la voz de pronto endurecida, reprimiendo el temor y la esperanza. “De manera que sólo quiero saber qué muerte tuvo”. Sentí que el vacío en su mirada jalaba de mí como para devorarme. Me sustraje y mirándome la punta de los pies bebí parsimoniosamente mi té. “Voy a hacer lo que pueda” dije y seguí bebiendo de a sorbitos, incapaz en realidad de concentrarme sino en el sencillo hecho de que me había entregado su mirada. Era lo *primero* que me daba. Mi primer paso hacia su intimidad, hacia su ser secreto. Me paré y tomándola de la barbilla la obligué a mirarme. En realidad, un poco fuera de mí, para no decir que actuando como un troglodita, me incliné hacia ella casi como un oftalmólogo. Dejándose hacer miraba a la nada como si le hubiera dicho “Mire a la luz”. Absurdamente me concentré

en su ojo derecho. Me puse a observarlo como si buscara algo en él. Primero me pareció una pieza de cristal vivo, después un animalito exótico y asustado al que podría extraer de su refugio aplicando la boca y succionando con fuerza. Después me pareció un sol agonizante, un emblema del absoluto, y un mantra. En vano busqué el pliegue secreto que presionándolo haría girar la pupila como una puerta secreta para exponer al verdadero habitante de este cuerpo. Sólo conseguí asustarla. Un ojo es un ojo. No dice nada, por supuesto. “Es *la mirada* —reflexioné durante segundos que deben haber sido de pánico para ella— en tanto *parte* del sistema facial de expresión y comunicación (mirada, mueca, cosmética) la que puede decir algo”. Parpadeó para fijar el foco de sus ojos en los míos. Debe de haber visto la mirada de un cirujano sicópata porque hizo hacia atrás la cabeza, aunque no se atrevió a ocultar la mirada. Debe de haberme imaginado pelándole la córnea como si fuera una cebolla. Debe de haber creído que quiero sus ojos para un trasplante. Hace un tiempo un sketch de Decalegrón se burlaba de la creencia de los cretinos de que los usamos como banco de órganos. Como si no fuera cierto.

Le pedí su dirección precisa en la Zona. Y una descripción del tal Bodo. Y el apellido de Bodo, que resultó ser Zoma. Reprimiendo un temblor en la voz finalmente le pedí su propio nombre y apellido. Recogí el murmullo de su garganta como se recoge el más secreto de los nombres de Dios: Belta Schiral. No pude reprimir una sonrisa, que sus ojos recogieron sin comprenderla. Por mí hubiera lanzado ahí mismo un grito de triunfo y hubiera lanzado al cielo con todo el aire de mis pulmones las letras de su nombre, para que todo el mundo las conociera. Recogí las

llaves del auto y los documentos y salí a paso firme. El caballero en busca del talismán mágico que habrá de liberar a la princesa. Di vueltas por la ciudad a lo bobo y con la sonrisa por estandarte, como si me hubiera inyectado algún estimulante. No iba a ningún lado, por supuesto. Me arañaría la cara, me rasgaría las vestiduras, me daría una piña en un ojo y volvería para contarle —con la sobriedad que corresponde— cuán heroicamente había luchado para conseguirle la información. Pensé, por supuesto, en ir a ver a Guita. Después pensé que mejor no. Por una vez sabía qué hacer, sin dudas... Aunque a Guita podía ocurrírsele algo mejor... Que sí, que no, que sí, que no... Al final fui y no estaba. Su celular estaba desconectado. Repentizando, dejándome llevar, a lo loco si prefieren, salí por 8 de Octubre y tomé la Interbalnearia. No me di cuenta de a dónde iba hasta llegar al primer peaje. Regresaba a la escena del crimen. He vuelto siempre a los lugares donde he eliminado cretinos. Casi siempre así, como por casualidad, inconscientemente. Hasta donde sé lo hago para nada, para corroborar que es cierto el viejo aserto de los cómics de que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen. Todo igual, menos la luna ahora en creciente. Much to my surprise, el fiambre del pobre tipo estaba ahí todavía. ¿Cuánto tiempo hace? Un mes, una semana, cien semanas. No me atrevo a acercarme a la silueta negra en el piso blancuzco de arena. No hay moscas. Ni huele. Habría moscas si fuera de día. Avanzo un par de pasos. Sí hay moscas. Grandes como puños. Lo cubren completamente. Ninguna vuela, todas devoran. Y sí huele. Huele con un olor que atraviesa el cerebro y estalla en la nuca. Retrocedo. Corro. Huyo. La noche, ensartada en las trampas del bosque, se burla aullando

como un coyote afeminado en mis oídos. No sé a qué hora volví pero ella estaba todavía sentada en la cocina como si no más de un minuto hubiera transcurrido. Parado en la puerta de la cocina espero a que me mire. Me mira y le digo que voy a lavarme las manos. Voy, me lavo las manos, voy a mi gabinete, abro el armario que tengo con llave, de dentro de una bolsa de nylon saco el mechón de pelo, confirmo con la etiqueta que es el de Bodo, divido en dos el mechón, una parte vuelvo a atarla con su cinta y la devuelvo a la bolsa.

He puesto el mechón sobre la mesa de la cocina frente a mi cretina. Ella lo toca con la mano temblorosa. Separa cuidadosamente el cabello, como si buscara algo. Lo huele. Veo que se contiene. Seguramente le va a hacer bien esta especie de velorio. Evidentemente que esto es mucho mejor que la desaparición sin noticia alguna, con todo el horror librado a la imaginación. “Murió de un solo balazo, en medio de la frente. No tuvo tiempo ni para preguntarse qué pasa” dije con voz de cura, dulzona y mesurada. “¿Por qué?” preguntó sin mirar más que al finado. “Lo eligieron para presa en un torneo de caza” respondí con una sobriedad y un tono áspero que me harían quizá hipócritamente cómplice de su indignación. “Déjeme sola, por favor” dijo, mientras le crecía en el cuerpo la costra del dolor. “Si me necesita llámeme, si quiere algunos días sin venir avísame” susurré casi obsequiosamente y salí. Al rato la oí levantarse, apagó la luz de la cocina, cerró la puerta de su cuarto. Al acostarme a dormir, al apagar la luz, por primera vez en mucho tiempo sentí la mente despejada, ligera, me sentí un ser digno y útil. Al cerrar los ojos preferí pensar que esa noche por primera vez, gracias a Dios,

ella estaba pensando en mí en términos positivos. “Esta noche, en este momento” pensé “está comenzando la posibilidad real de acercarme a su corazón”. A punto ya de dormirme se me encendió una luz roja. Me levanté y cerré con llave la puerta del dormitorio. Que con semejante veneno en el alma reaccionara fuera de control era una alternativa imposible de ignorar. Me dejó un mensaje que decía: “Por favor déme una semana. No olvide avisar a Seguridad”. La letra era increíble. El cuerpo era pequeño y muy regular, pero los tramos que se elevaban o descendían era exageradamente largos y puntiagudos. Daba la impresión de esas caligrafías orientales antiquísimas.

.....

Pasé la semana anestesiado por la ilusión, flotando en una nube dorada. Llegaba tempranito a casa, me ponía las pantuflas y me sentaba a escuchar los cuartetos —me dediqué a disfrutar los tres que ya tenía descifrados— y a leer. De pronto, durante ratos en los que perdía totalmente la noción del tiempo, soñaba futuros para nosotros, todos con un clímax epifánico digno del canto final de *La Divina Comedia*. No conocía el delicioso suplicio de desear algo o a alguien interminablemente y después por fin estar a punto de conseguirlo. Entre nosotros todo es fácil, es de mal gusto frustrar o aplazar el deseo del otro. No voy a criticar lo nuestro. Llegamos en algún momento a la conclusión, al consenso cultural, de que así es de la mejor manera y quizá, seguramente, así sea. Pero esto de desear lo inaccesible y no poder alcanzarlo y finalmente sí poder, es algo que —si todo termina bien, como sucederá— tiene lo suyo. Le conté a Guita, por supuesto, en qué estaba. Escuchó en silencio y quedó callada cuando ter-

miné. “Hey, wake up” dije. “Te estoy escuchando” murmuró con voz pastosa. “Por lo que veo te vas a dar la gran divertida. Es lo que deseo de todo corazón que pase”. “No sólo parece” retruqué algo amoscado. “Nada más acordate que siempre puedes tirarla por la ventana” siguió como sin oírme. “Y si se te hace cuesta arriba me avisas y la tiro yo”. Lo cierto es que pasé aquellos días en un estado de beatitud total. Todo me resbalaba. No escuché los cuartetos que me faltaban —el 131 y el 135— para escucharlos después, algún día, con ella. Contraté un servicio de limpieza para que la casa estuviera reluciente cuando ella llegara. Contraté un servicio de comidas para que nos trajera puntualmente cenas todas las noches a, partir del lunes. Fui a tiendas caras y con las medidas del tailleur que le compró Guita —que le quedaba perfecto— le compré un vestuario —carísimo— que incluía ropa de calle, de fiesta, de playa, de paseo, de lo que fuera. Una solera, un chal, ropa interior blanca y casi transparente, un sombrero de rafia digno de una película de Cukor, unas sandalias en las que sus pies se verían como diamantes, varios modelos de lentes negros. Compré todos los productos de belleza e higiene femeninos que las vendedoras me sugerían entre risitas nerviosas mientras les describía la pureza de su piel. Hice lugar para el arsenal de cosméticos en el botiquín y en los estantes del baño.

En la feria de Tristán Narvaja, a cara descubierta, y a precio de oro conseguí, fingiendo un interés puramente académico, de manos de un librero con aspecto totalmente sospechoso que lo sacó de un envoltorio de papel de diario digno de las letras más indignas, el libro supercensurado *Nosotros los cretinos* (un compendio de reivindicaciones de antigüedad, originalidad, singularidad,

autoestima, universalidad y todo lo demás similar a los que desde siempre dan a luz las minorías oprimidas o en vías de desaparición), mismo que puse —¡con qué delicadeza!— sobre la mesa de luz del dormitorio del servicio. Lo cual claro está que es sutilmente absurdo: me preparo para tratarla como a una princesa, y no voy a permitir que duerma en el cuarto del servicio, por supuesto. Me faltó comprarme una librea de lacayo para abrirla la puerta de su casa. Dios bendito ¡qué no soñé en esos días! Y nunca se me hicieron demasiado largos. Porque disfrutaba aquellas vísperas de la maravilla como no sabía que fuera posible. Ni una sola vez se me ocurrió pensar en qué estaría haciendo ella con su semanita de vacaciones. ¿Qué podía estar haciendo? Sentarse sobre la cama recordando. Masturbarse in memoriam. Tocar Beethoven in memoriam. Aburrirse de hacer lo uno y lo otro, entender que su Bodo está muerto para siempre, y empezar a asumir que puede hacer lo que quiera conmigo, empezar a evaluar las ventajas de ese hecho, empezar a desear que hubiera alguna manera de salir del ghetto definitivamente y de que yo esté dispuesto a jugarme entero para conseguirlo. ¿Qué otra cosa podía estar haciendo? El fin de semana previo a su regreso me subió varios grados la calentura. Vi en la prensa el anuncio del Festival Internacional de Teatro y llamé para reservar dos abonos. Vi el del Festival de Cine de Punta del Este y llamé para reservar dos abonos. Vi el preanuncio de la Temporada de Ópera del año que viene y llamé para reservar dos abonos. El sábado de noche en plena angustia comprendí que estaba construyendo sobre arena, que lo primero y lo primordial si quería que viviera como nosotros era hacer de ella una de nosotros. Pero ¿cómo?

Nunca oí de semejante fenómeno. La alquimia no existe. El domingo, finalmente, perdí del todo el control. Fui de vuelta a la feria y hablé con el librero sospechoso. Si hubiera sido un delator, o un cebo, o un chantajista, hubiera hecho mierda mi vida fácilmente. Pero era simplemente un delincuente de la subespecie más sarnosa, que hacía su dinerillo traficando con la cosa cretina. En cuanto me vio me trató como se trata a un cliente predilecto, a un habitué. Los que se enredan en la cosa cretina evidentemente que son buenos clientes. Le pregunté sin más si sabía cómo hacer de un cretino uno de nosotros. Me miró y me mostró los colmillos en lo que debí interpretar como una sonrisa. Ya saben qué tipo de gente es éste: boina de vasco, pelo largo con hebras plateadas, bigote a lo Sabalero, dientes amarillos de nicotina, piel correosa por el alcohol o la marihuana. Inútil abundar. Ustedes saben. Me hizo un lugar debajo de su sombrilla. “Cirugía plástica en el culo y en la cara, y documentos falsos” dijo por lo bajo con voz de vino tinto. “Muy caro” agregó trayendo ruidosamente a la superficie y escupiendo sobre la vereda un gran gel verde oscuro. Me dio unos precios delirantes, aunque siempre con alternativas de más caro y más barato (por ejemplo entre una cédula de identidad o directamente un pasaporte, ambos no imitación —me subrayó y a esta altura de las cosas puedo creerlo— sino *auténticos*, expedidos por Seguridad). En todos los casos insistí siempre en lo mejor. Era un dineral. Implicaba vender todo lo que tengo o robar un banco.

Estuve toda la tarde del domingo ya no beato sino francamente angélico, calculando qué sacrificio inédito haría para arrear con semejante dinero. Tarde de noche, con las uñas ya muy mor-

didadas por la ansiedad, me deslicé sin más en el delirio: si quería vivir con ella no sólo tenía que hacer de ella una de nosotros, además tenía que hacer de mí mismo otro. Porque obviamente que su desaparición me iba a poner a mí bajo la lupa de Seguridad. Yo también iba a necesitar cirugía plástica (sólo de cara, pensé para consolarme) y documentos falsos. Tuve que tomar somníferos. El lunes a mediodía cuando ya estaba en pleno ataque de nervios me llamó Guita. Le conté de los preparativos. Le conté de los precios de la mutación. Me escuchó en silencio. “¿Y quién le va a enseñar a caminar, a llevar la ropa, a maquillarse, a hablar y a pensar como uno de nosotros? ¿Vos? ¿O yo?” preguntó entonces, en realidad ofreciéndome —en tono perfectamente casual, como de pura ociosidad— una vez más sus servicios. Pero yo no estaba para sutilezas. “En primer lugar, Guita, acordate de que ha vivido entre nosotros toda su vida o casi, probablemente conoce nuestros tics mejor que nosotros mismos”. Hice una pausa desafiante. Silencio. “En segundo lugar te recuerdo que nuestra cultura es la buena y la de ellos la mala. Nuestra cultura es la sana y productiva y la de ellos la enferma y la inconducente. Ella es —as far as I know— una mujer inteligente y honesta. Al cruzar la raya de inmediato se le van a aclarar las cosas”. “Claro que sí” dijo Guita, cortándome con el mejor tono. “Es lo que siempre dije: hay que abrir las puertas de los ghettos, hay que dejarlos enterarse de nuestra riqueza espiritual y de su pobreza espiritual. Van a venir en procesión y de rodillas a rogar que los dejemos ser como nosotros”. Obviamente que no supe qué decirle. Para mí el tema era tener a Belta, y todas las generalizaciones posibles a partir de allí me resultaban en realidad tan remotas como el

Estrecho de Bering. “Guita...” balbuceé, pero ella, que sabe y sabe, me cortó. “Yo estoy aquí, si me necesitás me llamás. Eso es lo que importa ¿no? Chau”. Al rato, a manera de mimo, me llegó un fax. Una página de un libro en francés. Arriba, la letra despatarrada de Guita escribió: “E.T.A. Hoffman *Kreislerianas*”. Siete u ocho renglones subrayados, traducidos, dicen así “¿No será más bien que la profunda cohesión de cada una de las obras de Beethoven escapa a *vuestra* débil mirada? ¿Que son *ustedes* los responsables si no comprenden el lenguaje del Maestro, perfectamente comprensible para el iniciado?”. Esto debe de haberlo bajado de Internet, a menos que se haya conseguido un amante musicólogo.

VIII

El violín de Bodo

Fui a buscarla a la parada del ómnibus. Esta vez no me hice reproches ni contraargumentaciones: me instalé en la melcocha, como un adolescente, con el corazón a mil por la ansiedad. Viento Norte mediante, en los últimos días la temperatura había estado trepando a saltos. En la lejanía esfumada por el calentamiento del hormigón cada mancha movediza me parecía el Línea Gris. Bajó del ómnibus y la vi avanzar cabizbaja, caminando con lo que era apenas una pálida imitación de su paso a medias de atleta y a medias de bailarina. Por suerte me entró en acción el resorte autoirónico que nos enseñan de pequeños para rescatarme justo a tiempo de la caída en el pathos. Me acordé de las lágrimas rodando por las mejillas de Tognazzi cuando miraba a las turistas alemanas asoleándose desnudas. Le toqué bocina pero, tal como debía ser, no giró la cabeza ni enlenteció el paso. Entonces hice lo máximo. Lo hice sin plan, sin pensarlo ni por un instante. Grité su nuevo, recién aprendido, mágico nombre. Absolutamente nadie hace algo así, por supuesto. Nadie va a buscar a su cretina a la parada del ómnibus ni, mucho menos, la llama a gritos por su nombre en plena calle. Pero muchísimo menos uno grita su nombre como quien invoca a su musa. Si alguien hiciera eso

estaría diciendo a todos que desconoce uno de los vectores de orden básicos de nuestra sociedad, y si se le permitiera hacerlo ese vector pronto se derrumbaría. No sé si alguien más oyó mi grito. Supongo que no. Pero ella se detuvo como alcanzada por el rayo de Zeus. Tardó una enormidad —siempre mirando al piso, orientándose con el oído, como los ciegos— para detectar la dirección en que yo estaba, y una eternidad para empezar a caminar hacia el auto. Le abrí la puerta antes de que llegara. Cuando la tuve al lado mío me di cuenta de que temblaba. Estupidizado como estaba le tomé la mano. Helada, le sudaba. Le hice sentir la fuerza y la amplitud de mi mano de hombre. Pasaban autos, un grupo de liceales se acercaba. Sacó su mano de la mía. Lo hizo por mí, no por ella. Bastante después, cuando llegó el momento de las confesiones susurradas, me dijo —y ese fue el instante más perfecto que llegué a vivir con ella— que desde el momento en que la llamé hasta el momento en que retiró su mano de la mía para ella había sido el tiempo que había durado nuestra ceremonia de bodas. Pero yo no sabía que, en el momento de dar vuelta la llave del encendido del motor, era ya a mi esposa a la que llevaba a casa, y temblaba de excitación ante la posibilidad de que algo mal dicho o mal interpretado, cualquier malentendido quebrara el hielo delgado sobre el que creía que estaba caminando.

Notó de inmediato que otros habían limpiado la casa. El olfato se lo dijo. Ella, que para cualquiera que no fuera ciego o estúpido —bastaba con percibir su aura— era la Predilecta del Espíritu, en cuestiones de fregonería, como en todo, también era perfecta. La llevé a mi dormitorio. Mi ropero es de tres módulos. Abrí las dos puertas del tercero. “Esta ropa es para vos. Podés

quemarla si no te gusta y comprar otra” dije, tan lisa y sencillamente como pude. La llevé al baño, abrí la alacena. “Este es tu estante. Aquí hay jabones y champúes de todos los tipos, para todas las pieles y todos los cabellos. Y cosméticos y perfumes. Si no te gustan, no los uses. Hay otras mil marcas y estilos diferentes”. Entonces me miró, por primera vez en el día, por segunda vez en mi vida. Yo le conocía varias caras: la de la cretina que obedece órdenes sin levantar la vista, la del éxtasis amoroso con la boca llena de la carne amada, la del cuerpo quebrado por la enfermedad y al borde del abismo, la de la angustia y la desesperación. Ahora, cuando se volvió hacia mí me ofreció la imagen misma de la inteligencia y del equilibrio. Ese, me di cuenta, era su verdadero rostro, su rostro *esencial*. Las personas tienen lo que podría llamarse un rostro esencial (la explicación de la asombrosa identidad entre la foto de Vallejo muerto y el boceto de perfil que Picasso le hiciera en vida es, precisamente, que Picasso captó el rostro esencial de Vallejo, y éste era idéntico —cosa absolutamente excepcional— a su rostro *secreto*, a la tabula rasa que florece efímera en la superficie del cadáver). Ese —que ahora el recuerdo me devuelve intacto— era el rostro esencial de Belta. Quisiera que ya fuera cierto lo que dicen de que pronto por medio de ordenadores se podrán captar e imprimir nuestros recuerdos y nuestros sueños. Para poder deleitarme en ella cuando y cuanto quisiera haría de inmediato y al precio que fuera una copia de esta expresión y de esta mirada que ahora, ya mismo, empiezan a diluirse otra vez en mi memoria, en mi olvido. La salvaría de la Nada inevitable porque si es cierto que no te bañas dos veces en el mismo río también es cierto que no mirás nunca dos veces

la misma cara, tampoco en el recuerdo. “Bueno, hacés lo que te plazca, yo voy a trabajar a mi gabinete” le dije, cumpliendo disciplinadamente con el plan de no atosigarla en ningún momento. Al rato salí a curiosear. Se había recludo en el cuarto del servicio. Por lo menos no se había puesto a limpiar. Estaba entendiendo. Mi cálculo era que estaba valorando las alternativas: una vida entre nosotros, o el culto sin horizonte alguno de la identidad cretina, simbolizada maquiavélicamente sobre su mesa de noche por el libro *Nosotros los cretinos*. Me acerqué a la puerta del cuarto de servicio. “Belta” llamé suave, respetuosamente. “¿Sí?” preguntó sin moverse, sin abrir, lo cual me pareció otro notable síntoma de evolución en la dirección deseada. “Quería decirte que no te preocupes por la cena. Ya pedí algo por teléfono”. No hubo respuesta. Repté de regreso a mi madriguera.

Llegó la cena. Mientras preparaba todo en la cocina oí cerrarse la puerta de mi baño. Puse la mesa en la cocina: me pareció que era más cálido, más íntimo, que le indicaba mejor el deseo de sencilla y beata domesticidad que me inspiraba. La comida, en consonancia, era simple: lenguado, ensalada, vino blanco. Tardó en el baño. Veinte minutos, media hora. Me serví una copa de torrontés y la bebí de un trago. Salí al balcón. Allí estaba, la misma ciudad, el mismo mar, la misma gente desfilando por la rambla, y sin embargo todo era radicalmente diferente por siempre jamás. Me serví otra copa de vino y la bebí como si fuera limonada. La botella estaba a medias. La guardé y saqué otra. Apareció. Con el vestidito minúsculo color esmeralda, audacísimo, que le compré, y el pelo mojado, y unos toques muy discretos de maquillaje. El pelo mojado como aquella noche. Sólo que ahora para mí. Y

las sandalias rústicas de cuero natural. Me quedé mirándole los pies. La gente tiene pies como manos, o como garras, con dedos como salchichas o como gusanos, diferentes cada uno, con carácter cada uno como si se tratara de una asamblea de dedos y no de un pie. Su pie era una unidad graciosa, delicada, femenina, espiritual, como en las venus clásicas. Rodin lo hubiera bañado con sus lágrimas. La serví con la unción que se reserva a los comensales que hacen sagrado lo que tocan. Nunca había captado tan esencialmente el sentido de la palabra servir. Uno no existe, se borra como sujeto. Uno es esa máquina, suave, transparente, evanescente, que funciona para el confort ajeno, y se esfuma. Me movía sin un solo pensamiento en la mente, con una sensación de vacío y luz y una liviandad que es la de la verdadera alegría. Mirándola comer —con buen apetito— me serené. Al final de la ensalada, cuidando de no trancarme, pude decir lo que tenía preparado como comienzo. “Mi propuesta es que ya no regreses al ghetto. Que te quedes a vivir en mi casa como dueña y como señora”. Terminó de doblar una cinta de lechuga, la colocó sobre un cuadradito de manzana y les hizo el honor de sus labios, sus dientes, su garganta, su esófago y su estómago antes del sublime momento de disolverse en los recodos más secretos de su cuerpo. “¿Y qué será lo que así podrías conseguir de mí que no puedas conseguir siendo tu esclava?” preguntó con una voz suave como la niebla que en el verano vaga por sobre los bañados antes de amanecer, y mirándome a los ojos de tal modo que me obligaba a mirarla. “¿Y qué milagro, cuando te canses de disfrutar de esa nueva maravilla, será el que impida que este cuerpo que hoy te parece divino termine como comida para pe-

rrros callejeros?”. Entendí. La realidad la había hecho abdicar de su axioma de conducta: la había obligado a aceptar mi existencia. Ahora yo existía, pero existía como un ser inferior. Quizá útil, pero inferior, sospechoso. A priori un mentiroso. Hasta que se demostrara lo contrario. Tendría que ser sobrio, preciso y veraz en todo momento. Tendría que actuar y sobreactuar de manera que entendiera que podía contar conmigo y confiar en mí. O no avanzaríamos un centímetro más allá de donde estábamos: no aún en el Paraíso, aunque por lo menos sí en la Tierra Prometida. “Lo que quiero para mí es tu ser más íntimo, y eso sólo puedo conseguirlo si estamos de igual a igual” respondí con la autoridad de un Alejandro que corta un nudo gordiano. “Hazte cretino entonces” jaqueó, hablando como quien dice “Contraflor al resto”, pero tajante como una marquesa, mientras sorbía por primera vez de su copa de vino. Hablaba como lo que realmente era, mi dueña, y dejándome ver que estaba haciendo lo que realmente estaba haciendo, decidir si me tomaba en cuenta o si me descartaba. Entonces pasó lo que siempre: estando contra las cuerdas, alguien acudió a responder por mí a través de mi garganta. “¿Es lo que querés?” pregunté reprimiendo, apenas mostrando el tono sarcástico. Se quedó mirándome pero no como quien ve unas pupilas sino como quien lee en ellas. Me miraba un ojo y luego el otro, de izquierda a derecha, como si leyera un texto escrito en mi cara. Leyó que realmente lo haría. Algo cambió entonces en su mirada, su visión se amplió y me miró toda la cara. Quién sabe qué vio, pero una sombra acarició sus labios, que temblaron —quizá por la sorpresa.

Primer round. Ganador por puntos me paré, retiré los platos, serví el lenguado—. Mientras, la vi beber otro sorbo. Las burbujas verdes del torrontés aflojan cualquier nudo, eluden las defensas con una picardía agreste y mediterránea. “Nunca vamos a ser iguales” dijo con un acento algo ligero para la contundencia de la declaración, cortando el primer bocado de lenguado. “La libertad de mi alma, la entereza de mi corazón” enumeró con fruición como quien lee un inventario de piezas preciosas “la estructura de mi personalidad, la arquitectura de mi mente, la sutileza de mi sensibilidad, la elevación de mi espíritu, el entramado de mis gestos y mis palabras, toda yo, todo lo que en mí le guste y le atraiga, está en realidad construido y alimentado con la savia con que se nutrió mi ser desde siempre, y esa savia es el dolor”. Se llevó el bocado a la boca, lo disfrutó, lo bañó en vino. Como si siempre se hubiera alimentado con manjares y no con raciones de cretina. “Y usted no sabe qué es eso. No sabe en qué se transforma el dolor cuando es *todo* el horizonte que se puede abarcar con los ojos del alma”. Un gesto sombrío se adueñó de su rostro. Había tomado la decisión, se había lanzado a fondo. Sentí la proximidad del punto de inflexión. Imploré lucidez a mis musas. “Un bello paisaje ensombrecido por una nube de tormenta” pensé mirándola y sintiendo toda la fuerza del símil, como si fuera yo el primero que lo empleara. Tomó la copa y se la llevó a los labios. Bebió lentamente hasta la última gota. Vi su garganta trabajar bajo la piel del cuello. Después me miró como si estuviera haciendo un pacto con el diablo. “Yo...” dijo, y nunca voy a olvidar ese “yo” porque fue como si se sacara de debajo de su piel, de sus máscaras y de sus atuendos y se expusiera bajo la luz

blanca de la cocina. “Yo... por mi parte, no sé qué es vivir sin más horizonte que el placer, que es como ustedes viven”. Su mirada estaba en mis ojos otra vez, pero ahora miraba a través de mí. “Usted sí lo sabe. Puede enseñarme. Y yo puedo enseñarle. Quizá a medio camino haya algo diferente. Para ambos”. Su conclusión me sonó como un muy singular contrato matrimonial. “Lo decís con un tono como de derrota” balbuceé atropelladamente sintiendo cerca la victoria, sintiendo que apenas alzara las palmas de las manos tocaría el cielo. “Había un equilibrio. Una rutina. Duró años. Era un refugio. Una isla en medio del horror. Allí vivimos juntos. Llegamos a olvidar el miedo” dijo, hablando para sí. O como recitando un responso in memoriam Bodo Zoma.

“No dejes que se te enfríe la comida” dije para sacarla del ensimismamiento. Me obedeció. “¿Estás segura de que no vas a arrepentirte de haberte alejado de tu gente?” pregunté fingiendo poner más atención en el bocado que en la pregunta “Tenés que saber que una vez cruzada la línea no hay retorno posible”. Me superó en la prolijidad para preparar el bocado, lo masticó y lo tragó sin dejar de hablar, como si estuviera acostumbrada a los desayunos de diplomáticos. Hay una elegancia que se trae en los genes. Quién sabe a qué se dedicarían sus antepasados. “El deseo de morir, de desaparecer se ha adueñado de sus almas y no se dan cuenta. Saben que están siendo exterminados pero se excusan de cualquier resistencia con razonamientos absurdos. Cualquier información que llega del mundo de ustedes es interpretada en el sentido de que es inminente un gran cambio en vuestro gobierno y que seremos liberados. Se hacen cálculos de cuántos quedamos y cuántos desaparecemos por mes, por semana, por

día. Inevitablemente se llega a la conclusión de que el cambio en vuestro gobierno sucederá —felizmente, nos dicen— antes de que seamos *totalmente* exterminados”. El responso era ahora por todos los suyos. Es tan hermosa, son tan estilizados sus gestos, es tan perfecta su expresión. Sin duda que ha dejado libre cauce a su verdaderas maneras, como si la línea estuviera cruzada, las cartas echadas. “Pero ¿por qué no resisten?” balbuceé extasiado. “Se hacen cálculos de cuántos moriríamos si hubiera resistencia e inevitablemente se llega a la conclusión de que el proceso de exterminio se aceleraría a tal punto que desapareceríamos de la faz de la Tierra. La conclusión es, siempre, que no hay que resistir sino esperar los cambios en vuestro gobierno. Parecen argumentos diseñados por vuestro Servicio de Inteligencia para mantenernos sometidos, para que sigamos desfilando sin chistar hacia el matadero, y sin embargo son los que les oímos a nuestros líderes fundamentalistas”. Había hablado una Belta desconocida para mí, lúcida y precisa en el análisis de su circunstancia. Conteniendo el aliento por la emoción le llené otra vez la copa. Me sentía como el que compra un paisajito parisino común y corriente de calle con lluvia invernal y descubre que lo pintó Van Gogh. “Cada tanto una célula de la resistencia va deliberadamente al martirio en un vano esfuerzo más por despertar sus mentes anestesiadas por la cobardía y el fatalismo” dijo con tono dolido y apagado. Tomó la copa y se mojó los labios. “Y yo...” volvió a decir, provocándome casi una sonrisa el placer de empezar a acostumbrarme a oír ese *yo* en sus labios “no quiero respirar más el veneno de su muerte en vida. Quiero vivir. Por poco que sea”.

Tendí mis manos sobre la mesa y tomé las suyas. Me sorprendió sentir lo tensa que en realidad estaba por debajo de su desenvoltura. “Además” dijo mirándome con ojos como puñales “estoy segura de que fueron ellos los que denunciaron a Bodo”. Tardó en procesar la información mi conciencia, licuada por el magnetismo que me producía el contacto de sus manos. “¿Ellos?” pregunté. “Mis vecinos, o alguien, cualquier cretino que nos conociera” dijo explicándose a la vez que rescataba sus manos y las ponía a preparar otro bocado. “¿Por qué habrían de hacer eso?” pregunté, genuinamente sorprendido. “Bodo fabricó un violín” dijo sencillamente. “Y me enseñó a tocarlo”. ¿El palurdo fabricó el violín? ¿Y le enseñó a tocar Beethoven? Imposible. Vino a mi mente el recuerdo de su mirada de tres ojos y busqué en los rasgos de su rostro impactado algún vestigio de sublimidad, sin poder encontrarlo. “Nos amenazaron con denunciarnos y finalmente lo hicieron” dijo en tono concluyente. “No entiendo” dije, sospecho que con cara de estúpido, porque se quedó mirándome como si me viera por primera vez. “¿No sabe que el fundamentalismo cretino prohíbe la música? Nosotros hacíamos música. Y comulgábamos con la resistencia. De manera que para los fundamentalistas representábamos una doble provocación, un doble desafío a la doctrina” explicó. Debe de haberseme acentuado la expresión de estupidez. Realmente nunca había oído hablar del fundamentalismo cretino ni de que prohibieran la música. “Pero ¿por qué prohíben la música?” pregunté con genuina sorpresa. “El fundamentalismo cretino es un fundamentalismo racionalista. La música es un lenguaje que no se dirige al pensamiento ni a la inteligencia sino a las sensaciones y a las emociones. Por

consiguiente debe ser prohibido” explicó. “¡Chispas!” fue lo que alcanzó a formular mi mente. Aquello superaba mis más ambiciosas expectativas. En realidad lo que estaba sintiendo crecer en mí, aun más que la curiosidad por las extrañas creencias de los extremistas cretinos, era: a) el alivio ante el hecho de que ella ya había encontrado a quién culpar por el destino del palurdo, b) el tamaño de mi verga. Todo estaba saliendo de la mejor manera imaginable. Prácticamente ya había aceptado la propuesta de quedarse conmigo. Ciertamente es que yo me había jurado atenerme disciplinadamente al principio básico de no presionarla, pero ¿podía haber algo de malo en —podía cambiar en algo para mal las cosas— que le pidiera un pequeño adelanto? ¿Para qué si no se puso el vestidito más sexy que encontró en el ropero? Me paré y tomándola delicadamente de los brazos la invité a pararse. Coloqué sus brazos sobre mis hombros. Se dejó hacer como una muñeca de tamaño natural. Rodeé su cintura con mis brazos. Suavemente la estreché contra mi cuerpo. No sé si así abrazadas las famosas Helena, Cleopatra o la Reina de Saba hubieran sido tan deliciosamente acariciantes y embriagadoras como mi cretina. Floté en la delicia agradeciéndole a los dioses de cada una de las religiones que conozco su eventual participación en el privilegio que me era acordado. Lamento que ni siquiera entonces, en instancias tan decisivas, pude comportarme como el príncipe azul de marras. Ni siquiera como un simple caballero. Lo que estaba por hacer hubiera preferido no hacerlo, pero no podía evitarlo. Maldije esta especie de incontinencia y de grosería. Somos los hijos idiotas de la permisividad, sin control alguno sobre nuestras urgencias sexuales. Cuando se llegó al consenso se suponía que la

permisividad representaría un último refinamiento de la civilización, pero en realidad ha cerrado el círculo devolviéndonos a la condición de mandriles cogelones. Una vergüenza.

De su cintura mis manos pasaron a sus nalgas. Le subí el vestidito con un susurro de seda, nylon y puntillas. Metí las manos debajo de la cintura del calzón. Uno de los que le compré. No le había sacado la etiqueta. Lo hice deslizarse muslo abajo casi hasta las rodillas. Cuando descolgué sus brazos de mis hombros y la hice girar para que me diera la espalda sentí que por un instante su cuerpo se negaba a girar. Si ella hubiera sido una de nosotros, yo hubiera frenado ahí mismo. Por más permisivos que seamos no hay nada en lo sexual sin la aquiescencia del otro —rara vez negada—. No lo hice, no frené. Aumentando apenas la presión vencí la resistencia. Pensé que quizá su esbozo de resistencia no era hacia la cópula en sí sino hacia la forma en que la tomaba. Obvio: la manera en que habitualmente se usa a las cretinas es vestidas y desde detrás. Rápido y cómodo. Intuí que su blanda resistencia significaba que quería que fuera diferente. Pero no frené para corregir el modo. Una vez más estaba dominado por el morbo del abuso impune. Disgustado de mí mismo comprendí que nada que ella hiciera en ese momento me hubiera frenado. “Esto ya no puede ser así. Hay que empezar nuestro relacionamiento otra vez desde cero. Coger así es como arar en el agua. No va a servir para nada” pensé, pero empujando blandamente su espalda hice que se inclinara sobre la mesa y expuse sus nalgas desnudas. “Lo que quiero para mí es tu ser más íntimo, y eso sólo puedo tenerlo si estamos de igual a igual” le había dicho un rato antes. No creo que se llegue al ser más íntimo de

nadie forzándolo, de acuerdo, pero en cuanto al de igual a igual, sé que si ella me hubiera pagado con la misma moneda —es decir forzándome sexualmente— la hubiera aceptado de buena gana. Liberé mi verga. Cabeceó de inmediato y se estiró como un animalito hambriento. La meneé sin apuro mientras manoseaba sus nalgas con mano grosera. Cuando hundí el dedo medio coño adentro descubrí, con un placer que me hinchó el pecho, que el canal estaba mojado. Me alejé un par de pasos y me la meneé mirándola. ¿Cómo unas piernas y unas nalgas pueden parecer *espirituales*? “Abrite” dije, con voz estrangulada. Con ambas manos se abrió las nalgas y la entrepierna. ¿Cómo el ojal trigueño y los pliegues de mucosa rosada —una boquita abierta en O— me pueden parecer tan espirituales? ¿Será porque la boquita en O me recuerda a la de *El grito* de Munch? Hubiera dado cualquier cosa porque con una voz ronca que le subiera desde el diafragma me dijera “Metémela”. Pero se comportaba como el mismo cadáver obediente de siempre. De manera que me acerqué, apoyé la punta de la verga en el delicado bostezo y empujé suavemente hasta tenerla totalmente sepulta en su cuerpo. ¡Dios bendito, qué gusto único me daba su cuerpo y ningún otro en el universo entero! “Por favor, cogeme” gruñí tomándola de las caderas pero sin moverme un milímetro, decidido a darle la chance de ser la dueña de este polvo. “No puedo” susurró, casi gimió “Todavía no puedo”. Me alcanzaba con la promesa implícita en sus palabras. Pero a la vez abrió los brazos y se asió a ambos lados de la mesa preparándose para recibir lo mío. “Estás de duelo” dije, sin moverme un milímetro, con la punta del ariete lamiéndole la pared del fondo del útero. “Sí” dijo sin aliento, aunque en realidad no

se lo había preguntado. Sentí que aun sin moverme en absoluto la ola de la acabada avanzaba incontenible. “Si estás de duelo” gruñí sin voz “creo que es mejor que no te coja”. En la mitad de la frase se me abrieron las compuertas. “Sí” dijo derritiéndose pero sin culear ni por un milímetro mi verga. “Mejor no lo hagas” alcancé a oír que decía, pero ya me estaba yendo, vertiginosamente inmóvil, como de mármol barroco, sin arrearle un solo puntazo. Cuando volví en mí, después de que el último goterón me bajó desde la nuca todo a lo largo del espinazo, me di cuenta de que su cuerpo estaba tenso como el acero, sudaba por todos los poros, y sus manos estaban blancas por la fuerza con que aferraban los bordes de la mesa. Desenvainé y retrocedí. Ni se dio cuenta de mi retirada. Parecía que iba a estallar, perdida toda conciencia de mi existencia. Su mano derecha, como la de un moribundo que intenta alcanzar el teléfono salvador, se soltó, se deslizó por sobre la mesa y por debajo de su cuerpo hasta alcanzar su sexo. Sus dedos entorpecidos, como los del sediento que atrapa una botella, se hundieron entre los labios, que goteaban lo mío. Entonces su cuerpo estalló como una cuerda tensada al máximo y, de pronto, cortada de un solo tajo. Así, bruscamente carente de toda tensión, su cuerpo se escurrió como una sombra por sobre la mesa y fue a dar al piso silenciosamente, cerrándose sobre sí mismo.

Miré aquello fascinado, en estado de absoluto estupor, tal y como hubiera visto abrirse para sangrar, a las Llagas en las manos de Cristo. ¡Que yo supiera era su primer orgasmo *conmigo* y *para mí!* Pero ¡qué extraño todo! ¡Qué lejos del magnífico retozo con su patán! Fue como el orgasmo de una espástica cuadrupléjica. Podría haberle reventado el corazón un tironeo tan grande entre

el estallido interior y la inmovilidad exterior. ¿Por qué así? Obviamente que porque es conmigo, porque es mi cuerpo. Claro. Es el problema de la pared que edificó entre los dos mundos. No le es fácil derrumbar algo que construyó tan dentro de sí. La levanté en mis brazos. Estaba consciente pero me dejó hacer, como si fuera aquello —tanto como me sucedía a mí— lo que necesitaba. Por mi parte necesitaba levantarla en mis brazos pero además por encima de mi cabeza, como al más precioso de los trofeos, y marchar con ella en procesión para mostrársela al mundo entero. Por el momento me limité a llevarla a mi cama. La acosté. Le saqué el vestido y las sandalias. La cubrí con la sábana de seda. Me arrodillé junto a la cama para mirar su sueño. Inesperadamente habló, con una voz de modorra y mimo que me hizo lamer sus labios. “Con una sola condición. Que pueda traer conmigo el violín de Bodo”. ¡El violín de Bodo! ¡Qué ternura! El violín de Bodo —vaya a saber cómo se salvó el bendito violín el día que se llevaron al patán— sería de aquí en más el puente hacia la tierra de la ternura. Yo sería el que hiciera posible ese puente, y entonces toda la ternura sería mía. “Claro que sí” arrullé sobre sus labios. “Mañana cuando vengas traelo. Ningún guardia te lo va a quitar. Yo me ocupo de eso”. Sonrió ya durmiéndose.

.....

“Yo me ocupo de eso”. Vaya tontería. Apenas se durmió salí en busca de Guita para pedirle ayuda. Guita recibió mi imprevista llegada con el mismo aspecto agitado y el mismo gestual medio histérico con el que Annette Bening, haciendo la Señora de Merteuil en la versión de Forman, recibe a Valmont cuando éste viene a ella vencido y entregado. Sólo que el Danceny que

Guita escondía en vez de enfurecerme me resultó —más allá de menudencias que no dejaré de detallar— el más propicio de los hados. Guita escuchó con atención mi exaltado relato. “¿Y esa es la única condición que pone?” preguntó alzando las cejas cuando llegué al quid de la cuestión. “Entonces estás salvado” dijo, y señalando con el pulgar hacia la puerta de su dormitorio agregó “¿Sabés quién está ahí dentro? Bela. ¿Sabés quién es Bela? La esposa del Jean Marais, la madre de sus hijos. Te podrás imaginar que si ella quiere, tu cretina sale de la Zona con el violín, la cama y el colchón”. “Perfecto” dije bajando la voz. “Sí, perfecto. Entrá y dale gusto, que del resto me ocupo yo”. Era como tener ganas de chocolate y que a uno le sirvan coliflor. Pero aquello era, ciertamente, lo mínimo que estaba dispuesto a hacer por Bela. Cuando iba hacia la puerta Guita me habló, con una sonrisa malévola en los labios. “Tratala mal. Duro y grosero. Está en uno de esos días”. Me quedé mirándola, sin saber si era en serio o no. Guita se limitó a acentuar la sonrisa. Hablaba en serio. Entré. Ahí estaba Bela. Tendida sobre la cama. Vistiendo sólo un salto de cama de Guita. “Ah, caray” dijo al verme “Qué sorpresa”. Cerré la puerta con llave como si fuera a violarla. Sin responderle, lentamente, solté mi cinturón y lo liberé, presilla por presilla. Bela abrió las piernas y se acarició mirándome hacer. “Sacate la bata” murmuré. Obedeció. Quedó de rodillas sobre la cama, acariciándose la gatita. Estaba muy excitada. Desde mi distancia podía oírle la respiración enronquecida. Bajé el cierre del pantalón y saqué afuera la verga, razonablemente perezosa. Me acerqué a la cama. Bela se agachó rápido y se metió la verga en la boca. Chupó con avidez, y con torpeza dada la excitación. La dejé chupar hasta que la tuve

dura. “Acostate boca abajo” dije entonces. No hizo caso. Siguió chupando como si le fuera la vida en ello. Tomándola del pelo la hice soltar la presa y mirarme. “Boca abajo” dije otra vez, entre dientes, como con rabia. Esta vez obedeció, para nada reticente, más bien entusiasta, como si antes no hubiera entendido la orden. Tomé el cinturón de seda del salto de cama y juntándole las manos se las ató al cabezal de la cama. “No es necesario” susurró sorprendida por mis maneras, pero arrasada por el deseo no se resistió en absoluto cuando no le di bolilla. “¿Guita está ahí? ¿Se fue?” se limitó a preguntar, a lo que no respondí en absoluto. Me miró hacer mientras enroscaba el extremo de la hebilla del cinturón en la palma de mi mano derecha. Temblaba, pero no de miedo, sino de gusto. Estaba empezando a tener orgasmos. Descargué un cintarazo brutal sobre sus nalgas con lo que rugió, sumiéndose a fondo en el goce. Seguí descargando uno golpe tras otro, hasta que tuvo las nalgas cruzadas por innumerables rayas rojas. No detuve la paliza. Acabó, cayó en el sopor y después comenzó a gozar otra vez. Abrió las piernas cuanto pudo señalándome el camino. Me coloqué de manera que la punta del cinturón fuera a dar contra su entrepierna. De inmediato estuvo en el segundo orgasmo, adornado con gemidos entrecortados de su garganta, cada vez más fuertes, y retorciéndose y tironeando de las ataduras como una tigresa atrapada y torturada. Su cuerpo brillante por el sudor quedó agotado y vencido sobre la cama. A esta altura tenía la verga tan dura que me dolía. Me masturbé con fuerza, brutalmente, pensando en acabarle encima. Pero después de lo que le había dado a Belta, estaba muy lejos del orgasmo por más caliente que estuviera. Bela dio vuelta la cara, abrió la boca y

sacó la lengua. “Vení acá que te la chupo” susurró. Estaba pronta para el tercer orgasmo. Volví a enroscarme el cinturón en la mano y esta vez lo descargué sobre su espalda. “No” dijo. “Ya no más”. Descargué el segundo golpe tan fuerte como pude, cruzado sobre su espalda. Fue un golpe perfecto, con el chasquido tan puro y brutal como se pudiera desear. Instantáneamente empezó a gozarlo. Este orgasmo iba a ser más fuerte que los anteriores. Le di hasta que tuvo la espalda como las nalgas. Entonces, en pleno goce giró el torso ofreciéndome las tetas. Sus flacas y duras tetas. Ahí sí que perdí un poco el control. Azoté los pezones. “Matame” empezó a decir, fuera de sí, y a partir de ahí lo dijo mil veces en mil tonos. Rogando, llorando, exigiendo. Cuando me di cuenta de que estaba realmente como loca le solté las ataduras para que pudiera girar completamente el cuerpo. Abrió las piernas cuando pudo, se abrió la concha con los dedos. Le di entonces en el pubis, en los labios, y entre los labios, sobre la boca ávida y abierta. Acabó desgañitándose y llorando. Yo también estaba sudando. Me miré la vega dura y roja como la de un chimpancé. La puse de vuelta boca abajo y giré su cuerpo de manera que su vientre quedara apoyado sobre el borde de la cama. Le metí dos dedos en la concha y removí para empaparlos. Empezó a llorar diciendo que no. Le metí los dedos empapados en el culo y detrás siguió la verga, de un golpe hasta los pendejos. “No, por favor, ya no más” dijo, lloriqueando, y eso, por supuesto, me enardeció hasta la exasperación. Parado, con las rodillas flexionadas, podía balancear la pelvis a placer. Le di con tanta fuerza como para que su culo y mi verga se incendiaran por la fricción. Sudé litros antes de llegar a la región del polvo. Estuve a punto de

acabar, agarrado de sus hombros, clavado a fondo, pero no pude. Saqué la verga, infernalmente rígida y adornada con estrías marrones. Me arrodillé encima de la cama y tomándola del pelo le metí la verga en la boca. “Chupá, límpiala” gruñí. Todavía estaba terriblemente excitado y por más que chupó con alma y vida lo que me hacía no era nada, no hacía más que seguir excitándome. Saqué la verga de su boca y me masturbé a dos centímetros de su nariz. Me costó otros dos litros de sudor trepar hasta el borde del abismo. Entonces volví a meterle la verga en la boca y empujé hasta que la tuvo más allá de la garganta y entonces solté lo que tenía para soltar.

“Hijo de puta” masculló encendiendo un cigarrillo. Las rodillas me temblaban mientras me acomodaba la ropa. “No estuvo mal, pero se puede conseguir mucho mayor rendimiento con mucho menos esfuerzo” dijo entonces, ya relajándose. “Sé que no soy el mejor en esto pero cuando necesites que te rompan el culo estoy a tus órdenes” le dije inclinándome para dejarle un beso cariñoso sobre los labios. “Quédate que te enseño” ronroneó. “Hoy no puedo. Pasaba a saludar solamente” dije y me fui. Guita me esperaba bebiendo una copa de champagne. Mientras me enhebraba el cinturón me sirvió una. Se dio cuenta de que estaba más allá de mis límites. Mientras bebía el champagne como si fuera agua me dio un beso en la mejilla. Me dejó ir sin decirme una sola palabra. Ella sabe todo, entiende todo.

.....

Belta dormía. Profundamente. Como quien duerme en su propia cama. Con qué paz interior la miré. Daba por un hecho, definitivamente, que ella sería mía. Me vino el deseo animal de

chuparle los dedos, de lamerle las manos. Entre sueños me acariciaría la cabeza pensando que soy su perrazo fiel. Vaya zoncera. Estaba intoxicado por el agotamiento y el sueño. Me di una ducha larguísima que terminó de aflojarme. Casi me duermo parado. Cuando me metí en la cama eran las dos y cuarto. Puse el despertador para las cuatro y media. Cuando sonó y encendí la veladora Belta ya no estaba a mi lado. Temiendo que se hubiera ido salté de la cama. Estaba en la cocina, ya disfrazada de cretina, bebiendo un vaso de leche. “Te llevo a la parada” dije y fui al cuarto a vestirme. Me siguió. “No lo haga” me dijo “Es peligroso para ambos”. “No lo es” dije terminando de calzarme. “Si vas a aceptar vivir conmigo tenés que dejar que me comporté como tenga ganas de hacerlo. Es mi condición para que vengas conmigo” expliqué, didáctico. Ni en el ascensor ni en el garaje nos cruzamos con nadie. El vigilante dormía, por supuesto. Mientras nos deslizábamos por las calles solitarias le expliqué que simplemente debía hacer un paquete con el violín, o meterlo dentro de una bolsa cualquiera, y traerlo consigo. Nadie la molestaría ni la detendría ni le diría nada. Cuando detuve el auto en la esquina murmuró: “Por una infracción así me podrían mandar a un campo de trabajo de por vida”. “En ese caso yo organizaría una operación comando para rescatarte” susurré y puse mi mano sobre las suyas. “Disfrutá tu viaje” le dije entonces “porque es la última vez que vas a la Zona”. Me miró a los ojos en la penumbra. Tuve plena conciencia de lo que para ambos significaba este momento: simple y sencillamente una nueva vida. Para ella el fin de la esclavitud. Se dice fácil. Para mí: las llaves del Paraíso en esta vida y en este mundo. También se dice fácil. Salió del auto. La vi

cruzar hacia la parada y me quedé ahí hasta que el ómnibus se la llevó. “No es una cretina, ni va a ser uno de nosotros” pensé “Es de otro mundo”. Volví a casa y me acosté y dormí hasta las once. En cuanto llegué a la oficina llamé a Guita. “No va a haber problema” dijo, sin más. “Gracias, Guita” murmuré. “No sabría qué hacer sin vos”. “No me lo agradezcas a mí. Con el tratamiento que le diste lo que le pedís son chirolas” dijo, y agregó sin tono de broma “Si la chirusa esta no te da eso que según vos tiene y que tanto tenés ganas de que te dé, la voy a desollar viva. Te lo juro”.

A las tres de la tarde ya no pude soportar más estar en la oficina. Sin proponérmelo siquiera crucé la ciudad. Cuando me di cuenta de lo que hacía estaba deteniendo el auto enfrente del colegio Pío. El Línea Gris que salía de la Zona a las cuatro debía de pasar por aquí entre las cuatro y diez y las cuatro y cuarto. Lo seguí, intentando ver a través de las ventanillas a Belta. La idea de que algo malo pudiera haber pasado me estaba serruchando los nervios y necesitaba cuanto antes, ya mismo, saber que ella estaba allí, que estaba bien. Finalmente pasé al ómnibus, lentamente. No estaba en ninguna de las ventanillas que dan a la calle. Detuve el auto en la parada frente a Plaza Colón, y salí para poder ver las ventanillas del lado de la vereda. El ómnibus se detuvo casi frente a mí y entonces la vi. Y me vio. Debe de haber visto toda la ansiedad del mundo en mi cara, porque por primera vez, débil pero claramente, me sonrió. Yo le sonreí. Pero entonces toda la tensión del día estalló y la sonrisa se me descompuso en una mueca de llanto. Lentamente las lágrimas corrieron por mis mejillas. Ella lo vio. Su sonrisa se hizo más amplia y me mostró el paquete que llevaba sobre el regazo. El semáforo cambió y

el ómnibus partió. Manejé hasta casa con la sonrisa de oreja a oreja y el pecho ancho como el mundo con que regresan los triunfadores. A la sombra pero achicharrándome de calor esperé la llegada del Línea Gris, disfrutando de una manera renovada —como la disfrutaban los adolescentes, como la disfrutaron los humanistas del Renacimiento— la sensación de que el mundo es inmenso y maravilloso y que está allí exclusivamente para mi uso y provecho. Fue algo menos de media hora que viví fuera de mí completamente. ¿Dónde? En un futuro perfecto en el que Belta, asida a mi mano segura, le demuestra al mundo la única, secreta y maravillosa manera de interpretar los últimos cuartetos, como si ella hubiera estado allí, en el hotel Wildemann, la noche en que Schuppanzigh —tan buen músico, tan buen amigo—, Holz, Weiss y Lincke hicieron sonar por primera vez el 132, dirigidos por Beethoven que, cuando a Holz no le salía el staccato, le pidió el violín para mostrarle cómo era. Cuando bajó del ómnibus hizo lo que una cretina no hace y con razón ¡a partir de ese mismo instante ella ya no era una cretina!: miró en derredor, buscándome. Caminó hacia el auto con la expresión del que siente que el hormigón que pisa es suyo. Cuando la tuve a mi lado me di cuenta de que temblaba como una hoja en el viento y que sus pulmones se vaciaban mil veces por minuto. De pronto su rostro se quebró por el llanto, liberando la tensión y la felicidad. Entonces, allí, en medio de la calle, a las cinco de una tarde de sol radiante, me incliné sobre ella y devoré sus labios. “Quiero oír tu corazón” dije dentro de su boca. Le desabroché la blusa, hice saltar sus senos fuera del sostén, apoyé mi oído sobre su pecho desnudo, oí el galope enloquecido de su corazón. Me reí de gusto, de placer, de

sentir el poder inaudito que se había acumulado en mí, capaz de derrumbar la muralla que fuera de un solo golpe. Chupe de su pezón rosado y suave como el pétalo de una rosa hasta que entre sus sollozos se mezcló un suspiro de placer. Sorprendidos por el estallar y el refulgir de todas las cosas, ella me miraba entre sus lágrimas y yo la miraba entre las mías, y cuando volví a pegar mi boca a la suya ella me besó también y bebió de mis labios como yo de los suyos, hasta que aquel beso feroz llegó a ser más suave que la caricia de las algas en el mar.

Cuando cerré la puerta del apartamento, payaseando, eché todas las llaves y giré todas las trancas, levantando así simbólicamente una barrera entre nosotros y los demás homúnculos existentes sobre la corteza terrestre. Nos miramos como si nos viéramos por primera vez, con los ojos muy abiertos, con la sorpresa y la exaltación de quienes asisten al milagro de haberse topado con la situación más inesperada posible entre aquellas en las que, con toda certeza, Uno Mismo pueda reconocerse en el Otro. Al menos es lo que yo sentía. Lo cierto es que no podíamos hacer más que mirarnos boqueando como peces en la red, consumiendo toda nuestra energía en el protocolo de reconocimiento maravillado que realizaban nuestras mentes por sobre el puente de nuestras miradas. Después, de pronto, atropellados por la sensación de absurdo, estábamos nuevamente pestañeando y escondiendo la mirada, sintiendo calientes las mejillas y frías y húmedas las manos, sumidos en la más dulce de las confusiones. Una sola cosa tenía clara: que toda la locura en que había convertido mi vida y todo el esfuerzo demente que había puesto bien valían esos pocos segundos sin tiempo. Tomé de sus manos

el paquete y lo puse cuidadosamente sobre un sillón. Le tendí ambos brazos con las palmas de las manos hacia arriba, como un Cristo de estampita. Caminó hacia mí como si acabara de romper el cascarón y estos fuesen sus primeros pasos en el mundo. Cuando estuvo entre mis brazos abiertos cerré la pinza y la estreché contra mi pecho. Cerré los ojos. Apoyé la mejilla contra su cabello fino como hilo de seda. Respiré —por debajo del jabón de ghetto— el perfume delicado y excitante de su piel. Mi mente estaba absolutamente en blanco; el tiempo y el espacio, detenidos. Nuestras respiraciones se tanteaban, fuera de compás. Su voz me llegó como un murmullo desde sus labios escondidos. “Yo también oigo tu corazón” dijo “Estás vivo”. Pensé que me expresaba su alegría ante el hecho de que yo existiera y busqué sus labios. Me los ofreció. El beso delicado escondía otro beso voluptuoso. La apreté contra mi cuerpo. El beso era ya devoración mutua, mordida lacerante de la exasperación. Entonces pensé que lo que había querido decir era, sencillamente, que yo estaba vivo y Bodo estaba muerto. Me separé bruscamente para mirar su rostro. En sus ojos sólo pude ver el abandono a la pasión. Sabe Dios qué vio ella en los míos, porque vi que se asustaba. Volví a pegar mis labios a los suyos para cerrar y borrar el áspero interludio. Sus brazos rodearon mi cintura y a su vez me atrajeron. Su boca reinició con brío la devoración de mis labios. Su lengua buscó la mía. Con mis manos ya a punto de emigrar sin retorno posible hacia sus nalgas, me detuve. “Esta vez tiene que ser todo diferente” pensé. “Se lo ha ganado y me lo he ganado”. Pero no pude evitar que un reflejo culeador de mi pelvis pusiera al cíclope atrapado a arar su vientre. “No” pensé “Así no”. Y con

un esfuerzo sobrehumano, me separé. “Esta vez tiene que empezar a ser todo diferente” me repetí.

“Vení” dije, arrastrándola de la mano hacia la cocina “Déjame prepararte un té”. Mientras preparaba el té Belta abrió su escueto equipaje sobre la mesa. Nunca antes había tenido un violín en mis manos. A éste lo veía por primera vez a plena luz. Me pareció un violín normal, es decir, no le vi nada raro, excepto porque la madera estaba natural, desnuda. Lo tomó de mis manos y lo miró largamente, abstraída, sin duda que perdida en sus recuerdos. Serví el té: darjeeling con una pizca de naranja. “La fabricación del violín fue algo mágico” dijo. “Durante meses decenas de personas —los amigos de la resistencia— nos ayudaron. Muchas cosas hubo que traerlas de fuera. Cuerdas, crines, pegamento, ébano. Las herramientas las fabricamos o las adaptamos nosotros”. Se ensimismaba. “Tomá el té” dije suavemente. “Para todos era algo terriblemente importante” siguió, sin oírme “Tener música era un acto de resistencia y a la vez era una declaración de guerra a los fundamentalistas”. Se colocó la base del violín sobre la clavícula y girando apenas la cabeza apoyó el mentón encima, suavemente, como si sólo quisiera acariciarlo. “Según Bodo iríamos de casa en casa dando veladas de violín y así alejaríamos a la gente de los ortodoxos y la prepararíamos para la resistencia total”. Los dedos de su mano izquierda jugaron sobre el diapason haciendo sonar suavemente las cuerdas. “¿Bodo fabricó el violín?” pregunté. “Su familia fue ingresada en la Zona hace pocos años. Habían logrado eludir las pesquisas. Pero alguien se fue de la lengua. Quizá el mismo Bodo. Por entonces era poco más que un niño”. Belta tomó el arco. Desli-

zándolo sobre las cuerdas mientras sus dedos bailaban sobre el diapason dibujó un arabesco fugaz y gracioso. Me sorprendió el volumen y la aspereza del sonido que exhalaba esa cosa pequeña y hueca. No voy a hacer una metafísica del violín, pero me pareció que aquella cosa de forma tan orgánica estaba *viva*, y que respondería nerviosa, imprevisiblemente a cualquier estímulo. Belta se detuvo en seco, bajó el arco, respiró hondo. “Bodo ayudaba a su abuelo en el taller de lutería de la familia. El viejo consiguió traerse con él, muy dobladitos, unos papeles que eran su tesoro, y que Bodo heredó. Era el modelo de un Maggini. Con ese modelo construimos éste”. Toda su energía parecía haberse escurrido por el resumidero de los recuerdos. Acerqué mi silla. Tomé el violín de sus manos y lo puse sobre la mesa. Tomé sus manos, sin saber qué decir. “¿Y? ¿Convencieron a alguien tocando el violín?” pregunté. “Nos cerraban la puerta en la cara. Realmente creían, creen, que lo mejor es no resistir”. Puse la taza de té en sus manos. “Nos decepcionamos. Empezamos a aislarnos. Me enseñó a tocar el violín. Lo poco que sé”. Llevé sus manos con la taza hasta sus labios. Bebió. Sonó el teléfono. En el momento en que levanté el auricular recordé que había quedado en llamar a Guita en cuanto tuviera noticias de la cretina. Era ella. “¿Y, Romeo?” preguntó. “Sí. Qué tal. Todo bien” dije con voz neutra: por alguna razón absurda me pareció que Belta no debía saber que hablaba de ella. “¡Ey! Soy yo. ¿No me reconocés?” ladró Guita, molesta por mi tono. “Por supuesto que sí. Por supuesto que sí” le aseguré igual de neutro. “¿No te parece que estás exagerando? Al fin y al cabo no es más que una cretina” dijo, seria y letra por letra. “Ya no, Guita” dije “Ya no”. Quedó callada un momento

largo. “Creí que para vos y para mí *siempre* iba a ser *de todas maneras* una cretina” deletreó. Ahora yo me quedé callado. La última cosa en el mundo que podía desear en ese momento era una pelea con Guita. Se dio cuenta de que no podía hablarle claro y echó marcha atrás. “Llamame mañana desde la oficina. ¿Ta? Chau”.

Cuando regresé Belta ya no estaba en la cocina. La busqué por toda la casa, un poco más nervioso con cada puerta que abría y cerraba. Estaba en el balcón. Las manos sobre la baranda, el pelo retirado de su frente por la brisa nocturna. Miraba al mar como un capitán en su primer puente de mando. Sintió mi presencia y se volvió hacia mí. Me dijo directamente lo que pensaba: “¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Mi ser íntimo? No hay ahí nada de valor. Vas a decepcionarte”. Me quedé mirándola, tratando de encontrar una palabra. Inútil, a esta música sólo ella podía ponerle letra. Se la puso. Caminó hacia mí. Me tomó la cara con las dos manos. Se alzó hacia mí. Me devoró la boca con los labios amplios y suaves, como quien devora una tajada de sandía. Era un beso de boca abierta, suave y mojada, y al explorársela con la lengua sentía que la verga me exigía hurgar igualmente en su vientre. Debe de haber sentido lo mismo, porque se separó y me miró otra vez con esa mirada que es la del abandono total al deseo, y apartándose abandonó la terraza. La seguí, narcotizado. Cuando uno ha deseado infinitamente a alguien y finalmente recibe en los ojos esa mirada de la entrega entonces uno cree saber lo que es haber visto a Dios. Uno es Moisés y ha trepado hasta la cima del Sinaí. Fue derecho a mi dormitorio y me esperó al pie de la cama. Se quitó en silencio, sin mirarme y sin apuro, el recio disfraz de cretina. Era la primera vez que me ofrecía voluntaria e

íntegramente su desnudez, este cuerpo delicado como un sueño, que tuve las veces que quise y que tuvieron quién sabe cuántos imbéciles que no lo merecían, o que lo merecían sin duda menos que yo. Este cuerpo público, cretino, de todos, de cualquiera, nunca lo había visto en realidad hasta ese momento en que ella deliberadamente me lo mostró. No había visto la armonía de su rostro como signo de un destino, no había visto estos hombros como nubes en fuga, estos pechos como palomas ciegas, estas manos que me muestran sus palmas reclamando mis secretos, este vértice enrulado como puerta secreta de la más dulce de todas las Nadas, esta doble curva pletórica descendiendo e incendiándome el vientre, estas rodillas huesudas, señoras de estos pies que, como vengo a saberlo ahora, en este mismo momento, separan los dedos cuando sienten el ansia. Me desabrochó la ropa y la retiró de mi cuerpo pieza por pieza, sin apuro, como si fuera el ritual que ella necesitara para purificarme y para, ahora sí, darse a mí y recibirme y tomarme.

Vi entonces en su rostro la expectación de lo nuevo, en dulce lucha con la avidez del deseo. Se tendió en la cama, con una almohada bajo las nalgas, y separó las rodillas mostrándome el camino y la meta: su sexo como una gran araña emblemática de toda belleza, dormida entre el campo níveo de sus muslos y su vientre. Se me aprieta el corazón y se me anudan las entrañas al pensar en ese instante y en esa visión sublimes, absolutos que tuve que dejar atrás poniendo mi rodilla entre las suyas y cubriéndola. Con mi rostro sobrevolando el suyo su mano bajó para enhebrar la cópula. Desnudó el cipote y hurgó entre los labios de su boca hasta convencerlos y separarlos. “Pero ahora, querida”

quise decirle con la mirada, hiperlúcido “ahora todo tiene que ser al revés de como era, porque sólo así voy a estar verdaderamente purificado. La aguja del reloj tendrá que avanzar ahora contra el tiempo”. Sus manos pasaron por debajo de mis axilas y aferraron mis hombros, y sus pies anudaron mi cintura, y en un solo impulso, perfectamente calculado se colgó de mí, empalándose a la vez, con el mismo suspiro, hasta los huevos. A puro muslo balanceó su cuerpo colgado de mi tronco deslizándose dentro y fuera de una boca tan suave y abierta que su caricia era casi como una brisa soplada sobre mi piel ardiente. “Así hasta que reventes en setenta mil estrellas” pensé sobre sus labios cada vez que volvían a rozar los míos. Y así siguió, empalándose con su dulce hamacarse colgada de mí, con estocadas profundísimas y aéreas, regalándome sus labios, cada vez que me huían, con una simple nota, cada vez más etérea. Poco a poco se aceleró su péndulo y la punta de rubí golpeó cada vez con más fuerza contra la puerta del santuario. Sentí que la verga se me hinchaba y uní a sus arias mis gruñidos. Los brevísimos encuentros de nuestros labios empezaron a tener el sabor de la despedida. Alcé la cara hacia el cielorraso, aguanté otras dos o tres llegadas, y cuando sentí que se aferraba, desgarrándome los hombros y mostrándome el placer con toda la cara, simplemente me di por vencido y dejé que toda la esencia se me escapara. Reventó en más estrellas que las que se pudieran contar en todo el universo hasta el fin de los tiempos. Puesto que colgaba de mí recibí en mi cuerpo todo el temblor de sus brazos y sus piernas. Después de que se hubo estremecido por última vez, cuando ya parecía colgar de mí sin fuerza alguna, aún mi cuerno de la abundancia soltaba ámbar: entonces volvió a

tensor el cuerpo aferrándose y se clavó hasta la raíz, y así clavada culeó frotándose hasta sacarme lo que ya no quedaba. Después quedó sin aliento y se soltó hasta descansar la espalda sobre la sábana. Mi verga dura como un cuerno de coral se deslizó fuera de la vaina. “No dejes de cogerme” musitó con el aliento agitado. “Belta, Belta” murmuré, borracho de su voz. Bajé la cintura y me deslicé otra vez dentro del canal anegado. Culeé martillando. No me importó que viera mi cara más animal, la de los dientes pelados. Sentí cómo en la pura mecánica del culeo pasaba por encima del momento en el que hubiera empezado a desinflarse mi verga. Con total impudor le mostré mi cara más inconfesable, la del cogedor exasperado. La hice oír el aliento silbando agresivo entre mis dientes. Hasta que al final la vi cerrar los ojos y sus piernas volvieron a abrazarme. Se esforzó por acompasarse a mi ritmo de martillo. Sus labios se estiraron en una mueca de llanto. Sus brazos rodearon mi cuello. Sus labios atraparon a los míos. Llegamos juntos a ese punto en el que el orgasmo se vuelve tan cercano como inalcanzable. Y lo sobrepasamos. Alcanzamos la meseta de la delicia pura, sin futuro ni pasado, sin cansancio y sin orgasmo nublando el horizonte. Nos miramos con esa sonrisa al borde del abismo o de la histeria. Olisqueó cada rincón de su cueva la punta de mi verga. Bajé mi pecho para aplastar sus tetas, hasta que me marcó la piel con los pezones. Empujé con la pelvis hasta frotarse chocándose los huesos de nuestros pubis. En ese punto de flotación perfecta de la calentura sentí el peligro de plantar la bandera de conquista y cruzar la raya más allá de la cual el ojete asaltado, la piel lacerada, la garganta vencida, los pezones mordidos, la cara bañada por el jugo pueden hacer que vacile

hasta desaparecer todo lo que de personal y privado, de diálogo secreto, de confesión y promesa puede haber en el simple orgasmo arropado en el beso de los labios y en el lenguaje de las miradas. Pero no. En este nuevo planeta inesperado ya no estaba prisionero de mi cuerpo. Por primera vez sentí ahora que podía decir “esto sí” y “esto no”. “Habrá tiempo para todo y para más que todo lo imaginable” pensé, sin saber qué poca razón tenía. “Tengo hambre” me susurró en el oído con una voz cantarina. La abracé con todas mis fuerzas, pegué mis labios a los suyos, y con otro ritmo, no con el que baja desde el espinazo sino con el que fluye desde el corazón, inicié el aterrizaje. Gloriosamente juntos nos lanzamos a planear desde las alturas para descubrir que la caída era sueño adentro, sin fin y sin fondo. Entonces, ya reducido al estado de Punto en el Infinito, un instante antes de la Nada, ¡paf! se me hizo la luz. Ella había estado cogiendo con una alucinación. Había estado cogiendo no conmigo sino con Bodo. Eso quiso decir con “Estás vivo”: le hablaba al fantasma de Bodo encarnado en mí. Este polvazo no significaba que había derrumbado su muro interior entre su mundo y el nuestro: me había vaciado de mí y me había llevado a su mundo.

Nos despertó el timbre de la puerta cuando trajeron la cena. Sentí en su sobresalto el puntazo del pánico. Pasaría tiempo antes de que las nuevas rutinas borrarán las viejas. Comimos en la cocina, con las manos enlazadas sobre la mesa. Le di —y me dio— de comer en la boca. Pensé que debiera de existir —sin duda la habrá pronto— una manera de borrar la memoria de la gente, de permitirle un nuevo comienzo, partir de cero. Comimos en silencio. Creo que todo lo tenso y lo terrible que —cada

uno en su dimensión— vivimos en el último tiempo, ahora que habíamos llegado a la Tierra Prometida, al dulce abandono, a la paz y a la confianza, se nos vino encima y estábamos extenuados. Nos fuimos de inmediato a la cama, nos abrazamos y nos acariciamos con los labios hasta dormirnos. Luché contra el sueño. “Quiero más” susurré, y su aliento delicado dijo: “Mañana”. Sí, mañana, infinitamente mañana.

IX

Paraíso

El corazón me dio un salto de conejo en el pecho cuando en medio de la noche busqué su cuerpo, no lo encontré y desperté. ¡No estaba! ¡Se había ido al ghetto otra vez! ¡No había entendido que no tenía que ir nunca más! Salí del dormitorio. La casa estaba totalmente a oscuras. ¿Estoy despierto o esto es parte de una pesadilla? De pronto: un sonido grave y áspero, prolongado, creciendo y luego apagándose, algo llenándose y luego vaciándose lentamente, algo como la respiración pesada de un animal enorme. Viene de la sala. Extinguido, el sonido recomienza, áspero siempre pero ahora más agudo. En la oscuridad de la sala su cuerpo desnudo brilla como si fuera de marfil, bañado en el resplandor de la enorme luna llena que cuelga en medio de mi ventanal y sobre la oscuridad plateada del estuario. Los sostenidos que exhala el animalito trepado sobre su hombro —y que crecen hasta repletar la sala entera opacando los brillos y resplandores de la luna y el marfil— son los del comienzo de la *Heiliger Dankgesang*. Silenciosamente me senté en el sofá a su espalda, dispuesto a disfrutar de un espectáculo que ni el más poderoso de los petroleros árabes podría pagarse, porque ningún poder en el universo podría repetir la magia subjetiva y objetiva

de aquel momento. Nunca ella volvería a vivir su primera noche fuera del infierno. Ni yo volvería a vivir mi primera noche de posesión de aquello que más he deseado en toda mi vida. En aquel momento de éxtasis le di la razón al personaje de Huxley, Spandrell, el asesino. El tercer movimiento del 132 demuestra la existencia de Dios, del Alma y de la Bondad, *al menos mientras el arco no se separa de las cuerdas*. Belta tocaba sin sentimentalismo alguno, como el Quartetto Italiano, pero bastante más lento, expresando más allá del cero absoluto el significado de cada una de las piezas del mosaico. De hecho, no abandonaba cada sostenido hasta que la mismísima vibración sonora no se lo exigiese amenazándola con el silencio. Ningún concertista, por supuesto tocaría de una manera tan arriesgada, al borde de la gaffe o del ridículo. Pocos públicos, por lo demás, merecerían semejante riesgo. Las manos me sudaban cuando ella comenzaba a estirar la piel de cada nota mucho más allá de lo que el relleno de Sentido soportaba. Cuando finalmente abandonaba el pellejo saqueado y saltaba a un nuevo hueso, juro que el culo se me apretaba en medio del salto por la impresión. Con la cabeza girándome del mareo me di cuenta de que Belta estaba *despellejando* el tierno núcleo palpitante de espiritualidad que Beethoven aullando de dolor arrancara de sí, y que al hacerlo, el genio, sutilísimo, se infiltraba en mi corazón para soplarme la Verdad: el Maestro ha recibido la revelación de la Forma, y armado de esta Excalibur se ha lanzado en busca del Grial, en busca de Sí Mismo, en busca de su Ser secreto y del secreto del Ser: cada cuarteto es un círculo que se cierra en la espiral ascendente y descendente hacia el núcleo misterioso del Ser en el que duerme todo el Poder y el Sentido del Universo. ¡Sí

hay un Ser Interior! ¡El Maestro lo buscó y lo atrapó! ¡Y Belta me lo muestra con su ejecución sublime! ¡Y yo lo busco en Belta, mi cretinal!

Espero estar dando una imagen adecuada del estado de exaltación al que llegué en aquellos momentos: le hubiera saltado al cuello al mismísimo Mefistófeles si se hubiera atrevido a contradecir mis confusas certezas. Las lágrimas me saltaron de los ojos, y —un tanto ruidosamente— suspiré desde el fondo del alma. Mi suspiro hizo añicos la magia, tan maravillosa que dolía, de aquel momento. Belta giró hacia mí. Vio mis lágrimas incontinentes y vi las suyas. ¿Por qué no nos fuimos al Cielo, a cualquiera de los Cielos, en ese mismo momento? “Soñé” dijo, tratando evidentemente de controlarse “que mi violín estaba así” dijo, refiriéndose a la desnudez, sin pintura ni barniz “porque había sido *desollado*” sollozó. “Y que sonaba tan áspero por el *dolor*”. Se quebró entonces y lloró sacudiéndose por el llanto. Era el duelo. Velaba a Bodo. Él era el desollado. Lo enterraba. Volví a ver a Bodo en el momento en que descubrió al agujero negro de la muerte mirándolo. Pero algo había cambiado en mi recuerdo de Bodo. Bodo no era el mismo. Volví a ver su corto vuelo de espaldas hacia la cerca electrificada. Volví a inclinarme para mirar sus ojos. Pero su cara ya no era su cara. ¡Era la cara del Che! Y su cuerpo en el piso húmedo de rocío del monte oscuro no era su cuerpo sino que era el cuerpo del Che expuesto sobre la mesa aquella y casualmente encuadrado por su oscuro retratista póstumo exactamente como el *Cristo muerto* de Mantegna. Traté de concentrarme en desvanecer esta imagen para volver a encontrar la verdadera, pero no pude. Busqué otro recuerdo. También esta-

ba modificado. Bodo palpándose las costillas al salir del baño era el *Autorretrato desnudo* de Durero indicándole al médico dónde le dolía mediante un autorretrato de cuerpo entero en el margen de una carta. Me sobrevino el apagón del pánico. Un virus me había entrado en la memoria. Atornillado al sofá no tenía fuerzas para pararme y abrazarla, para ofrecerle si no la verdad por lo menos mi calor y mi consuelo. Dejé sacudirse sus hombros por el llanto en la fría luz de la luna. Cuando finalmente me controlé y pude acercarme y rodearla con mis brazos sentí que era un minuto demasiado tarde. “¿Por qué no terminó el violín?” pregunté. La crisis había pasado. Me respondía con voz calma, casi distante. “Estaba muy triste porque la gente huía de la música. Yo le decía que el violín iba a echarse a perder y él me decía que ya lo terminaría, que no se había olvidado. Pero no lo hacía”. “Pronto no va a servir para nada” agregó sin énfasis. “Ya suena duro” dijo como si se excusara. Toqué sus pechos apenas, como si estuviera modelando algo hecho de luz divina, incorpóreo. “Tocá para mí, que estoy vivo” dije acariciando los pezones con la yema de los pulgares. “Pero tocá para mí como nunca tocaste para él” agregué, suave y tajante. Me miró en la penumbra con algo que no sé si era desafío o interrogación en la mirada. Atrapé sus pezones entre los pulgares y los índices y presioné apenas. “Sentate en el sofá” susurró con la voz súbitamente dulcificada por el gusto que le daban mis dedos, o por alguna forma de la comprensión, tardía y resignada. Lo hice. Entonces vino y se paró sobre el sofá con un pie a cada lado de mis muslos, el sexo justo encima de mis narices. Se acomodó el violín sobre el hombro. Maravillado por el honesto impudor que me regalaba acerqué la cara a su pubis

y olí en su sexo mi semen seco y enfriado. “¿Nunca tocaste así para él?” pregunté. “Lo hubiera hecho si me lo hubiera pedido” susurró. “Pero no lo hizo. Para él la música era algo sagrado”. “¿Y el sexo no?” pregunté. “No, para él el sexo era humano”. Con los pulgares separé los labios de su sexo. Saqué la lengua y lamí lenta y largamente toda la hendidura. Tembló. Sus piernas vacilaron. Oí el susurro de su aliento, como seda rasgada. “Para mí es al revés” dije chupando con delectación el vértice, un poco ruidosamente, como cuando abrimos una almeja o una ostra y le sorbemos la pulpa. “El sexo es sagrado y la música es humana”. Belta empezó a balancear suavemente las caderas. Levantó el brazo derecho y rozó con el arco las cuerdas. El sonido sólo fue un balbuceo incoherente. No iba a dejar pasar la fisurita que me había mostrado en su sacratísima unión espiritual con el finado, de manera que insistí: “Pero vos sí querías hacerlo, sí querías tocar así ¿por qué no lo hiciste igual?”. “Bodo y yo fuimos adolescentes juntos” dijo, desasosegada, como si temiera despertar el dolor anestesiado. Bajó los brazos. Se concentró en el juego de su pelvis. Para ayudarla volví a lamer con toda la lengua. “Éramos como hermanos. Teníamos vergüenza de hablar... de hacer este... tipo de cosas”. Se calló, como iba en el placer o buscando una palabra. “Y sobre todo, ni se nos ocurría mezclar la música con esto” dijo. Provoqué con la punta de la lengua al clitoris. “Como si nuestra imagen en el otro fuera a romperse” terminó diciendo, ya con la voz quebrándose por el placer. “Tocá” dije apartándome. “Pero tú espera, no hagas nada” dijo con la respiración agitada. “Espera hasta que entre en la música”.

Comenzó con graves muy pausados y pensé que iba a retomar el tema lento del 132, pero de inmediato, con toda la gracia posible en este mundo dibujó en mis oídos embelesados la dulcísima melodía con la que comienza el adagio del 127. Puesto que nunca había estado yo tan cerca de un violín sonando, una vez más me impresionó la fuerza del sonido. Como si todo el entorno quedara magnetizado. Todo pierde brillo y queda sometido al imperativo sonoro. El cuerpo vibra, y el aire vibra, y la mente se vacía de todo lo que no sea el entramado sonoro, cuyo significado se nos hace evidente sin necesidad de interpretación alguna pero también sin que podamos formularlo con palabras. Puse las manos sobre sus caderas, apoyé mis labios sobre la tersura de su vientre y sentí que la vibración de la música en su cuerpo se transmitía al mío con una onda que me quitó el aliento y contrajo los músculos de mi bajo vientre. Miré hacia arriba y en la penumbra plateada la triple torsión barroca de su brazo izquierdo me pareció el signo más bello y enigmático posible. Completamente sumida en la música Belta se dejó ir hacia adelante apoyando ambas rodillas contra el respaldo del sofá y acercando así su pubis a mis labios. Extasiado froté el hocico todo contra la seda de su montículo. Deseé con toda el alma hacerle con la lengua un firulete digno de la lánguida belleza de aquella melodía. Una vez más la transcripción para solo era perfecta, saltando del primer al segundo violín y a la viola y al cello con una intuición perfectamente equilibrada de los nódulos melódicos y de sus desarrollos. Las alas más dulces me llevaban de un paroxismo al otro. Abrí otra vez los labios de su vulva y, atrapando con los míos el capuchón como si fuera una lengua, me entregué totalmente al beso

más apasionado que haya dado jamás. Esta vez sus muslos temblaron, pero sus muñecas no. Me di cuenta de que la melodía escogida explicitaba el aura de tristeza y esperanza que había estado rodeando a Belta. El ritmo embriagador de la segunda variación del tema me lanzó a extremar recursos. Lamí nerviosamente el canal de punta a punta. Importuné con lengüetazos y mordiscos al vértice ya irritado. La tomé de las nalgas con ambas manos. La marca me quemó la palma de la mano derecha. Deslicé desde atrás, viciosamente, la mano entre sus piernas, llenándomela con su concha y deslizando mis dedos cuerpo adentro. Su pelvis respondió airada, tratando de alejarse, sin éxito. Pero su performance no vaciló ni por un instante. Desde la bruma que envolvía mi entendimiento entreví que ese era el sentido de la fantasía que se —y me— imponía. No dejar que se trasluciera en la frágil superficie de la música la torrencialidad del placer que experimentaba su cuerpo saqueado. Construir una superficie impasible ¡como cuando, en tanto cretina, se la tomaba a la fuerza! Sentí que la comprensión de algo esencial estaba allí, al alcance de la mano, pero mi mente, incapaz de impasibilidades, no lo supo atrapar.

Con la calma apasionada de la tercera variación mi beso de toda la boca se hizo adorador, extático. No, no podría soportar mi abuso mucho tiempo más. Al llegar al paroxismo de la variación perdí un poco el control y hundí completa y obscenamente ya no dos sino tres dedos en su vagina. El balanceo de su pelvis entonces se hizo continuo. Pero en la embriaguez de la excitación total, era la vibración que emanaba del animalito acariciado sobre su hombro la que terminaba por adueñarse e imponer su ley en todo el territorio. Con el sentimentalismo exasperado de la cuarta

variación hice el ademán —abriendo mucho la boca— de devorar el fruto entero, encubriendo entre los *glissandi* la suavidad y la sutileza con la que le introduje de una vez todo el pulgar, bien lubricado, en el culo, que no esperaba la visita. El juego del pulgar fue el que comandó las operaciones durante los arranques destemplados de la quinta variación. Su duende pélvico estaba entregado, descontrolado entre el intruso que hurgaba por detrás, la ocupación tumultuaria de la vagina, y la ferocidad extática de las chupadas por delante. Todo el castillo sonoro empezó final e inevitablemente a tambalearse a partir de la larga pausa en la que tuvo que incurrir para comenzar la sexta variación. La oí gemir, despeñándose en el orgasmo pero manteniendo aún alguna forma de la coherencia en el hilo sonoro de la variación, hecho de la más afiligranada versión del tema. Entonces fue que sucedió, sin previo aviso: la válvula de su vejiga se abrió soltando un diluvio directamente sobre mi barbilla, y de la garganta de Belta nació un aullido de placer, y el agudísimo en su violín siguió sonando indefinidamente mientras el reloj de péndulo en el rincón de la sala, en tono inesperadamente glorioso y triunfal daba las cinco de la mañana. “Es tu primer minuto de libertad, Belta” dije dejando de mordisquearle el clitoris. Siguió gimiendo sin oírme, completamente fuera de sí. Saltando de entre los muslos tensos el chorro incesante me daba en pleno pecho. Y yo lo recibía en éxtasis: era el bautismo, las aguas lustrales, finalmente y sin duda alguna, mi purificación. Belta abrió los brazos en cruz y sin dejar de mear se derrumbó encima mío cayendo de rodillas sobre el sofá. Su sexo encontró, exactamente en el lugar previsto, el puñal en el que clavarse. Su boca atrapó la mía, decidida a devorarla.

De mis labios bebió su orina, que embriagaba como un perfume infernal. El violín de Bodo se deslizó hasta el piso. “Haz conmigo lo que quieras” susurró sollozando en medio de un orgasmo que no acababa. El chorro dorado que me había bañado la cara y el pecho ahora, incontenible en medio del galope, me empapaba el vientre. Con el índice retomé la posesión del ano y Belta proyectó hacia atrás las caderas para facilitar la toma. Entré a dar de topetazos ya entregado a la inminencia del orgasmo. Manejando su pelvis desde la toma del culo la froté contra mi pubis, como si valiéndome de la boquita de su sexo quisiera arrancarme la verga. De pronto con un gesto de todo el cuerpo me impuso total inmovilidad. Retuvo el aliento y todo su cuerpo se tensó al máximo. Estaba al borde del despeñadero de un nuevo orgasmo. Soltó golpes de aliento como para colocarse en el punto justo, y con un gemido casi sollozo todo su cuerpo se aflojó, como si los huesos se le hubieran hecho polvo de repente. Sus caderas rotaron blandamente sobre la verga, derritiéndose. Topé unas pocas veces más y, en el mismo instante en el que estallaba, Belta, con un gesto felino que apenas pude percibir desde la nebulosa, se soltó completamente de mí cayendo de rodillas entre mis piernas, y aferrándose la verga con ambas manos la cubrió con la boca recibiendo en el fondo de la garganta la primera descarga. “¡Dios mío! ¡Dios mío!” grité al borde del colapso. Chupó con la fuerza de un tornado, masturbó como si quisiera arrancármela, dejó brotar los goterones y los lamió en las laderas del volcán mientras ella misma se sacudía en las postrimerías de su orgasmo. Volvió a montar sobre mi vientre insertándose la verga todavía vibrante y disfrutó, con arrullos en mi oído, de lo poco que quedaba en el

tintero. Borrachos por el sueño nos duchamos. La enjaboné y me enjabonó. Nos dormimos abrazados, nuevos, oliendo a champú, frescos.

.....

Por la mañana antes de salir hice un atado con todas y cada una de las piezas de su disfraz de cretina —en el bolsillo de la falda estaba la tarjeta de identificación— y dejé sobre la mesa de la cocina una nota con instrucciones (no salir, no atender el teléfono, pedir por teléfono al súper o a un restaurante —cuyos números dejé— lo que pudiera necesitar, etc.). Dormía profundamente cuando me fui. Llegué a la oficina una vez más después de las once. Guita había llamado cuatro veces. La llamé enseguida. Almorzamos juntos. Le conté todo. Con pelos y señales. Ella es en realidad mi mente. Cuando todo se me vuelve flou o demasiado iluminado o confuso la pongo a pensar a ella. Dios la bendiga. Me escuchó con la bocca chiusa y la mayor de las atenciones. Alzó considerablemente la ceja izquierda en el episodio de la meada. Cuando terminé se quedó analizando mi mirada vidriosa y mi sonrisa fofa. Se rascó reiteradamente con la uña del meñique el surco nasolabial, que le termina con una bella forma triangular. “Bueno, ahora hay que hacerla desaparecer” dijo finalmente alzándose de hombros. La cometa en los cables. Vuelta a la realidad. “De acuerdo” dije con un suspiro. “Sé lo que hay que hacer, y sé que hay que hacerlo hoy mismo”. “Voy con vos” dijo terminante. “No estás en condiciones de hacer nada bien. Ni siquiera cogértela, estoy segura. Pero ese ya es otro tema”. A media tarde me llamó Belta. Me pasaron la llamada sin decir quién era, y cuando distraído oí su voz el piso se me fue de debajo de los pies

y quedé flotando en el aire. Su voz en el teléfono. Se me hinchó el pecho y se me estiró la sonrisa. Mi mujercita al teléfono. Mi mujercita existiendo allí, en alguna parte, tomando el té, quizá, o cortándose las uñas, y de pronto desperezándose felinamente y marcando mi número para regalarme su voz, aparentemente banal —una voz no es más que una voz—, y sin embargo exhuberantemente pletórica de todo lo que soy capaz de desear en este mundo. Aunque de hecho su voz vacilaba y se quebraba por los nervios. Habían llamado de Seguridad dejando un mensaje en el contestador. Decían que aunque no tenían indicación mía alguna en tal sentido mi cretina no había regresado a la Zona, y que me comunicara. Le dije que no se preocupara, que era pura rutina. Le dije que iba a llegar tarde, pero que no se preocupara. Le sugerí que encendiera el televisor. Me parecía prudente que incorporara un cierto nivel de cultura publicitaria. Con tono de broma le sugerí que si se le ocurría alguna receta deliciosa que cocinara algo. “Está bien” dijo en tono sumiso y colgó. Me pregunté si no hubiera debido buscar alguna excusa —que nunca me han faltado— para no venir a la oficina y compartir con ella los nervios de su primer día de libertad.

Recogí a Guita a las cinco y media. Bajó en jeans, camiseta y championes y cargando una bolsa de super con un recipiente por lo visto pesado. Gasolina. Salí del auto para ayudarla. Metí el bulto en la cajuela. Traía en la mano una de esas carteras pequeñas en las que las mujeres llevan cosméticos. Suspiró hondo. “Bueno, vamos” dijo. Tomé por Avenida Italia hacia afuera. La idea era ir observando las paradas de Línea Gris hasta dar con una en la que hubiera, sola preferiblemente, una cretina joven que nos

pareciera —en los términos más generales— parecida a Belta. Al llegar al puente de Carrasco sin éxito hicimos todo el camino de regreso hasta Bulevar Artigas. Recomenzamos el trayecto. La encontramos en la parada que está frente al predio de lo que era la cancha de Alto Perú. Guita bajó. Abrió la puerta trasera. “Venga. Rápido” ladró. Por un instante pensé que la muchacha iba a salir corriendo. ¿Qué hubiéramos hecho entonces? Entró al auto. Guita entró con ella en el asiento trasero. Salí a escape. Ya eran las siete menos cuarto. Por el retrovisor vi como Guita le cortaba el pelo más o menos al largo que lo tenía Belta. A los tijeretazos. Evidentemente traía una tijera en la carterita. Después la hizo ponerse pieza por pieza la ropa de Belta. En el retrovisor vi cómo le manoseaba las tetas cuando se sacó la blusa. Eso es tener estómago. Después, en otro momento, aunque el espejo no me permitía verlo calculé que le manoseaba entre las piernas. Demasiado rato. Hasta que, me pareció, la cretina gimió. A las siete y media dejamos atrás el peaje. Una vez más me metí en la calle Venus. Me detuve en el mismo lugar. Todavía quedaba un buen rato de luz, pero el camino estaba totalmente desierto y no nos íbamos a quedar esperando la noche. Mi mujercita me esperaba. Bajé, bajó Guita, bajó la cretina asustadísima. Que la raptaran y la violaran era parte de lo que podía esperar de la vida. Pero ¿por qué cortarle el pelo y cambiarle la ropa? Le levanté la cara. No se parecía realmente nada a Belta. “No importa” pensé. “El fuego es el cosmético que empareja todas las caras”. Saqué de la cajuela el recipiente con nafta y abrí la marcha. Lo que iba quedando de Pío Errino todavía estaba allí, oliendo como el peor de los demonios, hinchado hasta rajarse la piel, devorado molécula por

molécula por una doble legión de moscas y gusanos. La cretina cayó de rodillas temblando convulsivamente y sollozando. “Ya, Guita” dije. Guita me dedicó una sonrisa quizá despectiva. Sacó de la carterita una pistola pequeña y casi sin mirar le disparó en la sien. Cayó de costado, con las piernas dobladas por las rodillas, el torso torcido mirando al cielo y los ojos bien abiertos. Un par de estremecimientos y nada más. El olor era insoportable. “Alejate. Yo lo hago” dije y tomando el bidón empapé el cadáver de la cretina y —unos metros más allá— el del tipo. Para acercarme tuve que taparme la nariz con el borde de la camisa. Sólo entonces se me ocurrió pensar en los fósforos. Miré a Guita, que me adivinó la pregunta y sacó una cajita del bolsillo de la blusa y me la mostró, con un gesto de si no fuera por mí. Los cuerpos ardieron como teas. Sólo entonces se me ocurrió pensar en la tarjeta de identificación de Belta, que tenía que ser encontrada cerca, pero no quemada. “¡No!” grité y me arrodillé frente a la tea tratando de tocar la falda en llamas. Guita corrió hacia mí y me empujó apartándose. “La tarjeta” sollozé desesperado. Abrió la carterita y la sacó. De rodillas le tomé la mano y se la besé. Me acarició el pelo. Guita no podía sacar la mirada de los cadáveres en llamas. Me paré y pasé un brazo sobre sus hombros. Su mano izquierda descansó sobre mi bulto. Me lo frotó con ese tipo de frotación que le reconocería a ciegas. Me abrió la portañuela y desnudó la verga. La meneó hasta su punto. La brisa costera, muy suave, alejaba el humo de nosotros. Le desabroché los jeans y se los bajé hasta las rodillas, la incliné apenas hacia adelante y le abrí las nalgas. Fue magnífico. Ambos estábamos muy calientes y desde el principio al borde del orgasmo. Guita sencillamente no podía

sacar los ojos de aquello. La tomé de las caderas y culeé suave y hondo. Ella acabó enseguida, echando hacia atrás los brazos para tomarme de los muslos y estrecharme. Yo la seguí de inmediato, sin alharaca, plácidamente, todo de una vez en una ola incontenible. Nos quedamos unos minutos acoplados, su espalda contra mi pecho, rodeándola con mis brazos, la verga dura envainada en su cuerpo, deliciosamente oyendo el crepitar de las llamas y a los pájaros despidiéndose del día. Nadie que no se lo tomara muy a pecho iba a poder reconocer los cuerpos. Y ¿quién iba a tomarse muy a pecho la muerte de otros dos cretinos?

.....

Llegué a casa a las nueve. La busqué sin encontrarla. Seguramente había salido a la calle. Tenía que tranquilizarme. No podía estar con el Jesús en la boca cada vez que abriera la puerta. Me estaba desvistiendo cuando adiviné. Abrí la puerta del cuarto de servicio y ahí estaba, con el pelo aún mojado por el baño, envuelta en la bata de baño, leyendo *Nosotros los cretinos*. “Hola” dijo sonriéndome. Llamé a Seguridad hablando lo suficientemente fuerte como para que ella me oyera. Expliqué que mi cretina no había vuelto a las cinco de la tarde como de costumbre. Dije que hasta donde yo podía verlo no se había llevado objetos de valor. Di mi directo de la oficina para que se comunicaran conmigo por cualquier novedad. “¿Y ahora qué va a pasar?” preguntó Belta. “Nada” le dije encogiéndome de hombros. “Mañana un amigo va a borrar tu nombre de todos los archivos” mentí para sacarle de una vez el tema de su seguridad de la mente. “Con lo que habré perdido lo que pagué por ti, que no fue poco” agagué fingiendo un mezquino desconsuelo. “No veo cómo habrás

perdido lo que pagaste, puesto que yo estaré aquí” respondió de inmediato, honestamente preocupada por mis derechos. Sirvió para darme cuenta de lo lejos que estaba ella de asumir el futuro que estábamos robando para ella. “No” le dije pedagógico “Tan pronto como hayamos destruido tu identidad actual y construido la nueva vas a ser una persona libre. Yo habré perdido lo que pagué porque tú ya no serás mi propiedad. En *nuestro* mundo, que es el tuyo ahora, no existen los amos y los esclavos”. Quedó en silencio, negando imperceptiblemente con la cabeza. Como si no pudiera terminar de creerlo. “Así de fácil” murmuró finalmente. Me di una ducha caliente de media hora. Había hecho un pastel de jamón y queso. Muy bueno. Con la masa dulce. Comimos bebiendo leche. Me contó que había dormido hasta las dos de la tarde, que a las tres había venido el servicio de limpieza —absurdo: había olvidado advertírselo—, que le preguntaron con qué aroma quería que perfumaran el sofá de la sala, que pidió al restaurante chino pato laqueado a la naranja con no sé qué más, que había estado un rato largo mirando mis libros y que finalmente le había parecido que lo mejor podía ser empezar con el que yo mismo le había dejado a mano. Lejos de los nervios de cuando me llamara por teléfono, estaba fresca como una lechuga. Había ese algo aéreo en su actitud que sólo aparece cuando se es feliz, o casi. “El Ministerio dice que ustedes ya no saben leer” dije, y apenas lo dije me mordí la lengua. Volverla al pasado no era la mejor manera de mantenerle el buen espíritu. Para mi sorpresa su actitud no varió. “No es así. Lo que es cierto es que no se *les* permite organizar un sistema de enseñanza dentro de las Zonas. Pero los ancianos que ya no trabajan enseñan a los niños”. “¿Con qué

libros?” pregunté. “Hay una biblioteca oculta en cada Zona. Muy pequeña. Cincuenta o sesenta libros. Es *bastante* peligroso entrar libros”. “¿Para esa biblioteca fue que le robaste el libro a Guita?”. “No. Claro que no. Fue para Bodo”. Me quedé pensando en el *les*. ¿Cómo *les*? Nunca pensé que fuera a instalarse tan decididamente de *nuestro* lado de la raya. Y sin embargo, recordando cómo su cuerpo no respondía en absoluto al sexo forzado ¿qué otra cosa podía esperar en esto sino una nueva demostración de absoluta disciplina? También me quedó en el oído el *bastante*. Lo que se suponía era objeto de interdicción total para ellos era simplemente algo *bastante* peligroso. Lo que era sin duda *bastante* peligroso era el deterioro del aparato de Seguridad. Resistí el impulso de seguir interrogándola sobre el tema. De hacerlo hubiera terminado por echar una sombra sobre mis verdaderas intenciones.

En la sala, con sólo el claro de luna, nos acostamos sobre la alfombra a oír música. Un almohadón debajo de mi cabeza, ella con la nuca sobre mi hombro. Puse el 131, en la versión Guarneri, la más amable. Al respirar hondo esperando el primer acorde me llegó desde el sofá el aroma de violetas que Belta había elegido. Nos deslizamos en la bruma melancólica. “Es una fuga” susurra. Correcto. Yo lo había leído en el folleto: “Después de terminar con una fuga el 130 Beethoven se planteó el problema —inédito— de *iniciar* un cuarteto con una fuga”. Bruma: vaguedad, perspectivas cambiantes. Melancolía. Dolor viejo, polvoriento por cosas ya pasadas, rígidas en su nicho de tiempo. A veces una intensidad, pero no demasiado, todo con piso y techo, apagado. Belta ya no está conmigo ni aquí ni en ninguna parte. Como el personaje de *Medianoche en Serampor*, ha abandonado su

cuerpo físico, su alma se ha diluido en la música. La música nos llena pero seguramente que en distinta forma. Ya llegará el momento de vivirla juntos. Los últimos cuartetos son como un diario íntimo —aproximaciones sucesivas a un retrato fiel de sí mismo en todas las dimensiones de su espíritu— donde Beethoven dueño de una nueva concepción de la Forma musical consigna los extremos más secretos de su ser: el brillo y la melancolía, la sutileza y la tosquedad, la exaltación y el abismo, la impotencia y el ansia. Por eso el problema formal básico de los últimos cuartetos, más allá del moldeado sublime de cada materia, está en la sutura de los impulsos, variados hasta la contradicción. Es lo que pienso. Si se lo susurrara al oído me pediría silencio. Imagino al cincuentón sordo, desaliñado e irritable en la soledad de sus caminatas por el campo y en la soledad de sus ascéticas y desprolijas habitaciones tarareando con la boca cerrada —un tanto torpemente en los cambios de tono— esta descripción apabullante de la melancolía. Fue un seductor sublime incapaz de seducir a nadie, por pura soberbia. Habiendo leído los testimonios de sus contemporáneos —aunque no se refieran al tema o precisamente porque no se refieren al tema— no me sorprendería que hubiera muerto virgen. No es fácil transar con el mundo cuando se carga con la cruz de la sublimidad. En el 131, como para desconcertar un poco menos a sus contemporáneos, las dos últimas notas de cada movimiento son las dos primeras del siguiente, suministrando una especie de pantomima de la coherencia. Para el escucha atento es sólo un adorno: la verdadera continuidad es más sutil. Segundo movimiento: una brisa retira la bruma. Un sol tibio da un primer brillo a las cosas, una sonrisa asoma tímidamente. El

núcleo más elusivo de los cuartetos es este corazón eternamente volviendo del dolor, o mejor dicho, eternamente convaleciente. Entre el dolor y la euforia, entre la oscuridad y la luz, entre la muerte y la vida hay siempre esa instancia que ilustra en su perfección la *Heiliger Dankgesang*: la de convalecer, la de volver a la vida, la de volver de la Nada dueño del Ansia inagotable. El tercer movimiento, marcado allegro, y que dura menos de un minuto es sólo un pasaje, un interludio, pero siento cómo Belta se estremece en el remate de la bella pirueta del primer violín. El tema del andante me emociona y tomo la mano de Belta. Beethoven argumenta a su favor exhibiendo las regiones más puras y equilibradas de su espíritu. Alcanza ciertamente la región de la luz más rara. El tío torpón y gruñón dibuja en el aire, en forma de variaciones, perlas más perfectas que las que pueda soñar la naturaleza. Siento la emoción de Belta en el sudor de su mano. Su cuerpo vibra como si ella estuviera tocando. No es para menos. “Éstas son todas las formas posibles de la belleza, de la elegancia y de la riqueza” dice el Maestro con esa pizca de soberbia que lo pone más allá de las estrellas, pero lo pierde cuando tan sólo se trata de conseguir un poco de calor humano para su corazón y para su cama. En la octava variación, cuando la melodía flota en las alturas extremas, en las que el ensueño se vuelve irrespirable, y los bajos del cello protestan asustados ¿a quién demonios que sea de este mundo no se le parte el corazón aunque lo tenga duro como una piedra? El presto del quinto movimiento, como era de esperar, tira del piolín y nos trae de vuelta. Hay champagne para celebrar en el quinto movimiento. Lleno de chispa y humor nos pone a girar hasta marearnos. No puede perder. El mundo es suyo

porque —como acaba de demostrarlo— es el mejor y todo lo merece. Esta danza estilizada y vacía, fantasmal en su alegría, sin fisuras, perfecta, representa su ánimo triunfal, triunfalista diría. A nadie que haya comprendido con la inteligencia del alma la lógica de los cuartetos pueden sorprenderle los tres acordes ambiguos por no decir sombríos que cierran la pirueta. Belta entendió, y durante el silencio que sobreviene su mano aprieta llena de aprensión la mía. En efecto: toda la euforia triunfal del presto ha estallado como una burbuja de jabón y hemos caído en un paraje desolado y lleno de augurios tan funestos que Belta, como un niño al que llevamos al cine a ver una de sustos, se acerca más a mí para que la proteja. No sin razón. Sin aviso y con saña sólo comparable a la de la primera fuga del 133 la angustia, como un monstruo ululante, se apodera de nuestras mentes. Antes aun de que Beethoven aceptara hacer el famoso cambio, el final del 131 ratificaba el *sentido* del final original del 130, o sea la Gran Fuga. (Una vez más: sí, cuando Beethoven le quiebra la nariz a su obra más radical lo hace deliberadamente y a sabiendas. No por un oscuro conflicto con la naturaleza o la forma de su obra. Lo hace para mejor venderla). Cuando la violencia del fortísimo amaina es sólo para mostrarnos el campo de batalla de un corazón destruido. Cada ataque y cada pausa hace mella en el cuerpo tenso de Belta. No hubiera tenido más desgaste físico si ella misma hubiera estado tocando. El paroxismo lleva, más allá del dolor y de la desesperación, hasta la danza mecánica, salvaje, enloquecida, y más allá aún hasta el derrumbe. Fin. Exhaustos, totalmente relajados sobre la alfombra, mirando las sombras en el techo, con los ecos apagándose en nuestras mentes. “Tengo que tocar esta

música. Yo puedo hacerlo mejor que ellos” dijo finalmente. “Lo vas a hacer” dije viendo con súbita claridad todo un programa para nuestro futuro. “Vas a tener los mejores maestros. Vas a ser concertista. Por supuesto que vos podés tocar mejor que ellos”. Tomó mi mano y la puso sobre la tela esponja de su bata de baño, a la altura de su pecho. “Tú eres la reencarnación de Bodo” dijo con voz de inspiración total “Bodo siempre decía que nos ocurriría una metamorfosis y de esa manera escaparíamos a nuestro destino”. Sentí en el temblor de su voz y de sus manos cómo la idea se había abierto camino en su mente hasta dominarla. “Ocurrió. Tú eres la metamorfosis de Bodo. Ahora somos libres. Huidmos de la Zona. Podemos volar. Lograrlo todo”. Belta se semiincorporó y me miró con mirada alucinada. ¿Qué podía decir? Hubiera dicho cualquier cosa con tal de que esta mujer quedara atornillada a mí de por vida. “Sí, querida” dije, sin rastro de ironía en la voz y no sin creer en alguna medida en lo que decía “Yo soy sólo un instrumento del espíritu de Bodo. Conmigo podés volar en el cielo de la música más pura”. No sé qué cara me vería, pero en su rostro yo veía cómo mi aceptación explícita de su delirio la liberaba. Abrió mi salto de cama exponiendo mi cuerpo. Mi amigo, allá abajo, fue tomado por sorpresa mientras dormía apaciblemente. Belta se inclinó sobre mi vientre y tomó al remolón en su boca. No hizo nada. Simplemente lo paseó de una mejilla a la otra como quien cambia de brazo a un bebé mientras lo duerme. Yo no estaba dispuesto a colaborar en absoluto. No necesitaba hacer nada en especial: yo era Bodo, no necesitaba seducirla con mi performance. Por lo demás, el día era ya para mí demasiado largo. Mientras la miraba hacer asumí que la noche anterior, en la

delirante ceremonia alquímica de mutación de la música divina en divinos jugos de su vejiga, yo en tanto yo mismo no había jugado más que un papel accesorio: había sido para el fantasma de Bodo que ella había desplegado su fantasía, la fantasía que no había compartido con Bodo en vida. En menos de lo que lleva escribir esto floreció en la boca de Belta una erección tierna y flexible aunque suficientemente consistente. Una de esas erecciones somnolientas que en cuanto se concretan ya están invitando al derrame. Floté disfrutando la paja suave pero firme que inició después de babeármelo completamente. “No pares que me voy” ronroneé en plan buen burgués homenajeadó al final de una dura jornada de trabajo. Me hizo caso, no paró, pero me tuvo colgando del orgasmo un muy buen rato, sin hacer nada por rematarlo. Belta sabía muy bien cómo satisfacer a un hombre fatigado. Sabía cómo, con una mano que parecía no tocarme, mantenerme interminablemente justo encima de la espuma de la ola, flotando ingrátido. Cada tanto, para devolverme a un cauce apacible volvía a inclinarse sumergiéndome en el oasis de su boca. En pantalla supergrande, en pantalla enorme, ocupando toda mi mente volví entonces a verla chupándosela golosamente a Bodo. ¡Me la estaba chupando igual! La misma gula tranquila, el mismo giro mimoso del cuello a un lado y al otro, el mismo chupeteo extático al estirar la verga en todo su largo. En su mente Bodo había reencarnado en mí. Ahora era libre de darme todo lo que él recibía de ella, en especial el tratamiento especial para el macho que regresa al hogar muy fatigado. Bastante más allá del punto en que yo ya no estaba en condiciones de decir esto sí y aquello no, montó sobre mi vientre, cabalgó lo justo como para no cansarme

y nos derrumbamos abrazados en un orgasmo unánime de algo-
dón rosado. Cerré los ojos y me dejé llevar por el sueño. Me
dormí entendiéndola: observaba maravillada, en éxtasis, cómo las
alas del sueño cubrían a su nuevo Bodo y lo secuestraban de en-
tre sus brazos tal y como el agua se escurre entre los dedos. En
algún momento que no recuerdo —tan puro y confiado como el
de un niño era mi sueño— mi cuerpo llegó a mi cama y amanec-
imos por segunda vez abrazados, reconociéndonos con los de-
dos, con el aroma de la piel y el gusto de los labios antes de abrir
los ojos.

.....

Por primera vez desayunamos juntos. Bebimos el café con
leche mirando nuestros dedos enlazados sobre la mesa como los
recién casados miran sus sortijas. Inútil decir con cuánto esme-
ro untó la manteca en mi tostada, no menor al que yo puse en
esparcir la mermelada sobre la suya. Inútil intentar enumerar el
millón de planes que hicimos en unos pocos minutos. La cirugía
para extirpar la marca y los documentos de identidad, antes que
nada, hoy mismo estoy en eso, pero además abonos para todas
las temporadas de música, ubicar un luthier que termine el violín,
averiguar por el mejor de los maestros de violín, alguien de nivel
mundial, y elegir un club por aquí cerca donde pueda aprender a
nadar, y vacaciones, en marzo sería perfecto, en una estancia o en
el Caribe. “Y tenemos que mudarnos” agregó, con una sonrisa
tímida, como si temiera que aquello realmente fuera demasiado.
“Claro” pensé, por primera vez cayendo en cuenta de que no
podía resultar señora de la casa la misma que los vecinos y el por-
tero conocieran como cretina. “Perfecto” dije como encantado

con la noticia. “Vendemos este apartamento con muebles y todo, buscamos un lugar y lo armamos desde cero. Vos te ocupás”. Sonreía suavemente negando con la cabeza pero no decía nada, y me apretaba los dedos enlazados hasta que me dolieron. Es cierto que aún no me había dado en realidad nada: había pasado de cogerme desde el otro lado de su muro mental a coger en mi cuerpo a su cretino. Pero sentí que se abriría, terminaría por abrirse a mí, por coger conmigo. Pronto sería posible sumergirme en sus aguas puras y rescatar definitivamente para mí sus tesoros. “¿Cuándo cumplís años?” le pregunté con segundas intenciones. Me contestó una fecha que felizmente olvidé. “¿Y tú?” preguntó. “Hoy” dije. “Te merecés un buen regalo” dijo y en sus ojos leí que realmente pensaba lo que decía. Libé esa dulce convicción como si fuera una gota de rocío sobre el pétalo de una rosa. No dejaba de ser cierto que me lo merecía: sangre, sudor y lágrimas hice correr por ella.

Cuando uno abandona sus obligaciones durante un plazo excesivo —que es lo que yo había venido haciendo, como creo que fácilmente se desprende de mi relato— normalmente a uno tarde o temprano le tiran de las riendas. Fue lo que pasó precisamente aquel día. En medio de algún estira y afloje con mi jefe de sección, cerca del mediodía, me llamó Belta. “Soy yo” dijo y me preguntó si podía escuchar los cuartetos. Le dije que por supuesto que sí. Me preguntó entonces dónde estaban. No estaban con los demás discos. Le expliqué dónde había guardado mi pequeña colección de versiones. Se quedó callada. Respiraba sobre el auricular directamente. Oí su respiración con la misma atención con que oigo a Beethoven. También eché mi respira-

ción sobre el auricular y la acompasé a los silencios de la suya. No estaba acostumbrada a hablar por teléfono. Hablaba con los ritmos y las pausas de la conversación en persona. Hablaba como si me tuviera delante. Seguramente tenía los ojos cerrados para concentrarse en mi voz, para recrear mentalmente la situación de presencia. Aun sabiendo que los que estaban en reunión conmigo me oírían dije quedamente “Pienso en ti todo el tiempo”. Y después, juntando coraje: “Esta noche quiero que me cojas como nunca lo cogiste”. “Puedes contar con eso” me dijo apenas con un susurro. Me ahorro describir las caras que me encontré cuando colgué el teléfono. Un rato después llamaron de Seguridad, el mismo tipo. Dijo que creían que mi cretina estaba muerta y me explicó en qué circunstancias. Me dijo que era mi derecho seleccionar una nueva. Le dije que seguramente saldría de viaje en los próximos días, que de regreso lo haría. No había pensado en eso. Obviamente que de ninguna manera puedo tener una sirvienta cretina con Belta en casa. Tengo que renunciar a mi derecho de propiedad. ¿Cómo se hace eso sin despertar sospechas? Hablaré con Guita al respecto. Antes de salir a almorzar llamé al número que me dio el librero de la feria. Él mismo atendió. Le dije lo que quería. Servicio completo. Lo mejor. Pero cirugía sólo en la nalga. “Son veinticuatro horas de internación” me dijo con tono impersonal, como si estuviera hablando con el Sanatorio Apolo. “Déme un fax o un e-mail para que le mande instrucciones. El pago es por adelantado. El domingo sale de aquí su amiga o su amigo con el culo y la identidad nuevos. La puerta del edificio no le va a gustar pero dentro hay la mejor tecnología. La cicatriz que queda es absolutamente imperceptible”. Le di mi e-mail y

me dio un número de cuenta en el banco. Quedé en ir el sábado de mañana temprano. En el corredor me encontré con Guita que llegaba para almorzar conmigo. Me dio un beso y un paquetito. “Como la cretina me arruinó la sorpresa te compré otro” dijo colgándose de mi brazo. Era otro libro sobre Beethoven. Éste en francés, única edición, 1927, *Les années de captivité de Beethoven*. Comentarios en torno a los años de invalidez por sordera, de 1820 al final. Basado mayormente en los *Cuadernos de conversación*, por supuesto. En papel que era casi papel secante de tan poroso. Almorzando le conté lo de la cirugía. “¡Puf!” dijo por todo comentario. Le conté también de la llamada de Seguridad. “Mañana de mañana traela. No es razonable ni seguro que la tengas en tu casa. Vivan juntos después de que te mudes. Si no soportás no estar con ella podés venir a dormir a casa. Camas no faltan”. No dije nada, pero era obvio que tenía razón. Cambió de tema. “¿Cómo vas a hacer para pagarles?”. “Cuento contigo” dije sin más “porque yo no tengo más que deudas. Si no podés ayudarme hipoteco el apartamento”. “Cuánto va a ser” preguntó impasible. “Treinta mil dólares” dije. No tardó más de tres segundos: “Te los doy el viernes”. Por supuesto que en ningún momento se me ocurrió que pudiera no contar con ella. Guita gana bien, pero no es rica. Me estaba dando seguramente sus ahorros, o estaba tomando un préstamo por mí. Dios la bendiga.

.....

Llegué apenas después de las cinco, casi corriendo y, como siempre, con el corazón en la boca. Estaba en la cocina preparando un pollo para el horno. Casi no la reconocí. Quedé pasmado, parado en la puerta, mirándola seguramente con la cara

de mayor asombro que le hayan dedicado en su vida. Parecía un figurín de una revista de modas de los cincuentas. Tenía el pelo cortito, casi masculino, una falda amplia verde oscuro varios dedos por debajo de las rodillas, la cintura hecha minúscula con un cinturón anchísimo de charol negro, una camiseta negra sin mangas y en los pies unos zapatos cerrados y muy escotados, de charol negro, sin taco alguno. Todo lo que su ser físico naturalmente expresaba (la suave espiritualidad en su fisonomía, la frágil fortaleza —como de bailarina o gimnasta— de su cuerpo) se veía sobriamente destacado por aquel atuendo que en cualquiera otra hubiera resultado un gesto de coquetería o moda. Se secó las manos en el repasador y con la gracia incomparable que sólo dan la sobriedad y la armonía naturales separó un poco los brazos del cuerpo y giró lentamente la vuelta entera sobre las puntas de sus pies. “¡Uau!” dije cuando terminó, llegué hasta ella y la besé en la boca. Sus manos se encontraron en mi nuca atrayéndome. “Fui hasta el shopping. Caminando. De ida no me animé a tomar un taxi. De vuelta sí” susurró sobre mis labios. “Fantástico” murmuré, cada vez más mareado por el placer de apretarla contra mi pecho. “Usé la tarjeta que me diste”. “Usame a mí” suspiré bebiendo su saliva. Las palabras fluyeron de mí como recitadas desde una memoria de maravillas arcaicas y recuperadas, escandidas por cada inmersión en la fuente de los néctares: “Hasta gastarme. Con lo que quede. Hacés una papilla. Te la comés. Para que pueda. Aunque sea. Biológicamente. Seguir contigo. Vivir tu vida. Molecular. Aunque sea”. Se desprendió de mis besos poniéndome las manos sobre el pecho. Me miraba con la sonrisa en los labios del que confirma la más sutil de todas sus intuiciones.

Pero yo no estaba para sutilezas. Estiré el cuello y los labios hacia ella. “Lo mismo decía Bodo” sentenció con cara de gato sabio. “¿Qué decía?” murmuré jugando a no poder alcanzar sus labios. “Que si se moría que me lo comiera”. “Qué original” murmuré jugando al sediento que se estira hacia el agua. “Y yo lo hice” dijo entonces. “¿Qué hiciste?” pregunté, despistado. “Me lo comí. Me comí el pelo que me trajiste”. Por supuesto. Magia. Comida ritual. Reencarnación. De seguro que bien cortadito pero yo también comí del pelo de Bodo. Bien, es el precio a pagar. Igual hubiera comido la mierda de Bodo si hubiera sido necesario. En las manos abiertas con las que presionando sobre su espalda aplastaba su pecho contra mi pecho y sus labios contra mis labios sentía las dunas de sus costillas y la sierra de su espinazo. “Es sólo un cuerpo” pensaba, sorprendido. “Sólo unos frágiles órganos protegidos por un frágil envoltorio de músculos, piel y huesos gozando efímeramente del delicado equilibrio de sus constantes vitales, equilibrio que permite la formación de este campo magnético al que llamamos mente y que es muchísimo más frágil que las alas de una mariposa”. “¿Por qué dijiste *qué original?*” protestó “¿Acaso tú se lo dices a todas tus mujeres?”. “Nunca se lo dije a nadie. Lo juro. Besame” fingí suplicarle.

Bajé una mano hacia su cintura y varios dedos fueron a dar sobre el nacimiento de sus nalgas. Una ola instantánea de deseo subió desde mi vientre hacia mi cerebro. Vencí su resistencia y atrapé sus labios nuevamente. “Nada de eso” dijo soltándose, tajante. Sacó del bolsillo una pequeña cartulina blanca. “Hoy festejamos tu cumpleaños. Este es el programa” dijo dándomela. En la cartulina decía *Programa*, y después: 1. *Sexto movimiento del*

Cuarteto en Si Bemol Mayor, opus 130 de Beethoven, en arreglo para solo de violín.

2. *Homenaje a su Majestad Suprema, el Sol, nuestro Soberano.*

3. *Cena: pollo al horno con papas acompañado con vino blanco espumante.*

4. *Actividad libre.* El homenaje al sol, calculé que sería ver el atardecer desde el balcón. De manera que lo que me cosquilleaba en las venas ahora tendría que esperar hasta después de la cena. “Veremos” pensé “si con buena conducta no podemos conseguir algún adelanto”. Primer regalo, su cambio de look; segundo regalo, una velada especial, con Programa. Belta enjuagaba unos pequeños recipientes de plástico y los guardaba prolijamente junto con unos frasquitos de témperas y unos pinceles en una caja de cartón. Yo no tenía témperas en casa, ni pinceles. Evidentemente la velada tendría sus bemoles. Lo mejor, por supuesto, sería entregarme incondicionalmente a lo que ella había programado. Una ducha y un cambio de ropa se imponían. Al pasar junto a la puerta anoté en el almanaque, en el día de la fecha: “Cuarto día en el Paraíso: la felicidad se perfecciona sin cesar”. Decidí que lo mismo anotaría cada día de nuestras vidas. Para que si algún día ella rompía la burbuja lo hiciera a sabiendas. Bañado, perfumado, relajado, cómodamente vestido la encontré en la sala. Sentada en una butaca, con el violín en la mano izquierda y el arco en la derecha, miraba abstraída al sol, ya cerca del ocaso. Me senté en el sofá. Se paró al sentir mi presencia. “Bodo llegó a enseñarme tres piezas, las tres son movimientos lentos de los últimos cuartetos” dijo, perfectamente seria. “Ya te toqué la *Canción de agradecimiento* del 132 y el adagio del 127. Ahora voy a tocarte la cavatina del 130”. Por primera vez iba yo a ser su público en regla. No espiándola o dándole servicio mientras tocaba. Se paró

inclinándose apenas hacia adelante por la cintura, como si quisiera mostrar el detalle de su ejecución. Aunque todo parecía salirle fácilmente ignoraba las fiorituras y el exhibicionismo. Apenas, en los paroxismos, todo su cuerpo parecía lanzarse en busca de los sonidos críticos, como para volcarles encima un surplus de intensidad. Su silueta de ejecutante exhalaba una alada gracia dieciochesca, en flagrante contradicción con la interpretación —áspera y seca— que le daba aun a los temas más propensos a la efusión sentimental. Cualquier público hubiera sido seducido no sólo por la claridad conceptual de su ejecución sino además por el encanto magnético de su presencia. Era un ángel, y su gracia irradiaba tanto trapeando los corredores de un edificio de oficinas como conjurando las magias más exquisitas de Beethoven. Un sutil sujeto debió ser éste Bodo, el de los tres ojos, que supo explicarle que la cavatina sólo es perfecta cuando el violín se parece a una voz humana, respiración incluida. Con lo que desde la primera nota en adelante tuve toda la impresión de que Belta me estaba *hablando* directamente, impresión reforzada porque —salvo durante breves pasajes que le exigían mayor concentración y en los que o bien se fijaba en el diapasón o cerraba los ojos— todo el tiempo me miraba a los ojos con una mirada intensa, seria e inquisidora como si quisiera asegurarse de que estaba entendiendo lo que me decía. Me decía: quiero que sepas todo de mí. Y lo primero que debía saber —me lo decía por medio de la cavatina— era que todo su ser ha sido nutrido, bañado, acariciado, instruido, construido y destruido por el dolor. Trata de explicármelo de manera calma y razonable. Y lo logra, hasta que intenta prometerme que por mí va a dejar atrás como una piel muerta toda esa

existencia de sufrimiento, pero en ese momento la presciencia del fracaso al que está condenada la felicidad que quiere darme le anuda la garganta. Sabe el daño que ha recibido y ya no confía en sus propias fuerzas. La más profunda de las tristezas hace que por un momento la sombra del llanto adelgace sus palabras —o sea el hilo sonoro de su violín— casi hasta el borde del silencio. Pero se controla, aferrándose con todo el corazón a la esperanza, y me sonríe con los ojos desde detrás de las últimas ondulaciones del arco. Los últimos acordes se diluyeron interminablemente. Bajó los brazos y quedó allí, bañada por el penúltimo sol, entregada a mí, a su marido, desnuda para mí su alma.

No supe qué decir. Me paré y me arrodillé a sus pies. Me incliné hasta besárselos. Apoyó entonces el violín y el arco sobre mi espalda. Dijo dulcemente: “Quedas nombrado caballero de esta pobre dama”. Me incorporé lentamente deslizando mis manos piernas arriba. Reaccionó instantáneamente, divertida. “Un momento” dijo, apartándose “Ahora en el Programa lo que sigue es el homenaje al Rey Sol. Siéntate en el sofá” ordenó. Dejó a un lado el instrumento y sacó del bolsillo de la falda un pote pequeño. Obedecí sentándome, ansioso y desconcertado. De inmediato se arrodilló entre mis piernas y sin el más mínimo pudor ni circunloquio, como si de menos solemnes menesteres se tratara, bajó la cremallera de la portañuela y con dedos exigentes puso a pestañear en la luz del crepúsculo a un enano ya entregado a la cosquilla y cabeceando nervioso. Le desnudó la calva y se lo metió en la boca, lo succionó y tironeó de él, lo mordisqueó por debajo, y luego, inclinándose más, en la base misma del tallo. Lo atrapó con mano firme para lamerlo con la lengua entera, lo

meneó después con mano autoritaria, con un gesto de ansiedad exasperada bailándole en los labios. En un minuto lo tuvo firme y a punto para lo que viniera. “De manera que éste era el Señor Sol y éste el homenaje. Enhorabuena” pensé acomodándome con las manos debajo de la nuca y ofreciéndome sin restricciones para lo que me quisiera. Se lo metió una vez más en la boca, hasta el fondo, y chupó sonoramente disfrutando la delicia y el orgullo de la cosa bien hecha: por primera vez capté en sus ojos esa mirada de mujer que tiene por cosa propia la erección que consiguió y por derecho absoluto el gusto que se va a dar con ella. Después lo soltó, abrió el pote y se llenó las manos con el ungüento, que resultó ser simple y sencillamente vaselina. Tomó la verga y la cubrió y embadurnó desde los huevos hasta la punta. La meneó con tanto entusiasmo —sin duda que, como yo, descubriendo en la cosa escurridiza un placer nuevo— que tuve que preguntarle si era acabarme ya mismo la idea. “No, querido” dijo con el aliento cortado “Es el homenaje al Señor Sol lo que ahora viene. Cierra los ojos” dijo parándose. Obedecí, tomándome a la vez la verga por su base para mantenerla vertical en previsión de lo inminente. “Ahora ábrelos” le oí decir segundos después y con la voz extrañamente apagada.

Voy a tratar de describir lo más objetiva y claramente posible lo que vi al abrir los ojos. Vi dos soles. Uno, *el público, el de todos*, descendiendo parsimoniosamente a sus aposentos nocturnos, en uno de esos *finales* pictóricos de retórica autoaclamación que son el orgullo de mi ventanal, e iluminando con un dorado casi rojizo al otro sol, *el privado, el sólo mío*, pintado sobre la redonda blancura de las nalgas de Belta. Sí. Belta se había levantado las

faldas hasta la cintura y se había arrodillado sobre la banqueta de junto al ventanal, e inclinándose hacia adelante hasta tocar con la frente el cuero —de ahí su voz apagada— ofrecía a la mágica luz del ocaso el espectáculo de sus nalgas redondeadas al máximo por la posición, y abiertas hasta ofrecer a la vista la boca trigüeña y vertical del sol que tenía dibujado y pintado sobre las nalgas. No un sol atmosféricamente realista, turneriano, pura luz, indiscernible de la pureza del blanco de sus nalgas. No. Un sol de retórica neoclásica, un sol como los de Cesare Ripa, o como el de la bandera uruguaya, con rayos como de hojalata y con ojos risueños, y con esa boca trigüeña que era el punctum en el que seguramente habría de consumarse el segundo momentum del programa. ¡Me invitaba a ultrajar al sol de la Patria, al sol de la Bandera! Al de *mi* bandera, que ella seguramente no consideraría la suya. ¡Me invitaba a la traición! Y sin embargo no podía dejar de sentir que aquella performance, imposiblemente ingenua y obscena, y además, sin duda, absurda, grotesca, del peor gusto, injuriosa, autohumillante, era también *sublime*. Me paré con esa sensación que tiene uno a veces de estarse viendo desde fuera, como si estuviera rodeado de espejos: elegantísimo, puro lino y algodón, con sólo el detalle inesperado y chillón de esa picha colorada y curva como la de un mono, pedazo de clavo ardiendo al rojo vivo y pidiendo a gritos la llaga abierta en la que aliviarse.

Al pararme mi perezoso órgano de la comprensión dio un rápido paso al frente, preocupado por no llegar a todo una vez más y como siempre *después* de los hechos. Estaba el sol real, estaba el sol simbólico y estaba *el Sol, nuestro Soberano*, como decía el Programa, que no podía ser sino yo: eso era lo que significaba

aquel sencillo y a la vez sutil discurso: era yo el homenajeado con aquella extraña pleitesía. Todo estaba expresado con nitidez a nivel simbólico en el altar barroco que me presentaba: la *luna* es metáfora de la redonda blancura de las nalgas, pero también es metáfora del espejo, de manera que lo que me estaba invitando a apreciar era que, al mirarme en la luna del espejo de sus nalgas me veía en tanto lo que soy —para ella, por supuesto—: el Sol, el Soberano. Pero no. Ella no puede estar proponiéndome semejante metadiscurso escatológico. ¿No? ¿Acaso no fue capaz de transmutar la delicada espiritualidad del Maestro en el líquido dorado con el que me regó la cara? Absorto en la artificialidad y teatralidad de la situación me le acerqué caminando lentamente, con las manos en la cintura, bamboleando un poco las caderas y el insolente aparato. Alguien que prepara un homenaje de este pelo no se lo pierde. Por algún huequito estaría asegurándose de que el solemne festejo se desarrollara como lo había previsto. Me paré frente al sol simbólico, que tenía la boca tan bien lubricada como mi verga. Mi falo, como un perro de caza imantado por la presa, se estiraba hacia el ojete brillante de vaselina. La imaginé dibujándose sobre las nalgas, con la ayuda de un espejo. ¿Cuánto tiempo pudo haberle insumido la tarea? Aquello no era un jueguito libertino de una esposa ociosa. Aquello era cosa seria para ella. La imaginé culo arriba —quizá leyendo algo— mientras esperaba que se le secara. La imaginé recibíendome y después tocando la cavatina —como los dioses— con el culo pintado, y después aliñándoselo con vaselina en ese momento en que me tuvo con los ojos cerrados. ¿Qué no hubiera habido, legal o ilegal, que yo no hubiese hecho por ella? ¿Soy yo acaso

capaz de darme en espectáculo, al borde o más allá del ridículo, para atestiguar así, con la simbología más extrema, que acepto las condiciones, cualesquiera que fueren?

Extremando la teatralidad del homenaje al acentuar el porte y el gestual displicente —como un Soberano, digamos—, flexioné un poco apenas las rodillas y, sin quitarme las manos de la cintura, emboqué la punta de la broca en el centro de la estrella. Columpiando la pelvis sin mucho énfasis, en un par de llegadas se la tuve guardada hasta los pelos. Sólo faltaban los aplausos de los cortesanos festejando la habilidad del Soberano. Por el suspiro que se le escapó sentí que le tocaba el alma. Con la parsimonia y la majestad del Soberano puse la barra a deslizársele dentro y fuera del culo, cosa que gracias a la buena preparación sucedió con el grado justo de dificultad y de facilidad que más se disfrutaban. A juzgar por el arrullo que le huía de los labios no creo que haya disfrutado de nada tanto en su vida. A la reencarnación de Bodo sí era capaz de revelarle sus fantasías. Creo que susurraba algo, como una letanía. Le estaría confesando al cuero de la butaca todos sus pecados, porque seguramente sentía que estaba a punto de soltar el alma. Por mi parte estaba en el punto justo de ritmo, solidez y distancia mental en el que puedo follar un culo indefinidamente. Todo lo que hacía era columpiar la pelvis, con el resto de la arboladura igual podría haber estado participando en una mano de truco. Miré la cópula, mecánica y perfecta. Entonces fue que sorprendí la punta de sus dedos jalando muy discretamente pero con ganas de su sagrado Vértice. Sólo porque tuve la fugacísima visión de sus dedos masturbando fue que, poco después, un temblor de su cuerpo y una guiñada de su ojete

sobre mi verga me dijeron que alcanzaba un orgasmo. “*Esconde el orgasmo*” pensé “Es un hábito, es un vicio, es la condición de su goce”. Me limité a cambiar apenas el ángulo y el ritmo para seguir follando más cómodamente y me dispuse a mejorar el polvo con el jugo de mi mente. Evidentemente el juego consistía en que ella —súbdita, lacaya, indigna del orgasmo, totalmente pasivo y servil objeto de placer del Déspota (yo, por supuesto, pero yo en tanto reencarnación de Bodo)— rinde la pleitesía perfecta que se debe al Rey Sol, al Soberano, aunque mientras cumple con su rol, clandestinamente roba sus migajas de placer. Sentí que accedía a un nivel más secreto de su puesta en escena. Más allá del mentado homenaje lo que había era el enunciado imposible, el secreto que yo ya había entrevisto vagamente (primero al cogérmela en el palco del Solís, después al cogérmela en la cocina, después al chuparle la concha mientras tocaba el violín), la confesión más radical, la que no podía ser *dicha* —ni a mí, ni a Bodo, ni a nadie: *la del placer que había llegado a disfrutar —escondiéndolo— al ser usada despóticamente.*

Con su pequeña puesta de Homenaje al Rey Sol me estaba confesando —a mí, o sea, a la reencarnación de Bodo- que la *imposibilidad* con la que en su triste condición de cretina había recibido vergas a la fuerza, incluida la mía, era sólo la máscara detrás de la que disfrutaba un placer radical, fantasmal, perfecto y secreto, cualitativamente diferente y superior al que pudiera alcanzar en cualquier otra situación. Me estaba confesando que este era el que había terminado por aceptar y asumir como su placer más profundo, el más verdadero. Sentí que todo se aclaraba en mi mente. Recordé su fantasía de anteanoche: ejecutar imperturba-

blemente su música con la entrepierna en llamas, soltándose a la vez en un orgasmo literalmente torrencial. Sentí que quizá estaba pelando la antepenúltima cáscara de la cebolla. Recordé el polvo en la cocina, donde el orgasmo escondido había sido tan fuerte que la había derribado. Y comprendí, comprendí que la pequeña puesta en escena obscena tenía una finalidad: *al confesarse así, al exponerse así me estaba invitando, me estaba conminando a que fuera yo —Bodo reencarnado, purificado por la muerte— el que derrumbara el muro que entre ella y el universo de los amos, como buena cretina, a lo largo de su vida, había levantado en lo más hondo de su Ser*. El muro ya no era necesario, pero aun había que derrumbarlo. Su pequeña puesta en escena obscena contenía, pues, un secreto, un mandato y un enigma: el secreto de que su goce dependía del muro, el mandato de derrumbarlo y el enigma de cómo derrumbarlo.

Ojalá no hubiera imaginado tamañas abstracciones y le hubiera soltado en ese mismo momento alegremente el queso. Me hubiera ahorrado el regusto amargo que todavía tengo —a ella el destino, obtuso, retorcido, no tenía nada para ahorrarle—. Pero no: semejantes ideas, concebidas en semejante momento, vinieron a competir con el sano y honesto uso de su culo. Me formé, pues, la idea de que tenía que *vencerla*. O sea: ella exponía, escenificaba así su laberinto más secreto porque —aunque sin decirlo— quería *perderlo, destruirlo*, liberarse de él, quería que fuera expuesto y vulnerado. Y ese era el substracto final de su discurso: al *ofrecerme* su secreto más secreto, quería que emergiera a la luz, en mi aniversario y como prenda virginal —del himeneo—, como última virginidad posible. Pero ella se limitaba a poner el culo pintado como Esfinge. Yo debía resolver —conquistar, ven-

cer— el enigma. ¿Qué hacer? ¿Cómo hacerla quitarse la careta *sin dejar de lado las reglas de su juego, es decir, sin reducir todo el asunto a palabras?* Tampoco era simplemente cuestión de agregarle a un buen polvo adornos y morisquetas. En otra parte estaba el detonador, en otra parte estaba la espoleta. Le saqué la verga del culo. La boquita del Sol quedó abierta como dirigiéndome una O de decepción. Sólo muy lentamente los labios castaños volvieron a cerrarse. Belta permaneció inmóvil en su posición servil. Según mi interpretación delirante, toda la ingenua y sublime puesta en escena era entonces una adivinanza, un enigma que yo debía resolver... o soltarle el polvo en el culo dándome por vencido. Lo malo era que no se me ocurría nada. Lo bueno fue que estaba, como dije, en uno de esos días de erección perpetua. Fui hasta el aparador, tomé una botella de whisky, me serví dos dedos y los bebí de un trago. En el ventanal, en un par de minutos el sol real se hundiría en el Río de la Plata. Ahí estaba la trampa. Tampoco disponía del tiempo que se me antojara. El plazo estaba a la vista. La apoteosis del astro rey era todo lo que me quedaba como tiempo. Ella suponía pues, que yo, Bodo reencarnado, sabía ya la respuesta.

Recogí el pote de ungüento y volví al pie del altar simbólico. Le agregué un poco de vaselina en el ojeté. Repetí el numerito virtuoso de deslizarle la broca sin usar las manos, con sólo unos meneos de la pelvis. Cerré los ojos y disfruté del culeo. Pensé que al fin y al cabo tenía toda la vida para encontrarle la vuelta. Me coloqué mentalmente como para acabar, aceleré el culeo y me alivié en gran forma aunque sin mostrar mucho énfasis, con la indiferencia algo pedante e irritada que al Soberano le cuadra

y le conviene. Ya soltando lo mío me di el lujo de pensar —o me consolé pensando— que, como quiera que sea, su confesión, su exhibición de su secreto sólo podía ser para mí —para mí en tanto Bodo, pero para mí al fin y al cabo—, nunca se la había hecho a Bodo en persona ni se la hubiera hecho ni aunque vivieran cien años. Cuando finalmente me retiré de su cuerpo, Belta volvió del ostracismo. “Cumplida la segunda parte del programa” se limitó a decir arreglándose la ropa, con una sonrisa algo rígida curvándole los labios. Cenamos con los dedos enlazados sobre la mesa. Una neblina triste flotaba en nuestras almas. Ambos sabíamos —y sabíamos que sabíamos— que el Homenaje al Sol había sido una apuesta cruel y excesiva, y que la habíamos perdido. O en realidad yo creía que sabíamos —y que sabíamos que sabíamos—, y le estaba contagiando mi desazón al santo botón, pobrecita. Nos fuimos a la cama de inmediato y se abrazó a su Bodo como si le infundiera miedo nuestro fracaso, lo acarició con manos llenas de promesas y de juramentos, y lo besó con los besos más tiernos que pueda dar la boca. No sé cuántas veces cogimos esa noche, sólo sé que cada vez que nos despertábamos invariablemente yo estaba tieso y ella estaba mojada y abierta. Una y otra vez me dormí en medio de la cópula y la sentí seguir adelante hasta vaciarme dormido.

X

Finales

Metimos en una valija al azar alguna ropa, y el violín viajó en mi bolso de gimnasia. A las nueve menos algo la dejé en lo de Guita. Lo último que vi fue cómo el portero la ayudaba con la valija, le llamaba el ascensor y le abría la puerta, como a cualquiera de nosotros. No la llamé de mañana. Si lo hubiera hecho tal vez no hubiera pasado nada. Pero realmente tenía que dar el ancho en rendimiento. Con un buen puntaje podía a mediados de año dar un salto de categoría y mejorar la plata. A media mañana me llegó el fax con las instrucciones para la preparación de la cirugía plástica. En ese momento pensé en llamarla para comentarle el tema, de cuya inminencia había olvidado informarle. Pero pasó el momento, guardé el papel en el bolsillo y no volví a acordarme. Sobre la una y media —ni paré para almorzar— llamó Guita. Sonó entre irritada y lúgubre. Lo que se llama alunada. “Va a ser mejor que vengas” dijo. “Imposible, Guita” protesté “¿Qué es lo que pasa?”. “Va a ser mejor que vengas” repitió y colgó. Con los pelos de punta disqué para su casa. No atendió. Quería que fuera o fuera. Salí corriendo. Tuve un frenazo espantoso al salir del estacionamiento. Manejé como alguien a quien nada en el mundo y en la vida le importa ya nada de nada. Tardé siete minutos

en frenar frente a su casa. Le di las llaves al portero —que quién sabe si sabía manejar— para que me lo estacionara.

La puerta de Guita estaba entornada. Guita estaba desparrramada en un sofá, en la mano un vaso hasta el tope de algo que era inconfundiblemente whisky. “¿Qué pasa?” pregunté sin aire en los pulmones y con el corazón en la garganta. “¿Querés que empiece por el final o por el principio?” me preguntó con una voz que si se la conocía no se la recordaba, voz de contrariedad empapada en sarcasmo. “¿Dónde está?” pregunté para ir al grano. “En el cuarto del servicio” dijo respirando hondo. Debí de prever algo por el estilo. “¿Por qué el cuarto de servicio si tenés dos dormitorios sin uso?” pregunté mostrándole en el tono mi decepción. Guita hizo un gesto de desaliento, de incompreensión, vagamente de disculpa. “No sé. Me salió sin pensarlo. Para vos sería esto y aquello, para mí no era más que una cretina. ¿Querés un trago?”. “Tengo que volver a trabajar” dije sentándome. El mazazo me había volado la sesera. La pistolita estaba encima de la mesa. El buche de Guita subió y bajó una, dos, tres, cuatro veces trasegando whisky. El rostro se le descompuso en un gesto de llanto. Puchereó hasta que le rodaron lágrimas. “Te juro que no quise hacerlo” dijo. Sorbió mocos, respiró hondo. “Vine hace una hora más o menos. Pasé a darme un baño y a cambiarme. Los platos de la cena de anoche estaban en el fregadero. Ella estaba en el cuarto de servicio tocando ese horrible instrumento que suena como un aserradero. Le dije si no podía lavar los platos. No me respondió. Me miró con cara de nada, pero *de nada* mismo, como si hubiera estudiado para princesa. Me fui para no calentarme, y oí que seguía tocando, una música horrible de chirriante. Si era tu

amigo Beethoven, escuchame, era Beethoven en la mala. Ya estaba vistiéndome para salir cuando siento que sale del cuartito y empieza a caminar por la casa, siempre rascando el chirimbolo”. Guita se dejó caer del sofá a la alfombra y gateó hasta donde yo estaba. Apoyó la mejilla en mi muslo. “Mire”, le dije, saliendo de mi cuarto. “A mí no me importa lo que le pase a usted. La tengo aquí por él —o sea por vos. Pero mientras esté aquí acuérdesse de que yo pongo las reglas entre estas cuatro paredes”. Guita se semiincorporó para mirarme. Le costó encontrarme los ojos porque yo tenía la pera como pegada con un imán al pecho. “¿Sabés qué hizo? Se rio” dijo Guita con faz de desespero. No le creí. No sé cómo fueron las cosas —ni importa ya mucho porque ya está muerta— pero no fueron como me las estaba contando. No importaba. Tenía que contar su historia y yo tenía que escucharla. “No sólo se rio. Y eso fue lo que no pude soportar. Se burlaba de mí persiguiéndome con sonidos grotescos de su grotesco artefacto. Azotaba las cuerdas de tal manera que me parecía por el ademán como que iba a pegarme con el arco”. Guita se paró, se acomodó la ropa, el pelo, miró la hora en su reloj. “Tengo que irme. Me están esperando” dijo. “Seguí contándome” murmuré, terminante. “Traté de meterme en mi cuarto pero lo impidió trancando la puerta con un pie. Tocaba el maldito violín como si estuviera invocando al demonio. Me chirriaban los dientes de sólo escucharla. Asustada saqué la pistola de la mesa de noche. Dejé de tocar y te juro que me miró con el tal desprecio, como si pudiera destruirme con la mirada. Capaz que sí podía. Levanté la pistola y cuando sentí como que ya se me venía encima le metí la bala”. Me paré y dije: “Vamos a tu cuarto”. No había desorden,

ni sangre en la alfombra ni rastros de haberla lavado. “Vamos a verla” dije entonces. Estaba sentada en el piso, la espalda contra la puerta del ropero, la cara de un blanco como sucio, diferente al suyo, la mirada opaca, la boca absurdamente abierta, como la de un imbécil, las manos mostrando las palmas vacías, el violín a la izquierda del cuerpo y a la derecha el arco. Era obvio que ahí mismo y así mismo había caído. De un ojo negro en medio de la frente —más discreto que el de Bodo, apenas más que un lunar— había bajado una única lágrima gruesa y oscura que se había deslizado por las laderas de la nariz, había eludido las dunas de sus labios y había terminado cayendo, ya ennegrecida, desde el mentón sobre la blusa blanca. “Primera comprobación”: pensé como anotando en una agenda “la puntería de Guita es por lo menos tan buena como la mía”. Guita, que estaba detrás de mí apoyó su pecho contra mi espalda, su mentón sobre mi hombro. Rodeó con sus brazos mi cintura. Quedamos ahí, quietos como en un cuadro, mirando la quietud de Belta. “¿Por qué está aquí si la mataste allá?” pregunté sin énfasis. Me acarició el hombro con el mentón antes de responderme. “No la iba a dejar en mi cuarto”. “La mataste, Guita” dije finalmente, impersonal y absurdo, como un juez que llega a una conclusión “y por lo que hiciste voy a tener que castigarte”. “Me merezco el castigo. Haceme lo que quieras” articuló su mandíbula inferior sobre mi hombro. Reconocí perfectamente el tono del “haceme lo que quieras”. “Sólo te pido” agregó, ahora en serio “que me creas que no tenía la menor intención de hacerle eso: fue el producto de un encadenamiento imprevisible de circunstancias adversas y perversas”.

Inútil preguntar. Inútil querer saber más. Guita me había dado su versión –mentirosa- y su juramento –posiblemente sincero- de que no había querido hacerlo. Tenía que conformarme con eso y renunciar a la de todas maneras perfectamente inútil verdad. Por un instante traté de imaginar una verdad posible de lo que había pasado y me di cuenta de que de todas maneras esa o cualquier otra verdad me resultaba indiferente. “Si tan sólo hubiera pasado dentro de un tiempo” me lamenté “porque ahora yo estaba en la mitad de la cosa, en el turning point. Me va a quedar una fijación”. Guita reaccionó, se me paró delante, me tomó la cara con ambas manos. “No, mirá” dijo, ansiosa “ya pensé en eso. Hay una manera de evitar que esto te traume. Consiste en excederlo todo, en ir mucho más allá de lo que fuera que estuvieras elaborando con ella”. “Caracoles” pensé “¿de qué habla?”. “¿O sea?” pregunté. “Por ejemplo, comértela” dijo mirándome a los ojos con tal intensidad que fue como si lo escribiera con un lanzallamas en la pantalla de mi mente. “Comérmela” murmuré mirando a la durmiente. Y pensé: “¿No es acaso lo que se le hubiera ocurrido a ella? ¿No es lo que Bodo le pidió que hiciera?”. Guita sabe todo. Quizá hasta en matarla tuvo razón. “No entera, por supuesto” susurró respetando mi mirada y mi silencio “Un pedacito es suficiente. Y no después, cocinada, con una ceremonia, como un caníbal refinado, sino ahora mismo, ya, mientras está caliente. Pensá que está *viva*, que simplemente te pasás de rosca en un juego particularmente animal y caliente”. Me senté en el borde de la cama. Pensé que no era necesario, que muerta en pocos días no quedaría en mí nada de ella. Todo había sido complejo, intenso y excitante, pero desaparecida ella,

desconectada la computadora, el juego había terminado. Pero no dije nada. *Quizá* Guita tenía razón, como siempre. Quizá si no hacíamos algo la experiencia inconclusa crecería en mí como un cáncer hasta acabar conmigo quién sabe cómo. Quizá mejor sería exagerar la medicina y no dejarle la puerta abierta al riesgo. De manera que no dije nada.

Guita salió. Ahora, solos, sin duda el cuerpo de Belta se animaría, me guñaría un ojo, me hablaría. Seguiríamos lo nuestro como despertando de un mal sueño. Pero el cadáver, ay, siguió muriendo. Me pareció increíble que Belta, su cuerpo, ahí, estuviera desprovista de movimiento, de ánimo, de soplo, de mirada. Me pareció que eso allí no era ella sino una reproducción absoluta, atterradoramente perfecta, excepto por la estupidez del gesto. La puerta se abriría, Belta entraría, la broma habría terminado, Guita y Belta era amigas. Pero el cadáver, ay, siguió muriendo. Guita volvió con un estuche de cuero en la mano. Sin duda dentro traía algo con lo que afectaría la integridad —y con lo que comenzaría la destrucción— del cuerpo de Belta. También traía una toalla de baño, blanca. Me vio la cara de pavor, porque abrió el estuche para mostrarme el tranquilizador contenido. “El estuche de afeitar de papá. Lo guardé todos estos años. Me alegro de usarlo para esto, para ayudarte”. Dos grandes navajas de mango de marfil tallado. Otros adminículos que ni registré. Guita se arrodilló junto al muñeco. Se colocó de manera de ocultarme lo que haría. Sentí alivio al verme excluido por lo menos de *esa*. Tomó una navaja y por el movimiento comprendí que estaba hundiéndola a lo largo del antebrazo. Ante semejante agresión sin duda que el stand by en el que estaba el cuerpo acabaría, el cuerpo se con-

traería espantosamente, saltaría, de la boca abierta escaparía un aullido tal que quebraría las paredes del cuartucho. Resultaría que milagrosamente la bala habría rebotado en una placa de metal que Belta tendría en el cráneo, como Apollinaire. Belta saldría disparada de la catatonía inducida por el shock nervioso al ser baleada, sin más para lamentar que un tajo, eso sí bastante largo y profundo en el antebrazo, nada que no se arreglara con un rato de enfermería. Pero el cadáver, ay, siguió muriendo. Guita me hablaba, con voz monótona, convincente, con tono de sentido común. “Pensá que habiéndolo hecho —comértela, quiero decir— ya no hay más allá. Ya no tiene sentido especular nada respecto de cómo ella era o de cómo las cosas hubieran sido entre ustedes. Nada de eso tiene sentido. Porque *te la comiste*. Y más allá de eso, no hay nada. Estás liberado. Estás más allá de ella. Porque después de que te la comiste no te vas a sentar a pensar en las maravillas que podrían haber vivido juntos ¿verdad?”. Y así seguía su cháchara, volviendo una y otra vez sobre la hipótesis básica de su argumentación, sin más objeto evidentemente que mantenerme sedado mientras o bien repasaba el corte hecho o hacía uno paralelo. Miré mi reloj. Las dos y veinte. El sentido del deber me ataca en los momentos menos esperados. Culpa por no estar, como todos los demás ciudadanos, cumpliendo con mi trabajo. “No puedo estar aquí, *jugando* a esto cuando debiera de estar demostrando que estoy en condiciones de asumir responsabilidades mayores en mi trabajo” pensé compungido mientras Guita hacía ahora cortes transversales. “Un rectángulo” adiviné. “O pensá que es como un sacramento” recommenzó, sin duda que preocupada por mi silencio. “Comés su cuerpo, bebés su

sangre y tu cuerpo se convierte en su morada. Ella vive en vos. Encarna en vos para siempre. De manera que ya no tenés que pensar más en ella como en un *otra*. Ella sos vos y vos sos ella, y ella vive en vos y a través de vos” decía suave y pausadamente, ahora inclinada hacia adelante y muy concentrada en lo que parecía la fase más difícil de la operación. De pronto se enderezó. Dejó la navaja empapada en sangre sobre el parquet, tomó algo con ambas manos y tironeó con todas sus fuerzas. Una dos tres cuatro veces, hasta desgajarlo, soltarlo, arrancarlo con un sonido jugoso, visceral y apagado. Definitivamente el cuerpo de Belta era un cadáver, definitivamente que estaba sin vida, sin una gota de vida. ¿Cómo si no hubiera podido soportar sin pestañear, sin un solo grito que le arrancaran el rectángulo de piel —¿piel y qué? ¿y grasa?— que acababan de arrancarle? Nada quedaba allí sentado en el piso sino eso sorprendentemente parecido a Belta que ya mismo, sin que fuera perceptible todavía, empezaba a pudrirse. Una de las manos ensangrentadas de Guita dejó a un lado el pellejo sanguinolento, la otra volvió a tomar la navaja. Cortó otra vez. Evidentemente aquello empezaba a superarla y ahora sus movimientos eran rápidos y enérgicos, por momentos descontrolados. “Ya está” dijo con la voz un poco destemplada “Un pedazo chico. Así” dijo en el esfuerzo de los últimos cortes. Quizá Belta estaba oyendo. Si tan sólo *mirara de reojo* hacia la herida... Pero sólo había una careta de cera grisácea y rígida donde hasta hoy mismo de mañana no me cansaba de leer la caligrafía gestual más sutil y llena de significados. Entonces Guita se paró y me enfrentó. Con las manos rojas como si tuviera puestos guantes rojos tendió hacia mí un rojo trozo de músculo. Tenía la cara

deformada por una mueca a medio camino entre la ferocidad y el asco. “Te comés esto o te mato” dijo, y sé perfectamente que lo hubiera hecho. Era músculo del antebrazo izquierdo, el de la triple torsión barroca, el que hacía bailar a los dedos sobre el diapason como a una tarántula borracha. Tomé el pedazo de carne. Suave, húmedo, cálido. Lo olí. No olía a nada. A carne —como la de vaca— cuando mucho. Apoyé los labios sobre la superficie mojada. No sentí asco sino la más terrible de las tristezas. Empecé a llorar incontinentemente. Salé con mis lágrimas el pedazo sobre el que hincé los dientes. No era fácil desgarrar la carne con los dientes. Tironeé hasta conseguirlo. Mastiqué y tragué sin haber conseguido ablandar demasiado el bocado, y llorando como si se hubiera muerto mi madre. Mordí otra vez recordando su música intensa y distanciada, sus ojos sonriéndome desde detrás de las cuerdas, el sol de la Bandera sobre sus nalgas blancas. Me di cuenta de que estaba comiéndola con ganas. Guita se dio cuenta antes que yo. Me sonreía. En algún momento desapareció dejándome a solas con el muñeco averiado. A través del corte, bastante rectangular, en el brazo carneado se veía el hueso. Guita volvió con las manos lavadas y una botella de whisky. Bebí tragos insupportables. Me puse el último trozo en la boca y empecé a mastcarlo. “En los últimos años los músicos que le importaban a Beethoven eran Palestrina y Bach” dijo Guita, que hasta donde yo sé sabe poco de música y le importa menos. Me quitó la botella y se propinó un trago. Terminé de masticar. El convivio terminaba. Guita había tenido razón. Después de esto ya no podía *pensar* en ella. Fuera la que fuera, una línea decisiva había sido cruzada y mi relación con Belta, con su recuerdo era, sería de *otra* índole. “Ha-

bía comprendido que el último confín de la pasión romántica es tierra sagrada donde sólo puede servirnos de guía el sentido de lo sublime” siguió Guita oportuna como siempre y completando su idea. Tragué y le sonreí. “Lo leí en la Enciclopedia Británica, hoy de mañana” dijo y me devolvió la botella. Entonces suave pero firmemente me sacó del cuarto. No me dejó volver a mirarla. Me llevó a lavarme a la cocina, donde no había espejo. Trajo cepillo y pasta y me lavé los dientes. “¿Cómo estás?” me preguntó terminando de secarme la cara. “De maravilla” dije jadeante. “Ahora tenés que volver a la oficina. Como si nada. Y no pensar en esto. Lo hiciste. Eso es lo que cuenta. Las medicinas son amargas” dijo nerviosa. Me besó en la boca. Me chupó ansiosamente la boca. Sentí que quería *normalizar* mi boca. “No estuve tan mal ¿verdad?” creo que le pregunté. Se rio y me abrazó. Me dijo al oído: “Estuviste perfecto”. Y después, separándose y mirándome a los ojos: “¿Me perdonás?”. “Te perdono” dije de todo corazón y sin esfuerzo.

.....

Me fui. Al llegar a la oficina tomé un café. Antes tomé un Yastá. Trabajé toda la tarde. Una reunión tensa y pesada. Cuando levanté la cabeza de los papeles y miré el reloj sin duda que la digestión había terminado. La porción de sus extensores, o abductores o cubitales o lo que fuera, tan extraordinariamente adaptados a la función musical, habría descendido a las sentinas de mi vientre. Mi asistente, que me vio frotándome abstraído la barriga, me ofreció un té de boldo, que acepté. Casi al salir DHL me entregó la versión de los cuartetos del Cuarteto Alban Berg, que pedí a Nueva York hace ¿cuánto? ¿diez días? Menos, una

semana. Hice lo posible por retrasar la llegada a casa. Pasé por el supermercado e hice una compra como para dos semanas. Pasé por el club de tenis y pagué las cuotas atrasadas. Me hice cambiar el aceite en la estación de servicio de la rambla, mirando a la gente volver cansada de la playa. Inconscientemente —así de sincronizados estamos— le estaba dando tiempo a Guita, que tiene llave de casa, para que sacara de en medio todo lo que sobraba. Para nada me sorprendió encontrar la puerta sin llave y un tufillo a incienso en el aire. En el dormitorio la cama estaba hecha y el cubrecamas o era nuevo o yo no lo recordaba. En la sala Guita en persona me esperaba. Sólo que esta no era la sala de mi casa. El sofá, los sillones, la butaca, la alfombra y la mesa de piedra que tenían poco tiempo de comprados y que tanto me gustaban ya no estaban. Los nuevos debo decir que eran notoriamente más caros y también más elegantes. Guita estaba junto a la ventana con una solerita corta por todos lados. Fui, vino, nos abrazamos. Me sentí débil y agotado, como saliendo de una enfermedad muy larga. “Todo está hecho. No me preguntes nada” me dijo en el oído “Traje unos canapés, caviar y quesos suizos. Y en tu heladera descubrí una botella de champagne” dijo. Respiré hondo, relajándome. “Y me queda por oír el último cuarteto. Ese es el programa” agregué animoso, pero apenas pronuncié la palabra *programa* me sudaron las palmas de las manos. “No hay objeciones” dijo Guita, “Primero date un baño”. En el baño miré en su lado de la alacena. No había nada. Obviamente debe de haber sido lo primero que Guita limpió. Inútil buscar alguna huella. El espíritu de Guita es, a su manera y cuando le importa serlo, sistemático. Así pues: como si nada hubiera pasado... Por

supuesto que no es así. Pasaron cosas y me cambiaron. ¿Cómo? Lo dirá el tiempo. Habrá que ver, pero es seguro que una experiencia así de rara en todos sus términos lo deja a uno convertido en más o menos *algo*. Ya estar diciendo en público y con detalle lo que pasó y mendigar a cambio algún castigo no es poca cosa. Y sin embargo tengo el pálpito de que por el boquete abierto va a entrar algo más que moscas.

Guita había dispuesto todo y me esperaba acurrucada sobre el sofá, descalza. Puse la versión del 135 del Cuarteto Alban Berg, tragué una Dorixina y la regué con champagne. Cerré los ojos y me dejé llevar por la música a la vez más sofisticada y poderosamente emocional que pueda imaginarse. El Cuarteto Alban Berg interpreta con una sobriedad y con una concentración tal en las implicancias emocionales de cada sonido que olvido de inmediato todas mis adhesiones anteriores. Regresando de su inédita inmersión en la subjetividad más radical Beethoven se propone juguetonamente mostrar como cuánto ha sido capaz de ir más allá que sus maestros, Haydn y Mozart nada menos. Juega entonces a imitarlos, y deja que la diferencia surja espontáneamente. “Ya escuchaste para adelante y para atrás estos benditos cuartetos” me dice con voz dulce Guita. “Este, por ejemplo, explicame de qué se trata”. Le respondí sin abrir los ojos, dejando correr la lengua, sin censura. “El Mago hace girar los mundos en las puntas de sus dedos. Acrobacia Cósmica se llama. Baraja formas y ritmos con la habilidad de un tahúr, siempre sorprendiéndonos. Luego el carnaval admirable se aleja hacia la pureza de las Esferas. Pero, como un barco empujado por la tormenta, arrastra un ancla que va dejando cicatrices en lo más hondo del océano”.

“Nos ofrece un muestrario de cantabilidades. Pero apenas nos permite ensayarlas” seguí después de una pausa, “Nos pasa por debajo de la nariz los platos prodigiosos pero nos los retira con una pirueta vienesa antes de que podamos alcanzarlos”. “Ya veo” dice Guita no sin cierta ironía. El segundo movimiento es vértigo puro desde el primer instante. De otra manera, más literal, todo sigue girando. “Segundo movimiento. Vivace” dice Guita leyendo del folleto desde el otro extremo de la sala a donde ha llegado sin yo percatarme. “Es una máquina de girar con gracia que enloquece hasta marearnos y hasta girar fuera de tiempos” prosigo en mi rol de Sibila, “Si no se suelta y no se escapa girando hacia el infinito es porque el ancla, como podrás notar, se sigue enganchando en todas las rocas del fondo”. “¿Ves?” le digo cuando los bajos en fortísimo demencial se ponen a repetir cinco notas como un disco rayado mientras el primer violín sencillamente pierde el control de la melodía que viene llevando. “El ancla se tranca y se pudre todo” murmuro un tanto melodramáticamente. En la pausa entre movimientos Guita se sienta a mi lado. Sirve más del espumante. No puedo comer nada. Sólo pensarlo me da náusea. He comulgado, y después de la eucaristía no se puede uno echar un estofado. Respiro hondo para diluir la náusea. Como era razonable suponer, roto el mecanismo de la Gracia triunfan la gravedad, el peso y la caída hacia las profundidades. El lento es un paseo tranquilo por los ruinosos paisajes submarinos de la melancolía. No exento de paroxismos, pero con el verdadero dolor anestesiado. “Aquí Beethoven se sumerge para averiguar qué demonios pasa con el ancla” cuchichea Guita adivinando, muy cerca de mi oído. Abro los ojos. Le conozco

esa expresión de picardía. Levanta las cejas como diciéndome “¿O no?”. “En el fondo” me dice filosófica “la música es una especie de película mental donde uno pone las imágenes adecuadas, y puede cambiarlas según el humor del día cada vez que la escucha”. Me quedo sonriéndole aunque sabe que no la estoy escuchando. Respiramos aliviados cuando El Guía nos señala a lo lejos las primeras luces, que significarán el final de las arenas negras, de las nubes furiosas, del ensordecedor rugido del mar y del viento helado. Dulcemente, con una melodía débil y dolida el movimiento acaba. “Poné de vuelta el principio de esta parte” dice Guita. Obedezco pulsando el replay del comando. “Me parece que era esto lo que intentaba tocar tu amiguita, pero mucho más fuerte y más chirriante” dice prestando atención “Es linda esta música. No es fea. Pero ella la hacía sonar aterradora”. El lento del 135. Seguramente lo escuchó ayer de tarde y estaba tratando de sacarlo. Para después mostrármelo. Como parte de algún nuevo Programa. Debí de pensar que Guita no iba a poder soportarla. ¿Y qué diferencia hay en nuestro mundo entre el capricho concebido y el capricho realizado? Ninguna prácticamente. De hecho se nos enseña a no resistir tentación alguna. Se nos enseña que la felicidad consiste en la identidad entre el deseo y su consumación. Actuó pues con coherencia y en consonancia.

Vaciamos nuestras copas y Guita volvió a servir. Terminó por segunda vez el lento y empezó el finale con un par de frases declamatorias y dramáticas que pronto se perdieron como ecos de una tormenta o de una batalla en la lejanía. Lo que emerge entonces, lo que sale a flote, lo que ocultaba el telón es un rondó chispeante y divertido que, cuando el aire se enrarece —y por

momentos se enrarece realmente bastante—, siempre de todas maneras encuentra por dónde colarse con su estribillo insolente y zumbón. “Bueno” dijo Guita consoladora, después de los acordes de cierre “por lo menos la última música que escribío no es precisamente una música angustiada”. “Y sin embargo la escribío en los peores días de su vida” dije estirándome. “Vamos a emborracharnos con champagne” sugirió Guita. La miré. Me sonrió. Sin tristeza pero también sin alegría. “¿Qué te parece la idea?” insistió. “Ya nos lo tomamos, y no tengo más” argumenté “pero pedí más”. Guita se paró. “¿Dónde está tu celular?”. “En el bolsillo de la chaqueta que traía. Encima de la silla de mi dormitorio”. Por supuesto que Guita tenía razón. Esta noche yo iba a estar sí o sí velando a la finada. No iba, pues, a dejarme solo. Y para estar juntos rumiando con caras largas mejor era emborracharse, y de todas las borracheras la más alegre sin duda es la del champagne. El Maestro nos marcaba el camino: el universo entero puede derrumbarse en lo que dura un pestañeo pero eso no quiere decir que no podamos de todas maneras retozar alegremente un poco. Trajo el teléfono y disqué. Pedí dos botellas, bien heladas. “Tres” dijo, y cuando la miré me hizo un tres con los dedos. “Tres” dije en el teléfono, corrigiéndome. La noche estaba pues, diseñada. Sin sorpresas. Velaríamos a la finada. Me paré, saqué el disco y puse otro. “¿Qué vas a poner?” ronroneó Guita. “Otra versión de lo mismo” contesté. “Te vas a saturar de Beethoven. Tenés que empezar a escuchar otra cosa, algo en otra línea, en otra onda” protestó melosa. “No hay otra línea” gruñí como para abortar el tema “Después de Beethoven toda la música es beethoveniana”. “Bueno” cedió voluptuosamente acurrucándose otra vez en el

extremo del sofá. “Entonces poné de vuelta el vivace” ronroneó. Dejé que el champagne me hablara en su lengua feliz y estúpida. La planta del pie desnudo de Guita me masajeó la verga. Dejé que hablara el deseo. Pero faltaba algo. Ya entonces me daba cuenta de que había un hueco, y que iba a seguir estando. Pensé, citando sin saberlo al Balzac de *La obra maestra desconocida*: “¿Qué falta? Una nada. Pero esa nada lo es todo”.

ÍNDICE

Ércole Lissardi	5
Primera vez	9
¡Mía!	27
El emboscado	57
Paganini	97
Quemaduras	127
El deporte supremo	149
Convalecencia y duelo	169
El violín de Bodo	203
Paraíso	235
Finales	273

